

En abril de 2021, la UNAM —a través de la Escuela de Escritura de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura— convocó por primera vez al Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria, un programa virtual, interdisciplinario, que acompaña la formación de creadores emergentes en lengua española a través de cursos, talleres, charlas y conferencias que se imparten durante un año. Esta antología reúne una muestra de las 25 voces egresadas de la primera generación, fruto del trabajo en las tutorías finales que estuvieron a cargo de las escritoras Xitlalitl Rodríguez Mendoza (poesía), Lola Ancira y Elma Correa (cuento), Laura Sofía Rivero (ensayo) y Ave Barrera (novela). Ajustes de cuentas con el pasado, piezas que difuminan las fronteras de los géneros literarios, nuevas miradas sobre los vínculos entre los cuerpos, indagaciones en la identidad propia —y aun generacional—, los textos reunidos en estas páginas son apenas un atisbo del arrojo, el talento y el compromiso artístico que esta promoción de autoras(es) aportará a la literatura actual en español.

Varinia Abastoflor Cortez • Alfredo Ávalos • Pablo Ignacio Chacón • Leonor Courtoisie • Humberto Cruz Arteaga • Chejo García • Leonardo Gutiérrez Arellano • Ángel H. Candelaria • Sergio López Monterrubio • Susana López Siller • Andrés Martínez Ortega • Lilian Michelle Medina • Ana Delia Mejía Quiroga • Serch Mendoza • Gael Montiel • Iberia Muñoz • Alejandro Ordóñez • Sara Padilla • Miguel Parpadeos • Tristana Pérez • Elizabeth Pérez-Cortés • Sandra Lucía Ramírez • Saraí Ramírez • Álvaro Sánchez Ortiz • Antonio Trejo Galicia



ANTOLOGÍA

DIPLOMADO EN ESCRITURA CREATIVA Y CRÍTICA LITERARIA 1ª generación

DIPLOMADO EN ESCRITURA CREATIVA Y CRÍTICA LITERARIA

1ª generación

ANTOLOGÍA

Docentes de la 1ª generación

Fernando Álvarez del Castillo
María Paz Amaro
María Fernanda Ampuero
Lola Ancira
María Baranda
Ave Barrera
Rosa Beltrán
Hernán Bravo Varela
José Israel Carranza
Raquel Castro
Eduardo Cerdán
Ramón Chaverry
Alberto Chimal
Elma Correa
Elsa Cross
Elisa Díaz Castelo
Claudina Domingo
Jimena Eme Vázquez
Mariana Enriquez
Roberto Frías
Emmanuel Galicia
Ana García Bergua
Amanda de la Garza
Carlos Gershenson
María Andrea Giovine
Leila Guerrero
Miguel Ángel Guzmán
Julián Herbert
Andreas Ilg
Edgar Krauss
Koulsy Lamko
Rodrigo Martínez Martínez
Liliana Muñoz
Mónica Nepote
Leonardo Padura
Pedro Ángel Palou
Jesús Ramírez-Bermúdez
Ricardo Raphael
Laura Sofía Rivero
Xitlalitl Rodríguez Mendoza
Marcela Sánchez Mota
Benito Taibo
Daniela Tarazona
Magali Tercero
Socorro Venegas
Jorge Volpi
Liliana Weinberg
Gabriela Wiener





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez
Directora de Literatura y Fomento a la Lectura

Gabriela Ardila • Eduardo Cerdán
Coordinadores de la Escuela de Escritura

COLECCIÓN



DIPLOMADO EN
ESCRITURA CREATIVA
Y CRÍTICA LITERARIA

1ª generación

ANTOLOGÍA



Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección de Literatura, autor.

Título: Antología : Diplomado en escritura creativa y crítica literaria, 1a generación / Literatura UNAM.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, 2023. |

Serie: Colección Escuela de Escritura UNAM ; volumen 1.

Identificadores: LIBRUNAM 2188066 | ISBN 9786073073400.

Temas: Escritura creativa. | Criticismo. | Autoría.

Clasificación: LCC PN189.A57 2023 | DDC 808.02—dc23

Primera edición: febrero de 2023

Edición | Coordinación editorial
Eduardo Cerdán

Diseño, ilustración y formación | Diseño de la colección
Adriana Rodríguez Borja

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, Ciudad de México
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura

D.R. © de los textos, sus autores

ISBN: 978-607-30-7340-0

ISBN de la colección: 978-607-30-7339-4

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en offset.

Impreso y hecho en México.

DIPLOMADO EN ESCRITURA CREATIVA Y CRÍTICA LITERARIA

1ª generación

ANTOLOGÍA



ÍNDICE

Presentación / Anel Pérez, Gabriela Ardila y Eduardo Cerdán 13

POESÍA

Nota introductoria / Xitlalitl Rodríguez Mendoza 23

Chejo García 25

Gael Montiel 35

Sandra Lucía Ramírez 45

Ángel H. Candelaria 61

CUENTO

Notas introductorias / Lola Ancira y Elma Correa 71

Ana Delia Mejía Quiroga 75

Andrés Martínez Ortega 81

Antonio Trejo Galicia 97

Sergio López Monterrubio 113

Susana López Siller 121

Humberto Cruz Arteaga 127

Alfredo Ávalos 141

Elizabeth Pérez-Cortés 153

Saraí Ramírez 163

ENSAYO

<i>Nota introductoria</i> / Laura Sofia Rivero	171
Lilian Michelle Medina	173
Álvaro Sánchez Ortiz	179
Tristana Pérez	193
Varinia Abastoflor Cortez	201
Leonor Courtoisie	215

NOVELA

<i>Nota introductoria</i> / Ave Barrera	227
Sara Padilla	229
Pablo Ignacio Chacón	239
Leonardo Gutiérrez Arellano	255
Serch Mendoza	271
Alejandro Ordóñez	287
Miguel Parpadeos	303
Iberia Muñoz	315



PRESENTACIÓN

Ningún programa de fomento a la lectura puede ignorar el concepto de *cultura escrita*. Y de inmediato, la creación literaria toma un lugar central en estos márgenes de la gestión cultural y de los criterios educativos.

Por eso, a partir del rediseño que vivió la instancia a mi cargo en 2020, nos pareció fundamental que la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura (DLFL) abriera un espacio dedicado específicamente al ejercicio y la profesionalización de la escritura creativa.

Así, de la mano de Jorge Volpi, el entonces coordinador de Difusión Cultural, dimos el primer paso para fundar una Escuela de Escritura en la UNAM: la creación del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria. La respuesta a la convocatoria, lanzada en abril de 2021, nos llenó de entusiasmo. Recibimos las solicitudes de 251 postulantes de entre 15 y 75 años, con varios perfiles y orígenes: México, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú, Uruguay, Costa Rica, Puerto Rico, Guatemala, Nicaragua, Estados Unidos, Canadá, Francia y Noruega. Esta respuesta numerosa y diversa nos hizo saber que estábamos en un camino fértil y necesario, partiendo de un programa único en su tipo, que se inserta en la interdisciplinariedad propia de una universidad y que además cuenta con valor curricular gracias a la Unidad Académica de Cultura UNAM, a cargo de Gabriela Gil, y a la Red de Educación Continua (REDEC) de la Universidad.

Todas las personas involucradas en este proyecto, coordinado por Gabriela Ardila y Eduardo Cerdán (quien entró en lugar de Martha Santos en la segunda mitad de 2021), nos sabemos herederas de una larga tradición de acompañamiento a creadores emergentes en nuestra universidad. Para rastrear el origen de esta historia habría que remontarnos a los años sesenta, cuando alrededor de la revista *Punto de partida* (actualmente adscrita a la DLFL) se lanzaron varios talleres a cargo de escritoras y escritores como Alejandro Aura, Juan Bañuelos, Julieta Campos, Rosario Castellanos, Miguel Donoso Pareja, Salvador Elizondo y Augusto Monterroso.

Me anima pensar que el Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria es una renovación de aquellos esfuerzos, con las herramientas que exige una época como la nuestra, con un alcance de aspiraciones mundiales gracias a la virtualidad y, claro, con una planta docente de primer orden, condición primigenia de la UNAM. Por su trabajo invaluable para hacer posible este proyecto, gracias a Jorge, Gabriela, Martha y Eduardo; a Rosa Beltrán, coordinadora de Difusión Cultural; a Julieta García González, subdirectora de la DLFL, y a su antecesora Daniela Tarazona, así como a Elisa Aguilar Funes, nuestra representante ante la REDEC.

Nos provoca una alegría enorme escribir este nuevo tramo de la historia de la cultura escrita en la UNAM. Esta primera antología es el resultado de un año entero de trabajo, esfuerzo y dedicación por parte de docentes y estudiantes. Revela la gran capacidad técnica de estas 25 plumas que hoy son ya, lo digo con muchísimo orgullo, nuestra primera generación.

ANEL PÉREZ



¿Se puede aprender a escribir?

Esta pregunta parece ser el fantasma que condena a todos los programas que formalizan la enseñanza de la escritura creativa. La respuesta es clara: no, no puede enseñarse a alguien a escribir. Sin embargo, sí es posible brindarle la mayor cantidad de recursos, lecturas, correcciones y consejos, para que haga con ellos lo que su propio proceso creativo le dicte. Este principio fue el que, en 2021, permitió la creación de la primera Escuela de Escritura de la UNAM y el que acompaña los programas de escritura creativa que existen en nuestro país y en el resto del mundo.

¿Por qué una Escuela de Escritura?

Escribir, tantas veces considerada una actividad solitaria en la que oscuros personajes divagan entre sus propias ideas, es en realidad un acto comunitario; no hay escritora ni escritor, por muy grande o pequeño, que no haya tenido por lo menos a una persona que lo leyera y le diera notas y comentarios.

Los encuentros con el otro enriquecen nuestro pensamiento. Generaciones de escritoras y escritores se juntaron a escribir, comentar y desarrollar no sólo textos, sino corrientes literarias completas. Por ello, la Escuela de Escritura ofrece, en el espacio universitario, un lugar de aprendizaje y acompañamiento que fomenta la interacción y el conocimiento del otro.

La Escuela de Escritura es más que una escuela, es una comunidad de escritoras y escritores que forma, día tras día, un espacio que fomenta el pensamiento creativo, del mismo modo que la Universidad fomenta el pensamiento crítico y racional.

Un animal de dos cabezas

La creación literaria es como un animal de dos cabezas. Una recopila todo aquello que ha leído, los géneros, las formas, los sonidos. La otra ve tras la ventana.

El Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria, del cual surgen los textos que aquí se presentan, nace de la búsqueda de estructurar un proyecto educativo centrado en la escritura que, además, conviva con las diferentes áreas de conocimiento que posee la Universidad.

La interdisciplinariedad nace, también, de la convivencia con el otro. Cada vez que hablo sobre este punto digo lo mismo: “no hay escritor más pobre que el que sólo se alimenta de libros”. Para mí es una convicción y un hecho: los libros no hablan de literatura, hablan del mundo y el mundo es eso que está allá afuera.

¿Cómo pretender brindar las herramientas necesarias para fomentar la escritura obviando lo más importante? Lo de allá, lo otro. Por eso el programa cuenta con clases de historia, política, cocina, filosofía, música, psicoanálisis, ciencia, deporte y más. ¿El objetivo? No sólo presentar los fundamentos de los géneros literarios y la corrección, sino también alimentar el lado creativo que busca y forja sus ideas en todo lo que nos rodea.

“Los intentistas”

Durante un año, aún medio pandémico, 25 personas de diferentes edades, formaciones y países se dieron cita dos veces por semana, cuatro horas cada día, para escuchar, preguntar, comentar y debatir con escritoras y escritores de renombre, especialistas en los géneros y las disciplinas del programa. Al terminar, trabajaron dos meses con las tutoras que acompañaron y guiaron la escritura de los textos aquí presentes.

Lxs autorxs que tienes entre tus manos se autodenominaron “Los intentistas”, bajo el principio de que lo que hacían día con día era “intentar”. Yo digo que es un honorable nombre para la primera corriente literaria de la primera Escuela de Escritura de la UNAM: la que se forma en comunidad, a partir

de la duda, el intercambio y el deseo de descubrir lo que hay más allá de uno mismo.

GABRIELA ARDILA



Y así llegamos a este libro que completa el círculo virtuoso de la literatura, que acerca a quienes crean con quienes leen, que inaugura —además— una nueva colección universitaria con antologías que surgen no del criterio común —una convocatoria para escribir sobre cierto tema o una selección de textos que antes estaban dispersos—, sino como compendios con la idea de *generación* por delante. Si hubiera que buscar un parangón en el panorama editorial mexicano, lo encontraríamos en las antologías anuales que resultan de los apoyos del otro-ra FONCA. Existe, sin embargo, una diferencia sustancial: los títulos de la colección *Escuela de Escritura UNAM* provienen directamente de un programa educativo. Las personas participantes no son elegidas por un proyecto literario, sino por sus intenciones y por una muestra literaria, que no necesariamente debe estar acabada. Lo potencial de estas voces es lo que guía, pues, la nada fácil tarea de los comités que seleccionan a los estudiantes. En esta primera generación hay escrituras emergentes y otras, con camino andado, que se propusieron explorar aquí nuevos derroteros creativos.

Esta antología reúne una promoción diversa, con búsquedas personalísimas que —aunque tienden a divergir— algunas veces confluyen en su interés por desmitificar nociones como el cuerpo, el género, el deseo, la familia, la Historia remota y reciente. Dudo que exista mejor graduación, para un

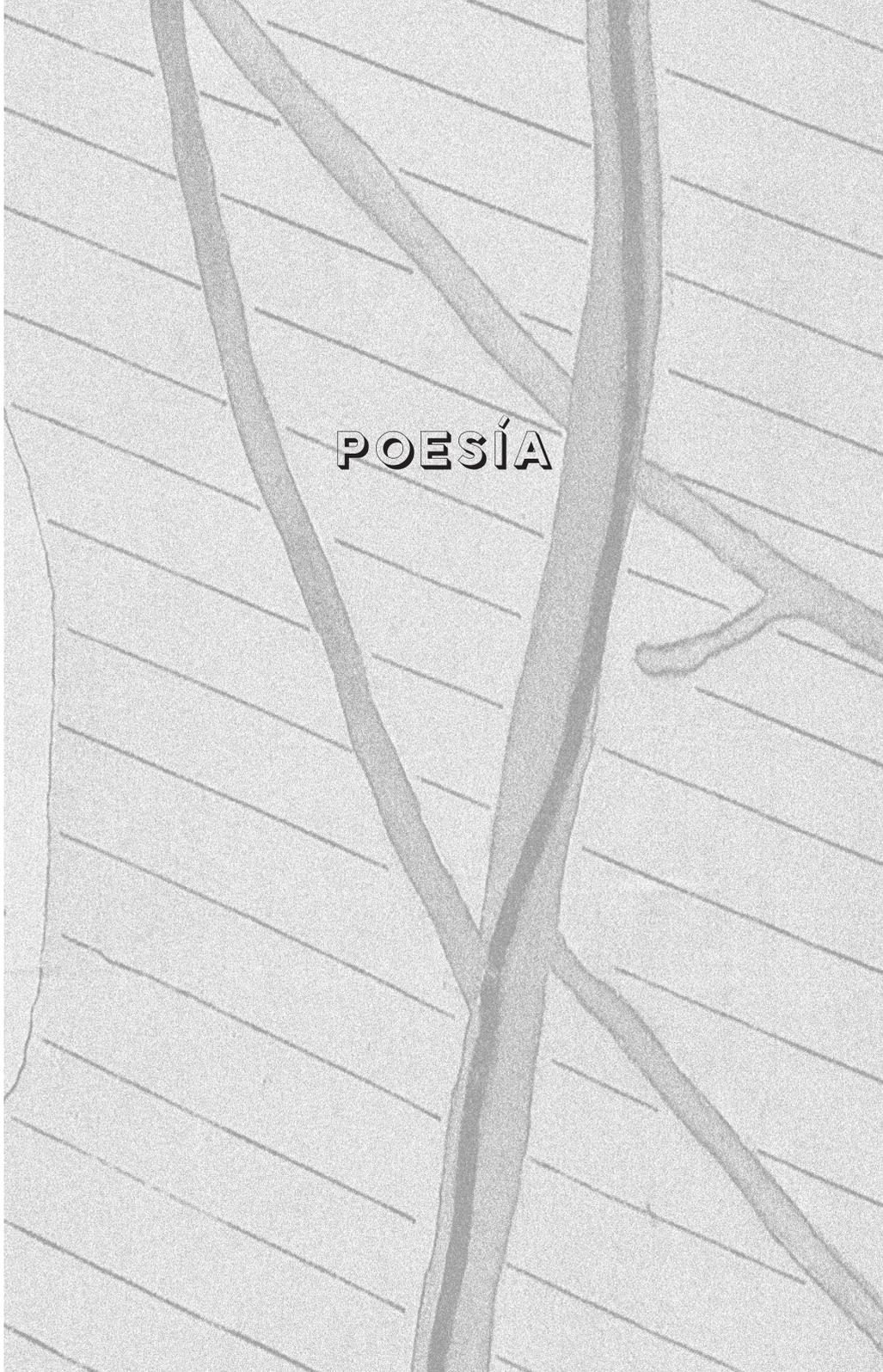
grupo que egresa de un programa como éste, que ver el tránsito desde un archivo *.docx hasta un libro difundido bajo el sello de la universidad que acompañó su creación durante un año. Forma y fondo son indisolubles, como tantas veces escuchamos en las aulas virtuales, y por eso nos hemos esmerado para que este volumen —espléndidamente diseñado e ilustrado por Adriana Rodríguez Borja— se encuentre a la altura de los textos que contiene.

Desde el ámbito de la gestión cultural y la edición —que es lo que me corresponde en la Escuela de Escritura— veo en éste un esfuerzo redondo, integral, que involucra varias acciones de la UNAM relacionadas con la enseñanza, por un lado, y también con el fomento y la difusión de la cultura. Gracias al personal universitario, al cuerpo docente y al alumnado por alentar la existencia de un proyecto de esta naturaleza.

En tiempos como los que corren —con retos siempre nuevos, cada vez más apremiantes—, resulta esencial que haya espacios así, con la creatividad al centro, porque la imaginación es uno de los pocos recursos que nos quedan para hacer frente al espanto.

EDUARDO CERDÁN



A vertical strip of a lined notebook page is shown on the right side of the image. The page has horizontal ruling lines. A stylized, light-colored tree branch with several smaller twigs is drawn across the page. The word "POESÍA" is written in a bold, black, serif font with a white outline, centered on the page.

POESÍA

Nota introductoria

Tenemos en nuestras manos cuatro voces tan diferentes entre sí como telúricas a su propia manera. A lo largo de esta tutoría, que más bien fue para mí un lugar en primera fila para disfrutar del espectáculo poético de estas cuatro formas de poesía, se dio la fortuna de que no solamente se afinaron detalles de cada uno de los libros aquí trabajados, sino que también se formó un diálogo coral con resonancias entre cada uno de los autores.

Abrimos la selección con el trabajo de Chejo García, cuya poesía busca reivindicar a las víctimas de los así llamados “falsos positivos” en Colombia. La serie 6402 presenta cuatro poemas que responden a cada uno de los dígitos de la cifra fatídica a la que asciende el número de víctimas. A partir de testimonios reales y basada en un riguroso trabajo periodístico, la poesía de Chejo García devuelve algo de significado a las cifras —filosos números fríos— y hace rebrotar algo de la humanidad de la que fueron privadas miles de personas a las que ojalá hubiéramos “agarrado de la voz”.

La vitalidad que brinda a la poesía el registro testimonial está muy presente en la serie de poemas de Gael Montiel que aborda el hecho de reencontrar al padre cuando ya mucho se ha perdido. La dureza de estos poemas contrasta con entrañables momentos de ternura y autocrítica —algo tan necesario

y poco frecuente en la poesía—. Con ayuda de un humor tan sutil como infalible, el sujeto poético de esta serie va configurando una poética donde, a la manera de la homeopatía que con “lo similar cura lo similar”, Gael Montiel escarcea con espejos, contradicciones y contraluces, en un fascinante juego mallarmeano del lenguaje.

La volcadura del cuerpo hacia la voz y sus múltiples manifestaciones de gozo, pero también de dolor al rozarse, dar a luz y amarse *en* y *con* otros conforman el deseo y la vitalidad que nos presentan los poemas de Sandra Lucía Ramírez. A partir de una relectura de Spinoza y con un lenguaje volátil y colorido, irrigado a momentos por el lenguaje formal de la ciencia y sus resonancias en el cuerpo, la autora nos presenta una serie que encuentra en los destellos del barroco el surco vivo de la sangre. Así, ese “deseo de ti arrebuñado” nos habla, a veces, desde los maternales desgarramientos y, otras, desde el tumulto del amor agolpado para constelar una poética fascinante.

Otra escritura de belleza y sensualidad torrenciales es la de Ángel H. Candelaria. En *Lxs Olímpicxs* echa mano de la mitología clásica para retomar su mitología personal que incluye a neodiosas como Selena, Alicia Villarreal y Ana Gabriel, entre otras. “Hemos de morir vez tra’ vez para que existas”, afirma la voz performática al trabar el poema en un travestismo de la dulce sonoridad y manipulación del lenguaje por medio de la poesía. Esta misma voz que corre al tiempo en que se va desarrollando la noche es la que nace del nicho lunar donde el cuerpo, el deseo y la música son la sustancia activa de una poesía alquímica, embriagadora y entrañable.

XITLALITL RODRÍGUEZ MENDOZA



Chejo García

(Bogotá, Colombia, 1988)

Algunos de sus poemas están incluidos en *Antología Im-presentable* (2019). Obtuvo mención de honor como finalista —entre más de 14 mil participantes— del concurso de relatos breves Bogotá en 100 Palabras (2020). Sus crónicas y reseñas han sido publicadas en distintos medios de Colombia y México.



6402

¿Cómo nos atrevimos a dejar que pasara
y cómo nos podemos atrever a permitir que continúe?

PADRE FRANCISCO DE ROUX,
Acto público de presentación del
Informe final de la Comisión de la Verdad¹

6

dígame
papito Dios
que no es mi hijo

Se lo llevaron un 6 de febrero
En cosa de horas me lo volvieron combatiente
Y enemigo
Estrenó después de muerto
Un vistoso camuflado
Botas que no dieron un paso
Un fusil habitado por el óxido
Y un puñado de tierra en la boca

En las fotos tenía las pestañas pegaditas
Lloró como si llegara al mundo
Pero se estaba yendo

¹ Para la creación de este poema se usaron fragmentos del *Informe final de la Comisión de la Verdad* en su volumen testimonial *Cuando los pájaros no cantaban*. La parte 6, del texto “Uno sabe quién es su hijo” (p. 202); la parte 4, del texto “Por tu silencio” (p. 200); la parte 0, del texto “Cajita de huesos” (p. 206). Para la construcción de la parte 2 se utilizó lo registrado por Laura Cerón en la nota “Así recordaron en Ocaña las madres de Soacha”, publicada por el Centro Nacional de Memoria Histórica.

ocho meses desaparecido
es casi el tiempo que lo tuve en mi vientre
lo que me van a entregar son unos huesos
La primera vez lo enterraron ellos
La segunda
Lo enterré yo
Cristiana sepultura
Dicen
Porque sólo bajo tierra Él lo acompaña

Un 6 de marzo recibí la primera amenaza
Preguntaban si
Como mi hijo
Yo quería tener la boca llena de moscas
Otro día escribieron ellos
Mamita
Te quiero mucho
Atentamente
Cadáver ya

Pero ya en mi boca no entran moscas
Hay tan sólo un puñado de tierra seca

4

Hablamos cuatro minutos
 Me dijo que sería abuelo
 Pero el eco de sus silencios
 Me hizo preguntarle
 Cómo iba todo por allá
 esto está muy feo
 me mandaron a matar a dos muchachos
 para hacerlos pasar como guerrilleros
 muertos en combate
 y no los quise matar

lo torturaron
 lo volvieron nada

Yo viví sus primeros pasos
 Y ellos lo obligaron a dar los últimos

hablamos cuatro minutos
 Ojalá lo hubiera agarrado de la voz

Abrazo la tierra que lo recibió
 Después de los disparos
 Recojo las semillas regadas con su sangre
 Para sembrarme
 En una esquina de la Séptima con Jiménez
 Y contar mi historia
 A cada sombra sin dueño
 A cada mendigo amanecido

A cada paloma posada en mis ramas
 Hasta que desaparezcan mis raíces

Me queda mi nieta
 y saber que mi hijo
 no era un asesino
 y por eso lo mataron

0

El polvo en la ropa
fue toda la tierra que nos dejaron

Empezamos desde cero

Pero insaciables
Devoraron la vida de mis hijos

Paramilitares
Fueron ellos
Se llevaron al primero y lo desaparecieron
 yo llevaba una bolsa de polietileno
 en el bolso
 por si me lo dejaban recoger
 yo lo recojo así sea
 pedacito por pedacito

Lo despojaron de su sombra
Escondieron sus restos en el aire
Y lo volvieron cifra
Para que sólo nos quedara un nombre
Una foto subexpuesta en la memoria
Una ausencia engavetada en el archivo del fiscal
No me había repuesto completamente
Cuando ellos se llevaron
Al segundo de mis hijos

mamá
yo sé que a mí me va a pasar
lo mismo que a mi hermano
me dijo una vez

Un día salió con el sol
Y no regresó con el ocaso

Prometió llamar cuando llegara
 estoy esperando esa llamada todavía

Que le dieron de baja en combate
Se atrevieron a decir
La victoria de ellos
Fue derrota para mí

Lo camuflaron para que ellos mismos lo encontraran
Lo armaron para que no se defendiera
Lo volvieron guerrillero estando muerto

Ocultaron su cuerpo bajo tierra
Como escondiendo su deshonra
Pero mi hijo floreció
Lo suficiente para ser encontrado

Me entregaron una cajita con sus huesos
Como ofrenda
Por lo que ellos me quitaron
 lo primero que vi fue la calaverita
Sostuve sus huesos en mis manos
Les recé lo indecible
Los persigné
Y los devolví a la tierra
Para que él florezca de nuevo

La casa que me habita en sueños
Acoge a mis dos hijos

2

dónde estás
alguno de ustedes ha visto a mi muchacho

Mi hijo adoptó una pantera rosa
Concepción de algodón
Nieta heredada
Que cuidé y lavé cuando él desapareció

cuando lo fui a sepultar
ya no tenía sus ojitos
Dos cristalinos le puse a la pantera rosa
Luego una venda
Para que no viera la crueldad del mundo

Al mío me lo desaparecieron
Llevo su rostro tatuado en el brazo
La tinta alcanzó para dibujar sus facciones
En el hueso y la arteria humeral
desde entonces le hablo
lo acaricio
me baño con él
Le digo que algún día lo encontraré

El mío era guardameta
hacía escorpiones como Higuaita
Guardaba mis secretos
Atajaba mis miedos
me lo arrebataron
Ahora atrapa balones para Dios

Los dos compartimos un tatuaje de Libra
era su signo

Masculino
Cardinal
Regido por Venus

Es ahora un recuerdo de aire
Justicia encarnada sin cuerpo

Mi hijo iba a ser abogado
Ahora soy yo quien limpia su nombre
era servicial
buen hijo
Con sus hijos soy la mejor de las abuelas
Debe andar en su moto desvanecida
Debe decorar de Navidad su rincón de cielo



Gael Montiel

(Tultitlán, Estado de México, 1991)

Estudió el diplomado de la Escuela de Escritores de México, y Periodismo en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Textos suyos han aparecido en las antologías *Pandemials* (2021) y *Paisajes del aislamiento* (2021), y en publicaciones como *Reforma*, *El Confidencial*, *Punto de partida* y *Tierra Adentro*, entre otras.



El día que conocí a mi padre
me explicó de qué se trata la homeopatía:

lo similar cura lo similar
por ejemplo
si le das a una persona
sana
algo que le aumenta
la temperatura
sólo tienes que darle
eso mismo
en una dosis
más pequeña
a alguien enfermo
para quitarle la fiebre.

Y mi padre no deja
de insistir en sus mitos
pero la oms me dice
que la homeopatía
es una cura falsa
una pérdida de tiempo y dinero
si te va bien un placebo
y en eso se parece a escribir.

El día que conocí a mi padre llevaba en la cartera
la credencial de elector en que salgo ojeroso,
con la dirección de una casa
que a veces extraño.

Una foto de ella,
tamaño pasaporte,
de cuando tenía el cabello morado
se la tomó para el trámite
no se la pidieron.

La credencial del trabajo con la foto y nombre en blanco,
gastados de pasar casi ocho años
por el sensor de la misma puerta.

Una tarjeta del metro con los siete pesos que sobraron
de la última vez
que visité a mi madre
—comimos hamburguesas, pero no dejó de llorar—
me alcanza para un viaje de ida.

Cambio de un billete de cien que pagué para comprar una
torta
la devoré de seis mordidas mirando al cielo.

La nueva credencial de la UNAM que debí tener a los 17
si hubiera sido menos cobarde.

Una tarjeta de vales de despensa con 34 pesos
 gastamos ya lo de este mes en arena para los gatos
 bolsas de pasta
 verduras
 la promesa de un sabor distinto.

Una tarjeta de Gandhi con los 200 puntos que acumulé
 por un libro que leí rodeado de zanates
 pensando en otra cosa

Un billete de cincuenta mil pesos impreso en 1988
 era de un hombre que se dio un tiro en la cabeza.

Un holograma del sagrado corazón que le compré a un viejo
 mudo
 porque tenía la cara de mi abuelo.

Una tarjeta de seguro de gastos médicos mayores
 con un teléfono que ya no puede verse.

Una tarjeta de banco que he perdido tres veces
 e insiste en perseguirme a todas partes.

El ticket de un restaurante donde fuimos a olvidarnos
 un rato
 de nosotros
 648 pesos
 no pudimos.

Una fotografía que me tomé para el pasaporte
 no me la pidieron
 no fuimos a ningún lado.

El día que conocí a mi padre
 todo me recordó
 que nunca fui un poeta joven.

Aunque las convocatorias insistan
 que todavía me quedan unos años
 debí empezar cuando cumplí dieciocho
 y no a los treinta
 cuando todo está podrido.

Debí empezar por un motivo noble
 por vanidoso o ingenuo
 y no porque mi padre
 me contó que en la homeopatía
 lo similar cura lo similar
 y necesito limpiarlo de mi sistema.

Que me perdone Julián Herbert
 porque yo nunca fui un poeta joven
 pero sí fui un muchacho haragán
 al que una maestra le dijo
 “quizá tienes talento,
 pero eres muy perezoso”
 así que escribí este poema
 para demostrarle que tenía razón.

Debí ser poeta al cumplir dieciocho
 antes de que un perro me arrancara el dedo medio
 y se me escapara la belleza
 de la palabra carótida.

Y no ahora en una moleskine
 que no podía comprarme entonces

pero sí después de vender mi cabeza
de ocho a diez horas menos impuestos.

Debí escribir esto a los dieciocho
cuando Francisco leyó a Ginsberg en un megáfono
y volví a mi casa para rezar
bajo una lámpara intermitente
cuando Melchor me aseguró
que había nacido a los treinta y tres años
pero no se dejaba crecer la barba
cuando Garnica fue clarividente
y me enseñó la diferencia
entre el condicional
y el pluscuamperfecto.

Hubiese sido un poeta a los dieciocho
si al leer mis cuentos en una plaza hostil
no hubiera tenido a nadie enfrente.

Pero ahora llegas tarde y sólo hay esto.

Qué ganas de ponerse a contar sílabas
cuando a tres escritorios al fondo
no tienen otra misión
más que contracturarme el cuello.

Qué ganas de ponerse a cifrar símbolos
cuando el día que conocí a mi padre
platicamos de Pedro Páramo
al final todos
eran sus hijos
¿verdad?
y él hablaba totalmente en serio.

Debí aprender antes de métrica
pero ahora tengo que sumergirme
para sacar a flote dos cadáveres
de dieciocho y sesenta y siete años.

Debí empezar a escribir versos
cuando tenía claro qué era la poesía
antes de que Pound y Bachelard
me agarraran del brazo
y no ahora que me es ajena
y es tan evidente
que me creo capaz de hacerla.

Debí ser poeta cuando
era un superhéroe comunista
y no a esta edad maldita
cuando considero un triunfo
dedicarlo a mi padre
mis primeras palabras.

El día que conocí a mi padre
 lo vi salir de la casa a pasitos
 venciendo el miedo a caerse
 quebrarse contra el suelo del patio
 con unos pants y un suéter demasiado grandes
 me puedo desmayar
 si camino más
 de una cuadra
 me caigo
 me quedaría
 tirado
 desmayado
 en la banqueta
 repitió como si no entendiera
 con el aliento corto
 que apenas alcanza
 para dejar escapar unas sílabas.

Me invitó a pasar a su casa
 y me senté en un sillón
 forrado de plástico
 la cabeza dando vueltas
 entre ese olor penetrante
 a vejez
 a animales
 a orines de gato
 un olor de lentitud
 de fotos viejas
 de gente
 que no conoces
 de libros
 amarilleándose
 en las mesas, tirados

a un lado de una pecera
 el olor de libros de homeopatía
 lo similar
 apuntes de homeopatía
 cura lo similar
 de recetas de homeopatía
 estaba dando clases
 por eso hay
 un tiradero.

Pero es evidente
 que el tiradero ya estaba ahí
 desde antes
 que si algo pasó
 en los últimos años
 es ese tiradero.

Me ofreció beber algo
 de una cava de botellas semivacías
 hechas polvo
 o una cerveza
 y caminó a pasitos
 esa pequeña distancia del mundo
 recorrida con cuidado
 y determinación.

 no puedo caminar ya
 me cuesta trabajo
 puedo desmayarme

Y otra cosa
 que dice
 todo el tiempo:
 gracias por haberme llamado
 qué bueno que viniste

qué bueno que
al fin te conozco
qué bueno que vienes
a conocerme
antes de que me muera.

Pero como tratamiento
quizá fue placebo
o cura efectiva
porque la ausencia de mi padre
se había curado antes
con su ausencia.



Sandra Lucía Ramírez

(Ciudad de México, 1972)

Escribe cuentos y poesía. Es mamá de Patricio y especie compañera de dos perras y cinco gatxs. Trabaja como investigadora en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNAM.



El amor es la alegría acompañada de la idea de una causa exterior.

Libro III, Df. Af. 6

Cuerpo asexuado
no binario
dice le ángel que camina erguido
detrás de un automóvil

pancarta símbolo consigna

yo te llevo, Lola, de la mano
sin mano
sin llevarte
con el deseo de ti arrebujado
debajo del espejo-sombra de mis ojos

la basura en la banqueta es canto
música
cachondeo del comienzo

la rutina mata, dices
calcifica la glándula pineal

mi tercer ojo abierto a la fragancia de tu sexo
tan tuyo tan nuestro
tan imaginado

tú tan presencia
avanzas bailando
con ellxs
bestias tribales

la rutina no mata
te digo mientras grito que
a mí me cuidan mis amigas, no la policía

negros uniformes esconden nombres

brazos piernas labios ojos melenas gritan

a mí me cuidan mis amigas

y te miro y te beso y me enamoro
de aquella eternidad
que te fusiona en una red de cuerpos
en la que falta el mío

y no importa.

Es propio de la naturaleza de la razón percibir las cosas bajo alguna especie de eternidad.
 Libro II, prop. 44, cor. 2

Esas tardes que he muerto
 por la mera impertinencia de desear
 no desear sentirme viva
 estaría imaginando este cuerpo
 que casi nunca es mío
 una historia
 que casi siempre es mi historia
 una tierra que habito y me habita
 células que negándose a envejecer
 se parten en idénticas mitades
 de sí mismas
 eternidad
 repetición y diferencia.

Esas tardes en que un sillón
 fue la urna continente
 de la sombra
 y el estómago vacío
 estaría recordando en palabras
 la cadera dislocada
 la orfandad del zapato al costado
 de la calle
 y el grito
 que casi nunca es mío
 de una historia
 que casi siempre es mi historia
 una niña que corre y se pierde
 y se rompe y se ríe

y vuelve siempre como otra
 idéntica a sí.

Esas tardes de enero
 en que he muerto
 en soledad
 en humo
 en alcohol y en frío
 estaría desafiando a la ausencia
 que casi nunca es mía
 una historia
 que casi siempre es la misma
 y que cambia y se rompe
 y se repite
 y vuelve siempre como otra
 idéntica mitad de la otra de mí

esa niña que muere y yo
 que por mera impertinencia me desdoble
 eternidad
 repetición y diferencia.

*La idea que excluye la existencia de nuestro cuerpo no puede darse en
nuestra alma.
Libro III, prop. 10*

Este espacio que habito
este cuerpo
desmenuzado en tiras de selenio
intervalos biológicos de referencia
riesgos moderados

—conteo de enzimas análisis de
posibles disfunciones—

esta línea oscura atravesándome
diez, nueve, ocho... al cero
presión arterial declive

—trans4,5-Epoxi-(E)-2-decenal—

esta nariz larga en demasía
rota en demasía

respiración láctea

—gonadotropina citrato de clomifeno
ovarios poliquísticos—

este útero que se contrae y expulsa
coágulos endometriales
deseos inoculados
injertos
inciertos
pasos a seguir cada 90 días

—ecografía madurez ovocitaria—

piernas abiertas
muslos violentados

cuento cuerpo
cuerpo historia
debajo de las luces del quirófano
el niño
embebido en sangre

—vísceras expuestas cicatrices—

glándulas mamarias
boca
noches abiertas
de ojos abiertos
desencanto dolor
parecido al arrepentimiento
siento.

*La idea de una afección cualquiera del cuerpo humano
no implica el conocimiento adecuado del cuerpo exterior.
Libro II, prop. 25*

Hambre que me es ajena
pero que sacio con dolor en mis pezones
hambre que arrullo

desde la apertura del sacro
el cordón tasajeado
se conecta a tu espalda

duermes y no sabes
qué significa estar fuera de mí
te toco sin saber
qué significa la distensión en tus costillas

seco tu pelo oloroso a bayas falsas
derroto la distancia que intenta distinguirnos

en el ejercicio de poseer tu cuerpo
tú me apresas

cuerpo alma cosa entre las cosas

amor es patrimonio de los cuerpos
excrecencia de la voluntad

el pensamiento yo pienso

como la vaca
como la cerda
como la perra que suspiró profundo
un momento antes de morir
condenada al silencio de su bestialidad

la bestia agacha su cabeza y ama.

Cada cosa, en cuanto está en ella, se esfuerza en perseverar en su ser.
 Libro III, prop. 6

La madre de mi madre y la abuela de mi abuela
 tiñen sus huesos
 del color de los hijos que se pierden
 antes de la cuarta luna

criaturas que se enroscan
 en las guías de la ipomoea
 persisten
 hasta fagocitar un cuerpo

el cuerpo del niño que duerme en el suelo

con arcaicos rezos
 las viejas recrean
 deseos podridos
 detrás de sus vejigas
 siembran secretos en la cama

el niño pertenece.

*Una cosa cualquiera puede ser, por accidente, causa de esperanza
 o miedo.*
 Libro III, prop. 50

Cómo será describir la diferencia
 entre la historia y aquel cuento
 que memoricé de niña

cuál será la mano
 el ojo
 el gesto carente de intención
 que apunta a ese costado
 del cuerpo que se guarda
 bajo la escalera
 el día de mi cumpleaños

dónde vivirá la inhalación que

—dicen—

debería ser profunda
 lenta
 hospitalaria y que

—en cambio—

es agua
 polvo
 vómito invasivo
 en mis pulmones

quién habitará mi casa
 si decido marcharme
 esta tarde a las cinco
 o a las cinco menos cinco
 y tiro las llaves por una coladera
 al paso del tranvía azul

del tren que en la estación cercena al viento

y si acaso tropiezo

cuánto podré mirar
 el agujero que rompe mis tacones
 desnudando mis pies
 las piernas que quebradas
 no sostienen más el torso
 el cuello
 la cabeza

cuál será la palabra
 que aniquila el mito de
 decir qué a quién.

*El alma no está sometida a los afectos que se refieren a las pasiones,
 sino mientras dura el cuerpo.
 Libro V, prop. 34*

A la mamá de José Eduardo

Anudo esa carne mía
 ahora
 ahí
 de oxígeno vaciada

anticipo

células rotas
 tránsito de sangre interrumpido
 agujeros negros asaltando
 el rincón de tus inspiraciones

y yo no tengo llanto
 tengo un grito incrédulo
 una línea continua encerrada entre signos
 de pregunta

quiero sólo volver a amamantarte
 inundarte de líquido amniótico
 tejer tu ombligo
 atarlo a mi sangrante útero

me llaman héroe

me desgarró volcada

en la frivolidad de esta nota roja.



Ángel H. Candelaria

(Monterrey, Nuevo León, 1997)

Licenciadx en Letras Hispánicas. Norteñx por condición y barrocx por convicción. Sigue creyendo que puede ser una de las chicas Almodóvar. Fue becarix del Centro de Creación Literaria Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León.



Lxs Olímpicxs

(Fragmentos)

AFRONTAR BIEN MI DERROTA Y BRINDARTE**[Aquiles]**

zarpa tu balsa entre mis brazos
 amor me pregunto
 constante
 qué existió
 antes de ti
 qué caricias incendiaron las aguas del mundo
 incluso antes que los míos cayeran despedazados
 sobre la náusea
 me crispa la porosidad
 de una promesa rota
 tanto destino
 para que la mirada de los dioses
 se olvide de cerrar este panteón
 y encuentre su cumbre entre la guerra

qué nos sofoca
 la niebla un beso
 de qué vale tanta costra derramada
 sobre la cresta de tus pasos
 qué será
 entonces
 de la sed que nos vuelve chicharrón la entraña
 nuestra carne sobre sus cuatro alcances
 como el puñal que agujerea el bronceo peto acorazado de
 su víctima
 no bastaron videntes

huesos
 oráculos fugaces
 ni la vida salada
 para sangrar la deuda
 anduve cauteloso el tejido de tu piel
 ese pistilo que muele la sombra
 para encontrar tu cuerpo vacío
 a la espera del sol
 sobre el lecho de tierra
 laurel y terciopelo
 una mano de astro desamparo que cinchó tu voz y sus latidos
 como si el amor entre los hombres fuera un chiste
 una membrana
 un oropel
 la condición que nos transforma
 y nos posee
 en boca viva

zarpa tu balsa entre mis brazos
 amor
 y no queda
 y no me queda
 y *no me queda más*
que perderme en un abismo de tristezas
 me pregunto constante
 qué existió antes de ti
 qué nos resta después de la noche y la matanza

cuántos más hemos de partir vueltos silencio

YO NO NACÍ TORCÍO, ME TORCIERON

[Sísifo]

canto

cristal con la mirada

arruga de luz sobre mi lado ardiente

la cara rota del sol cuajo de sombra

ceniza derramada redonda la tierra

calcina el rastro de sal

que enriquece la duda entre los hombres:

incendio

de sed

estas colinas

*tropecé de nuevo**y con la misma piedra*

en el bolsillo de la nalga derecha

grillete polvoso

que libera

de su lengua

esta virtud marchita

me supura entre las manos

séntida de amores

y aunque prometa guardarme del abismo

de la pus

de la alquimia y manufactura barata

sobre cualquier crucero

canto

máscara sin nombre ni tatema

la hebilla de plata que me sostiene entero

que *te miré de pronto y te empecé a querer*

empecé a quererte colección de cristales

peña de amargo

beso robado

tropiezo

doy trastumbos por la pista

me corro

canto

déjame volver cuando sea noche

*yo que había jurado**no jugar con fuego*

canto burlar la muerte

desierto de hambre cuerpoarriba

permanezco

sequía repetición y náusea

tropecé de nuevo con el incendio

canto derrumbe

si pudiese

ira de un ángel que atraviesa los cielos

y con la flecha que ha de partir estas montañas

canto

podrás

que mi dios y dios siempre es igual a uno

que me canso de ser hombre

carga mineral en las entrañas

o no soportas

que sólo canto

respiro otra vez *con la misma piedra*

desconozco mi crimen

canto

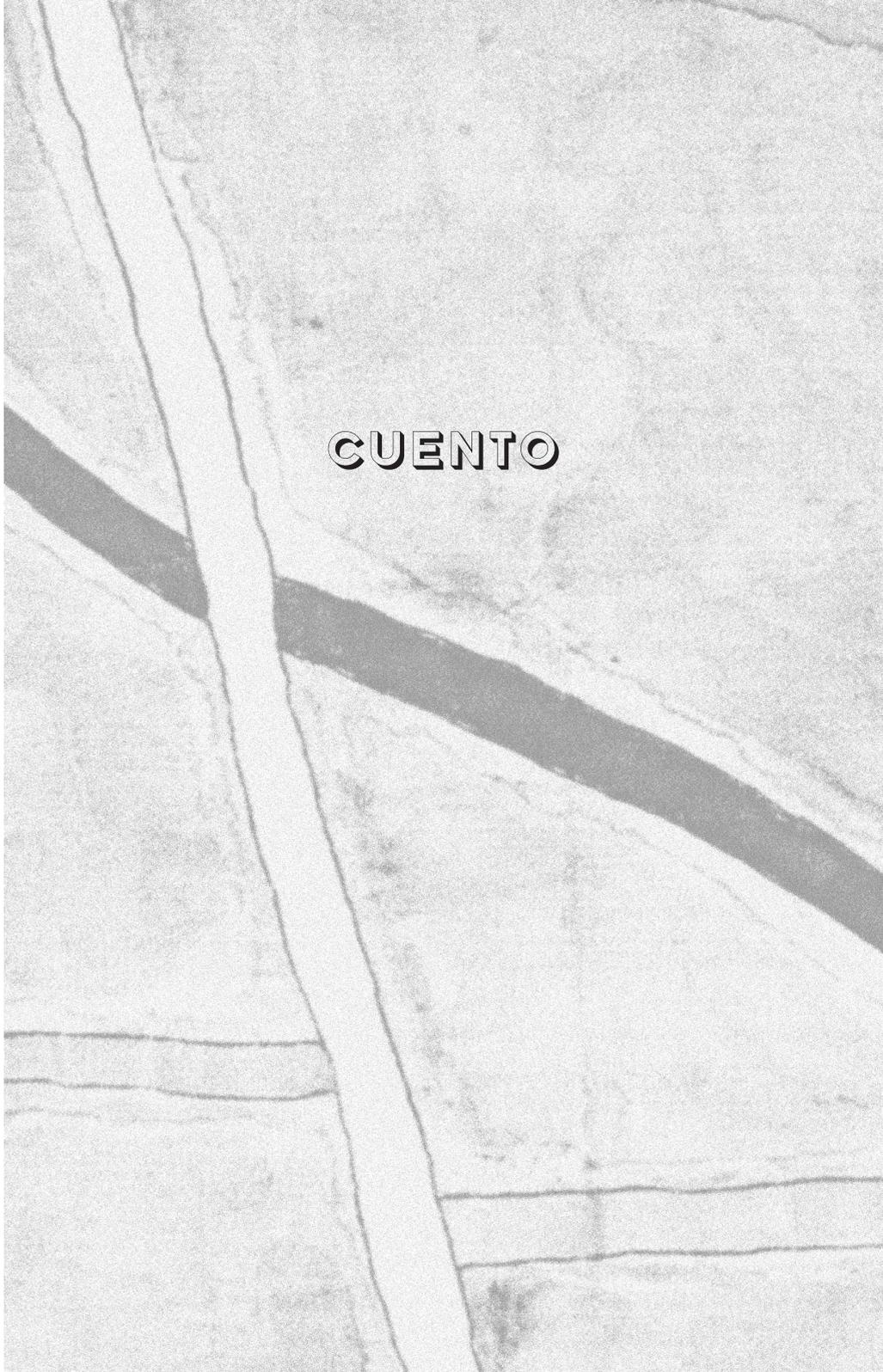
bajo el espejo y la mierda

soñar es ciudad llena de espinas

te quiero pero necesito espacio
cilíndrica tiniebla esta pasión que nos desborda tu sombra
hermano
el show aún ni comienza y ya quiero quitarme la peluca

Las primeras versiones de estos poemas formaron parte del proyecto trabajado con el apoyo del Centro de Creación Literaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León en su edición 2021, bajo la tutela de Antonio Ramos Revillas.

Puede que estos poemas permanezcan, o no, para una versión final del proyecto. Pero ¿qué realmente permanece?



CUENTO

Notas introductorias

Escribir es una forma de representar la propia existencia en el mundo. Comunicar diversas impresiones personales es una necesidad, condición de nuestra propia vida. En la escritura, el lenguaje busca armonizar con la creatividad. La creación literaria demanda, además, compromiso y responsabilidad, pues es un convenio tácito realizado con el intelecto, las emociones y lo estético. Escribir narrativa, específicamente cuento, es trasladar todo lo anterior a un espacio reducido y por tanto más concreto; en cada historia debe imperar la búsqueda por revivir la capacidad de asombro del lector, desafío del que se han apropiado los autores de los primeros cinco cuentos, quienes adquirieron las herramientas y el aprendizaje necesarios para continuar con el proceso de maduración de su labor como escritores gracias a este diplomado.

Las siguientes páginas albergan historias tan particulares como las voces de sus autores. Así, tenemos el mundo femenino de Ana Delia Mejía Quiroga en “Tres en el camino”, narrativa poética en una voz infantil donde lo simbólico de la noche y de las figuras de la luna y el gato imprimen fuerza y valentía. Una obsesión adolescente con un rompecabezas muy particular es el eje de “El universo es algo así como un cubo”, de Andrés Martínez Ortega, cuento de formación donde el protagonista se quiebra al igual que su deseo y confianza.

En “Los códigos de Hispania”, de Antonio Trejo Galicia, una extraña enfermedad comienza a transformar el cuerpo y el mundo del personaje principal luego de que irrumpe en su vida un ejemplar recién impreso de historias cortas vinculadas con la ingeniería química. Sergio López Monterrubio ofrece un recorrido vertiginoso por la Ciudad de México en su “Costumbrismo sobre ruedas”, donde un ciclista narra la forma en la que experimenta la violencia propia de la urbe. Por último, Susana López Siller exhibe los secretos más oscuros de una familia en “Las casas de los muertos permanecen”, protagonizado por una víctima atormentada que finalmente encuentra la redención tras años de luchar consigo misma.

LOLA ANCIRA



Escribir cuento siempre es ir en contra de algo. Porque, aunque quiero pensar que ocurre cada vez menos, lo cierto es que todavía existe la idea generalizada de que los narradores serios escriben novela, de que los intelectuales sesudos se dedican al ensayo, de que la poesía es una apoteosis reservada para los artistas de verdad. Y el cuento y otras formas de escritura son percibidas como algo menor, entre los autores, los lectores, pero sobre todo en la industria editorial. Entonces, quienes nos dedicamos al cuento nos convertimos automáticamente en *outsiders*, por lo menos en pesados que buscamos llamar la atención. ¿Por qué no podemos ser narradores normales? En estas circunstancias, encontrar un grupo de cuatro personas que ven el cuento como un género total, híbrido, de infinitas posibilidades, es reconocer a otros

fugitivos del deber ser, es hacer comunidad alrededor del acto tan elemental y humano de contar historias. Pero no son historias cualesquiera, en este grupo pueden internarse en el naturalismo del *western* salvaje de Humberto; en la contundente construcción de lo fronterizo, con sus porosidades y pesadillas americanas a las que nos lleva la escritura cálida de Alfredo; en la imaginación que subyace en las pequeñas cosas de la vida cotidiana, con todo y sus desconciertos, que nos presenta Liz; y en la intimidad de la prosa sosegada de Saraí, que pone por delante la mirada femenina en este mundo de hombres. En fin, ha sido un gran honor y un placer indecible acompañar a estos cuatro cuentistas en la búsqueda de los elementos que dieran la forma perfecta a sus relatos. Sé que además de cuatro narradores que darán de qué hablar en el futuro, encontré algo más que un grupo: un pequeño equipo táctico, compañeros de este *Blitzkrieg* que significa escribir cuentos en un mundo de novelas.

ELMA CORREA



Ana Delia Mejía Quiroga

(Lima, Perú, 1981)

Escritora y licenciada en Educación Secundaria, con especialidad en lengua y literatura. Cursó estudios de maestría en Escritura Creativa en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Obtuvo el primer lugar en el V Concurso Nacional de Cuento organizado por la Feria del Libro Zona Huancayo en 2013. Ganó el Bibliotecuento 2019, concurso de microrrelatos convocado por la Casa de la Literatura Peruana. Sus microrrelatos han sido incluidos en las revistas *Plesiosaurio* y *Ruido Blanco*, y en la antología *Brevestuario* (2021). Es autora de los libros infantiles *El juguete que faltaba* (2020) y *Valeria y los dinosaurios* (2020). En 2021 resultó beneficiaria en el Concurso Nacional de Proyectos de Creación de Obras Infantiles y Juveniles del Ministerio de Cultura de Perú. Actualmente prepara un libro que combina cuento breve y minificción.



Tres en el camino

Esta vez es diferente. Hay gritos, insultos y súplicas. Como siempre. Sonidos de cosas que caen. Llanto y ronquidos.

Yo me escondo. Lloro bajito y espero a mamá cuando llega el silencio.

Pero esta vez ella tarda. Y cuando entra a mi habitación, aunque me abraza y besa como siempre, no es la misma.

—Te irás con la abuela —anuncia.

—¿Y tú? —me sorprende.

—Iré después. No tengas miedo.

Y no pregunto más nada, porque lo entiendo todo.

Me pone un abrigo largo de lana encima del pijama. Me toma de la mano y caminamos, casi flotamos, hasta la puerta. Entonces me doy cuenta de que olvido lo importante.

Cuando todo empieza, Quilla se esconde debajo de mi cama y no sale de ahí hasta que aclara.

Hacia allá va mamá y regresa de inmediato cargando una pequeña cárcel con paredes de malla y piso de cartón. Dentro, unos ojos brillan redondos y amarillos como luna llena.

Pronto amanecerá. Echamos a andar tres cuadras en silencio y esperamos el bus azul pálido que conoce tan bien el sendero a los brazos soleados de la abuela.

El bus llega. Mamá me besa la frente y las dos mejillas, me pide que esté despierta. Subo. Me siento junto a la ventana, desde donde la miro.

Grita que no tardará. Una lágrima lila brilla bajo su ojo izquierdo. Se ve pequeña, morena y pequeña mamá.

El bus arranca. Balanceo de un lado a otro mi mano frente al vidrio que nos separa. El miedo acelera dentro de mí.

A través de la ventana, en lo alto, te descubro, blanca y redonda, luchando por liberarte de una nube que te cubre a medias.

Nos sigues. ¿Por qué nos sigues?, si tienes tu propio y gris problema.

Mírala, Quilla, nos sigue y brilla, prisionera. ¿Te imaginas, libre, cuánto más brillará?

Mírala, Quilla, ¿sientes tú también el deseo feroz, el impulso de liberarla? ¿Puedes sentir su amor?

Atrápala en tus ojos amarillos, aunque ella sea blanca.

Háblale, Quilla, nos oye. Pregúntale, ella responde. Te mostraré. Escucha:

—Mis libros, mi habitación, ¿volveré a verlos?

—Sí, pero serán otros.

—¿Y el rompecabezas que he dejado a medias?

—Le faltarán siempre tres piezas.

—¿Y mi casa?

—Hacia allá vamos.

Lloro. De miedo, de alivio, de alegría. Ahora sé que no me importa nada, sólo que mamá cumpla lo que prometió. Y también, gatita buena, que no estamos solas.

¡Qué frío! Te liberaría para abrazarte y así calentarnos con nuestra ternura. Pero me da miedo que escapes, que corras hacia la nube e intentes ahuyentarla con tus frágiles garras. No entiendes que eres pequeñita y que la nube es enorme.

El barrio se hace cada vez más diminuto y extraño. Me despido a prisa, antes de que desaparezcan las casas de rejas oxidadas y paredes quebradas, las bodegas cerradas, los jardines marchitos.

Recuerdo el “te amo” en los ojos de mamá y el “te puse galletas” en su voz. Ella sabe hablar así: lo importante siempre te lo dicen sus ojos.

Recuerdo la lágrima, brillando lila bajo su ojo izquierdo, y tengo miedo de que tarde, pero más miedo de que ya jamás vuelva a tardar.

Mira, Quilla, ese parque hasta ayer fue muy mío. Aún se columpian mis risas; también giran, escalan y caen. ¿Ves a ese perro que olfatea cada rincón? Me está encontrando en todas partes.

No volveremos, lo sé. Sé también que somos tres, de madrugada, rumbo a un mejor lugar.

Las nubes, mira las nubes. Son grises y parecen... Aquélla, un buitre con uñas cuchillo; aquella otra, un puño cerrado; ésa, unos colmillos afilados.

¡Lunera, aún estás con nosotras!, vigilante, protectora, sólo la nube te impide irradiar tu luz, toda.

A esta hora la carretera es silenciosa y apacible como mamá, como tú. Más tarde, en cambio, se parecerá a papá.

El bus, ligero, nos ha alejado de eso que hasta hace poco llamábamos hogar. ¡Es mágico! Pasa por un lugar y lo conviertes en un recuerdo. Sólo las tres seguimos siendo presente.

¿Entiendes lo que significa “empezar de nuevo”, gatita buena? Tal vez lo entiendas y no te importe, mientras seamos tres. Yo algo comprendo y me importa y me asusta y me conforta.

Pero tienes que saber que somos más que tres: tú, yo, la que nos guía, la que vamos a buscar y la que nos va a encontrar cuando termine de contar su historia a unos hombres que la saben de memoria, pero que fingen amnesia.

Han de recordar. Y no bastará el recuerdo. Hoy no. Esta vez es diferente.

Luna compañera, esa nube sigue tratando y tratando de apagarte.

Ten cuidado.

Ten cui... da... do...

La voz se me ha quebrado. Lloro, lloro, lloro. Saco a Quilla de su cárcel. La abrazo, la cubro de lágrimas. Restriega su cabeza en mi mejilla. Es su forma de decir “Te quiero. Todo estará bien”.

Tiemblo. Te miro para darme valor, pero apenas puedo verte, amiga: la nube te ha cubierto del todo.

Miedo, miedo, miedo, yo. Nube, nube, nube, tú.

El miedo es puño, colmillo y buitre (al mismo tiempo) que me rompe. La nube es un hoyo que te traga, que engulle tu fuerza, pero no la digiere.

El miedo es voz que susurra en mi oído “¡No vendrá!”. La nube es manto que impide ver tu brillo.

Si me libero, te libero. Si te liberas, me liberas. Hagámoslo al mismo tiempo. Que, al fin y al cabo, la nube y el miedo son uno solo. Y tú y yo también lo somos.

Para sentirlo, cierro, aprieto fuerte los párpados... Y canto, canto y canto.

*Luna lunera, de negra melena,
blanca hechicera que apaga las penas,
regálanos sólo noches serenas
que multipliquen tu resplandor
y la alegría del corazón
y la alegría del corazón.*

*Luna lunera, fiel compañera,
blanca hechicera de noble sonrisa,
besa mi tibia frente sin prisa
para que el beso del dios Sol
me halle mañana fuerte y entera
me halle mañana fuerte y entera.*

Lentamente, apartas la nube gris y brillas, brillas, brillas. El miedo y la oscuridad se diluyen. Y yo, de pronto, lo sé: esta vez será diferente.

El viaje continúa pasando barrios enteros, puentes, parques, escuelas. Poquito a poco, el paisaje llena nuestros ojos

de verde y luz, de casitas blancas y apacibles vacas desayunando.

El sol sale. Debes tomar otras formas. Seré feliz si decides tomar una que me permita abrazarte.

Las nubes ya no son grises. Son blancas y parecen... Aquélla, una paloma; aquella otra, un gato; ésa, una gran sonrisa de bienvenida.

Mira, Quilla, la de allá es un corazón enorme.

El bus se detiene. Me pongo de pie. Sostengo fuerte, muy fuerte, la jaula que ha vuelto a estar ocupada. Avanzo lento para no tropezar. Bajo los tres escalones y siento que he llegado al lugar más seguro, ése en el que me esperan unos brazos abiertos y la sonrisa que adorna la cara redonda y luminosa de la abuela.

Gracias, lunera. Venga ese abrazo.



Andrés Martínez Ortega

(Ciudad de México, 2000)

Estudia Literatura Dramática y Teatro en la UNAM. Ha colaborado en *Tierra Adentro* y *Milenio*. Fue ganador del Premio Cuento Joven UNAM-SECTEI 2020 y del Concurso Iberoamericano de Cuento Ventosa-Arrufat y Fundación Elena Poniatowska Amor. También ha presentado monólogos en Teatro La Capilla y Mejor Teatro.



El universo es algo así como un cubo

Ocurrió en la jardinera central de la preparatoria, bajo la jacaranda ya florecida. Cazábamos con la mirada cada arista y esquina que poblaba el cubo de Rubik. Una permutación aquí, otro algoritmo por allá, el nerviosismo trabando los dedos, Cronos que parecía apresurar el ciclo de las manecillas. Las caras del 3×3 nos reclamaban, con ese chasquido que emergía de cada *finger trick*, que las devolviéramos a su estado resuelto. A nuestro alrededor, varios compañeros saciaban la curiosidad de ver a tres chicos cuya vida se iba en resolver este rompecabezas. Y nos fascinaba: Lalo, Uriel y yo solíamos adoptar la pose de geniecillos que, en lugar de ver cuerpos humanos, veían seres hechos de piezas cúbicas adornadas con estampitas de colores.

Tras haber hilado una combinación certera de algoritmos, las esquinas y aristas finalmente regresaron a su lugar, y una vez que en las caras del cubo ya reinaba la armonía de los colores, lo arrojé sobre el pasto. Detuve el cronómetro del celular, que era de Uriel, con un puñetazo tan certero que creí que había estrellado la pantalla. Nos quedamos callados, los segundos se alargaron en el rumor de la jornada preparatoria: voces juveniles surcaban el patio, el viento hacía volar las flores de la jacaranda, y nuestros espectadores improvisados soltaron algunos “no mames” y otros “está cabrón”. Entonces, Uriel me llenó de groserías por casi haber desgraciado su celular, pero yo sólo quería ver mi tiempo. Le grité que cerrara el hocico y miré la marca del cronómetro: 12 segundos y algunas décimas más.

Lalo abrió la boca con elocuencia:

—Pinche chorizo.

Liberé una risotada. 12 segundos. Las décimas podían quedarse borradas para no ensuciar la belleza de mi récord

personal. Deseé que hubiéramos grabado, que alguno de nuestros espectadores hubiera sacado su celular en el momento que más lo necesitaba. Por primera vez fui entusiasta de la cámara: el acontecimiento no podía quedarse solamente en la memoria, condenado a ser una suerte de carboncillo que se encendería cada vez que fuera recordado.

Al ver que ya no seguimos compitiendo, nuestro público se disgregó en menos de un par de minutos. No importaba: lo inmediato era reconstruir mi triunfo. Lalo trató de replicar el *scramble*, la serie de movimientos que dictaba cómo desordenar el cubo, mientras que Uriel me interrogó para saber qué algoritmos había realizado hasta que se aburría y se puso a jugar *Candy Crush*. Y yo no sabía qué contestar: nomás hice una permutación tipo T, así dije, luego una tipo U... No podía, no era capaz de revivir mi proeza: pensé incluso que todo había sido un accidente, un fallo en el *scramble*. Pero yo no dije eso, sino que me inventé una explicación bien mareadora:

—Sólo lo sentí, seguí mi instinto. Un *speedcuber* no piensa: toma decisiones, elige caminos, se pone a dominar el efecto mariposa.

Uriel, que ahora jugaba ajedrez en su celular, levantó la mirada y replicó:

—No digas mamadas.

¿De verdad necesitábamos explicar mi logro? Continuamos armando y desarmando los cubos, ya sin el deseo de competir, sino con todas las ganas de hallar nuevas estrategias para romper mi marca. Permanecemos, pues, hermanos por un silencio de pura concentración, hasta que en mi mente aterrizó una idea que brillaba de entusiasmo.

—¿Y si entramos a competencias?

La insinuación reventó nuestras fantasías: nos imaginamos ganándonos la vida gracias al grandioso de plástico, atrayendo mujeres con nuestras tremendísimas capacidades cognitivas,

pero sobre todo nos veíamos recorriendo el mundo para enfrentarnos al ídolo, al héroe, al semental del Rubik, al velocista por excelencia, Feliks Zemdegs, patrón del récord de los cuatro segundos. Todo nos pareció sencillo, y el futuro que habíamos imaginado era tan claro que ni siquiera lo pusimos en duda. Marcamos la promesa: entrenaríamos duro hasta arribar al estrellato del *speedcubing* antes de que nos graduáramos de la preparatoria. ¿Por qué? Pues porque odiábamos a los señores que, aun cuando sus dedos ya no se movían con la misma vigorosidad de antes, seguían ocupando espacios y haciendo el ridículo frente a los prodigios asiáticos de ocho años. Ser *speedcuber* es ser joven, decíamos.

El primer paso era encontrar una competición adecuada para nosotros, misma que no tardamos demasiado en encontrar cuando nos enteramos de que una tienda pequeña y emergente llamada Rubikubos, en la Frikiplaza, había convocado a un concurso con el que pretendía crear una pequeña comunidad. Los premios eran atractivos: un nuevo cubo de velocidad, un *pyraminx* y un *megaminx*. A Lalo le emocionaban los premios, tanto deseaba aprender a armar otros rompecabezas además del Rubik clásico, y Uriel lo único que quería era enamorar a cualquier chica que lo viera resolver el cubo con sus dedos largos. A mí, en cambio, me daban igual los premios: me importaba más alzarme con el orgullo de saber que era mejor que todos.

Nuestro proceso de entrenamiento fue sencillo: Lalo, tan diestro como para hurgar en rincones de internet, encontraba páginas para aprender múltiples algoritmos. Él fue el primero en dominar las primeras tres partes del método Fridrich, que era la formación de la cruz de la cara principal; luego F2L, *first two layers*, basado en el armado de las aristas centrales para emparejarlas con los centros medios y que sólo quedara el nivel superior; OLL, *orienting the last layer*, que se encargaba

de orientar la última cara y culminar con PLL, es decir, aplicar alguna permutación que finiquitara el *solve*. Lalo era capaz de resolver montones de situaciones que el Rubik le presentaba, se inmiscuía en secuencias de movimientos con una elegancia pocas veces vista. Sus *finger tricks* eran tan precisos, tan rítmicos, que su cubo parecía cantar. Era él quien, sin querer, me había hecho entrar al mundillo del *speedcubing*: lo conocí en los primeros días del primer año de preparatoria porque me llamó la concentración que expresaba su rostro al armar el cubo, la forma en que movía sus pupilas para discernir soluciones. Soy el *sensei* del 3x3, dijo después de sorberle a su sopa Maruchan.

A Uriel lo conocimos después. Nunca tuvo un cubo propio. Era el más despreocupado: tenía la mente y el tiempo para volverse experto en diferentes juegos. Un día era especialista en *Left 4 Dead*, y al par de semanas ya era un maestro en el *The King of Fighters* de maquinita. No sólo eso: tenía las ganas de andar detrás de compañeras para seducirlas con paletas de corazón y con sus intentos de tocar la guitarra. Ninguna mujer quiere estar conmigo, decía, y lloraba durante una hora hasta que encontraba algún juego de celular en el que pudiera desquitar su ansiedad.

Uriel apenas comenzaba a dominar las primeras dos partes del método Fridrich, así que naturalmente era quien más se tardaba en arribar al *solve*. Su rol era, más bien, el de ser el burlón que nos señalaba nuestros errores al ejecutar mal una permutación.

—Qué pendejos, no les sale la tipo Z —decía sin saber cuál era la tipo Z.

Yo era yo, y mi papel era el de practicar lo más posible.

Los entrenamientos comenzaron a hacerse todavía más intensos. No nos despegábamos del cubo por ninguna razón. Sabíamos que el *speedcubing* no era un simple pasatiempo,

sino un modo de vida. Entrenábamos en plena clase, y mientras una mano la teníamos para tomar apuntes, la otra estaba para armar el cubo. Otras ocasiones no comíamos con tal de perfeccionar la fluidez de nuestros algoritmos.

Una vez, entramos al baño a orinar. Cuando nos terminamos de lavar las manos, asumimos que era un buen momento para competir. Veníamos de revisar las variantes de la permutación tipo G, de forma que queríamos ver quién aplicaba alguna más rápido y de manera efectiva. Así que ahí estábamos en círculo, con nuestras manos a la altura de nuestras entrepiernas, jugando con el cubo. Mientras estábamos concentrados, entró al baño un muchacho moreno, alto, cuya cara brillaba de sebo. Era Teodosio, un recursador al que le fascinaba juntarse con nosotros porque era su sueño aprender a armar el Rubik. En cuanto nos vio, su voz alburera halló el instante perfecto:

—Qué andan haciendo, cochinos. Por lo menos inviten.

Ojalá hubiéramos podido quitárnoslo de encima, pero el compañerito siempre estuvo de encimoso, y jamás abandonó su adicción a tratarnos como niños. Practicar con él en plena clase era un verdadero problema. Era un compañero poco discreto, incapaz de darse cuenta del volumen de su voz. Por su culpa, la técnica de sentarse hasta atrás del salón y poner las mochilas en las mesas fracasó, y varias veces fuimos cachados por los profesores. Ciertamente, era yo quien más se exasperaba con la presencia de Teodosio: odiaba el modo en que, al hablar, ensuciaba nuestros rostros con sus salivazos. Lalo tampoco lo soportaba: su personalidad silenciosa y calmada lo hacía pasar inadvertido. Uriel casi siempre estaba distraído, la mayoría de las veces tardaba en entender los insultos.

Por culpa de Teodosio, la gran mayoría de los profesores nos decomisaban nuestros “juguetitos”, aunque otros eran más pacientes y sólo nos pedían que los guardáramos. Rodrigo, el profesor de Física, en lugar de molestarse, nos pedía

que pasáramos al frente para competir a los ojos de los compañeros. En alguna ocasión se acercó a nosotros a que le enseñáramos a armar el cubo. Al principio tuvo la paciencia para aprenderse los pasos del método principiante, y conforme el proceso se hacía más complejo, comenzó a desesperarse. Su incomodidad era evidente por la aceleración de sus palabras, las constantes amenazas y el volumen de su voz. Nos pedía que fuéramos más lentos, decía que su calva ya no asimilaba el conocimiento tan rápido.

—Bueno, luego le seguimos, chavos —eran las palabras con las que nos despedía del salón.

Por aquel tiempo los cubos se habían propagado por los rincones de la preparatoria como una familia entera de virus. Uno llegaba a la escuela para toparse con un paisaje de chavos armando el 3x3 —con el método principiante, no podía ser de otra manera—. A nosotros no nos hacían idiotas: todo era para creerse más inteligentes a la mirada de las chicas. Como si eso tuviera alguna relevancia. Para Lalo, por ejemplo, el cubo de Rubik era una herramienta para ligar: con su encanto de chico tímido e intelectual solía arreglárselas para atraer a alguna que otra chica. Así se hizo novio de Paulette, y por la misma obsesión por dominar las múltiples situaciones de la permutación tipo U, terminó rompiendo con ella. Uriel, en cambio, no pudo conciliar sus encantos naturales y el intelectualismo del cubo. Lo suyo era presumir sus habilidades al tocar la guitarra; la torpeza de sus dedos se transformaba al ejecutar los acordes de alguna canción improvisada. No se atrevía a cantar porque su voz era bien aguardientosa, más perteneciente a un borracho cantinero que a un muchacho de preparatoria.

De todos modos, nuestro ego se acrecentaba cuando aplastábamos a aquellos impostores del cubo de Rubik que nos retaban para demostrarnos que eran los mejores. Veníamos así a los aspirantes a ingenieros, a la profesora de

Matemáticas, a los especialistas en rompecabezas. Finalmente, ser *speedcuber* era más una cuestión de velocidad y memoria, no tanto de entendimiento: comprender las implicaciones de cada giro en el cubo le correspondía a los académicos.

Nuestro camino hacia la competición habría sido más calmado de no ser por Teodosio, quien jamás faltaba para llegar a perturbarnos la paz. Decía que ya nos tocaba crecer, que de seguro en nuestras casas no nos querían y que por eso nos dejaban a la deriva con los cubitos. Pero, ¿qué importaba si eso era cierto? Mi madre pasaba los días enteros trabajando: por la mañana revisaba gente enferma en los hospitales y por la tarde era profesora en alguna escuela de Medicina. Me dejaba los útiles necesarios para las clases y, aunque no la viera en todo el día, no me importaba que me dejara con el dinero suficiente para comprar pizzas afuera de la prepa: yo ahorraba el sobrante en mi alcancía de cubo de Rubik. Lalo vivía con su abuela y siempre venía bien preparado a la escuela: si llovía, tenía a la mano un paraguas; si se le disparaba alguna dolencia, en la mochila cargaba paracetamol o ibuprofeno. De Uriel nunca supimos demasiado: su forma de ser era tan distraída que una vez llegó a la escuela sin mochila.

Teodosio no sabía nada de esto, por lo que su creatividad de insultos se alzaba como la neblina. Afirmaba que tampoco tendríamos una pareja —a excepción de Lalo, claro está— porque a nadie le gustaban los nerds como nosotros. Y así fue hasta que, una vez, mientras estábamos cerca de los laboratorios de la escuela, la única zona arrinconada en todo el recinto, la cosa se tornó agresiva:

—Si así de rápido arman esa chingadera, no me imagino cómo se la han de jalar.

Mi cuerpo ya había soportado suficiente coraje, mi boca ya era un hervidero de groserías. Y yo, sin la posibilidad de contener la violencia, me atreví a responderle:

—Así de rápido dedeo a tu jefa.

Tan pronto escupí la imprecación, Teodosio estiró la mano para tomarme del cuello. Pero cuando uno escucha los susurros del peligro, jamás se queda con los brazos cruzados, así que le aventé el cubo por encima de su ceja izquierda. No sin antes recoger el cubo, Uriel, Lalo y yo huimos de la preparatoria hasta que llegó el tiempo de la siguiente clase. Estuvimos todo el rato en el Burger King cercano. Al principio, confieso que tuve miedo de que Teodosio me alcanzara a la salida, en medio de la oscuridad en el gran tramo que hay de la preparatoria hasta la parada del camión. Uriel y Lalo tomaban el metrobús enfrente de la prepa, así que su riesgo de amenaza era menor. Sin embargo, cuando volvimos a la clase, Teodosio no parecía trastocado por lo ocurrido: jugaba baraja con otros compañeros. Ni siquiera tenía marca sobre la ceja. Ni un moretón, ni una cortada. Y yo me arrepentí por no haberle azotado con más fuerza el cubo. Me sentí tonto por temerle: después de todo, si tocaba agarrarse a puñetazos, podía aplicar la técnica del *uppercut* sorpresa que aprendí en la secundaria. Lo que en realidad me daba miedo era que se le ocurriera acusarnos con el prefecto.

Quizá hubiera sido divertido seguir la historia con aquel amiguito, pero por más inverosímil que parezca, no volvió a jodernos.

Ahora, lo más relevante previo a la preparación del concurso fue que compré el que, para mí, era el mejor 3×3 del mercado: la primera versión del *Gan 356*, un cubo que medía un milímetro menos que los tradicionales, y un milímetro hacía la diferencia. El cubo también tenía corte de esquinas de 45 grados, que es la capacidad que tiene un cubo para estirarse cuando las capas no están completamente alineadas; y la cereza del pastel era que contaba con un sistema de calibración automático del núcleo. El núcleo es la pieza central que

retiene las caras del cubo. 300 pesos de pureza, un milagro de la ingeniería cubera que yo resguardaba en una bolsa de terciopelo que me había encontrado entre las chácharas de mi madre. No por nada el mismo Feliks Zemdegis tomó esta marca como su predilecta. Y vaya que era toda una experiencia: los *solves* con el *Gan 356* eran casi como experimentar un orgasmo, las capas se resbalaban como un trozo de mantequilla en un sartén caliente y la sensación de velocidad era tan violenta que podía sentir que mis manos se desprendían de mi cuerpo. Al tener este modelo, pude constatar un pensamiento: si el universo tenía forma, ésta debía ser algo así como este cubo. El *Gan 356* era una especie de testigo de la volatilidad de mis emociones: frente a éste, había llorado por no superar mis pobres tiempos, mas también había experimentado la alegría de aprenderme un algoritmo complejo. Incluso había sometido mi cuerpo a la furia de ser incapaz de identificar, al segundo, un caso sencillo. La frustración encadenaba mis manos, y como si yo no fuera dueño de mí, desquitaba mis enojos arrastrando los nudillos en la rugosidad de la pared. Había manchas de sangre seca, curitas por todos lados. No sólo era el mejor cubo del mundo, sino que además era mi acompañante para la vida. Cuando me volví a encontrar ante la incapacidad de superar mis tiempos promedio, me sentí como un inútil: era como si no hubiera honrado mi 3x3. Tal vez nunca haya llevado al *Gan 356* a su máxima potencia, aun cuando tengo claro que lo amé incluso más que a una persona; sin darme cuenta, el mundo se había reducido al cubo de Rubik: y ahí estaba mi madre diciéndome que la competencia no era lo más importante, que no descuidara las calificaciones. El asunto es que el *speedcuber* trasciende cualquier nota, cualquier intento de ser absorbido por las obligaciones escolares. El *speedcuber* huye de quienes buscan cortar su sueño, teje una intimidad honda con su herramienta de

trabajo. Finalmente, es uno mismo el que le otorga vida al cubo; es uno mismo quien conversa con él como si se tratara de un ser vivo. Por ello, el velocista del 3x3 comprende que, a pesar de que se lancen miles de modelos al mercado, no habrá ninguno igual.

Y llegó el día de la competencia.

El calor golpeó mi cuerpo en la Frikiplaza. Era necesario quitarse el suéter, despojarse de la ropa como si uno se encontrara en la playa. Había kanjis atravesando por todos lados, voces de *seiyū* dominando el ambiente. Como era mi primera vez en el lugar, me dejé guiar por Uriel y Lalo. Cada uno de los locales, construcciones angostas y rectangulares en los que los vendedores se sofocaban, estaba forrado con pósteres de videojuegos, cómics y mangas; todo combinado, una suerte de caos *freak*: por allá vendían consolas *retro*, y en aquella esquina colgaban camisas de las animaciones japonesas de moda.

No perdimos tiempo y nos dirigimos al segundo piso, que era donde estaba la tienda de Rubikubos. Me llamó la atención que los organizadores ocuparan las mesas que se usaban para jugar *Yu-Gi-Oh!*: en ellas ya estaban dispuestos los cronómetros especializados. De repente, la Frikiplaza se había convertido, a mis ojos, en un templo para las competencias. Los pasillos largos y estrechos, con el suelo de losa quebrada, se trenzaban como un laberinto. Jóvenes iban y venían, y el contraste entre personas quedaba impreso en la pupila. De vez en cuando aparecía un papá o mamá con el rostro desencajado, cuidando de sus hijos, como si la marejada de mercancía *freak* —artículos de cosplay, dulces importados, cartas coleccionables— fuera a cernirse sobre ellos.

Nuestro ánimo se encendió. Una intuición emergió de mi cabeza: todo parecía tan profesional, tan ordenado, que me convencí de que éste era solamente el inicio de mi carrera.

—Ya chingamos —le dije a Lalo.

Nos formamos en la fila para el registro. Mientras esperábamos, estudiamos —o chismoseamos— los movimientos de algunos de nuestros futuros rivales. Descubrimos que muchos seguían el método principiante, y sólo algunos ensayaban con el método Fridrich. No éramos tantos competidores, si acaso, unos 30, que es un número pequeñito tomando en cuenta lo mucho que han crecido los concursos desde aquel momento.

Eran más o menos las dos de la tarde cuando terminamos el registro. Aún faltaba una hora para la competencia y poco más para nuestro turno. Uriel no había desayunado, así que nos dirigimos a la zona de comida. Mientras él pedía su ramen, Lalo y yo buscamos lugares para sentarnos. Y por fin entendí a qué se referían mis amigos cuando hablaban del olor de la Frikiplaza: el hedor que navegaba ese espacio claustrofóbico era el del aceite rancio y excitado por la fragancia sebosa que desprenden tantas pieles humanas en un contacto tan próximo.

Uriel regresó con su comida y Lalo y yo decidimos calentar los dedos. Realizamos algunas series de algoritmos, estudiamos algunos casos para saber qué permutaciones ejecutar hasta que nos aburrimos. El mejor calentamiento era la competencia, así que canalizamos la fuerza en los dedos. Nuestras miradas adoptaron la expresión agresiva, cazadora, e iniciamos las rondas de entrenamiento. Como solía ocurrir, llamamos la atención de los que estaban a nuestro alrededor. En menos de cinco minutos ya teníamos una barrera de personas rodeándonos.

—Nos llegaron los mesías —escuché a mi derecha.

Cuando uno es visto, lo que menos quiere es cometer errores: eso fue lo que nos hizo concentrarnos todavía más. No tardamos en rebasar los dichosos 15 segundos: primero lo

logró Lalo con 14; luego yo, con lo mismo, y así estuvimos oscilando en el péndulo hasta que alcancé los 11 segundos. Un poco más y rebasaría mi propio récord. La sorpresa cayó como madrazo cuando Lalo detuvo el cronómetro en 13 segundos con algunas décimas. Sentí el golpe en la garganta: si no me ponía recio, pronto mi récord sería pisoteado por mi amigo.

—Ahorita te gano, chorizo —advertí a Lalo con una sonrisa.

Nos preparamos para la siguiente ronda: respiré profundo y diseccioné cada cara del cubo para ver cuál era la mejor opción para mi *solve*. Pulsamos el botón del cronómetro, y a partir de entonces, mis ojos alternaban entre el cronómetro y el cubo: armé la primera cara en menos de dos segundos y estaba a punto de enfrentarme a la etapa del *F2L*. Uní esquinas con aristas y apliqué el *sexy move* en tres casos seguidos en menos de cuatro segundos. Tocaba enfrentar la etapa del *OLL*. Lo resolví en un segundo. Mis dedos temblaban con la fuerza de un movimiento telúrico, y a pesar de eso, eran capaces de hacer danzar las caras del cubo. Era lo máximo que me había aproximado a la potencia del *Gan 356*: su vaivén era tan veloz que cualquier error haría que el cubo se me desparramara de los dedos. Cuando llegó la etapa final, la del *PLL*, tuve mala suerte y me tocó un caso en el que todavía no tenía completo dominio: una maldita permutación tipo *Z*. Pero aquí uno no puede recular: el *speedcuber* toma la decisión al instante y ejecuta. Apliqué los *finger tricks* con la fuerza de quien está enojado. Mi corazón bombeaba más sangre de lo normal y podía percibir la emoción de los que atestiguaban el surgimiento de un nuevo hito. El error vino aquí, cuando llevé al límite el dichoso corte de esquinas de 45 grados y... explotó. O como solíamos decir: hizo pop. Las piezas salieron disparadas por el aire, como un festival de confeti, y se regaron por toda la mesa. Algunas encontraron su aterrizaje en el ramen de

Uriel. A mis lados se escuchó ese rumor seseante de cuando sucede algo horrible. En mis manos sólo quedó el núcleo, el esqueleto de mi cubo.

Me aguanté las ganas de llorar: no quería que los lagrimales se me alborotaran ante un montón de desconocidos, aun cuando hubo quienes me ayudaron a recoger ciertas piezas que luego guardé en mi bolsita morada.

Fuí al baño, y envuelto por el olor del caño e iluminado por la luz blanca, me entregué a la sensación de derrota; a la idea de que un montón de manos dóciles y firmes asfixiaban los deseos que emergían de mi mente. Arrastré las manos por las paredes, destrocé la carne de mis nudillos y me deshice de los curitas que antes me habían protegido. Creí que yo era el primer imbécil que había tenido la capacidad de hacer reventar el mejor cubo del mercado. Pensé que era el dios cúbico diciéndome que lo mío no era ser *speedcuber*, que mi camino no era el de los concursos internacionales. Solté lágrimas y traté de contener los sollozos. Recordé el tiempo que había pasado practicando, todas las horas que había dedicado a aprenderme algoritmos y permutaciones; rememoré la fecha en que había alcanzado mi récord principal. Quizá todo habría sido, de verdad, un golpe de suerte, o un *scramble* mal hecho.

De cualquier manera, no me iba a quedar encerrado en el baño como niño que huye del chamaco que lo molesta. Salí con los ojos colorados, me lavé la cara y volví con Lalo y Uriel.

¿Qué más contar? Mis amigos dijeron que, de haber podido, me hubieran comprado un cubo para competir. Ellos tomaron sus turnos. Uriel quedó entre los peores tiempos —hizo 49 segundos—, pero le valió chorizo, como decía Lalo: al terminar su participación conoció a un grupo de chicos que jugaban *Magic: The Gathering*, y se hizo su amigo. Cuando supe eso, me pregunté por qué no podía ser tan relajado como Uriel, cómo hacer para que mis obsesiones no quebraran

mi cabeza. Lalo, por su parte, apenas arañó el lugar 25 con una marca de 17 segundos. Vaya que los resultados sorprendían: los demás *speedcubers* del concurso estaban hasta más preparados que nosotros. Pero la reacción de Lalo, su tranquilidad, me abrumaba: no veía la derrota como un fracaso, sino que la abrazaba con el propósito de ser mejor. Hay que seguir practicando, dijo, vamos por las demás competencias. Y al escuchar eso, yo me enojé. No supe por qué, tampoco quise averiguarlo.

El resto de la tarde jugamos *Mario Kart* en otro piso de la Frikiplaza. Yo estaba agotado de los cubos de Rubik, sugestionado de tantos algoritmos que perforaban mi cerebro. Dudé de que incluso Feliks Zemdegs estuviera nadando en el vaivén de permutaciones y algoritmos. Pensé que me vendría bien un descanso: un *speedcuber* debe ser capaz de concentrar su mente en otros sitios. Así fue como comenzó la disolución del sueño: pasó un día, luego una semana, un mes; de pronto, mi cubo se quedó en las cajas de cartón al lado de otros juguetes. Mis dedos perdieron el vigor necesario para realizar *finger tricks* pulcros. Fue simple: los cubos de Rubik se convirtieron en fósiles de mi memoria.

Antes de salir de la Frikiplaza, en un local de rompecabezas y juegos para excitar la mente atestiguamos a dos muchachos inmersos en una partida de ajedrez. Los ojos de ambos, fijos en las piezas de madera, reflejaban lo intenso de la contienda.

Uriel sugirió, con su voz de borracho:

—¿Y si aprendemos ajedrez?



Antonio Trejo Galicia

(Ciudad de México, 1971)

Periodista y escritor. Estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Coordina la imprenta de la Facultad de Química de la misma y es editor de la *Gaceta FQ*. Es autor del libro de cuentos *La Rusa y otras historias violentas* (2019). Ganó los concursos literarios de la FQ en cuento y cuento corto.



Los códigos de Hispania

I
Me regaló su libro poco antes de morir. Quizá presintió que se le acababa el tiempo o lo dedujo tras cumplir 80 años. Dicen que algunas personas sienten el llamado de la muerte y ésta les hace una sutil invitación a poner en orden sus asuntos y despedirse, a dejar todo en paz. Pero de su trance nunca sabré nada. Jamás imaginé lo que pasaría luego de que el doctor Enrico Valiente me extendiera un ejemplar de su libro de cuentos.

—Es una cortesía, licenciado Fonseca —me dijo clavándome sus ojos grisáceos, que variaban de tono dependiendo de la forma en que la luz del ventanal de mi oficina iluminaba su rostro. Después me pidió, con la elocuencia que lo caracterizaba, que le organizara la presentación de esa obra.

—Me interesa que sea lo más pronto posible... Sería algo sencillo, por supuesto... Incluso, estoy dispuesto a regalar un buen número de ejemplares, y si acceden a venderlo en la facultad, podría cederles hasta el 70 por ciento de las ganancias o más... A usted también le correspondería una generosa comisión, por adelantado... —propuso mientras no paraba de sonreír.

Cuando me estrechó las manos para cerrar el trato, advertí que ya era un hombre mayor, vestido con un traje gris a rayas de tres piezas, que combinaba con unos lustrosos zapatos Florsheim, los cuales hacían resaltar su exquisito gusto en contraste con la modestia de los alumnos de nuestra universidad pública. Le había ido bien como ingeniero químico y profesor de nuestro claustro, y eso se notaba a primera vista.

No lo volví a ver después de que cerró tras de sí la puerta de mi oficina en aquella tarde de marzo. Me acordé de su tentadora propuesta después, cuando nos avisaron que había fallecido

de un paro cardíaco y nos encargaron la esuela oficial. Lo primero que vino a mi mente, al recibir la noticia, fue si tendríamos algún problema con la venta de libros del finado. Pero fue mi asistente Lucía, encargada, entre otras cosas, de la dictaminación y venta de los libros en nuestra Facultad de Ciencias Químicas, quien me tranquilizó sobre este asunto.

—No se preocupe por lo del doctor Valiente, licenciado. Afortunadamente, nos dejó firmado el contrato de distribución con el monto que nos había prometido —me dijo con su timbre acostumbrado, modulado en una sola respiración ligeramente aguda que me relajó como había ocurrido en muchas otras ocasiones.

“Qué haría yo sin esta mujer”, me dije. Lucía era, para efectos prácticos, quien echaba a andar la maquinaria de los libros en este lugar. Se encargaba de recopilar el material que pasaba a dictaminación del comité editorial, de supervisar todos los procesos de impresión y, por último, de distribuir los ejemplares para su venta no sólo en nuestra facultad, sino en todo el campus universitario. Era buena negociante y, para mi fortuna, jugaba de mi lado después de que llegué, recomendado, a quitarle su puesto como coordinadora de publicaciones.

Nunca se me ocurrió pensar, ni por un momento, por qué el doctor Valiente quería distribuir su obra, forzosamente, en la facultad donde tantos años impartió clases.

Fue Lucía quien me mostró la esuela que el personal de Comunicación nos había mandado para revisión:

La Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Central de México lamenta el sensible fallecimiento del Dr. Enrico Valiente F., adscrito al Departamento de Ingeniería Química, acaecido el pasado 12 de mayo del presente año, y se une a la pena que embarga a sus familiares y amigos. Descanse en paz.

Ella se acomodó los lentes de pasta azul para revisar la esquila y movió su respingada nariz como si oliera algo echado a perder:

—Híjole, mi lic, está errada la fecha del fallecimiento y, además, no incluyeron el último logo que nos mandó Comunicación Social; están utilizando el anterior, el del pumita con las rayas de la campaña LGBT+.

Asentí; en efecto, se habían equivocado. Mientras ella anotaba con la parte roja del bicolor, vi sus pecas en la cara y que a cada respiración sus pechos se alzaban con dificultad, dado el sofoco por su incipiente sobrepeso, llevando al límite los bordes del escote. Con el cabello castaño cayéndole por los hombros semidesnudos se me hizo bonita. Me sorprendí con ese pensamiento. En todo este tiempo, Lucía me había sido indiferente, quizá porque había jurado no volver a mirar a ninguna mujer ni a caer en mis acostumbrados excesos. No quería problemas, y más con lo que me había pasado...

—Creo que ya quedó, ¿no, don Jorge? —interrumpió mis cavilaciones extendiéndome la hoja tachoneada. Recordé exactamente cómo ella misma me había salvado el pellejo en otras ocasiones, cuando me traía obras de última hora o redactadas *in articulo mortis* por algún académico para terminar sus manuales para los alumnos y, por una módica suma (con la que completaba su exiguo salario de ayudante de profesor), Lucía los parchaba con fragmentos de otros manuscritos y los presentaba a tiempo para que la facultad los editara.

Tenía un algo esa chaparrita, algo muy suyo que no podría explicar. Ésa era su tarea y la hacía muy bien, pero con ángel, una chispa. Era bien lista, incluso yo había recurrido a ella con dos o tres profesores difíciles que cayeron redonditos en sus tretas, sólo que ahora teníamos encima la presentación póstuma de ese libro de cuentos, cuando sabíamos que

esas actividades también debían ser autorizadas por el comité editorial, constituido por especialistas de las Ciencias Químicas y no de Literatura.

—Pues tendría que hablar con el director o, si quiere, le preparo una minuta para exponer el caso en el Consejo Técnico —me sugirió Lucía y luego añadió que sería bueno darle una buena leída al libro para argumentar la valía de su contenido, la innovación en la técnica y los ejemplares que se venderían en las cajas de nuestra institución, los cuales engrosarían los recursos extraordinarios a presumir durante los informes anuales.

Escuchándola, me vino a la mente el gesto festivo en los ojos del doctor Valiente cuando le dije que analizaría su propuesta, que, en su lenguaje ingenieril —poco propenso a analizar las tenues inflexiones del idioma—, equivalía a un sí rotundo. En realidad, quería armar una estrategia para evadir el compromiso o canalizar la presentación a otra facultad, no sé, quizá la de Letras, o en algún instituto en el que estuviera algún amigo con el poder suficiente para presentar la obra sin dar explicaciones.

Lucía me ofreció un café al notar mi inquietud y se lo acepté. Mientras se agachaba para sacar un vaso desechable de mi cajonera, le miré el trasero, redondo y de ritmo contundente con cada paso que emprendía, como si quisiera llamar la atención con sus movimientos. Para evitar cualquier acusación o malentendido, hojeé la obra, impresa a tamaño carta, con portada a cuatro tintas e interiores a dos, de unas 200 páginas.

Los cuentos se me hicieron fastidiosos. Leí uno casi al final de la obra, titulado “Para dormir a un negrito”. Lo elegí al azar, movido por el sólo movimiento de mis dedos. Quizá fue la intuición, pero el texto iniciaba así: “El negrito volvió para anunciarme mi fin. Todo lo que conté en mi otra historia tenía

ya sentido; sólo que ahora, viejo y carcomido como un cartoncillo pasado por las lluvias, no tenía ánimos de comprender el enigma”. Seguí con la lectura hasta terminarlo, pero la verdad no le entendí del todo dado su lenguaje enigmático. Hablaba de cómo un negrito le da instrucciones al narrador para liberarse de un mal que le aqueja, pero no definía cuál era...

—Esto no es un cuento, sino una anécdota. Y además, ¿qué autor se atreve a hacer una autorreferencia de otro de sus cuentos sin avisarle al lector? ¡Qué tramposo! —sentencié sin piedad tras la lectura.

Iba a desistir cuando un destello salido del libro me hizo apartar la vista: me deslumbró una de las cinco hojas dobles en blanco que habían colocado tras el colofón. Se me hizo un desperdicio utilizar tanto papel; quizá era la primera vez de la editora, “una diseñadora novata, seguro”, mascullé al abrir y cerrar los ojos tras el repentino ardor.

Recordé que ya antes había escuchado a uno de los compañeros del doctor Valiente hacer una referencia a sus cuentos. Intenté acordarme de la fecha exacta y del tema, pero mi memoria es flaca para tanta precisión. Se trataba, ¡claro!, del jefe del Departamento de Ingeniería Química, quien le rindió homenaje hacía unos tres años. Alcé la vista hacia el muro de mi oficina, donde cuelgo las portadas de los libros editados, y vi el texto del doctor Valiente: *Problemas de flujo de fluidos*, que siempre se agota en cada semestre entre los alumnos de Ingeniería Química.

Fue entonces cuando rememoré cómo el entonces director Eduardo Barciniegas le pidió al Departamento Editorial, como favor especial, dado que ahí participaban varias “vacas sagradas” del claustro, editar una antología con cuentos de diversos profesores de la Facultad. Era una mezcla varipinta, muchos de ellos sin técnica, sosos, sin pies ni cabeza; pero otros, entre ellos los del doctor Valiente, poseían toda la

técnica exigida en un cuento y atrapaban al lector al contar la historia de un laboratorista que es visitado por un personaje estafalario que, a cambio de reactivos, le regala una pepita dorada que convierte en oro todo lo que toca; cuando la pieza se agota, el protagonista decide incursionar en la alquimia, recurriendo a los ancestrales conocimientos esotéricos, hasta ser recluido en un manicomio debido a que se obsesiona por encontrar la piedra filosofal.

Se llamaba *Los químicos también catalizan cuentos*. ¿Dónde lo tendría? Sí, estaba en el estante bajo llave, recordé. Hasta ahí llegué para tomarlo y releerlo. “¡Qué historia!”, me dije al cerrar el tomo, todavía recreando las imágenes de aquel cuento, y al hacerlo, no pude evitar acordarme de mi propia historia, de esos años cuando la suerte me sonreía, cuando era un periodista de renombre e incluso incursionaba con cierto éxito en los círculos literarios de Felipe Garrido y las tertulias del INBA. Era Jorge Fonseca, “la nueva promesa de la Generación X”, pregonó *Confabulario* por todo lo alto, pero luego vino lo de Graciela... y el escándalo con mi esposa y las acusaciones de acoso... y cómo llegué aquí, como un don nadie, huyendo hasta que se olvidaran de todo... pero eso ya estaba en el pasado. Ahora me entretenía mirando cómo se contoneaba mi secretaria, a la que también le había robado su trabajo y a quien tampoco me estaba permitido acercarme.

II

El dolor me comenzó en la diestra como si me hubiera picado una abeja o avispa o alguna otra alimaña. Luego, un ardor me subió desde la punta de los dedos, retorció mis uñas y llegó a la segunda falange como un incendio, como una llama embravecida movida por el viento y la resequedad de la hojarasca si hubiera sido arboleda. Aquello avanzó por cada pliegue de mi piel, como si cada poro tuviera la infinita capacidad

de arder y abrasarme los nervios, la masa carnosa y los huesos y montarse en la cadencia de la sangre en esas diminutas venas que eran rutas hacia el dolor, y no paró sino hasta la mitad de la mano, exactamente en los tendones que hacen operar los dedos. Luego, pasó a la izquierda, como si llevara dos teas para encender un altar y yo fuera su inmolación.

Al llegar al departamento, no debí ceder al deseo de tomar un trago. Busqué en la alacena el escocés y abrí el agua mineral y la bolsa de hielos. Apenas le di un par de sorbos y se me vino el dolor encima. ¿Qué era aquello? ¿Una intoxicación por tomarme un whisky con hielo? A lo mejor el licor estaba adulterado; lo había comprado hacía apenas unos días en el Oxxo, cuando salí tarde por quedarme a revisar las pruebas finas de uno de esos manuales soporíferos de un doctor en Química Analítica.

O quizá se habían agravado los síntomas que ya había sentido, incluso antes de llegar al departamento; esa extraña sensación entre las manos, como de espasmos musculares que te asaltan luego de hacer ejercicio tras mucho tiempo de estar inactivo.

Quizá era el castigo por ya no ir a Alcohólicos Anónimos, creyendo que podía dejar cualquier adicción nomás con pura fuerza de voluntad. Quizá era un problema de circulación, un preludio de cáncer (porque ya había escuchado a varias personas contar que así comenzó la metástasis), o no sé qué, pero me doblé del dolor.

No supe qué hacer: abrí de nuevo la alacena para buscar en mi caja de medicinas alguna pomada, aceite de bebé o de almendras dulces, vitacilina o pastillas contra el dolor o, de perdida, merthiolate o algo que me aliviara, con tan mal tino que tiré varias ollas y una pila de platos que, al estrellarse, debió haberse escuchado varias cuerdas a la redonda. Algún fragmento de la loza me hirió también las piernas, porque

después me hicieron curaciones para que no se me infectara, pero esas heridas no fueron de la magnitud del ardor de mis manos.

En mi desesperación, no fui consciente de mucho de lo que pasó en ese episodio, sólo recuerdo que abrí la llave del fregadero pese al intenso malestar, en espera de que el chorro helado me refrescara, pero no hizo sino acelerar el malestar. Las gotas del líquido parecían agujas afiladas. Lloré mientras el dolor me consumía y en un momento ya estaba en el piso, aullando como un perro sarnoso.

Al escuchar mis gritos, los vecinos del edificio quién sabe qué tanto se imaginaron: que algún asaltante se había metido al departamento y me estaba matando, o que había sufrido un accidente, o que se trataba de un ataque epiléptico por los frenéticos sonidos que hacía al moverme en el suelo.

Fue doña Queta, la del departamento de al lado, según me enteré después, quien comenzó a tocar en las ventilas de mi cocina, que dan hacia el pasillo que desemboca en el área común de la unidad, para que le respondiera y ver qué pasaba. Asustada, le pidió al conserje que rompiera esos vidrios cuando escuchó cómo me quejaba.

Aún recuerdo, entre brumas y sin mayor detalle, cómo don Fabián, el encargado del mantenimiento, metió su brazo para brincar hasta la cocina, pero no supe más, porque me desmayé.

Cuando desperté, estaba en un hospital; tenía las manos vendadas y una mancha rojiza me cubría todo el brazo, cual si fuera una quemadura o un hematoma después del golpe. Pregunté qué había pasado y una policía me contó que dos vecinos, Queta y Fabián, movilizaron a todo el edificio para ayudarme cuando caí inconsciente. Rompieron la ventana y se metieron a mi departamento por la cocina. Ahí me vieron tirado, se cercioraron de que respirara y estuviera fuera de peligro; luego revisaron mis bolsillos y vieron que era derechohabiente

del ISSSTE, y como no llegaba la ambulancia, don Fabián mismo me llevó en su coche al *López Mateos*. Se asustaron porque aquella mácula no se desvanecía y a ratos despertaba quejándome de un picor semejante a una hilera de hormigas caminando entre mis poros y entonces me rascaba hasta sangrar. Me echaron pasta de Lassar, Vick VapoRub y cuanto menjurje encontraron, hasta que caí en la inconciencia.

Ya en el nosocomio me revisaron: no tenía ronchas ni indicios de haber sido picado por un animal ponzoñoso, pero parecía que todas las venas de mis manos se hubieran roto y provocado una hemorragia interna.

Luego de un rato, dados los eternos tiempos de la medicina pública, los samaritanos me dejaron ahí y lo entendí, también ellos tenían sus deberes y la generosidad tiene límites; ya después les agradecería en persona; yo, que siempre he sido un grosero con todos los residentes y en especial con doña Queta, a quien nunca le contestaba el saludo ni le ayudaba a tirar la basura, pensando que es una urraca meapilas... ¡Qué vergüenza!

Ahora me dolían las manos, como si hubiera golpeado tabiques con ellas.

Una vez que recobré la conciencia, el médico me interrogó para canalizarme al área que requiriese:

—¿Ingirió alguna comida que le provocara alergia?

—No.

—¿Tomó penicilina?

—Tampoco.

—¿Antihistamínicos?

Negué con la cabeza.

—¿Consumió algún producto del mar: camarones, ostiones, angulas?

Volví a negar; era obvio que, pese a los restos del traje de calle que utilizo a diario (ni siquiera me había dado tiempo

de cambiarme), mi facha era la de un Godínez cualquiera: corbata a medio anudar, barba de tres días, el cuello de mi camisa con una pronunciada mancha gris por el sudor y, mi pantalón, brillante de tan viejo.

Pedí permiso para ir a orinar. El galeno me preguntó cómo le iba a hacer si tenía las manos vendadas. Le dije que, por favor, me bajara el cierre del pantalón y abriera la trusa. Luego yo vería cómo, pero que se apurara, porque me ganaba la urgencia. Así lo hizo, más porque dejara de estarlo molestando que por aprobarlo. Como pude, llegué al mingitorio y coroné mi hazaña dejando caer un chorrillo ambarino en su superficie. Cuando me iba, me alcancé a ver en el espejo y estaba hecho una piltrafa: ojeroso, lleno de canas y arrugas prematuras, impropias para un cuarentón de mi rodada. Si bien mi panza no había crecido como la de un pulquero, sí iba pronto a dar el botonazo. Me sentí impotente, triste, sin encontrarle sentido a la vida.

Cuando retorné, vi que el doctor había llenado las primeras hojas y atendía a otro paciente. Al terminar, retomó su legajo, me ordenó que me sentara, me miró con fijeza y volvió a la carga.

—¿Se metió alguna droga, coca; se inyectó heroína?

—Sí, pero no ahorita. Estoy en un grupo de doble A, el de Aguaviva Zaragoza, y ya no me meto nada, sólo alcohol y cigarrillos de vez en cuando; nada fuerte, verdad de Dios —quise esbozarle una sonrisa para provocar su empatía, pero sólo salió la mueca de un vicioso empedernido.

El facultativo volvió a quedármese viendo mientras me lanzaba a modo de advertencia, convencido de que aquello era por meterme enervantes:

—Si esa “nada” la mezcla con alcohol, podría generarle un cuadro como el que presenta, o algo peor. Yo que usted, me cuidaba.

Alcé los hombros a modo de excusa, pero me dolió todo el abdomen nomás de intentarlo. Total que me vendaron las manos y me dieron corticosteroides para la hinchazón de las manos, y para el dolor, el clásico paracetamol, porque no había para más en el *López Mateos*. Me sacaron sangre, eso sí. El galeno no quiso recetarme nada más hasta después del resultado de las pruebas sanguíneas, porque estaba convencido de que la hinchazón de las manos era producida por una mezcla de sustancias.

Incluso me tuvo en observación sin sacarme del consultorio para ver cómo respondía, sentadito a un lado suyo mientras sacaba sus ocho consultas diarias exigidas por el sistema de salud (yo mismo incluido), de quienes escuchaba sus dolencias.

Mientras atendía a los demás pacientes, me llamó la atención cómo el doctor —ya con 60 y tantos— extendía sus recetas, pues para ello utilizaba una máquina de escribir eléctrica Olympia, de ésas en las que primero tecleas y, al darle enter, el carro se desplaza como si estuviera poseído.

Esas máquinas me gustaban mucho. Su sonido me remitió a la adolescencia, pues mi papá me compró una cuando entré a la secundaria, y como quería que no terminara como mi tío, el bueno para nada de Raúl Fonseca, pensó que si no me esforzaba o no tenía seso para seguir estudiando, chance y terminaba como estenógrafo de las giras presidenciales, porque muy chundo y todo, mi apá conoció a los estenógrafos de la presidencia; sí, quienes transcriben todos los discursos del presidente y sus secretarios, en ese entonces en hojas mecanografiadas, e imaginó que algún día podía serme de utilidad. Y sí me sirvió, sólo que no para lo que él pensaba, pero fue una gran herramienta para mi carrera periodística, aunque, en realidad, no fue sino un clavo más en mi ataúd cuando me cayó la desgracia.

En ésas estaba, cuando alguien se asomó al consultorio para preguntar quién sabe qué cosa de una receta. Era una mujer; su voz se me hizo familiar cuando pidió permiso para interrumpir la consulta, luego, su figura me recordó a una novia que tuve en la prepa. Tardé un momento en reconocerla. ¡Claro!, era la China Belas, la más bonita del 504 de la prepa seis.

Amaya Belaustegui era hija de unos españoles naturalizados mexicanos tras la Guerra Civil. Su apodo era la versión “decente” que ella escuchaba de los labios melosos de sus pretendientes de ese entonces, porque entre los corrillos de hombres (sobre todo de los de primer ingreso), le decían la China Vergas, porque no había quien no tuviera una erección cuando pasaba en los pasillos con sus minifaldas, dejando al descubierto sus grandes piernas blancuzcas y esa copa extra C respingada, que provocó los desfogues lúbricos por mano propia de más de uno de mis congéneres, incluyéndome.

Fuimos novios, pero no a la primera. Fui de los pocos afortunados en la prepa. Sólo le llegué a conocer otro cabrón, a quien dejó porque lo encontró cogiendo con otra en uno de los laboratorios de Física, si bien que me acuerdo. La vieja con quien le fue infiel no era ni más bonita ni con mejor cuerpo, sólo que le sacó la calentura y la China no se lo perdonó; lo cachó y a la goma. Hasta en eso era determinante.

Mientras me acomodaba en la silla del consultorio y observaba cómo el doctor la atendía, recordé que esa fue nuestra mejor época y tuvimos varios fajes intensos a solicitud de ella. Incluso conocí a su mamá en una ocasión en que fui a dejarla a su casa, allá por el centro de Coyoacán, en una casa muy antigua, de corte colonial, de ésas donde, antes, los de “la alta” pasaban sus días de campo. Su papá era ingeniero y ella quería seguir sus pasos, pero las matemáticas como que no eran lo suyo, así que los dos descubrimos que éramos buenos para

investigar temas de historia, de redacción y de cosas esotéricas y misteriosas que en esos años de pubertad te jalen.

“¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Qué hacía en México?”, me pregunté. ¿Se acordaría de que anduvimos bien enamorados?, aunque nunca cogimos como Dios manda, porque ella traía una onda religiosa muy acendrada, dado que en su familia pasó quién sabe qué cosa hacía muchos años, en la guerra civil de su país, y la neta, tampoco me permitió adentrarme en sus asuntos familiares. A lo más que llegamos fue a que me dejara besarle las piernas, y cuando tenía los labios entre sus muslos, me tomó la cabeza por los cabellos y me hundió la cara en sus misterios. Nunca olvidaré el olor agridulce que se le impregnó a su calzoncito rosado con motivos de Hello Kitty, que con un movimiento de mi boca hice a un lado, para luego utilizar mi lengua y tantear los pliegues de su piel. Ella dio un gemidito mientras yo sentía la presión que me aplicaba y casi me ahoga, porque no sólo tenía la boca, sino la nariz insertada en aquella vulva con sus pelitos rojos.

Luego me besó en la boca y me pidió que no hablara, porque acababan de llegar sus papás de una junta en la empresa donde trabajaba su jefe, y hasta ahí quedó nuestro primer intento. Estábamos ya en el segundo año de la carrera, cuando sus jefes decidieron sacarla de la universidad para mandarla a España a proseguir sus estudios.

Ni ella comprendía por qué se iba, qué demonios iba a hacer allá, pero la decisión fue tajante: “te vas porque sí y mañana”, y sí, nos despedimos entre lágrimas. Hasta eso, sus jefes tuvieron la delicadeza de dejar que nos despidiéramos, pero bien vigilados, porque sospechaban que ya habíamos intimado y creo que eso también influyó para que decidieran expatriarla, aunque ella insistió en que eran asuntos de familia que yo no entendería. Supimos que no volveríamos a vernos por un buen rato.

Ahora estaba de nuevo aquí, haciendo quién sabe qué trámite en este hospital de gobierno.

—¿Amaya?

Ella giró con curiosidad para saber quién la llamaba. Al verme, se le iluminaron los ojos y esbozó una sonrisa que corroboró mi confianza de que no me había olvidado.

—¡Yorch! —gritó, haciendo que todos los que estaban en el consultorio y hasta en las banquetas de afuera voltearan a vernos. Por un momento sentí vergüenza que ella me encontrara así, todo sucio y descuidado en mi persona, mientras ella seguía igual de bella, tan pecosa y sonrosada como una manzana (ya debía andar por los 40 y tantos, como yo, que le llevaba uno o dos años), pero al verla se me pasó cualquier incomodidad. Su cabello ensortijado y cobrizo, que le dio origen a su apodo, se acomodaba frondoso como una enredadera, apenas con alguna cana, no como yo, con pronunciadas entradas desde donde partía un camino canoso que evidenciaba mi edad.

Me sacó del consultorio sin aceptar los reclamos del doctor. Nos dimos un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté primero, apenas al separarme de sus brazos—. Te hacía en España.

—Es una larga historia —bufó en respuesta, como quien lleva una pesada carga—. Un tío mío la ha liado. —Se le salió un acento involuntario, como de peninsular vergonzante.

—¿Por eso regresaste?

—Y por otros pendientes.

Iba a preguntarle más, a decirle que la había extrañado, contarle todas las desgracias que me habían caído por mi exceso de confianza hasta transformar mi vida en una mierda, un barranco en donde todas mis ilusiones se habían despeñado y, para colmo, una extraña enfermedad me estaba carcomiendo las manos, cuando zanjó:

—¿Qué te pasó en las manos?

Alcé los hombros e hice un mohín convincente de que ni yo mismo sabía.

—Me tengo que ir. Sólo vine a que me sellaran la receta —se buscó entre los bolsillos una pluma y le arrancó un pedazo a una hoja que llevaba. Ahí anotó su número.

—Me llamas y quedamos, para que me cuentes —añadió con prisa. Me lo guardé en el bolsillo de la camisa. Tener ese pedazo de papel tan cerca del corazón me dio cierto calorci-
llo, una esperanza.

—¡Búscame! —me hizo la señal de que le llamara y desapareció por el pasillo.

Me hizo ilusión encontrarme con la China Belas. Quizá era el momento de corregir mi vida, de reencontrarme con ella y conmigo mismo, y para ello debía superar este malestar en las manos que la ciencia no podía tratar, porque resultó que los médicos diagnosticaron, una vez llegados los resultados sanguíneos, que no era sino algo psicosomático, quizá desarrollado como defensa ante una situación estresante. No me lo dijeron tan feo, pero me consideraron un loco potencial, incapaz de controlar mis adicciones y problemas. Me recomendaron seguir en doble A o ir a una clínica especializada en rehabilitación y buscar ayuda psiquiátrica.



Sergio López Monterrubio

(Ciudad de México, 1989)

Escritor y director de arte. Estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Ha colaborado en *Confabulario*, *Punto de partida*, *Criticismo*, *Correspondencias* y *Tierra Adentro*.



Costumbrismo sobre ruedas

I
Desde hace tiempo es lo único que conozco. Han sido demasiadas vueltas. No recuerdo por qué salgo, hacia dónde ni con qué mandado. Sólo sé que mis días empiezan de la misma forma: antes de salir tomo una manzana por si es necesario espantar el hambre y así no frenar el recorrido; con una mano me apoyo en el barandal y bajo por las escaleras oscuras que me escupen hacia la avenida mientras llevo en el hombro opuesto mi bicicleta, Atlantis, siempre ligera. Y me pongo a rodar. Y a rodar.

II
Cansados de autobuses atestados a los que era imposible abordar, y hartos de que los profesores nos restaran puntos por asistencia, varios alumnos empezamos a ir a la preparatoria en bicicleta. Ése fue el comienzo. Se derramó hasta los últimos años de la facultad, cuando algunos nos salimos de casa de nuestros padres. Así íbamos a nuestros empleos y a todos lados, sin importar las distancias, que a menudo suelen pensarse como imposibles. Sin embargo, la ciudad no es tan grande como pensamos. Hemos pedaleado hasta donde no nos creíamos capaces y, una vez ahí, reconciliados con el dolor, continuamos. Descubrimos que basta tener ganas de pedalear para llegar a donde sea. Nuestro lema era: “En bici ya hubiéramos llegado”. Se rumoraba que un alumno se había vuelto adicto a la bicicleta y por eso había desertado de la escuela. Como son las adicciones, chance estoy hundido en una y nomás no me doy cuenta. O en algo se le parece.

III
Quizá todo esto no sea más que una señal de mi adictiva tendencia hacia el camino. Ese camino desigual, remendado con

chapopote, que se extiende para siempre. Las calles me han vuelto parte de sí mismas. Tantas veces me he caído, en tantos de sus tramos, que las grietas del asfalto conservan restos de mi piel volviéndose polvo. Ya me reconocen las avenidas que he tomado por quién sabe cuánto tiempo desde que decidí que las dos ruedas serían mi forma de transporte primordial en esta ciudad intransitable.

IV
Es curioso pelearse mientras se va en bici. Entre el embrollo de los motores y los cláxones se reciben más gritos de lo que sería normal estar soportando. Agreguemos a esto las ráfagas de viento que burbujan en los oídos, agitan los cabellos e inciden en la claridad de las discusiones, como una en la que me vi involucrado con un conductor:

—¡Fíjate! Eres un imbécil.

El viento y los motores no me dejaron escuchar, así que sólo pude reaccionar de rebote:

—¿Qué?

—¡Que eres un imbécil!

No es muy recomendable involucrarse en estas riñas. Uno aprende que tienden a ser estos conductores los que, de ira hambrienta, en algún trébol aprovechan para seguirte de cerca y, tras el golpe, escabullirse por las pequeñas calles aledañas.

V
En la facultad tuve una novia medio hippie-fresa, medio revolucionaria. Se llamaba Denia. Se la pasaba diciéndome que le bajara dos rayas a las andadas en bicicleta. Quizá eso fue lo que terminó nuestra relación. Una vez me regaló un libro de Galeano. “Ten, para que te calmes, para que te estés quieto”. Algo así me dijo. Me sugirió que subrayara mis partes favoritas. “Imagínate que el libro es como una ciudad por la que

andas en bicicleta y tus subrayados son las mejores partes, donde la calle desliza mejor”.

Tiene tiempo, pero recuerdo uno de mis subrayados: “Mi primera muerte fue así”. Pues bueno, mi primera muerte en bici fue así: había llegado a la parte más sureña de Tlalpan, luego del viaducto, donde se convierte en carretera. A un microbús le bastaron unos segundos para empalmarse conmigo. La parte posterior, con su armazón de acero oxidado, empezó a reducir su distancia, obligándome a virar el manubrio hacia la banqueta. Aceleré para tratar de librar el pequeño umbral que me había dejado. Él también aceleró. Cuando se abrió la puerta trasera y rozó mi llanta para catapultarme hacia un poste, aprendí que, a esa velocidad, ni el mejor casco, ni siquiera bien ajustado, es resistente al filo que organizan el acero y el concreto.

VI

Empiezo estas notas cuando percibo algo familiar en mis días y rodadas. La escalera oscura, la avenida caliente, la misma gente bajo la misma parada de autobús dirigiéndose hacia el mismo empleo. El claxon del microbús, esa tonada de *El padrino* a la hora exacta de este martes perpetuo. Sólo cambia el temperamento del conductor y la forma del desenlace. Sus modos caprichosos. Mientras los días se repiten, las páginas continúan llenándose. ¿Y el día que se terminen, qué? Para sentir algo, no dejo de pedalear. Por aferrarme a tratar de entender, no paro de escribir. No puedo. Se parece más a una manía: no escribo para acordarme después, sino para recordar ahora.

VII

Nunca es de noche. La única oscuridad es la que se forma bajo el aire caliente en el horizonte. El charco falso del espejismo.

Poco a poco, de manera oblicua, caigo en cuenta de la repetición. Es como eso que se dice sobre los sueños cuando se quiere controlarlos, o al menos experimentarlos con cierta lucidez: que es esencial poner atención a los interruptores de luz, a los vasos con agua, a las personas o mascotas difuntas, y que generan la sensación fisiológica, el escalofrío atenuante, de quien al fin logra orinar cuando traía muchas ganas. No he podido controlar nada, pero empecé a poner atención a ciertos indicios, momentos que dan pie a esas sensaciones, como los reflejos en los charcos que en realidad son baches letales, o preguntarme de qué color son las sirenas de las patrullas cuando mi cabeza cosquillea y mi visión se funde a negro antes de la inconciencia.

VIII

Objetos en mi mochila: la cadena de la bici, la manzana para espantar el hambre, una toalla pequeña para el sudor, esta libreta de bolsillo donde anotaba listas del supermercado (en algún momento salí a buscar: “un kilo de cebollas”, “un diente de ajo”, “pan”, “leche”), este bolígrafo de punto medio, una botella de agua a medio tomar, las llaves del departamento que he olvidado cómo usar.

IX

Recuerdo vago. He pasado, en algún momento, por el habitual parque sucio. En un muro, el grafiti de siempre. El edificio inclinado que al próximo temblor se caerá. La humillante botarga que baila afuera de la farmacia. El tufo a plomo y escape que sale del microbús, hedor al que tampoco deberíamos estar acostumbrados. Al final, el automóvil rojo que me roza y me prensa.

X

Trato de perderme por rutas inexploradas para dar con nuevos subrayados. El sol alto, a esa hora en que asciende para suspenderse en medio del valle de la ciudad. No me gusta que esté tan sobres, que arrecie tanto, que sea difícil ubicarlo, y que se sienta su molestia sobre el cuello como una cachetada ardiente. El casco abrochado. Los lentes fijos para protegerme de la resolana que viaja conmigo, que reverbera y se desliza sobre la cinta asfáltica bajo los pedales. Sonidos de tambores y trompetas salen de los microbuses. Se escuchan cumbias y salsas en las bocinas instaladas en las banquetas para atraer clientes a los negocios. Guitarras sordas se cuelan desde coches con las ventanas cerradas. La música por todos lados es el elemento que se encima para mezclar la pista sonora del recorrido. Mis manos han aprendido a soltarse del manubrio, a dejar ir eso que quedó atrás para abrir el tiempo y espacio hacia el camino. Sólo hay camino. Sin el cobijo de la sombra por varios kilómetros, anhelo el próximo árbol que arqueará su rama hacia mí, como una mano que agita un abanico para olear un poco el sudor, aunque sea por un instante. Esta avenida patina como si fuera hielo. Mi atención se dilata y se enfoca.

XI

Trato de aferrarme a residuos de memorias. Me llegan cuando voy rodando y de inmediato me pregunto de dónde vienen o qué significan. En una, me desplazo por un carril central. Detrás de mí, un microbús acelera para ganar ventaja en las carreritas que ha emprendido con el que lo está siguiendo. Me percato del ronroneo de su motor, de su claxon, pero mi margen de maniobra es limitado por los automóviles que van sobre la vía de alta velocidad. Los choferes emparejan su imprudencia. Intento dirigirme hacia el acotamiento. No basta

intentarlo. La secuencia de imágenes termina cuando estoy entre ambos microbuses, como dos muros que me encajonan, y pierdo el control al sentir el hule y el peso de la carrocería.

Y como esta, trato de recordar otras muertes. Algunas recientes, según yo. Un empujón me arroja bajo quién sabe qué maquinaria que me pulveriza el cráneo. Imprevisto en mi campo visual, un vehículo irrumpe, se frena de un tirón y me catapulta, sin piedad, hacia el tráfico. Mis entrañas revientan debajo de un camión de carga. Luego de caer desde un puente hacia la avenida mientras cruzaba el circuito, mi cuerpo se estrella en seco como una pelota ponchada que ya no rebota.

XII

Aumento de velocidad. Me intercalo entre coches y peatones en un baile que parece sincronizado en esta ciudad hormigueante. En la dualidad máquina-hombre que concede la bicicleta, hay algo de regreso al origen: ese entonces cuando la materia apenas estaba por ser vida microscópica, demasiado pequeña y sumergida en la inmensidad como para permitir siquiera un atisbo de fracaso. Antes todo venía en capas. Ahora también. El núcleo, la tierra, la superficie. El asfalto, su sombra, la rueda. La bicicleta entonada al movimiento cíclico de la urbe. Como aquel microorganismo, pariente lejano, la bicicleta se desliza por los intersticios de sus posibilidades futuras. Un primer destino, un segundo destino, varios. O el mismo. Vaya actividad. En ese plano al que solía referirme como “tiempo”, es un instante que no pasará —que no pasa—, porque ya no existe.

XIII

Las cosas han cambiado. Ahora trato de apresar lo que de alguna forma se repite con la fascinación desconcertante de quien asiste, en un sueño, a su propia muerte.

Hay que decir que los descuidos a veces son míos. La cadena de la bici se enreda en mi agujeta desamarrada y el desbalance me traslada al sentido contrario, donde la velocidad y el peso de un semirremolque me cercena varios miembros. A veces son pipas de agua, de cemento, de gas. Un vehículo que se pasa un alto a toda velocidad me embiste de frente, en medio de la intersección, y el embate es insoportable para mis costillas y pulmones. Durante un asalto a mano de motociclistas una bala perdida me alcanza, causando que me estampe contra un ángulo lo suficientemente afilado para perforar mi mochila y atravesar mi columna. ¿Cuántas partes delanteras de un vehículo, que surgen de la nada, son lo último que he visto antes de salir disparado por los aires?

Estas muertes tienen en común la picazón en la cabeza y los escalofríos. Por eso he delineado un proceso para que concluyan de forma más llevadera. Boca arriba, lo ensayo al escuchar la bocina de la ambulancia, durante el momento en que el paramédico escarba dentro de mis ojos, cuando de la boca del perito salen palabras inaudibles y se instala en sus muecas la derrota, antes de que los signos vitales se desdibujen y sea cubierto con una cobija o un plástico. Consiste en oponer la mayor resistencia posible, primero, y dejando, después, que corra la hemorragia. Soltar. No hay que vencer a esa fuerza natural e inexorable. Exhalar en vez de aferrarse a cualquier tensión dentro de ese océano, abriendo la puerta a la corriente como quien palpa el viento mientras desciende, sin pedalear, sobre una pendiente inclinada. En todo caso, me gusta pensar que es una forma de preparación para estar listo cuando llegue el momento de estar tendido, la vista hacia el cielo, después de haber llenado la última página en blanco.



Susana López Siller

(Saltillo, Coahuila, 1991)

Es licenciada en Psicología por la Universidad de Monterrey. Ha colaborado en la versión digital de la *Revista NES*, en su columna “Mujer Primero”, así como en su primera edición de libro impreso. Mamá de Mateo y Marcelo.



Las casas de los muertos permanecen

Miré los papeles sin poder reconocer las letras. El vértigo. En las últimas semanas se había vuelto más común. ¿Se siente bien?, me preguntó el abogado. Le pedí un poco de agua y saqué las pastillas de mi bolsa. No sé cuántos minutos pasaron, al reaccionar me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Disculpe, le dije, tengo que retirarme, ¿me permite llevarme los papeles para revisarlos en casa? Claro, respondió, nomás acuérdesese de que el contrato tiene que estar firmado para el viernes, señorita.

Me había sorprendido lo rápido que encontramos cliente. Había publicado el anuncio apenas una semana antes a través de las redes sociales de la inmobiliaria que llevaría todo el proceso. Dicen que les urge mudarse, quieren pagar de contado, me dijo el licenciado. Al principio, temí que fuera una especie de estafa, aunque él insistió en que los compradores eran personas serias. Un matrimonio joven con dos hijos pequeños, un niño y una niña. Quizá eso es lo que me ha detenido, imaginar a esa niña tan chiquita e indefensa en esa casa de muros grises, con secretos guardados entre sus grietas.

Salí de la oficina apresurada, con el sonido del abanico del techo zumbando en mis oídos. Seguía sudando y la punzada en el centro de la frente avisaba que la migraña no tardaría en llegar. Decidí recostarme en el asiento del carro, bajé los vidrios y cerré los ojos. El sudor cubría mi rostro y sentí que me había quedado congelada. Entonces la olí. El olor a la vez dulce y amargo de su perfume de jazmín mezclado con café. Identifiqué el aroma de las veladoras quemadas y el rosario con esencia a rosas que le había traído la tía Carmen de su visita al Vaticano. Mi abuela se empeñaba en rezar con él en la mano, aun cuando la dejaba toda manchada de un polvito colorado que después se embarraba por la cara. Percibí a

través del olfato las imágenes, los cirios, las biblias, los relicarios. Ese aroma a vejez y a crisantemos. A vergüenza, culpa y a las señoritas no se sientan así, sírvale la comida a su tío, meta la panza y deje de comer tanto pan.

Últimamente me acechaba a diario. Como si desde donde quiera que se encuentren los muertos, supieran lo que está a punto de suceder: yo iba a vender su casa. Rematar los muebles, tirar los papeles, donar la ropa, los juguetes, los trastos. Descolgar las fotografías y el marco con la bendición a la familia del Papa Juan Pablo II. No me costaba deshacerme de todo, los recuerdos estorban y te impiden pensar en el ahora; ocupan un espacio en la memoria que pudiera estar lleno de viajes, graduaciones, matrimonios. Por eso caí en cuenta de que a mí lo que me faltaba era drenarme del pasado, pues el presente no me entraba.

Vivir con mi abuela y su hijo cuarentón fue la única opción que quedó cuando mamá se fue. Mi padre, incapaz de estar con nosotros, una niña de 11 y un niño de 13, se fue a vivir con la mujer con la que engañaba a mamá. Ni las perras abandonan a sus hijos, nos decía mi abuela, su mamá es peor que una perra. A papá nunca lo cuestionó. Lo volvimos a ver después de cinco meses, más gordo, abrazado de esa señora y un niño pequeño saliendo del supermercado. Marco y yo nos quedamos pasmados, tiesos. No pudimos correr hacia él, ni decir su nombre, la abuela nos tomó con fuerza y nos llevó a empujones al coche. Llegando a casa fingió que nada había pasado y el fin de semana que él nos visitó, ella ni siquiera mencionó la escena. Mi hermano y yo aprendimos desde entonces a hacernos invisibles.

Hubiera querido reclamarle tantas cosas, decirle que mi madre se fue por su culpa, que mi hermano no dejaba de llorar y preguntar por ellos; quise contarle lo que pasaba en las noches cuando mi tío borracho entraba a mi habitación y no me

quedaba más remedio que ver al techo y voltear los ojos hacia adentro como método para ausentarme. Comenzó en la sala de estar cuando yo regresaba del colegio a ver caricaturas, se sentaba a mi lado y me acariciaba las piernas mientras fingía ver la programación basura que transmitían en la televisión. La abuela no le interrumpía, a menos que dieran las seis de la tarde y fuera su turno de sentarse a escuchar misa por María Visión. Después, comenzaron las visitas nocturnas, tranquilita, sólo no quiero que te sientas solita, repetía en mi oído, con el aliento apestando a alcohol que aún puedo oler y la misma camisa interior blanca de tirantes. Veía al Cristo Ensangrentado que mi abuela colgó encima de mi cabecera y lo maldecía por dentro, por dejarme con esos dos monstruos. Quédese quietecita, escucho todavía, ni la muerte ni el infierno donde seguro fue a dar me lo han podido arrebatar de la cabeza. Cuando cumplí 11 la abuela comenzó a bajarle la bastilla a mis faldas del colegio y me prohibía andar en pijama fuera de mi habitación. En mi casa nada se me pasa, repetía, mientras me abrochaba las blusas con olanes hasta el cuello.

Llamé a Marco y le pedí vernos en la cafetería de la calle Virreyes. Mi hermano conservaba el último juego de llaves de la casa, así que tuve que contarle mis planes. ¿Entonces no hay vuelta atrás?, me preguntó, la abuela quería mucho esa casa. Sí, pero yo la odio, le dije, la sueño desde hace años. Siempre la misma escena en donde, por el estrecho pasillo que lleva a mi habitación, brota sangre de entre las baldosas. Sangre que trato de limpiar con mis pies descalzos, la falda del colegio, mi blusa y las manos. Y no deja de brotar y los pasillos comienzan a estrecharse más, hasta que queda espacio sólo para mi cuerpo y la sangre que el piso regurgita a chorros comienza a ahogarme. Quiero escapar, pero el pasillo se alarga hasta el infinito y suena “Hotel California”, *such a lovely place, such a lovely face*. A mi tío le gustaba ponerla en su estéreo

a todo volumen mientras la abuela salía de casa. Decía que la canción trataba del infierno, de llegar ahí y escuchar el crujido de los dientes y huesos, sobre nunca poder salir. De seguro tú terminarás ahí, me dijo una vez, por puta.

No tienes por qué seguir sintiéndote responsable, me dijo mi hermano, lo que pasó fue culpa de él, éramos apenas unos niños. Siempre me ha quedado la duda del por qué nunca me pediste ayuda, siguió. ¿Para qué?, le pregunté, ¿habrías podido hacer algo? La realidad es que no había forma de que me ayudara, ni hace 15 años, ni ahora. A mis 26, he intentado de todo, o bueno, casi todo. La psicóloga dice que debo estar medicada, que el trastorno por estrés postraumático genera episodios de ansiedad exacerbados, yo le respondo que prefiero estar alerta, con los ojos bien abiertos, ya nunca volteados. La imagen del Cristo Ensangrentado viéndome hacia abajo, el olor de mi abuela y la sangre de mi tío me persiguen, aunque no tengo ninguna culpa, le digo, no recuerdo nada de ese día.

No mentía. De ese año recuerdo pocas cosas: tener 19 años, seguir viviendo con la abuela, mi tío y mi hermano, quien cada vez se ausentaba más de casa con cualquier pretexto, pasar las tardes sola encerrada en mi habitación, la cual había aprendido por fin a cerrar con llave, tener pocas amigas en la universidad y desear morir casi a diario. Es difícil sobrevivir a aquello que no sabes nombrar. Abuso, me dijo la psicóloga, aún me cuesta trabajo pronunciarlo aunque mi cuerpo no lo desconozca. A partir de mis 15 años, mi tío dejó de visitarme por las noches, nunca supe por qué. A pesar de ello, la memoria sabe de dolor, esconde mas no olvida, se prepara, planea la ofensiva, hasta que la ola de coraje que guardé por tantos años me alcanzó y sobre todo lo alcanzó a él. La abuela nunca lo superó. Papá debió internarla en una casa de reposo y su deterioro fue inmediato. Murió un año después, con el rosario de rosas en la mano.

Al llegar frente a la casa dudé de estacionarme en la cochera. La fachada era aún de color amarillo canario, aunque viejo y descarapelado. La reja en la puerta de entrada tenía el candado puesto, el mismo que se cerró hace años. Lo abrí con fuerza y me abrí paso entre la reja y la vieja puerta de madera. Los muebles seguían en el mismo lugar, cubiertos con sábanas llenas de polvo. La luz del sol se colaba entre las cortinas de seda color mostaza que mi abuela confeccionaba para pasar el tiempo. Terribles, para ser honesta. Qué infeliz fui aquí, pensé, cuántas tragedias me alcanzaron. La tristeza de mi hermano, el fanatismo y rechazo de la abuela, mi tío y su sangre que aún brota del piso, la culpa que sí me perseguía, aunque no me alcanzaba.

Saqué dos maletas de mi coche y las llevé a mi antigua habitación. El Cristo Ensangrentado seguía colgando sobre mi cabecera blanca. Comencé a llorar como no lo hice nunca. No les guardé luto, pero el llanto sí me lo había tragado. Lloré más de rencor que de tristeza. Pedí que la oscuridad de esa casa me absorbiera toda y me hiciera olvidar, así como se los llevó a ellos. Pensé en mi vida afuera, tan miserable, tan promedio.

Abrí mi bolsa, tomé los papeles de la venta de la casa y una vez más la punzada al centro de la frente comenzó a hacerme sentir como dentro de un huracán. Fui a la cocina, prendí la estufa y vi las hojas deshacerse frente a mí soltando pequeñas hadas danzantes hacia el aire. Satisfecha, sentí que por primera vez todo tomaba sentido. La casa era mía. Los pasillos, las habitaciones, la ropa aún colgada en los percheros. Mis pechos y piernas, un cuerpo entero mío. Entendí que si alguna pena habría de purgar, sería en libertad, dentro de mi hogar. Porque los muertos se van, pero las casas permanecen. Tomé el candado y cerré la puerta. Me acosté en mi antigua cama, mirando al Cristo Ensangrentado. Desde dentro, me aseguraría de que esa puerta nunca más volviera a abrirse.



Humberto Cruz Arteaga

(Villa García, Zacatecas, 1959)

Escribe poesía, cuento y ensayo. Tiene predilección por la escritura para niños y jóvenes. Estudió en la Normal Rural de San Marcos, Zacatecas; la licenciatura en la Escuela Normal Superior Federal de Aguascalientes, y la maestría en Educación en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Es docente en educación básica con más de 40 años de servicio. Desde hace varios años promueve círculos de lectura y escritura entre jóvenes.



Canoas

Miller llegó a Santa María de Canoas después de robar al cura. Robó las limosnas y lo que pudo meter en su maleta vieja. Después pasó la noche en un cuartucho alejado del pueblo. Se levantó temprano. Supo de Canoas por los lugareños de Villa.

—Allá hay dinero —le dijeron y él lo creyó.

Era el final del verano. Lo supo antes de subir por el frío de las mañanas y por los árboles desnudos de sus hojas amarillas. Arriba había días llenos de sol, otros estaban nublados, pero siempre se miraban los cuervos y sus graznidos paseando con el viento. Se paraban a descansar en los peñascos y en las flores de los quiotes. Algunos volaban solos, otros lo hacían juntos. Se dejaban caer allá por el palmar, luego volvían a subir con el presagio de sus plumas y su voz ronca rebotando en los desfiladeros donde tenían sus nidos.

—La muerte se anuncia con los cuervos —decía su madre y él le creía.

Su rostro era una sombra sin sonrisa. Un gesto desagradable le estiraba los labios. Estaba enojado por el miedo que arrastraba amarrado a los cordones de sus botas. No le gustaba pensar que lo seguían. No le gustaba escuchar el graznido de los cuervos ni el eco de sus pasos en otros pasos.

La Mesa Alta parecía infinita como la esperanza de quienes la miraban por primera vez. Subió más de dos mil metros por veredas llenas de garabattillos. Era una cuesta empinada donde a cada paso temblaban las piernas y faltaba el aire para seguir subiendo. Llegó hasta Canoas para volverse rico. Robar a los curas era fácil, pero ellos no tenían lo que buscaba. Antes de la mina había encinas por todos lados, pero los hombres y el hambre de los hornos terminaron con ellas. Ahora sólo quedaban palmas datileras y sus chochas blancas vestidas como novias alborotadas por el viento que

lo enredaba todo. La ventolera arañaba los troncos; sacudía las púas y hacía gemir los nidos de los pitacoches como si estuvieran llenos de pájaros. Empujaba las hojas llenas de arrugas para esconderlas bajo las piedras. Después bebía el rocío de las lluvias que se enredaban en el palo blanco hasta dejarlo seco. A veces el viento parecía cansado, tomaba un respiro y se quedaba en silencio mientras caía al fondo del barranco. Después subía dando gritos como si allá abajo hubiera visto al diablo.

Miller bajó al valle, los aires de la cañada acercaban los ruidos de la mina y los gritos. Allá arriba estaba su dinero y un pueblo.

Vallejos se entretuvo toda la mañana dentro del almacén. Después de las 11 salió a repartir la parcela a los recién llegados. A Miller le tocó trabajar solo en la parcela 33, lo haría solo, los otros irían en parejas. Mientras anotaban su nombre le entregaron unas monedas, un pico y una pala a cuenta del mineral que sacara.

—20 pesos diarios, cuando les convenga partimos el mercurio que encuentren. No lo decidan ahorita, trabajen, después avisan —les aclaró Vallejos—. Veamos qué tal mano tienen —comentó—, los novatos siempre tienen suerte, espero que ustedes la tengan. Los que se sientan enfermos avisan, el doctor los atenderá. Ah, y tengan cuidado con las víboras, abundan las de cascabel; después de sus correrías nocturnas se meten a dormir en los agujeros.

Nadie contestó. A Miller le chocó la sonrisa y la insistencia de su mirada. No le gustaron sus últimas palabras:

—Aquí sólo hay gente trabajadora. No quiero problemas. De pronto vienen locos por aquí y esos no nos gustan. Los soldados están aquí para cuidarnos, ellos también cuidan sus cosas. Tengan la seguridad de que si alguno de ustedes se quiere pasar de listo lo sabremos y yo me encargaré de

mandarlo a patadas por donde vino. ¿Acaso eres tú uno de ellos? —dijo Vallejos empujando a Miller ante las risotadas de los demás.

“Vallejos debió guardarse sus palabras y su gracia. Ni siquiera debió tocarme. Los locos no son buenas personas”, pensó Miller mientras se sacudía el polvo y un ayudante lo llevaba a su parcela.

En la loma donde empezó su agujero ya estaba llena de pozos como los que hacían los tachalotes. Los mineros más experimentados nunca se cansaban, eso pensaba Miller, parecían oler las vetas, sus sacos siempre tenían azogue. Él andaba como descabezado sin saber por dónde empezar. Los primeros talachazos le rebotaron en los huesos, así batalló varios días hasta que su cuerpo se acostumbró y le empezó a agarrar el modo.

—Cuando encuentres las de color rojo las pones al sol, si se ponen prietas allí está el azogue que buscamos —eso le comentó Vallejos mientras le daba los costales. Miller no entendió por qué lo puso solo, ¿quería joderlo?

Pronto tuvo su primer montón de tierra parda y piedras rojas, ninguna se puso negra.

Andar todo el día dentro de los agujeros no era fácil, eso se aprendía hasta que empezaba a faltar el aire. Algunos no lo entendían, el difunto fue uno de ellos, apenas tenía tres meses en Canoas. Trabajó sin descanso, nunca quiso ayuda hasta que fue tarde. Era buen amigo y buena copa, recio para el talache. Llegó lleno de vida y en tres meses dejó en el pozo sus brazos correosos como el ixtle de mecate.

—Si se sienten mal avisan —había dicho Vallejos—. Descansen —insistió—. El Flaco no hizo caso, le dijimos que no trabajara todo el día o que aceptara un compañero. No quiso entender que los pulmones se pudren de tanto respirar en los socavones —eso les dijo Vallejos a los que acompañaban

al difunto cuando lo enterraron allá por donde se juntaban los zopilotes.

A nadie le gustaba morir donde no hubiera quien le llorara. El muertito era de lejos, llegó como Miller, sin ningún conocido. Los que vivían en Villa se iban a morir con sus gentes. La muerte se iba con ellos trepada en las espaldas hasta robarles el último suspiro.

La tristeza se fue con el entierro, después el trabajo siguió. Todos pensaban en el tiempo que faltaba para hacerse ricos. Eran pocos los que atinaban a las vetas grandes; quienes lo hacían se llenaban de fiesta por unos días. El alcohol venía con las muchachas. Se tomaba sotol del bueno hasta que se terminaban los pesos y los bolsillos se quedaban vacíos como los sueños.

Durmió en la capilla los primeros días. La capilla era una tapia techada hasta la mitad. Por el claro se miraba el cielo y la luna medio escondida entre las nubes. El tercer día llovió, ese día llegó el perro, a saber por qué, quizás olfateó el pedazo de bolillo que Miller se cenaba o sólo porque los perros al igual que las personas necesitan quien los quiera.

—Maldita lluvia siempre llega sin pedir permiso —repitió Miller varias veces, mientras aventaba un trozo de pan al recién llegado. No supo por qué lo hizo si lo único que añoraba era la cama y el colchón de su abuela. Era un perro flaco, dispuesto a cualquier nobleza por un pedazo de tortilla.

En un rincón estaba un cardenche con espinas nuevas, parecía una cruz hecha pedazos. Encontró un tizón y los rescolados de una fogata que extrañaba a su dueño. Cada noche se hincaba por costumbre. Rezaba en silencio, cobijado por las cuatro paredes de una iglesia que no existía para él desde que lo corrieron del seminario.

Cuando era pequeño, fue un niño lleno de malicia. Molestaba a su madre y a su hermana. Odiaba que le dieran órdenes.

Nadie escapaba de sus malas mañas por eso no tenía amigos. Su Lela era la única que lo entendía; por eso la extrañaba tanto. Su madre nunca lo quiso. Echaba de menos las tardes con su abuela. Ella le enseñó a leer, no olvida cómo festejaron juntos cuando leyó por primera vez el nombre de su padre muerto.

“Ed e eden...”, recordaba su alegría y cómo lo puso a leer otras cosas para comprobar todo lo aprendido. Recordaba la comunión con su abuela y la indiferencia de su madre. Con ella compartía de todo, el aire, los mismos lazos. La vida había mezclado en ellos sus risas y sus miedos. Su abuela nunca lo hubiera abandonado como su madre lo hizo. Pero tuvo la ocurrencia de ponerse enferma. Primero se le puso tiesa la mitad del cuerpo, después apenas pudo moverse por los dolores en las piernas. Él no quería que se muriera; después quién lo iba a cuidar como ella lo hacía. Su mamá y su hermana tuvieron la culpa por la bola de chismes que llevaron a la casa. Es cierto que nunca le gustó la escuela, pero sabía leer y era bueno para contar números. Su abuela nunca les creyó que se metía a robar a casas ajenas.

—Es cosa de niños, travesuras —decía cuando llegaban con el chisme. Era su consentido, el único hombre de la casa. Tachó de mugrosos a los policías que lo agarraron cuando robó los refrescos y el dinero de La Cacariza—. ¡Les pago hasta la risa, muertos de hambre! —les gritó con su boca chueca cuando llegaron los reclamos. Desde ese día empezó a morirse. Los corajes terminaron con la vida que le quedaba. Con su abuela muerta, su madre ensayó nuevos castigos, los golpes y pellizcos ya no fueron suficientes. A cada huida lo dejaba sin comer y lo encerraba con el cuervo.

—¡Es tu abuela! —le decía—. Ojalá viniera por ti.

Un día por fin se hartó de los golpes y se fue a la calle. De la noche a la mañana estaba solo y sin nada que comer.

Sobrevivió por unos días, finalmente el hambre pudo más que el miedo y regresó con su madre, pero duró poco.

Recordaba dónde estaba aquella mañana porque su mamá lo puso a limpiar la casa. Su hermana no hacía nada, sólo se burlaba. Él la empujó y se pegó en la cabeza. Fue un golpe sin importancia, estaba seguro de que no había sido nada, pero de pronto ella tenía sangre en la cara.

—¡Me marcaste, te odiaré toda la vida! —le dijo llorando.

Se sintió mal después de hacerlo, incluso le pidió perdón, pero su madre ya no quiso saber nada. Pensó que en el seminario le quitarían sus malas mañas. Y allí se los dejó a los curas.

—Tiene el diablo adentro —les dijo.

Los trabajadores que venían de lejos hacían sus jacales en el Calvario; lejos de los espoletazos que espantaban las parvas de pájaros. Eran casas hechas con piedras amontonadas como en los potreros. Las amarraban con lodo y pedazos de palma; algunos ponían techos con láminas llenas de chapopote para taparse del frío. Miller hizo el techo con cartones y costales de lona vieja.

“Es por unos días, estaré poco tiempo”, pensó mientras acomodaba el último cartón para el perro que lo acompañaba a todos lados.

Bajo el sol, Canoas era una pintura que llenaba los ojos de quienes llegaban por primera vez, pero cuando llegaba la tarde se iban las ganas de seguir en ese lugar. Era como si cada uno de los mineros se pusiera enfermo; como si les llegaran las ganas de irse y no volver nunca. Era como si la tierra se quedara quieta, abrazada de los últimos colores y asustada por el silencio. Allá arriba el cielo se quedaba solo, los cuervos se juntaban hasta llegar al desfiladero que estaba por la cruz del viento. Allí dejaban caer sus graznidos largos como la noche.

Miller no pudo dormir. Estaba lleno de coraje y con las bolsas vacías. El dinero que robó al cura terminó pronto y las vetas seguían escondidas. Todavía no encontraba alguna que valiera la pena. Sólo olía el cansancio de sus brazos entumecidos por los golpes del talache. El frío se colaba entre las lonas agujeradas. Él no venía por una veta que lo hiciera rico, no venía por los 20 pesos de Vallejos. Quizás su madre tenía razón, era un bueno para nada. No podía ganar un peso de manera honesta.

—Buenos días, Miller, ¿cómo vas con tu pozo, tienes suerte?

—Buen día, patrón. Sigo como empecé.

—Échale ganas, ya me dijeron que trabajas como señorita. Al rato lo vas a matar de hambre —le dijo entre carcajadas señalando al perro.

La segunda vez que miró a los ingenieros salir del pozo se llenó de disgusto. La primera víbora estaba muerta.

—Matamos a tu visita, ten cuidado —le dijeron mientras la aventaban entre sus piernas.

La segunda vez no dijeron nada.

Los ayudantes entraban y salían de los agujeros. Revisaban los pozos de los novatos, les decían dónde buscar las vetas y dónde pusieran los contrafuertes.

—Patrón, ya no mande a los ingenieros al pozo. Llevan la mala suerte y a las cascabeles. Ya es la segunda vez. Hoy maté otra. Déjeme trabajar solo. Si no le gusta lo que hago, pos lo dejo. No estaré mucho por aquí, nomás junto el dinero por el que vine y no me vuelve a ver.

—¿Eso quieres, Miller? Los ingenieros sólo quieren ayudarte, pero si no los necesitas... no vayas a estar chingando después. La primera víbora no la llevaron ellos, la mataron para que no te fuera a morder. La de hoy quién sabe, puede que sí, puede que no. Les voy a decir que ya se busquen a otro

más pendejo que tú. Y ya vete a chingarle, pronto te mandaré un compañero para que se agarren de la mano, quizás hasta duerman juntos —le dijo mientras guardaba los papeles en el primer cajón del escritorio.

Ese día supo que los soldados dormían en el almacén. Que desde allí se escuchaban los ruidos de la oficina, que venían de Villa donde estaban acuartelados. Que se quedaban una semana y que se iban el sábado después de la paga. Que los relevos llegaban hasta el día siguiente.

Su pozo tenía dos túneles, el grande le daba para comer, el otro estaba empezado.

—Escarba el túnel grande, pronto saldrá más azogue —eso le habían dicho los ayudantes de Vallejos.

—Métele el talache donde salen las piedras rojas —le insistían los viejos mineros cuando miraban la carga de sus costales.

—¡Al carajo todo! —gritó con el primer golpe, mientras escarbaba el túnel empezado. Ese día tuvo suerte, debajo de los primeros talachazos salieron dos piedras rojas como pelotas. Después de una hora bajo el sol parecían carbones.

—¿Por qué no lo hice antes? —se preguntó.

Ese día ya no quiso los 20 pesos.

—Divídala en dos partes, patrón. Me da la mitad —dijo.

—Piénsalo, a lo mejor son riñones perdidos.

—Lo partimos, patrón —eso contestó, seguro de que tendría suerte.

Después de ese día trabajó más. Enterraba el talache por largas horas, pero no encontró ni una pizca de azogue.

—Pícale al norte, allí está la veta, no seas testarudo —le aconsejaban.

Los talachazos se hacían largos mientras crecía el coraje y el olor a cansancio. “No voy a matarlo, sólo me llevaré el dinero”, pensó.

—Patrón, necesito trabajar como empezamos. Las vetas se escondieron de nuevo.

Vallejos apenas lo volteó a ver. Seguro lo escuchaba. Tenía el pelo largo, negro. Era más alto de lo que se miraba. Podía cargar hasta dos costales en la espalada. Por un instante detuvo su respiración para observarlo. “No será fácil. Necesitaré el cuchillo”, pensó mientras revisaba la oficina.

Un soldado dijo que tenía escondidos cofres llenos de dinero y costales de monedas de oro. Sabía que los guardaba debajo del escritorio.

—¿Estás seguro, Miller? Te advertí, cabrón, no sé si eres más testarudo que pendejo. Te doy la última oportunidad, pero si no te dejas ayudar te regresas por donde viniste. Hazles caso a los muchachos. Te pareces a las mulas —le repitió.

Le gustaría que todo terminara bien. Salir de Canoas con su dinero. Pasar por Villa y dejar al cura las limosnas que le robó. Comprarse una casa lejos de allí, quizás volver a su tierra y ver a su hermana. Platicar de la muerte de su madre y visitar la tumba de su abuela. Tirar la cabeza del cuervo que su mamá usó para asustarlo.

La tarde era ceniza, llena de soledad. No fue fácil hablar con Vallejos. Le molestaba pedir favores. Su jacal estaba cerca, se escuchaba el alboroto de los niños que jugaban cerca de allí todas las tardes. Esta vez no estaban trepados encima de los rieles y los pedazos de fierro de una máquina antediluviana domesticada por sus gritos. Esta vez eran los cuervos trepados en las lonas de su techo. Su casa estaba llena de pájaros prietos. Primero pensó en otra travesura de los chiquillos; después miró las ratas. Alguien tiró un montón de ratas muertas encima del jacal. No le dieron tiempo de saber más, los muchachillos corrieron al verlo. Los cuervos volaron enojados en medio de ladridos y sus gritos.

Aventó los restos al perro. “Los cuervos anuncian la muerte”. Eso recordó cuando agarró al único que se quedó atrapado adentro. Ese día no durmió. En medio de la oscuridad pensó qué hacer con el pájaro. Vaciló entre arrancarle las plumas o abrirlo con el cuchillo. Al final decidió matarlo de hambre. Lo amarró en el rincón más lejano y lo miró. Lo miró toda la noche como el cuervo de su mamá lo miraba a él cuando era niño.

—Miller, acabas de recibir una carta —dijo su confesor.

“Te dejé en el seminario para que seas mejor persona”, le escribió su mamá en el pedazo de carta que le entregaron abierta. “Seguro te irá bien, el seminario te ayudará. También yo quisiera ser mejor. Ojalá y un día te entienda como tu abuela lo hizo. Pronto te iremos a visitar, tu hermana tiene ganas de verte. Me dijo la verdad, ya sé que no le pegaste en la cara. Ella se cortó adrede. Perdóname por no creerte”.

“Tu hermana tiene ganas de verte”, leyó antes de romperla y romper en medio de sus gritos las pocas cosas del dormitorio. Ese día por la noche los curas lo pusieron en la calle. En las paredes del seminario dejó para siempre la sombra de su madre.

Por esos días empezaron a suceder las cosas raras. Primero se cayeron los pájaros allá por la cañada de las mulas. Cayeron como si los jalaran de las patas o como si una mano invisible les arrancara las alas. Después siguieron los conejos y coyotes entripados en los manantiales. Algunos dijeron que el azogue había envenenado el agua.

—Esas son tonterías —dijo Vallejos.

Los chiquillos juraron ver llamaradas volando allá por Los Cuijes. En las noches daba miedo oír el aulladero de los perros revuelto con el de los coyotes que quedaban en el monte. Eran como lamentos, como si les doliera la muerte que venía por ellos y no por los que ya se habían muerto.

Una noche se apagaron todos los ruidos: se apagaron las lechuzas y los chirridos de los grillos, también el rumor del viento. Era como si de repente los ruidos se vaciaran todos juntos y se fueran escurriendo por las hendiduras de la tierra. Como si estuvieran desesperados por callarse y sacar el silencio de los agujeros y quedarse allí escondidos mientras el viento se llevaba los trinos y los reclamos que la gente había perdido.

Se miraba el miedo en la cara. En los ojos embarrados bajo el techo de los jacales y en el rezo a todos los santos.

Las hormigas se fueron asustadas por el silencio. Agarraron un pedazo de miedo y se fueron sin mirar a las crías. Nadie sabe cuántas eran ni a dónde fueron. Caminaban sin hacer ruido para no despertar las noches ni asustar los días. Les corría la prisa, con ganas de llegar a donde nadie les apretara el deseo de volver. Allí dejaron sus agujeros cerca de los que ya había. Abandonaron todo, hasta las ganas de perder los caminos de regreso. Sus hormigueros se quedaron solos, llenos de nada y de las habladurías de la gente que empezaron a extrañarlas como si con ellas también se hubieran ido sus seres queridos.

Atrás de ellas siguieron las chicanas que también se les metió la prisa por largarse lejos, pero les faltaban sus alas. Era un tiradero por montes y jacales. La gente llenó las cazuelas de retortijones y chillidos como si fueran recién nacidos. La comilona no les duró mucho, se terminó con los primeros tacos. En las prisas por dejarlos les contagiaron la soledad de los agujeros donde dormían. Ya nadie quiso morder las tortillas con las crías que se quedaron tiradas por las prisas.

—Saben a tristeza —dijeron.

Los cuervos llegaron en parvadas. Eso platicaban los soldados que fueron los primeros en mirarlos.

—Llegaron por la media noche y ya no se fueron —contaron a quienes quisieron oírlos.

Se juntaron como pedazos de oscuridad y allí se quedaron esperando la mañana para soltar los primeros graznidos. Habían de oírlos como se oyeron. Estaban en todos lados. Encaramados en las bocas de los agujeros; en los techos de los jacales y las casas. Todos se levantaron a verlos. Los llenaron de maldiciones y les tiraban piedras y sus miedos. Canoas se llenó de voces roncas y de gritos. Allí se quedaron cerca de todo. Seguro vinieron a reclamar por los caídos. Desde ese día el miedo agarró parejo. Estos ya no eran los cuervos conocidos, estos no tenían miedo. Sólo se quedaban viendo como si quisieran meterse en la cabeza de los mirones para arrancarles el pensamiento. Algunos dijeron que en el camino se miraba el colguije de sus ojos, aunque no estuvieran ellos.

No era fácil hacer lo que Miller haría ese día. Cuando robó al cura ni siquiera llevó el cuchillo. Era sólo un viejo y sus limosnas. Esta vez estaban los soldados y el enojo de los cuervos. Primero pensó esperar a que se fueran los cuervos. “Pronto se irán”, se decía.

Miller abrió los párpados. Se apartó el pelo de la cara, después se incorporó y agarró el cuchillo. “Vallejos mandó a las ratas para envenenar a mi perro”, pensó mientras acomodaba el cordón de la maleta hasta amarrarla. Era de cartón descapelado que alguna vez fue verde, faltaban dos remaches en las esquinas despostilladas. Sólo le quedaba una de las agarraderas. La tenía desde el seminario. No le gustaría quedar ciego por los picotazos de los cuervos. Los dedos le hormigueaban.

Cuando salió un montón de pájaros parecía que lo esperaba. La pala y el talache apenas le permitieron correr. Tropezó. Vaciló, sería mejor regresar. Tenía sangre en las manos.

“Espero que esté sólo”, pensó mientras se puso de pie.

Dejó de pensar cuando llegó hasta la puerta. Empujó... estaba cerrada. Vallejos asomó por la mirilla, quitó el pasador. Parecía esperarlo.

Era una puerta de mezquite. Pesada, necesitó la ayuda de Vallejos para abrirla y poder entrar.

—Hola, Miller, ¿por qué esa cara? ¿Tienes miedo de los cuervos? No hacen nada, ¿dónde dejaste a tu perro? —dijo mientras guardaba unas monedas dentro del cajón.

—¿Y los soldados?

—Están allá atrás, encerrados, tienen miedo como tú —dijo con tranquilidad mientras tomaba la escopeta.

—Me voy, patrón, vengo a traer el pico y la pala. No me gustan las cosas que pasan. Quién sabe qué más siga.

—No creo que sea por eso. Vienes por otra cosa, no te hagas pendejo —agregó Vallejos mientras cargaba la escopeta—. Dicen que tienes un cuervo en el jacal. La gente piensa que por eso están enojados.

Miller quiso decirle que odió lo que hizo con las ratas; que a los cuervos no les tenía miedo y que no le importaba lo que pensara la gente. Decirle que venía por su dinero. Decirle que costaba mucho matar...

—Mira, sólo son pájaros. No hacen nada, ellos no piensan como nosotros —Vallejos salió, se escuchó un escopetazo y el alboroto de los cuervos.

“Debía evitar el esternón, apuñalar con fuerza para perforar el corazón y los pulmones. Ahogarlo en su sangre”, pensaba.

Es él, el de la nariz aguileña, Edén Miller. Él sabía por qué llegaron los cuervos.

Un segundo disparo terminó con sus pensamientos.

Lo haría.

El tercer disparo trajo las risas nerviosas y los pasos apresurados de Vallejos.

—¡Están endemoniados! —gritó— mientras en vano intentaba cerrar la puerta—. ¡De dónde sale tanto cuervo!



Alfredo Ávalos

(Cárdenas, San Luis Potosí, 1971)

Promotor cultural, escritor y activista proinmigración. Radica en San Antonio, Texas desde 2001. Tiene estudios de Derecho en México y Estados Unidos. Actualmente es candidato al MFA en Creative Writing por la Universidad de Texas en El Paso. Ha ejercido como abogado en materia de derechos humanos y derecho penitenciario; también ha sido reportero para sitios locales y el periódico *El Universal*. Es autor de *Voyeur* (2012). Obtuvo el primer lugar del Concurso de Cuento Letras en el Estuario (Texas, 2008) y el primer lugar en el Concurso Internacional de Cuento Erótico (Miami, 2012). Es fundador de la comunidad de escritores Letras en la Frontera, dedicada a la difusión de literatura en español en Estados Unidos. Desde 2018 es coordinador de Comunidad y Cultura en la UNAM-San Antonio.

Señor gringo

Abel Chapik mira atento la hormiga negra con una migaja de pan blanco a cuestas, la miga es tres o cuatro veces el tamaño del insecto y la cubre por completo, sólo se ven unas patitas que luchan contra la gravedad, agobiadas por el peso de la carga. Anda perdida, parece, porque Chapik no ve otras hormigas alrededor, trabajando en grupo como suelen hacerlo, ayudándose las unas a las otras para abastecer el hormiguero. A pesar de la diferencia desproporcionada de peso y tamaño, la hormiguita no se rinde, sube por la pared rumbo a la rendija de la ventana tapiada, por donde se cuele apenas una chispa de la luz del día. Al lado de Chapik está Tomás Hadhúm, un huasteco de mirada perdida, débil por las horas de espera bajo el sol, por el hambre de varios días. Llevan mucho tiempo en la fila, escuchando gritos, insultos, órdenes confusas.

Y esperan.

Ahora ya son dos las hormigas cargando la migaja, una camina en reversa, la otra empuja. Llegan hasta la rendija en la tapia e intentan pasar al otro lado, pero la miga se atora, no cabe, no pasa. Se mueven frenéticas de un lado al otro sin soltar la carga preciosa, buscan la parte más amplia de la rendija, están decididas a cruzar.

Ahora les dicen que no. Les habían dicho que sí, que pasaran a la otra fila. Les revisaron la boca, los dientes, la garganta, los párpados. Que levántense los huevos, que ahora hagan unas sentadillas, que ponga su nombre aquí, si no sabe escribir ponga una cruz. ¡Que enseñeme las manos, las manos, indio pendejo! ¿Que qué saben de labores del campo? Todo, contestaron ellos. De todo sabemos, desmonte y chapoleo, de barbecho y siembra con yunta y arado, del azadón y la siega. Todo. Lo que nos pongan a hacer lo sabemos, crecimos en la

tierra, somos sus hijos, la conocemos bien. Pero no importa lo que digan, nadie parece entenderlos.

Que dice el señor gringo que no, le explica el traductor a Chapik, que con esa cosa no pasas, que no quiere idólatras en su cuadrilla. ¿Idólatras? Abel Chapik levanta la mirada y ve la cara encendida del señor gringo. Le recuerda a una máscara del demonio en Xantolo. El hombre lo señala con el índice y alega, grita de un modo ininteligible. Repite que no, esa palabra que Chapik y Hadhúm han oído tanto desde que salieron de los montes de Nexcuayo.

Abel Chapik se queda callado, no sabe qué más decir, cómo rebatir lo que le dicen, cómo remontar esa cuesta arriba de palabras que no conoce. Por eso es Hadhúm quien repite, encogido, con la cabeza en el pecho, sin atreverse a levantar la vista, y casi para sí mismo... sí, sí.

Ha visto a otros hombres protestar, algunos hasta lloran cuando los sacan de la fila. Se tiran al piso desconsolados, como a quien se le ha muerto alguien y le avisan de repente. Otros nomás agachan la cabeza, avergonzados, y se van con la ropa en las manos. Como todos, ellos también llevan semanas en el camino y muchos días viviendo de la esperanza de que los enganchen y los lleven a trabajar a los campos del gabacho, que parece, según ha oído, la tierra prometida, por eso hay tantos hombres como ellos ilusionados en que la suerte y esos gringos que los revisan hasta debajo de las uñas, los aprueben. Pero ahora les dicen que no, después de que les dijeron que sí, y les piden que se vayan al cuartel tres, el de los rechazados.

Antes de salir, Chapik voltea a la rendija, ya no ve a las hormigas, y sonríe.

Con el hambre mordiéndole las tripas, Abel Chapik piensa en unos tacos de hormigas chicatanas tostadas en el comal, con salsa del metate y tortillas llenas de ceniza del fogón. Ya

no tardan las lluvias en los montes y con ellas los enjambres de chicanas que parecen caer del cielo. Casi puede oír las manos de su mujer torteando la masa, las risas de sus hijos, la algarabía de las guacamayas en los árboles de mangos o sobre las palmas vencidas por ramos enormes de coyol. Han debido ser las hormigas de la pared en el otro cuartel las que le traen esos recuerdos, o será que está dudando si dejar su casa, su mujer y sus hijos para venirse a buscar trabajo ha valido la pena. Claro, lo ha pensado, lo piensa a cada rato, pero no se lo dice a Hadhúm, quien de por sí quería retacharse a Nexcuayo, cuando en la estación de tren de Ciudad Valles no les quisieron vender los boletos, que porque no traían zapatos.

—Si tuviéramos pa' zapatos, no nos andaríamos yendo —se habían reído ellos.

También les habían dicho que se regresaran al monte, que acá no la van a hacer, que de por sí el enganche para irse a trabajar a los campos en el gabacho está complicado para los que hablan español, más aún para unos indios pata rajada como ellos. Pero Chapik no desiste, y ha convencido a Hadhúm de aguantar lo que sea, el hambre, el cansancio, la humillación, porque tienen que llegar al otro lado, ponerse a trabajar y juntar un dinero para regresarse luego a Nexcuayo.

—Piensa en la milpa que vas a tener cuando regreses —le repite en su lengua con la que más que hablar parece que canta, y Tomás Hadhúm se la imagina; será una milpa hermosa abrazada a una ladera del cerro, o cerca del río en donde pesca acamayas y cosoles desde que es niño con Abel Chapik.

El galerón número tres tiene las ventanas abiertas, a diferencia del cuatro, donde se hacen las inspecciones, que las tiene tapiadas y en donde el calor es sofocante. Abel Chapik mira el desierto por una ventana. Está acostumbrado al calor de la Huasteca, pero este calor es diferente, aquí el rayo de sol es mezquino, punza como una espina. No hay tampoco

el consuelo de la brisa, ni siquiera con la ventana abierta. Ha dejado el verde fresco de su tierra por ese páramo que se extiende hasta donde no le alcanza la vista. ¿Cómo se dan los elotes en estas tierras? Se pregunta. ¿Cómo esperan que brote el maíz en tanta arena? Nadie le dijo que venía al desierto, por eso hizo bien en traer consigo a Cachum. Él no quería, pero su madre insistió y su mujer la apoyó. Entre las dos se la colgaron al cuello con una trenza de piel de venado, ahí la ha traído durante todo el viaje, sobre su pecho, protegiéndola con brazos y manos en las multitudes de los trenes y en las calles atestadas del otro lado del río, en donde se hacinan hombres en las banquetas, en espera del llamado, el pase al gabacho, en donde finalmente alguien les diga que sí y se los lleven a trabajar al campo, a los ferrocarriles, a las fábricas, en donde dicen que hay mucho que hacer y faltan brazos para todo.

Abel Chapik ve pasar a Montgomery, el señor gringo camina dando zancadas largas, sigue enojado, porque habla y manotea al aire, ahora le grita a un grupo de hombres que fuman recargados sobre la pared, cubriéndose del sol. Los hombres apagan los cigarrillos y se dispersan, agarran sus escobas y trapeadores y se van todavía perseguidos por los gritos del gringo.

El señor Montgomery no los acepta, les dijo el hombre que los sacó del cuartel de inspecciones y los trajo a éste, el de los que se van de regreso al lado mexicano. Todavía traían la ropa en la mano, así desnudos los arriaba, los apuraba a salir, quería alejarlos del enojo del señor gringo lo más rápido posible. Abel Chapik iba callado, Tomás insistía en decir sí, sí. Chapik comprendió que al señor gringo no le gustaba Cachum, porque comenzó a dar de gritos cuando se la vio colgada al pecho.

—El señor gringo es muy cristiano —les dijo el hombre—, ni estampas de la virgen de Guadalupe o cualquier otro santo deja que lleven los hombres que contrata. Dice que son idolatrías y eso no le gusta a Dios. Así que no se agüiten, los van

a regresar, pero si de veras quieren trabajar, vuélvase por el río y busquen quién los lleve a California, allá están contratando con o sin papeles.

Pero a Abel Chapik le habían dicho que era mejor irse con todas las de la ley, que el gobierno había creado este programa para ayudar a la gente a salir de la pobreza, que buscaban hombres del campo como ellos, con experiencia, que supieran trabajar la tierra y que no se doblaran a la primera, y ellos eran todo eso, pero ahora los regresan por culpa del señor gringo, porque no le gusta Cachum.

Es un niño metido en la orilla del río, su madre lava ropa, la talla sobre una piedra lisa. Hace calor. El canto de las cigarras madura los jobos. Cómo le gustan los jobos, los quiere comer siempre, su madre dice no y le quita la fruta de las manos pequeñas. Un pájaro carpintero picotea un árbol cercano, puede oír el ritmo del pico tamborileando sobre la madera. El niño Chapik chapotea feliz en la ribera, el sol cae sobre el agua creando olas de luz. El agua es transparente, puede ver los pececitos nadando alrededor de sus pies. De pronto ve como en mitad del río, sale una mujer, se yergue de a poco, primero la cabeza con un resplandor que recoge la luz del sol sobre la corriente del río, luego los hombros, los brazos, las piernas, hasta que toda ella camina sobre el agua arrastrando una melena de pelo negro en donde se quedan pegados los peces como prendedores de plata y brillan como astros sobre el fondo negro del universo. Su madre lo levanta en sus brazos y murmura: Cachum.

Es medianoche cuando los tiran a mitad del puente Santa Fe con la orden de no regresar. Les han hecho firmar otro papel en donde dice que no son aptos para el programa bracero y por lo tanto no son admitidos en territorio de Estados Unidos. Les dieron una copia al carbón que trae la cruz que tanto Abel Chapik como Tomás Hadhúm le dibujaron por

firma. Caminan sobre el puente con otras docenas de hombres derrotados. Algunos conversan sobre las razones por las cuales no fueron admitidos; que porque me faltan callos en las manos, que me falla la vista, que tengo las muelas picadas. Otros prefieren callarse, no decir que el médico les encontró una pústula en el glándula, o dedujo por las manchas en la piel que traen la panza llena de lombrices.

Se desplazan por la avenida Benito Juárez como una manada de reses perdida. Nadie los guía, nadie los forma, nadie les grita.

—Juárez era un indio como ustedes que llegó a presidente —les dice un hombre, nomás por jorobar. Siempre hay alguno jorobando, chingar al indio parece una victoria que todos gozan en medio de tanta derrota, de tantos no. Ellos no quieren llegar a presidentes, nomás trabajar, piensa Chapik. Unos sugieren irse al parque Borunda, porque allá pueden dormir sin que los moleste la policía y hay menos gente, otros dicen que mejor a la plaza de armas, porque allá por la mañana regalan café las monjas en un tenderete al lado de la catedral de Nuestra Señora de Guadalupe, y no estaría de más entrar de rodillas a pedir la bendición de la virgen, sobre todo los que se van a regresar por el río.

Ni a Chapik ni a Hadhúm les interesa mucho donde pasar la noche, lo que quieren saber es qué lugar queda más cerca del cruce por el río, en donde no se topen con la migra, tampoco quieren visitar a la virgen, ellos traen a Cachum.

La plaza de armas es un tiradero de cuerpos y basura, los perros callejeros los husmean como tanteando si están vivos o muertos, algunos hombres los espantan con el sombrero, otros ni cuenta se dan cuando el perro levanta la pata y los mea. Chapik y Hadhúm se acomodan en el rellano del portón del cine Reforma. En la marquesina se anuncia el estreno de *La vida tiene tres días*, una película con Silvia Pinal.

Apenas se acuestan, Hadhúm se queda dormido. Chapik palpa el bulto bajo la manta de su camisa. Ahí sigue. Cachum no los abandona.

Cachum, le dijo su madre al ponerle la estatuilla de barro sobre el pecho, la hija de la gran paridora, una de las cuatro hermanas, la que tiene ojos de café y la boca entornada, los senos delicados, las manos sobre el vientre donde lleva la semilla, el orificio del sexo abierto, entrada y salida de la vida, del universo, Cachum viajará con Chapik, porque los dioses siguen el camino de los hombres, y allá a donde vayas Cachum hará brotar el verde del maíz, el dorado de las espigas.

Les han dicho que la corriente es traicionera, que no se confíen, porque a veces la grama que crece bajo el agua se enreda en las piernas de los hombres y los jala hacia abajo. Ellos conocen los peligros, pero también las bondades de los ríos. Han crecido bañándose en el agua azul del río Xtopo. El que tienen enfrente es un río triste, como el desierto por donde desciende.

¿A qué quieren ir a esta tierra?, le pregunta Hadhúm a Chapik. Mejor regresarse a casa. ¿Y cómo?, contesta Chapik, no les queda ni un centavo en los bolsillos. Han visto cómo mendigan otros hombres en las calles de Juárez, han visto cómo se tuercen de hambre, cómo se comen la basura que se encuentran en los vertederos. Por eso, dice Chapik, tenemos que cruzarnos y ver cómo llegamos a la mentada California, en donde la tierra es buena y se dan hartas frutas y hortalizas, como dicen los que han ido. Este río es un mero empacho. Chapik recuerda a las dos hormigas que ayudándose la una a la otra lograron pasar la miga de pan por la rendija, así lo harán ellos también. Todo lo que Chapik sabe de la vida lo ha aprendido viendo a los animales del monte. Confía, le susurra a Hadhúm, luego se lanza al agua y lo anima a hacer lo mismo.

Las calles de El Paso son más limpias que las de Ciudad Juárez, pero igual de tristes. Las casas y edificios parecen más grandes y sólidos que los del otro lado del río, pero tampoco hay árboles que den una sombra, lo que no es arena, es concreto, o maderas pudriéndose bajo capas de pintura. Hay muchos más carros circulando por sus calles y la gente va mejor vestida. Por lo mismo, dos huastecos como ellos se notan más. La gente los ve sin apenas detenerse, una mirada rápida, la sorpresa, a veces el asco, se les dibuja en la cara, y siguen su camino. La gente en El Paso está acostumbrada a ver indios en la calle, pero otra clase, igualmente despojados de casi todo, pero no como ellos, descalzos y en ropas paupérrimas. Chapik y Hadhúm se sienten más perdidos que nunca. Apenas cruzaron el río, junto con otros hombres, cada quien salió corriendo en distintas direcciones. Había migra esperándolos del otro lado, eso oyeron decir. Y aunque hasta hace poco, ellos jamás habían escuchado esa palabra, ahora sabían que migra significaba correr tan rápido como fuera posible, esconderse, desaparecer. Están exhaustos, y no encuentran ninguna sombra para descansar. Ya han preguntado muchas veces por dónde se llega a California y solo se han reído de ellos.

—Ahí a la vuelta de la esquina —les dijo un hombre entre carcajadas y les señaló una calle. No había nada más allá de la esquina que indicara el camino a esa tierra, donde están convencidos de que el trabajo los espera.

—Si el señor gringo no hubiera dicho que no, ya andaríamos en California —dice Hadhúm y Chapik piensa que tiene razón, que todo es culpa del señor gringo. Si no fuera por él no estarían ahora comiendo de un bote de basura. No llevarían días dando vueltas por las calles de El Paso, donde nadie les dice cómo se llega a California y escondiéndose cada que ven un carro de la policía. No serían estos coyotes trasijados que la gente ve, se espanta y se aleja.

“Un coyote hambriento le pierde el miedo al perro que guarda el jacal”, piensa Chapik. Fue idea de Hadhúm seguir al señor gringo hasta su casa. Lo vieron salir de la iglesia de San Clemente en la calle Campbell. Venían de la catedral de San Patricio, en donde un indigente les dijo que se fueran a San Clemente, que ahí daban pan los domingos.

Wesley Montgomery vivía a unas cuadras de la *St. Clement Episcopal Church*, a donde acudía cada miércoles al *men’s bible study* y el domingo al servicio con su familia. Salió de la iglesia rodeado de sus tres hijos y su mujer, se despidió en la puerta del pastor con un apretón de manos y de otros feligreses sólo con un leve movimiento de cabeza o tocándose apenas el sombrero con la punta de los dedos. Pasó cerca de los dos huastecos sin voltear a verlos.

—*Women give you two things, son* —le dijo una vez su padre—: *children and headaches*.

Oh, cuánta razón tenía su padre, pensaba Wesley, saliendo por la puerta trasera al patio de la casa y encaminándose al cobertizo. Necesitaba un trago. Llevaba en la mano un vaso con un hielo. Dos onzas de Jim Beam y no oírlo por un rato era lo que necesitaba. Últimamente su mujer sólo le daba dolores de cabeza. Había dejado de darle hijos, y quizá era mejor así. Ya Marjorie llevaba seis abortos espontáneos. Tal vez era la voluntad de Dios que tuvieran sólo tres. Además, ya no eran tan jóvenes, él estaba por cumplir 42 y Marjorie 38. Por eso, cada vez pasaba más tiempo en el cobertizo, solo, alejado de las quejas de ella, quien no se acostumbraba a la vida en El Paso, y en cada oportunidad le exigía que regresaran a Laramie, Wyoming, porque sus hijos estaban creciendo en este lugar que por mucho que dijeran, no parecía Estados Unidos. Este *bordertown* hijo de dos madres, en donde las costumbres eran una mezcla extraña y absurda. Parecía, le decía a Wesley como si cada persona que pasara dejara algo de sí, lo abandonara

y se pegara a la vida, como la mugre. Él también quería regresar a Laramie. Llevaba dos años en El Paso, los más largos de su vida, pensaba a menudo. Al principio, cuando la compañía lo envió a buscar una cuadrilla de trabajadores agrícolas, creyó que sería cuestión de días para estar de regreso en su casa, con su familia, en su iglesia, con los suyos, en donde el mundo tenía sentido y cada cosa y cada persona ocupaba su lugar. Pero envió tan buena mercancía, así lo dijo su jefe, que le pidieron que se quedara a terminar la temporada de contrataciones. Al año siguiente lo volvieron a enviar, pero esta vez le rentaron una casa y le aconsejaron que se mudara con su familia. La compañía lo necesitaba en la frontera, en donde además de reclutar mano de obra, compraría equipo agrícola y se encargaría de las exportaciones de insumos al campo mexicano.

—*Ironic, huh?* —dijo su jefe—. *These Mexicans come to work at our fields. They produce the corn and then we sell it back so they can make tortillas.*

“*These Mexicans*”, pensó Montgomery, esa gente idólatra.

Cuando Wesley Montgomery abre la puerta del cobertizo ve a un indio de pelo largo y oscuro, de pecho lampiño y descubierta, sobre el cual descansaba la figura de barro que días atrás había visto en el cuartel de las inspecciones. Está ahí, parado frente a él como una visión de otro mundo. Lo ve rodeado de las cruces de madera de álamo que él se dedica a tallar con mucha paciencia y respeto, es un pasatiempo con el que ha ido llenando las paredes del cobertizo. A veces, cuando cree que alguien es digno de su aprecio, le regala una cruz. El cobertizo es su lugar privado, es aquí donde se relaja escuchando los partidos de los *Rockies* de Colorado en la radio, en donde guarda las botellas de Jim Beam, para que sus hijos no lo vean beber. Al cobertizo no entra nadie excepto él, pero ahora tiene un indio sucio enfrente que le pregunta lentamente, como si hubiera ensayado las palabras:

—¿Cómo va Chapik a California?

—*What on earth is happening?* —dice Montgomery aún sin salir del asombro, mientras siente cómo la sangre se le sube a la cabeza y le nace el impulso de lanzarse sobre el intruso, tomarlo de las greñas largas, arrancarle esa figura profana que ensucia con su presencia un lugar sagrado, un espacio dedicado a la gloria de Dios con el trabajo de sus manos, como hizo José el carpintero; y sacarlo a patadas hasta la calle, entregarlo a la policía para que le den un escarmiento por la osadía de entrar en la casa de un ciudadano como él, que hace su trabajo, que cumple las reglas, que vive su vida en la gracia de Dios. Entonces siente el filo que le presiona las costillas, baja la vista y reconoce la madera de álamo de las cruces, convertida en una punta afilada, que se torna en contra de su carne, mientras escucha una voz que dice: sí, sí.



Elizabeth Pérez-Cortés

(Nezahualcóyotl, Estado de México, 1965)

Doctora en Sistemas Computacionales y profesora e investigadora en Ciencias y Tecnologías de la Información desde hace más de dos décadas. La lectura siempre ha sido su pasatiempo favorito y desde 2019 comenzó a hacerse de las herramientas para narrar. Escribe cuento y ensayo personal. Algunos de sus textos han sido publicados en antologías y actualmente prepara su primer libro de cuentos.



La purga

Amplia como una carpa. Así era cada una de sus prendas. Lo mismo los altos que los bajos. Claros los primeros, oscuros los segundos. Una especie de uniforme que quitaba el estrés a las compras y al arreglo matutino. Su guardarropa minimalista se renovaba con los mismos modelos cómodos desde hacía años y, si acaso, cambiaba la talla de las prendas. Cada mañana Elvira elegía una combinación al azar y al salir, en lugar de buscar su reflejo, miraba la foto de su madre que, con su figura asiática recién desembarcada, había posado frente al Palacio de Bellas Artes luciendo el collar de perlas y los aretes a juego apenas visibles bajo la curva del lustroso pelo.

Dentro de ella existía una mujer idéntica a la de la foto. De eso la había convencido su madre en vida y eso le repitió por años su hermana mientras se pavoneaba frente al espejo luciendo atuendos en los que ella nunca lograría entrar. Si tan sólo te controlarás, le decía la madre desde esa foto, si tan sólo te controlarás, repetía la voz de su hermana desde sus recuerdos.

Claro que me puedo controlar, se dijo ella parada frente a ese espacio vertical por enésima vez, veamos qué más podemos eliminar. Comenzó por lo alto de la alacena donde solía tener los dulces. Sus favoritos eran los chocolates rellenos de mermelada de naranja y los que tenían una pizca de sal, pero ya no quedaba ningún paquete. Se deshizo de la mermelada de higo prevista para el *foie gras* y la de frutos rojos, ambas de importación. Puro *delicatessen*. Hubo un tiempo en el que lo que no gastaba en ropa se lo gastaba en comida. Al tomar el frasco de miel artesanal los dedos se le quedaron pegados al envase improvisado; nunca había podido sacar miel de abeja sin que se le derramara un poco. Se lamió los dedos uno por uno recordando

el pan francés que hacía mucho ya no preparaba. Tampoco tenía piloncillo, un indispensable para las tardes lluviosas de los viejos tiempos, cuando hacían buñuelos o ponche. Bastaba poner a calentar agua con la canela, el anís estrella y uno de esos cilindros marrones para que de inmediato la casa quedara oliendo a aquellos días cuando su madre amasaba llegando del trabajo para después dedicarse a estirar, a freír; a intentar las formas más insólitas con la masa rebelde sólo para sacar del aceite humeante un pretexto para las carcajadas. Abrió el frasco de la canela y aspiró con fuerza entornando los ojos. Agradeció poder conservar las especias. Eso le bastaría. En ese momento su mirada se tropezó con la caja-escondite de harina para *hot cakes*. Hacía tanto tiempo que en el fondo de esa caja, bajo la bolsa de harina, dentro de una bolsa de plástico, se escondía el saquito rojo de piel de venado decorado con diminutas flores de cerezo de un tenue color rosado, casi blancas. Y dentro del saquito, estaban las perlas. Aquel collar y los aretes eran lo más valioso que poseía y, sin embargo, desde que vio a su madre guardarlas ahí, nunca las había sacado. Le daba tanto miedo perderlas que esa caja viajó en su bolsa de mano durante la mudanza. Un mal día se le ocurrió que alguien podía entrar y robarlas sin dejar huella. Eso hizo que durante un tiempo, al llegar a casa, Elvira sacara la bolsa de harina para verificar que la bolsa de plástico que protegía al tesoro seguía ahí debajo. Hasta que la ansiedad que le provocaba una búsqueda fallida se lo impidió. Sólo de pensar en revisar la caja, transpiraba intensamente y un agujero negro le atravesaba el estómago. Para evitarse el sufrimiento decidió que mientras ella no viera la caja vacía, las joyas seguían ahí y ya no lo comprobó. Esbozando una sonrisa irónica puso de lado la harina, sin revisarla por supuesto, y se dijo que esa caja era como la del gato aquel: podía o no contener las perlas. Siguió adelante con su tarea y al final, limpió y acomodó lo que quedaba

en aquel mueble. Contempló por un momento el espacio casi vacío y suspiró. En el refrigerador la selección fue más rápida pues, salvo unos quesos y la mayonesa, no encontró gran cosa que descartar.

Los días entre semana eran todos iguales. Caminar al trabajo. Regresar a comer a casa. Trabajar hasta tarde. Navegar en internet rogando quedarse dormida. No se parecían a sus planes. La despensa tenía el contenido correcto, pero sus horarios no. Su cuerpo no. Sobre todo su cabeza no.

Sus fines de semana se parecían a su nueva alacena: eran ordenados, limpios y casi vacíos. Los sábados por la mañana se concentraba en regresar a su lugar las pocas cosas que durante la semana hubieran abandonado su nicho porque el desorden la ponía mal. Sacudía y limpiaba pues no soportaba la suciedad. Lavaba la ropa por colores e iba al súper siempre con luz de día dado que, mientras más tiempo pasaba, más miedo le daba la noche.

Ese sábado, al entrar al supermercado, Elvira aceptó publicidad para un gimnasio. No tenía buenos recuerdos de esos lugares. Pensaba con desazón en los humores de los demás sobre los aparatos, en las duelas, en los tapetes de yoga; pensaba en los riesgos de las baldosas húmedas de las duchas. Para ella los gimnasios eran templos en los que debía rezar un rosario de no saber, no poder, no aguantar, de imaginarse enferma y de tolerar la mirada de los otros. Pero igual guardó el folleto, esperanzada de que un día, todo eso le dejaría de importar.

El fondo del supermercado estaba cubierto por hileras de refrigeradores relucientes llenos de productos perfectamente alineados. Observó su imagen imperfecta reflejada en ese muro de acero y cristal y se apresuró a sacar los yogures naturales, bajos en grasa y sin endulzar. El único lácteo que se permitía. Pasó de largo frente al pasillo de los panes y las galletas. De niña siempre iba corriendo por el pan integral para

los sándwiches mientras que Alicia, su hermana menor por dos años, se encargaba de elegir las galletas para la semana. Al llegar a la zona de frutas y legumbres extendía la mano para que su madre le diera las bolsas que le correspondía llenar. Elvira se encargaba de elegir lo que no se dañaba fácilmente: cebollas, papas, limones; mientras que ellas escogían juntas las cosas que debían de ser tratadas con cuidado.

Ya en la fila recordó las primeras veces que hizo las compras sin compañía. El carrito rebosante con todas esas bolsas que había llenado ella sola. La época con Alicia ya ausente y su madre en cama. La banda de la caja registradora siempre estaba repleta. El tiempo de hacer buñuelos aunque no lloviera, de intentar hacer pan y mermeladas. De mantener la casa caliente y el ánimo positivo. Un tiempo en el que comió para motivar, o eso decía, en el que pretendió que el olor del pan recién horneado ahogaría la ausencia de la hermana y el dolor que esa ausencia provocaba en ambas.

Mientras ponía las cosas en la banda escuchó una voz conocida pronunciar su nombre. Al voltear descubrió a una mujer que, unos pasos más allá, agitaba la mano mientras le decía:

—Checa tu *whats*, ¡a ver si nos vemos!

Asintió mientras correspondía el saludo. Era una excompañera de la facultad. Hacía tiempo que no leía los mensajes del grupo, ni siquiera sabía por qué seguía ahí. En el último momento tomó una barra de chocolate y unas galletas de bombón y, en franco desafío a quién sabe qué, las colocó junto a lo demás.

Casi era ridículo el poco espacio que sus bolsas ocupaban en la cajuela del coche compacto. Como ella en la vida, pensó. Se quedó con las golosinas en el asiento del copiloto y antes de arrancar, leyó sus mensajes. Estaban planeando una reunión de aniversario.

Tomó el camino del puente para regresar a casa. Era un poco más largo, pero también más tranquilo. La relajaba ver la construcción de piedra volcánica, los árboles alrededor, estar en ese espacio siempre sombreado y aspirar el olor a tierra húmeda. Al detenerse en un alto, miró a un joven apenas bronceado malabarear con clavos. Observó su barba de unos cuantos días. Esa esbeltez que le resultaba tan atractiva e inaccesible. Nunca lo había visto por ahí. Una anciana con la cabeza cubierta por un rebozo de bolita pasó extendiendo la mano y ella le dio las galletas. Cuando el joven de las clavos terminó su rutina, paseó la mirada entre los conductores esperando una señal. Ella sacó la mano con la barra de chocolate. Él se la cambió por una sonrisa y un ligero y lento roce de aquel hábil meñique sobre su mano inusualmente quieta. Elvira sintió una descarga eléctrica. Se descubrió deseando quedarse ahí con él. Hablar entre luz roja y luz roja. Compartir la generosidad de los pasantes. Recibirla. ¿Y si iba a esa fiesta?

Su departamento estaba en la planta baja del edificio, al fondo del conjunto habitacional. Era un lugar viejo y, por lo mismo, amplio y cómodo. Con el lugar de estacionamiento justo frente a la puerta. Mientras bajaba la compra, el aroma de las rosas en las jardineras le recordó sus privilegios. Las amarillas eran sus favoritas. Siempre le había parecido una tontería asociar el desprecio con las flores de ese color. Para ella eran trozos de sol en el camino. Le había gustado el lugar porque tenía la cocina separada del resto de la casa, así cerraba la puerta cuando no quería que el aroma de lo que hervía en la estufa lo inundara todo. Además, anexo a la cocina, había un patio de lavado. Desde que llegó se dijo que ahí pondría la caja del gato cuando por fin se sintiera capaz de volver a cuidar de una vida. Por lo pronto, ya tenía la cama y los platos con el nombre que había elegido: *pimienta*. Pensaba en adoptar uno negro que tuviera los ojos

amarillos. Por supuesto, tampoco creía que el color de un gato estuviera relacionado con la suerte. Ella ocupaba la recámara principal y había convertido la otra en cuarto de visitas en el que un sofá cama, un buró y una silla eran todo el mobiliario. Lo decoró con lo que ella llamaba las fotografías de su ausencia y en el clóset colgó los atuendos que aspiraba a ponerse algún día. Ahí también estaba la báscula. Aunque tenía prohibido usarla más de una vez por semana, no podía resistir la tentación de registrar los efectos de lo que comía o no en su cuerpo. Una especie de castigo por no controlarse o un esfuerzo por hacerlo. Pero esta vez no estaba ahí para eso. Pretendía encontrar el atuendo perfecto para esa reunión de exalumnos. Abrió el clóset. Quizá aún estaba a tiempo, se dijo, evocando a su madre. Había toda clase de prendas: obsequios que su familia le había hecho para motivarla. Acarició el terciopelo verde oscuro del vestido que le regalaron para su graduación. Qué bien contrastaba ese color con su piel apiñonada. Podía ser. Esa tela estiraba un poco. Lo descolgó y con la prenda en mano, contempló las fotos festivas de aquel muro. Fotos que le traían ecos de una conversación recurrente:

—¿Ya sabes qué te vas a poner?

—No, ma. Todavía no veo.

—¿Por qué no te llevas el vestido beige? El de las florecitas blancas.

—Sí, ma... me lo voy a probar.

—Todavía estás a tiempo, Viris.

“Todavía estás a tiempo, Viris” era la frase con la que se cerraban las conversaciones sobre cualquier cosa en su futuro: un nuevo empleo, una posible pareja o la maternidad. Para su madre todo pasaba por caber en esas prendas. Llegada la mañana del festejo, Elvira siempre se sentía mal y Alicia y su madre terminaban yendo sin ella a las fiestas. Ella no estaba en ninguna foto de ese muro.

Se embocó el vestido verde hasta que al bajarlo por su talle un *razzzzzzzz* sorpresivo anunció el nacimiento de un boquete en el costado. Arruinado. Así enfundada eligió la siguiente prenda: un vestido azul marino con flores blancas pequeñas que cerraba con una hilera de botones al frente. Siempre le había parecido un estampado muy elegante. Sabía que no le quedaba, pero quería averiguar cuánto se tendría que esforzar. Tentó suerte y logró meter un botón en el ojal, el mismo que salió huyendo despavorido de inmediato llevándose un trozo de tela con él. Imposible. Después trató de ponerse el saco del traje negro. Con ese color podría incluso verse más delgada. Metió el brazo derecho sin problema pero, tan pronto como metió el izquierdo, quedó en posición de espantapájaros. Quiso quitárselo. No había manera. Por suerte no era un suéter de lana azul ni estaba en un doceavo piso. Exhaló enfurecida y sin pensarlo movió los brazos con fuerza en todas las direcciones posibles. Mientras más rápido se movía más tronaban las costuras y la sensación de libertad pronto regresó a sus extremidades. Divertida, puso los hilachos que quedaron junto con los vestidos inservibles y se siguió con las demás prendas. Con una sentadilla se liberó de las faldas atoradas en las caderas. Tuvo que inventar un remedio diferente para separarse de los pantalones que ni acostándose en la cama lograba que pasaran de los muslos. Botones, lino, blusas, costuras, lana, faldas, cierres, seda, pantalones, todas las formas y los colores, los vestidos, los trajes, las texturas. Todo quedó inservible. Más bien era inservible desde antes. Eran tan útiles ahora que estaban amontonados en el piso como cuando estaban colgados en los ganchos de terciopelo negro. Metió todo en bolsas de basura y se desplomó en el sofá cama que nunca había abierto.

Desde ahí volvió a contemplar las fotografías. Alicia y su madre. Su madre y Alicia. Sonrientes. Felices. Sin ella. Las

odiaba. Odiaba extrañarlas tanto como odiaba la brevedad de su cintura y las agallas que tuvo su hermana para cambiar su presencia por llamadas. Odiaba a su madre porque a pesar de sus cuidados, no quiso seguir viviendo. Cerró los ojos rebosantes y el calor de la tarde la adormiló.

La claridad, el viento y unos ruidos que parecían provenir de la habitación de al lado se confabularon para sacarla de su sopor. Todavía con el ánimo gris se dejó guiar por el instinto. Se escondió tras la puerta. Algo no andaba bien. Aguzó el oído. Los ruidos habían cesado y su cansancio le dijo que no era nada, que seguro había sido afuera. Aún así, se quedó muy quieta y muy atenta. A la altura de los ojos le quedó la única foto de Alicia sola. La habían recibido cuando su madre ya estaba enferma y, sin prestarle mayor atención, Elvira simplemente la insertó en la esquina de ese marco. Por fuera. Nunca la había observado de cerca. Alicia estaba en su departamento de Montreal vistiendo un traje sastre de ejecutiva. Llevaba una blusa camisera blanca, el cabello suelto y en el cuello... en ese cuello estirado se asomaba apenas una hilera de cuentas brillantes y perfectamente redondas. Palideció. ¿Eran las perlas? No, no podía ser, su madre se las había prometido a ella siempre. Estaban ahí, en la alacena, en su precioso saquito rojo al fondo de la caja de harina. Pueden ser otras, se dijo, tratando de reducir el ritmo del tambor que tenía en el pecho.

En un segundo la memoria de Elvira, sin ningún esfuerzo, hizo desfilar algunas escenas en las que al entrar ella a una habitación la conversación en turno se apagaba. Hizo sonar de nuevo las pocas palabras captadas en esas ocasiones. Escuchó a Alicia diciendo “quién mejor”, “ella nunca”. Escuchó la voz de su madre pronunciar: “es lo único”, “tradición”, “pobre-cilla”. En ese mismo segundo lo comprendió todo y al mismo tiempo se negó a creerlo.

Olvidándose del sigilo, rompió la foto en pedazos mientras exclamaba “¡víbora!” y salió de su escondite hacia la despensa. Casi al mismo tiempo, un hombre salió disparado de la otra recámara. La sorpresa la hizo quedarse quieta un momento. El hombre corrió hacia la cocina; seguramente había entrado por el patio de servicio y por ahí saldría también. Elvira corrió tras él y mientras el tipo se trepaba al lavadero, ella sacaba la harina y, al tiempo que el hombre saltaba la barda, ella gritaba “¡llévese esto!”, arrojando la caja con tanta, tanta, pero tanta fuerza que se encontró volando por los aires ella también.

Bueno, no fue sólo la fuerza con la que arrojó la caja lo que hizo que Elvira se elevara. Quiso la buena fortuna que ella se montara, sin querer, en una corriente de aire otoñal que en ese preciso momento salía del cuarto de visitas. Una que había decidido que ese año, además de las hojas secas, iba a retirar de los hogares las fotografías de los cariños marchitos porque ahí ya no hacían ningún bien.

En su recorrido, Elvira descubrió jardineras llenas de rosas amarillas por todos lados y azoteas donde camadas de gatitos negros succionaban con avidez la leche tibia. Se dio gusto despeinando la hilera de álamos que terminaba en el puente de piedra volcánica y atrapó al vuelo un par de clavos que no estaba dispuesta a cambiar por menos de una tormenta eléctrica...



Saraí Ramírez

(Ciudad de México, 1989)

Cuentista, comunicóloga y actriz. En 2017 formó parte de la XIII generación del Diplomado de Creación Literaria en el Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia. Ha publicado en el periódico digital *México Nueva Era* y en revistas digitales como *Desde el Alcázar*, *Los tacones de Josefa* y *Punto de partida*. Fue seleccionada para formar parte de los talleres de cuento en el marco del programa Guadalajara Capital Mundial del Libro.



Mea culpa

Por allá de 1972 empezó a perder la conciencia, la realidad se le rompió en cachitos. Martina y yo todavía éramos muy jóvenes cuando la tía Agustina, la hermana mayor de mi madre, llegó a vivir con nosotros. A partir de ese momento comenzaron los rumores por toda la calle, a las vecinas la lengua les hacía cosquillas para vociferar: “Cuando ofendes a Dios, así te quedas”.

La tía no se parecía mucho a mi mamá, alguna vez escuché que no llegaba ni a los 40, pero su aspecto era el de una mujer anciana: flaca, pequeña y en silla de ruedas. Tenía la piel tan delgada como el papel china que usábamos para armar nuestros papalotes, y su cabello no era más que una mata rala y canosa. Hablaba muy poco y cuando nos veía a Martina y a mí sólo se limitaba a sonreír.

La tranquilidad de mi madre se esfumó cuando la tía Agustina dio de qué hablar a las viejas rezanderas de la colonia en el décimo aniversario luctuoso del abuelo. En esa fecha se mandó a oficiar una misa y en casa nos preparamos para recibir a los invitados. Mi madre sacó una vieja fotografía del abuelo, la enmarcó y la colocó sobre un altar improvisado en la mesa del comedor: velas, flores y una biblia abierta con todo y rosario encima. Cuando la gente empezó a llegar a casa, mi madre le pidió a Martina que acomodara a la tía Agustina en un lugar frente al altar. Al ver a mi hermana, la tía comenzó a sonreír, pero su rostro se fue modificando conforme se acercaba a la mesa hasta terminar en un gesto de horror. Pataleó, gritó y se aferró con todas sus fuerzas a los descansabrazos de la silla. Corrí a ayudar a mi hermana cuando vi que Agustina entre tanto grito y movimiento estaba dispuesta a tirarse al piso, no le importaba llevarse entre las ruedas a la pobre Martina. La anciana no iba a permitir que la dejaran en aquel sitio y frente

a ese retrato. Nadie nos socorrió, éramos dos niños batallando por calmar a una mujer enferma y asustada. Las vecinas apartaban los ojos de nuestro circo entre expresiones de asco o sorpresa, no se atrevían a intervenir, pero su lengua fue más hábil que una serpiente acechando a su víctima. Hasta nuestros oídos llegó el susurro de sus palabras hirientes contra Agustina.

—Ella tiene la culpa —decían—, por eso no puede estar frente él. Así es —repetían—. La culpa la volvió loca.

Llevamos a Agustina hasta su cuarto, la dejamos sola confiando en que pudiera tranquilizarse. Fue ahí cuando ocurrió el prodigio. Un milagro traído desde el mismito infierno. Apenas salimos de la habitación, Agustina dejó la silla de ruedas y empezó a caminar hasta el comedor. Su paso era inestable, pero el ritmo que adoptó la mantuvo casi erguida. Sostenía los pliegues de su falda entre los dedos torcidos y de a poco levantaba las enaguas para no entorpecer el siguiente paso. La tía Agustina siguió su camino hasta que estuvo frente a la foto del abuelo. Juntó los tobillos y fingió una reverencia. Volteé y miré a los invitados, a Martina y a mi madre. Nadie le quitaba los ojos de encima, pero fuimos incapaces de tocarla. Ese pensamiento me produjo escalofríos. Agustina sonrió, las encías no mostraban ningún diente y al contraste de sus ojos saltones casi afuera de las cuencas, su rostro adquirió un aspecto macabro. “Ave María purísima”, no sólo yo lo había visto, “¡esto no es bueno!”. Agustina se acomodó la falda por encima de la cintura y muy quitada de la pena permitió que conociéramos esa carne pegada al hueso que lucía como sus piernas. Más arriba podía verse aquella bola de lienzos que le servía de pañal.

—Mira, papá. Esto a ti te gusta —giraba despacio casi en un baile, no había signos de pudor, le gustaba mostrarse ante todos.

La voz de la tía era una mezcla entre la pesadez de su enfermedad, su apariencia decrepita y la inocencia de una niña pequeña. Su mentón temblaba, y producto del movimiento, las vocales salían por entre sus labios casi arrastrándose, todo el aire se le iba en ello. Cualquiera que tuviera los ojos puestos sobre Agustina terminaba con la señal de la cruz protegiendo su cuerpo.

—Aquí estoy. ¿Ya no me quieres? —se acercó aún más al retrato y en un movimiento torpe lo envolvió con su falda.

Las veladoras cayeron sobre el mantel, la parafina corrió por la mesa y el piso. En un segundo las hojas de la biblia se encendieron. Pronto no sólo el olor a papel quemado, también el tufo a tela chamuscada llegó a nuestras narices.

—¡Me arde! —chillaba—. Te he dicho que me arde, papá. ¡Basta!, ¡déjame!

Mi madre se abrió pasó entre las invitadas, ellas no movieron ni un dedo para evitar el desastre, eran un estorbo. Quitó a la tía Agustina del fuego y la sacó al patio para mojarla en la pileta. Apagué el fuego con el agua de los floreros, tuve la ayuda de sólo una vecina, con ese único gesto de amabilidad evitamos la expansión de una tragedia.

Cuando todo se calmó mi madre trató de disculparse con ese nido de víboras, repartió las esquelas del aniversario entre muchos: “Lo siento, mi hermana está enferma”. “Ustedes entenderán”, y todavía, para compensar el mal rato, hasta les ofreció itacate.

—Es mucha comida —dijo—, no se puede ir a la basura.

Estaba indignada, sabía que a partir de ese momento Agustina se convertiría en el hazmerreír de la comunidad. Tal vez estaba enferma, pero nunca creí que todo su sufrimiento fuera obra del castigo divino.

Esa noche, Martina y mi madre dedicaron una larga jornada a la curación, a pesar de que fue poco el tiempo que estuvo

cerca de las llamas, las piernas de Agustina se ganaron múltiples excoiaciones que iban desde el interior del muslo hasta llegar muy cerca de la ingle. El pañal fue lo primero que se incendió.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté a mi madre.

—Qué pregunta es ésa, chamaco. Tú viste lo que pasó.

—¡No! ¿Qué le pasó antes de venir aquí?

En casa muy poco se hablaba de la tía Agustina, ella representaba a esos parientes marginales que deben quedar en el olvido. Para Martina y para mí su existencia nunca fue un secreto, pero antes de que llegara a nuestras vidas, era casi imposible relacionar un rostro o cuerpo con ese nombre; a pesar de nuestros esfuerzos y los clavados que me echaba al ropero, nunca encontramos negativos o imágenes de ella. No había registro fotográfico, en sepia o blanco y negro, que diera fe de su presencia en esta vida. Mi madre alegaba que su hermana había estado enferma desde muy niña, que estuvo viviendo lejos y que las personas que la cuidaban hicieron un gran trabajo protegiéndola.

—¿De qué? —silencio— ¡Mamá! ¿De qué cosa es culpable?

—No es culpable de nada.

—Entonces por qué la gente habla de ella como si fuera el diablo.

—Porque están locos y no tienen otra cosa mejor que hacer, tú no debes prestar oídos.

Pero lo hice, los rumores se convirtieron en mi única fuente de información. Mi madre no se atrevía a hablar, mientras que acercarse a la tía para mí era imposible. Siempre llevaba los muslos al aire con las heridas aún en carne viva. No quería incomodarla, era un muchacho, no podía obligarla a cubrirse tan sólo para arrancarle monosílabos o sonrisas vacías de los labios, tampoco quería hacerla llorar. Supe que mi presencia

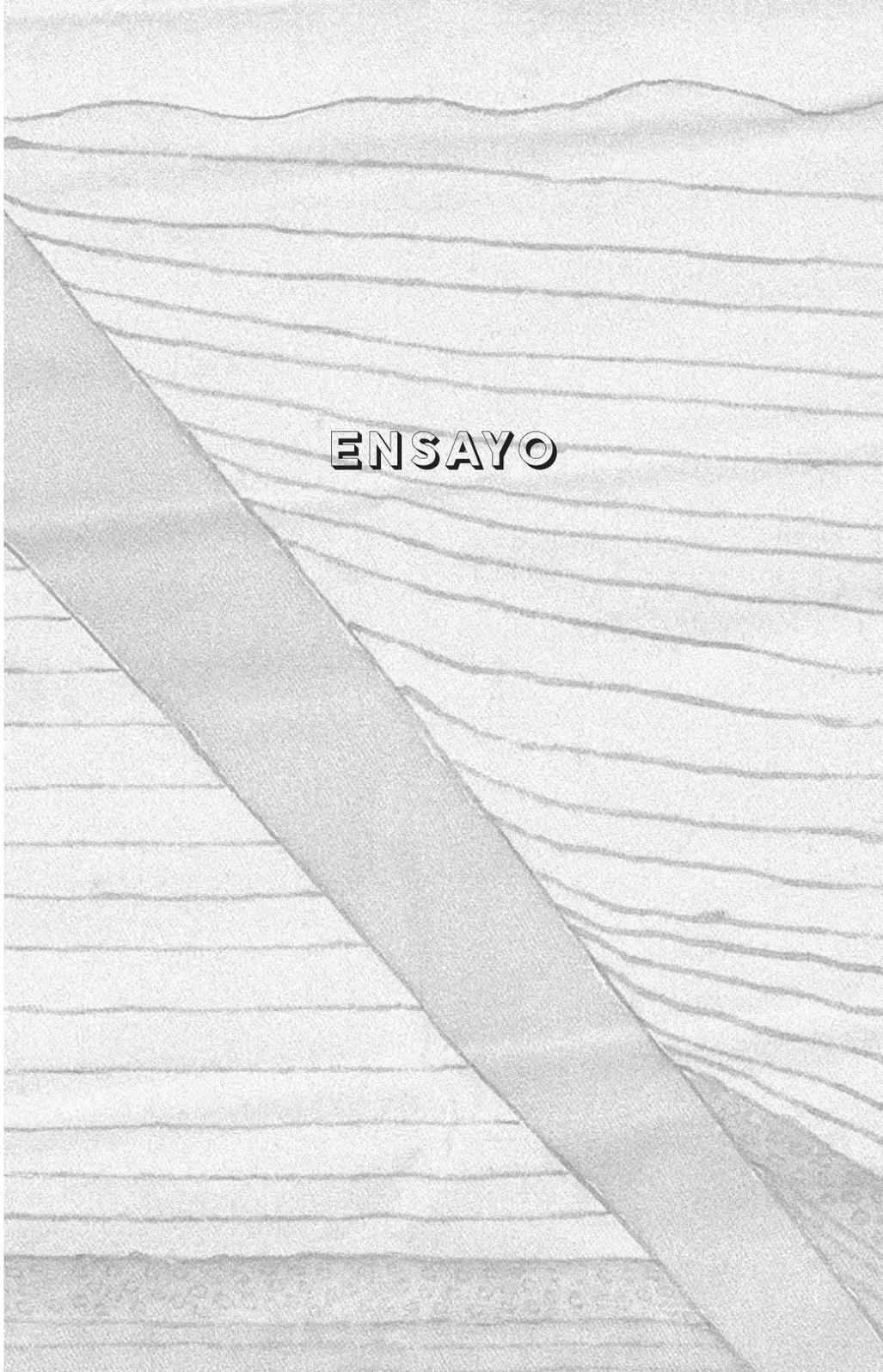
le molestaba, Martina decía que era culpa de mi parecido con el abuelo, Agustina lo odiaba. Los chismes aumentaban cada vez más y se difundieron a los cuatro vientos. “Dios y su padre la castigaron por ingrata”. ¿Qué podía deberle a Dios? El abuelo estaba en un hoyo a más de tres metros bajo tierra. “¡Pecadora!”. Las mujeres se reunían cerca de nuestras ventanas y lanzaban su veneno a diestra y siniestra. “¡Pérfida! Vete de aquí”. Vivió entre puteros, tal vez. Ahora estaba enferma. Qué más querían.

Después del incidente y el episodio de las señoras metiches que acechaban nuestra casa, arrojaban agua bendita al zaguán y gritaban improperios bajo nuestras ventanas, el corazón de Agustina no resistió. Entre todas sus pertenencias, Martina y yo encontramos una antigua foto. Una adolescente muy guapa en traje de baño abrazaba a una niña que se parecía mucho a mamá; estaban en la playa, lucían felices. Detrás de ellas había un hombre de bigote y semblante duro, tenía una expresión casi de odio sobre el rostro, era el abuelo. Al reverso de la foto había una nota.

Agus:

Vayas a donde vayas, siempre serás mía.

SIEMPRE.



ENSAYO

Nota introductoria

Dada su naturaleza multiforme, el ensayo siempre ha puesto resistencia a ser clasificado. Por ello, alguna vez José Israel Carranza sugirió que en lugar de hablar de “el ensayo” como género literario, sería más oportuno pensar en “los ensayos” (haciendo un guiño al libro fundador de Montaigne) con el propósito de cartografiar sus más disímiles variantes. Los cinco textos compilados en esta sección trazan un boceto del amplísimo mapa de las posibilidades ensayísticas. Lilian Michelle Medina nos confronta con nuestros pensamientos sombríos y hace un examen de su propia imaginación. A caballo entre la crónica y el ensayo, Álvaro Sánchez Ortiz convierte un incidente en el transporte público en el detonante perfecto para cavilar sobre problemas éticos como la justicia y la maldad humanas. El creciente interés de los jóvenes por estetizar la depresión y las enfermedades mentales se torna la columna vertebral de las reflexiones de Tristana Pérez. Por su parte, Varinia Abastoflor hace un seguimiento acucioso de la ironía como un concepto filosófico en diversas obras literarias para mostrar su cariz existencial. Finalmente, Leonor Courtoisie hace del ensayo no sólo un género literario, sino el propio gesto de indagar, fotografiar y explorar los fragmentos de la memoria.

Anécdotas personales, investigación solícita, escepticismo ingenioso: todo cabe en un ensayo sabiéndolo acomodar.

Este compendio anima a las cinco voces incluidas para que sigan buscando su timbre y afinación, así como también les agradece seguir ampliando nuestro conocimiento de qué significa pensar por escrito.

LAURA SOFÍA RIVERO



Lilian Michelle Medina

(Ciudad de México, 1994)

Licenciada en Letras Hispánicas por la UAM. Ha participado en congresos de literatura como ponente y moderadora. Obtuvo el primer lugar en la categoría de Poesía del Concurso de Creación Literaria convocado por el xx Congreso Estudiantil de Educación, Edición, Crítica e Investigación Literarias. Ha publicado poesía, ensayo y cuento en distintas revistas. Estudió el Diplomado de Edición de la Escuela Libre de Escritores de Querétaro. Actualmente es ayudante en el Sistema Nacional de Investigadores y jefa de redacción de *Mood Magazine*.



Fantasear con la muerte

Todos somos capaces de vivir artísticamente. Y no me refiero al hábito de maniobrar instrumentos y materiales hasta la obtención de una obra de arte, sino al proceso creativo que se desarrolla abstractamente en nuestros pensamientos. Ante ciertos estímulos, tendemos a maquinar historias ficticias basadas en nuestras experiencias como una forma nata de sobrevivencia. Aunque este andar en las nubes nos distraiga del exterior, de alguna manera, explorar la vida psíquica nos prevé situaciones venideras o, en el otro extremo, las hace más atractivas.

Eso sí, los procesos creativos a los que nos enfrentamos se desarrollan por separado en la mente. Unos culminan en hábitos, otros en ideologías y algunos más en obsesiones. Estas últimas son especialmente artísticas porque, en el mismo sentido que la tópica insatisfacción del artista para dar por concluida su obra, las obsesiones requieren refuerzos constantes del entorno: más bien, diría que son procesos creativos de duración variable. Pueden existir hasta consolidarse en una situación límite y final o, simplemente, interrumpirse y pasar a la historia.

La obsesión puede nacer de un momento traumático o de uno enteramente placentero. Es una sensación inconsciente, adictiva. Poco a poco, vamos buscando situaciones que nos recuerden esa primera vez. Pasa, por ejemplo, cuando de niños nos convencemos de que no somos queridos por nuestros padres y, mientras intentamos ganar ese amor, encontramos nuevas razones para afianzar la idea. Luego, el proceso creativo de la obsesión necesita nutrirse del mundo de afuera. El comportamiento de los familiares, las amistades, las parejas y todo lo demás sólo nos convence de lo mismo: carecemos de afecto. Y no es que así sea, sino que somos particularmente susceptibles a estimular la obsesión primigenia, esa que

activó nuestra imaginación a tal punto que en todos lados encontramos respuestas positivas para ella y nos decimos: “Sí, es cierto, es cierto”. Sentirse fuera del aprecio de los otros, al menos por unos minutos, nos conduce a lo innegable: sin amor, la vida es desgastante y absurda. Entonces pasamos al segundo nivel de la obsesión: hallarle una salida a esa inutilidad. ¿Y cuál es la más lógica en este punto? Desistir de vivir así y, simplemente, suicidarse.

Claro que a veces las obsesiones son de menor duración y, a la larga, cuando somos mayores, las concebimos como malas rachas del pasado. No es ningún secreto el afirmar que todos somos seres trastornados ni tampoco que la sensibilidad humana nos condiciona para afinar nuestros sentidos ante las emociones más profundas, como la tristeza, la desolación y la vergüenza. ¿Somos, acaso, razonables en esos momentos? No, pensar catastróficamente es lo más viable para compensar el descontrol del sentimiento y uno de los deseos que surge con más frecuencia es el de desaparecer.

Los procesos creativos en estas condiciones despiertan al habitante trágico que albergamos, pues todos hemos fantaseado un poco en torno a nuestra ausencia en el mundo. Fantasear con la muerte nos da perspectiva. Podríamos, incluso, codearnos con otras personas mientras compartimos, entre risas y excitación emocional y ética, nuestras ficciones. Si el entorno y nuestra disposición mental son favorables para la desvergüenza del pensamiento anormal al desnudo, damos rienda suelta a la narración íntima:

Imagínate a ti, desvestida frente a la bañera, lista para enjuagar un tinte capilar. Al observar tus huesudos pies, piensas en la feliz posibilidad de no sentir una superficie seca nunca más. Entrás a la tina de baño, el agua deja al descubierto tu cabeza, como una flor de loto temblorosa, y permites que el tinte se vaya cayendo en libertad mientras vacías constantemente

una bandeja de agua sobre ti. Con los ojos cerrados, imaginas lo inalcanzable: dejarte ir hasta el fondo con total voluntad de no desistir ante la necesidad de oxígeno. Cuando abres los párpados, te percatas del placer que da ver el agua escarlata: es una sensación de purga, de catarsis. Si este color rojo diluido fuera la sangre de tus venas, ¿no sería precioso ver la cálida corriente de tu vida invadiendo el agua clara?

Ahora imagina (o recuerda) que estás sumida en una depresión o en un sentimiento de soledad. Un día en la playa, avanzas hasta el mar y el agua cubre tus pies. Ante la inmensidad del gran cuerpo acuático, te sientes como *El caminante sobre el mar de nubes* de Caspar David Friedrich: contemplando la posibilidad de dejarte ir. ¿Y si avanzaras mucho más hasta que el agua cubriera tu cabeza? ¿Para recostarte arrullada / en el canto de las caracolas marinas? ¿Alguien se percataría? Imagina que ni siquiera harías ademanes absurdos para salvarte del ahogamiento, simplemente, te abandonarías al tentador punto de no retorno y ya está: adiós a esa sensación de inutilidad e intrascendencia humana que arrastrabas bajo tus pasos. *Te vas... con tu soledad.*

A veces no se necesita un escenario idílico, basta con el cotidiano. Recuerda lo que sientes cuando, durante la espera del metro, pisas la línea amarilla y escuchas el particular ruido del tren saliendo del túnel. Estás a un paso de suicidarte, a uno solo. Experimentas, en esos pocos segundos, una dosis de adrenalina que bien pudiera convencerte de hacerlo, pero piensas, ¿qué culpa tienen estas pobres personas que deberán arreglárselas para llegar puntuales a algún sitio? Siendo sincera, ¿a ti qué te va a importar estando muerta? Ya pensaste demasiado y el tren se te ha ido, como cada vez. Seguramente, los empujones de la gente a tu alrededor te sacan con facilidad de tu vida interior y te percatas: no querías dar el paso, sólo matabas el tiempo en un estado de furor artístico.

Cuando te quedas sola en casa, la fantasía es tentadora. La obsesión del viaje mental te hace guiños: ¿cuántas opciones propicia ese sitio privado para delirar? Es de noche y, sin ningún motivo aparente, nace de ti la pregunta: ¿qué pasaría si me encontraran muerta? Colgada sería un poco tétrico, así que lo descartas. Puede ser ahí, tirada en medio de la cocina, debido a una sobredosis de clonazepam. O, tal vez, asfixiada, con la cabeza adentro del horno igual que tu poeta predilecta, Sylvia Plath. También funcionaría en una cubeta con agua, absurdamente ahogada, porque en ausencia de ríos, mares y tinas de baño, no hay otra alternativa.

Es verdad que la mayoría de las veces no nos codeamos con los demás para compartir nuestras fantasías. Más bien, poder hacerlo con total tranquilidad parece inaudito. Preferimos explorar la tentación de morir dentro de nuestra vida psíquica, porque confesarlo ante los demás, creemos, sería vergonzoso. ¿Y cómo no creerlo en una época donde el optimismo ficticio es la norma? Te dices que tú eres la pieza desencajada, que seguramente tienes algún problema psiquiátrico —y tal vez sí—, que decir “a veces me imagino cómo me suicidaría” sería, ahí sí, suicidio social. Qué rarito te verían. Por eso, prefieres guardar tus miles de ficciones en un lugar (casi) seguro: la memoria.

Imaginar la propia muerte es parte de la experiencia humana, la morada futura nos vigila a diario. Aun así, el tabú permanece con hipocresía, porque te aseguro que todos en la mesa temen confesar sus pensamientos más “enfermos”, que en realidad no tienen nada de patológicos, son humanos. Mientras tanto, la única alternativa para lograr que fecunde la obra en ciernes es en abstracto, ahí, en el discurso íntimo donde la idea se ha ido desarrollando.

Un día, las grandes obras inconclusas emergerán de la memoria, que siempre se cansa de guardar secretos. Algunas

por medio del acto final: el suicidio anhelado. Otras, recontándose, a viva voz, el bloqueo creativo que evitó la autoejecución. Yo, por ejemplo, puedo confirmar lo que Emil Cioran concluyó en su propio proceso: “Escribir sobre el suicidio es haberlo superado”. Recontar la obsesión, desvergonzados y al desnudo, nos dará la razón: fantasear con la muerte no es tan horrible después de todo. Al menos se vive, en algunos casos.



Álvaro Sánchez Ortiz

(Ciudad de México, 1977)

Licenciado en Letras Hispánicas y licenciado en Filosofía, egresado en ambos casos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM con mención honorífica. También es egresado con mención honorífica del Diplomado en Escritura Creativa de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (2018), libro de cuentos ganador del I Concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida.



Ariadna en el laberinto

—¡Tómala, pinche rata!

Zapatos de vestir, zapatos industriales, botas, zapatos de tacón y zapatos tenis, zapatos bajos de señora e incluso un tenis con el color rojo del Rayo McQueen; todos aterrizaban, en dolorosa cacofonía, sobre las costillas, las piernas y la cabeza del delincuente.

Había caído, no pude averiguar si porque se tropezó o porque alguien le metió el pie. Su cuerpo quedó mitad dentro del metrobús y mitad sobre el piso de cemento de la estación. Y, como nunca dijo Octavio Paz, entre irse y quedarse está chingarse. En esa zona de nadie entre la madriza y la posibilidad de huir, el asaltante frustrado pasó por las cuatro fases del tirado: quiso responder a los golpes, trató de levantarse, intentó hacer caer a sus agresores y luego sólo se hizo bolita en un vano intento de proteger sus órganos y su rostro.

Y allí estaba, enrollado como cochinilla, aguantando las patadas.

Si alguien hubiera sacado su celular para grabar, el video de la tranquiiza a media puerta del metrobús ya estaría engrosando el catálogo del Netflix de los pobres, ése que consiste en rebeliones de los pasajeros ante el asalto en una combi, malos encuerados y amarrados a un poste, delincuentes atropellados por el mismo a quien le querían robar el coche y, en un espectacular episodio de la más reciente temporada, un ladrón ensartado en una reja a la que fue a dar desde el techo de la vivienda en la que pretendía meterse, gritando por la perforación de sus intestinos, mientras los vecinos hacían una transmisión en vivo por Facebook. Para una buena parte de la población mexicana eso proporciona una catarsis más potente que saber quién se va a morir en *Stranger Things* o cuál será la incoherencia más delirante en los nuevos capítulos de *Cobra Kai*.



Claro que el metrobús no suele convertirse en un pancracio. Yo había subido poco antes, para hacer casi todo el trayecto de la línea 1, desde los rumbos de La Villa hasta llegar a cu.

Ese día, en clase, continuaríamos el debate sobre el ejercicio del poder por parte de la autoridad. La sesión anterior, alguien había retomado la ya consabida crítica de Foucault a la autoridad observante, y decía que las cámaras de seguridad eran instrumentos irredimibles de opresión. Una compañera le respondió que le hubiera gustado invitar a pasear a Foucault, de noche, por las calles de su colonia, a ver si no le parecía bien que, gracias a las cámaras, hubiera, al menos, la esperanza de resolver el crimen, en caso de que les pasara algo.

Era una hora de poca afluencia. En el acordeón elástico que une ambas secciones del camión, venía una pareja en pleno faje. Atrás de mí, una niña platicando con su mamá sobre el experimento por el que todas las generaciones hemos pasado de meter un frijol en un frasco con un algodón encima para hacerlo germinar. Al inicio de la sección reservada, una mujer joven, de pie, a pesar de que había varios asientos libres. Cerca de la puerta, un sesentón de esos que se pintan el cabello de color negro azabache para “excusar de los años los horrores” y sólo consiguen evidenciar que ya llevan más de medio siglo en el mundo. A su lado, un treintañero vestido con playera pendejeando en su celular. Atrás de ellos, un joven de traje que, si hubiera traído puesto un letrero que dijera: “Voy a mi primer trabajo”, no se le hubiera notado tanto. Al fondo y al rincón, como dictan los cánones, un dormilón plasmando su efigie con saliva y sudor en la última ventana del metrobús. Esparcidos por aquí y por allá, algunos pasajeros más.

—El frijolito de Pilar no quiso crecer.

—Zzzz.

—Ya, Luis, tenemos que estudiar.

—Pasando la glorietta.

—El de Pepe tenía una hojita, pero se la comió y la maestra lo regañó.

—Zzzz.

Yo saqué un libro de mi mochila y decidí empezar a leer en cuanto dejáramos atrás los pasos a desnivel de Insurgentes norte.



Fue muy rápido. El metrobús llegó a la estación San Simón, totalmente vacía, y se abrieron las puertas. El del celular guardó su aparato y se puso de pie, como si fuera a salir, pero, en vez de eso, se giró, dio una zancada y trató de arrebatarse la bolsa a la mujer que venía parada. Como ella la traía sobre el hombro y no solamente agarrada con la mano, el primer jalón no fue suficiente para quitársela. Lejos de apanicarse, ella soltó un “¡Déjame!”, que puso en alerta a todos los pasajeros. El ladrón, o aspirante a ladrón, se desconcertó por la respuesta y, en vez de insistir y de plano derribar a la mujer, sin consideraciones, o huir por la puerta que le quedaba a dos pasos, optó por tratar de salir por la de la sección reservada, que está más adelante en el vagón y, para llegar a la cual, hubiera requerido, por lo menos, cuatro zancadas. Cuando alguien vive conforme a la ley de la selva, debería tener presente que, en la jungla, un error basta para perderlo todo. Y ésa fue su equivocación.

Debe de haber sido cosa de unos segundos, pero en el tiempo álgido característico del evento intenso (ése que hace que los temblores parezcan durar varios minutos), el ladrón pareció perderse por horas en el piélago de la indecisión. Luego, cuando por fin dio el paso hacia la puerta, ya no tenía la

agilidad felina del que arrebató, sino que la torpeza se había apoderado de sus miembros.

No vi exactamente qué pasó. Supongo que se tropezó con la base de uno de los tubos aldaños a la puerta o, tal vez, con sus propios pies. El caso es que, cuando cayó, no quedó ni dentro ni fuera del metrobús. En consecuencia, el chofer no cerró las puertas. La mujer a la que había tratado de asaltar quiso rodarlo fuera del camión, empujándolo con el pie. El tipo emitió un quejido cuando el tacón se le enterró en la zona blanda. Y ése fue el momento “¡Eureka!” en que todos tuvieron la misma idea. Lo rodearon como una manada de leones a un antílope e, igual que los felinos, el placer de la presa obtenida brillaba en sus ojos. Sólo les faltó relamerse mientras se acercaban.

—¡Tómala, pinche rata!

—¡Ahora te va a tocar a ti, cabrón!

—¡Por andar de manchado, ora te chingas!

El chavo que venía en el acordeón quiso detener a su novia tomándola del brazo, pero ella se soltó y le dijo:

—Es que ya estoy harta.

El señor del cabello pintado resoplaba por el esfuerzo, pero no bajaba la intensidad. Al contrario, asesoró a los demás mejor de lo que hubiera hecho un entrenador de boxeo.

—¡En la cara, pa que se le hinche! ¡Toma vuelo, con toda la pierna!

El operador de la unidad, por supuesto, se hundió en su rincón e hizo como que no se daba cuenta de lo que pasaba. Típico.



Yo no me animé a patearlo. Soy tan malo para los golpes, que me preocupa lastimarme tratando de herir a otro. Antes, de

niño, era muy peleonero, pero, cuando, en mi primer pleito de la secundaria, me sentaron de tres chingadazos, comprendí que en la selva el cabrón se chinga al menos cabrón, y yo no era tan cabrón como creía.

—¡Pinche rata de mierda!

—¡Esto te pasa por ojete!

Lo que sí pensé es que ahí se terminaban todas las discusiones filosóficas. Estas personas no eran profesionales de la violencia. Hasta hace unos minutos, todos compartíamos en paz nuestro viaje común. Había bastado un incidente para que todos, sin distinción de sexo o edad, de nivel educativo o profesión, se unieran para madrear al que, hasta unos momentos antes, era un pasajero más.

Realmente iba a ser muy ridículo llegar a la Facultad de Filosofía y Letras para debatir, citando a filósofos franceses y alemanes, un asunto que, por lo visto, ya había rebasado la discusión académica, a las autoridades y a la sociedad.



—¡Ya, por favor! ¡Ya no me peguen!

La rata habló, porque no era una rata sino un ser humano. Y pidió clemencia.

Hubo una pausa en que sólo se escucharon los quejidos del caído y la respiración pesada de quienes ya estaban desfajados y sudando por la inesperada gimnasia.

Era el momento en que se cifraban las esperanzas de quienes creen en la civilidad espontánea de las comunidades, en la bondad innata del ser humano, en el poder de la razón para dominar las pasiones.

Después de todo, nadie despierta un buen día con la decisión de asaltar. Muchas veces, detrás de una vida criminal, hay una vida frustrada. Y tal vez varios de nosotros hubiéramos

acabado igual de no ser por las personas que nos levantaron cuando caímos, de los factores que nos favorecieron y sí, claro, de nuestro propio esfuerzo.

Algo de eso tiene la postura oficial de “abrazos, no balazos”, que tanta polémica ha causado. Hay mucho mérito en reconocer que existen causas sociales profundas para que las personas opten por la delincuencia, en vez de quedarse en la mitología de la clase media aspiracional (*wannabe*), que sólo ve en los delincuentes gente que no quiere trabajar o pobres que no deberían haber nacido y que saturan el planeta. Sin embargo, no todos los delincuentes son Jean Valjean, de inmensa nobleza y delinquiendo nada más que por el hambre y el desprecio que les cierra las puertas.

Mientras pequemos de ingenuidad rousseauiana y creamos que todas las personas son buenas por naturaleza y que sólo necesitan las condiciones favorables para desarrollarse, la distorsión antropológica no nos permitirá obtener resultados efectivos.

Ciertamente, como decía Ortega y Gasset en la frase única a la que ha quedado reducido su pensamiento: “yo soy yo y mi circunstancia”. Y si esa circunstancia es un contexto de miseria, violencia, desdén y falta de oportunidades, pues es hasta cierto punto previsible que de ella surgirá la carne de cañón del crimen organizado y la miríada de delincuentes de poca monta.

Pero de ahí a caer en el victimismo que lleva a exclamar: “mi circunstancia me hizo así” y a exculpar a todo criminal por haber sufrido en un mundo cruel, hay una gran distancia. Para empezar, porque, en mayor o menor medida, salvo el mínimo porcentaje de quienes habitan la irrealidad de la opulencia, todos vivimos en un contexto más o menos violento. Y, además, porque cuando alguien mata a una maestra sobre un camellón porque sólo traía siete pesos, como ocurrió en la

avenida Eduardo Molina, o se regresa a dispararle al pasajero de una combi porque le gritó un epíteto, cual sucedió en la autopista que viene de Ecatepec a la Ciudad de México, ya no estamos hablando de una víctima sino de un ojete.

Así que ese día, en ese metrobús, en esa pausa posterior al primer golpe de adrenalina, podría haber surgido algún ingenuo que nos invitara a castigar socialmente al asaltante frustrado y a hacerlo sentir malo, malo, malo para que se avergonzara y se volviera buenito. O un blandito de vida en colores pastel que nos dijera que aquello era muy extremo, como si no viviéramos en un mundo terriblemente drástico.

Pero no sería hoy.

—¡Ni madres, ora te chingas!

—Ahorita chillas, pero cuando eres el ganón, bien que te gusta andar de cabroncito.

—Pero si apenas te estamos empezando a quitar lo culey. Y reinició el concierto de patadas.

Tampoco se trata de caer en la brutalidad. Si algo nos demostró la “guerra” del sexenio calderonista es que, en el mismo movimiento en que se asesta un golpe, se siembra la semilla del contragolpe. Además, el ejercicio de la fuerza desmesurada inevitablemente conduce a la desensibilización y abre la puerta a la arbitrariedad, la injusticia y la psicopatía que siempre acecha a quien ejerce su poder sobre otro. El reciente ejemplo de la guerra contra las pandillas del presidente salvadoreño Nayib Bukele, más parecida a una nueva puesta en escena del coliseo que a un esfuerzo de procuración de justicia, ha dejado en claro que el desquite puede ser extremadamente popular, pero difícilmente justo.



Se supone que, en cada estación, debe haber un policía de guardia. Pero en una estación del norte y de poco tráfico, como es San Simón, lo único que siempre se encuentra en el andén es la palmera que no quisieron derribar al construir la parada.

Desde hace unos años, las autoridades de la Ciudad de México, independientemente de los colores en el gobierno, ha optado por preservar la civilidad con una confianza no siempre justificada en la bondad natural de la ciudadanía. Este muro de papel albanene supone que, a diario, millones de personas serán capaces de transportarse, trabajar y convivir sin que haya necesidad de que intervenga una autoridad a la que, por definición, se le caracteriza como opresora. El ejemplo más extremo de esta tendencia es el de aquellos grupos que sueñan con la desaparición de las corporaciones policiales; por ahora, el caso más notorio es el de Estados Unidos, donde en algunas ciudades ya se ha recortado el presupuesto de las antes llamadas “fuerzas del orden” (ahora tildadas de monopolio fascista de la violencia). En México, esta idea aún no ha encontrado padrinos que la promuevan, pero, conociendo la inexorable tendencia a la imitación servil de todo lo gringo de buena parte de la población y de la clase política, no es inverosímil suponer que pronto veremos pancartas con una traducción del *defund the police*, que ya circula en las calles estadounidenses. (Y, seguramente, será de una literalidad repugnante, algo así como: “desfondar a la policía”).

El caso es que, si llegaron policías a la estación San Simón, no fue por la madriza en sí, sino porque nuestro camión seguía parado y ya se estaban empezando a acumular los metrobuses detrás de nosotros. La justicia puede fallar, pero la logística no.

Los uniformados hicieron preguntas mientras los pasajeros seguían pateando al criminal y, cuando se enteraron de lo que había pasado, lo arrastraron fuera del camión.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó la mujer a la que había querido robarle la bolsa.

—Si usted presenta la denuncia, lo consignamos.

—¿Tendría que ir a la delegación?

—Sí, señorita.

—Pero tengo una reunión muy importante. No puedo cancelarla.

—Pues usted dirá.

—Pero, ¿no lo van a dejar ahí o sí?

El ladrón se había encaramado en una de las bancas metálicas de la estación.

—Llévenme al doctor —les dijo a los policías cuando vio que se le acercaron.

—Si te llevamos, vas a acabar en el bote.

—¿Me puedo quedar aquí? Nomás un ratito.

—Nel, llégale.

—No puedo.

—Échate en el camellón. Así van a pensar que estás borracho.

Y a un borracho en el camellón nadie lo molesta, ni policías, ni rateros, ni mendigos, porque saben que ya no tiene dinero. Es un argumento contundente. ¡Y todavía hay quienes se quejan de la inoperancia de nuestros cuerpos policiales!

Si el ladrón fue o no fue al camellón, ya no lo supe, pues lo que más urgía era recuperar el flujo de la línea y, en cuanto los policías hicieron una seña, el chofer cerró las puertas y avanzamos.



Abrí mi libro, con la pretensión de iniciar la lectura, pero en mi cabeza todavía bullían los pensamientos relacionados con lo ocurrido. Entre la brutalidad incandescente y la ingenuidad

rousseauiana, que ya han demostrado ambas su fracaso, hay quienes optan por una tercera vía comunitaria. Suponen que un grupo humano lo suficientemente pequeño y cohesionado será capaz de controlar y expulsar, por sí mismo, la ilegalidad que surja dentro de su entorno, tal como un organismo sano es capaz de contrarrestar y erradicar agentes patógenos. Sin embargo, desconfiar de la política para ponerse en manos de la comunidad no parece sino una renovada forma de ingenuidad, pues también se fundamenta en el dogma de alguna elusiva bondad innata.

No lograba resolver el triple enigma: ¿cómo es que alguien se decide a arrebatarse la bolsa a otra persona?, ¿cómo es posible que, en unos cuantos segundos, un grupo de perfectos desconocidos se una para caerle a golpes a otro?, ¿cómo es que se pueden proponer soluciones que suenan muy bien en el salón o en los discursos, pero que se muestran inoperantes en la práctica? Miraba a los pasajeros, ya muy serenos, y seguía sin entender.

En realidad, debía incluirme a mí mismo y convertir la tríada en un enigma cuádruple: ¿cómo puedes venir pensando todas estas cosas, cuando acabas de ver cómo golpeaban a una persona tirada en el suelo?

Y, en realidad, todos los enigmas se resumían en uno: ¿cómo puede el ser humano actuar así?

Entonces recordé lo que alguna vez me dijo un profesor de la Facultad de Filosofía y Letras: “Todo parte de la antropología”. Toda ética, todo sistema legal, todo modelo económico presuponen un concepto de ser humano, y de lo acertado o absurdo de éste dependerá lo eficaz o inoperante de lo concebido.

Ante la tiranía que no puede ver en cada persona más que un potencial agresor y la ingenuidad que sólo puede ver en cada quien un ser bondadoso por nacimiento, podría proponerse una postura que reconozca en el ser humano la tendencia

inmediata al egoísmo, a la violencia y al crimen, pero siempre con el potencial de superarlas mediante la educación, el raciocinio y el trabajo consciente hacia la civilidad.

Claro que, aquí caemos en otro problema, pues hay dos polaridades educativas a partir de las cuales se ubican todos los modelos. Vasconcelos, con la lucidez casi clarividente que lo caracterizaba, las llamó: “educación de parque” y “educación de jardín”. La de parque supone —otra vez por influencia de Rousseau— que educar es simplemente dejar crecer; la de jardín, que es necesario intervenir, es decir, disciplinar, no en el sentido autoritario del término, sino en el que abarca el régimen benefactor, el entrenamiento y hasta un cierto tipo de ascetismo, necesarios para lograr algo verdaderamente importante.

Una fórmula así, que combinara el énfasis en las oportunidades y el bienestar propuesto por el gobierno actual con una educación disciplinaria en el mejor sentido del término —ambas libres de la influencia del venerable y delirante Rousseau y todos sus sucesores— podría, tal vez, servir de hilo de Ariadna para sacarnos del laberinto de la violencia ubicua, en que parecemos perdernos, cada vez más profundo. Y no es cosa de entregárselo a algún Teseo de ocasión; aquí ya no hay héroes en quienes se puedan descargar las angustias. Porque el laberinto se ha expandido hasta engullir toda la urbe y la nación.



—Me duelen los dedos de este pie —dijo la novia.

—Te lo dije —replicó el novio.

El sexagenario del cabello pintado le ofreció su asiento a la joven y, por un momento, pareció que, por un crimen como los hay por decenas cada día en la Ciudad de México,

nos convertiríamos en conocidos, amigos, o incluso en una hermandad. Pero la realidad es que el metrobús empezó a llenarse y los involucrados en el robo nos perdimos de vista unos a otros. Cuando llegamos a la glorieta de Insurgentes, ya no pude ubicar a nadie del grupo.

Y para cuando íbamos por la estación Chilpancingo habíamos vuelto a la civilización. ¿O no? Todo parecía normal, pero ya había visto que, en cualquier momento, una persona ordinaria podía emprenderla a patadas contra su prójimo.

Recordé las palabras de Hélder Cámara, el obispo de los pobres en el Brasil de la dictadura: “La violencia es una espiral que desciende hasta el infierno”. Tal vez, ya hemos bajado varios escalones y ni siquiera nos hemos dado cuenta. Tal vez.

Lo que sí sé es que el dormilón del fondo no se enteró de nada.



Tristana Pérez

(Saint-Denis, Francia, 2005)

A los 17 años fue parte de la primera generación de este diplomado y actualmente cursa una doble licenciatura en Ciencias Políticas y Filosofía en La Sorbonne. Sus intereses en la literatura van del cuento y la novela a los ensayos.



Del Arte Depresivo

De mis primeros años de depresión recuerdo la necesidad insaciable de expresarme. Dejé de intentarlo porque de mi boca surgían puros sonidos imprecisos que no describían la intensidad de aquello que sentía. Por esa época conseguí un diario en el que con mis palabras de niña quise mantener una correspondencia con un ser imaginario que vivía en ese cuaderno.

Cuando tuve acceso a internet, me encontré con muchas personas que sufrían de una tristeza igual de aterradora que la mía. Copié en mi diario varias de esas frases famosas de Tumblr —red social parecida a Facebook— que, según yo, expresaban a la perfección lo que me atormentaba: “Mi sonrisa oculta un sufrimiento que nadie puede ver”, “me estoy apagando y nadie se da cuenta”. La soledad desapareció por un instante porque descubrí un mundo que compartía mi dolor. En ese entonces, ser depresivo era una moda de internet: todos los adolescentes se sentían especiales por decir que sus demonios internos les impedían ser felices. Ser miserable era lo genial. Querer suicidarte o autolesionarte atraía popularidad. Imaginen mi frustración cuando al compartir mi depresión con ese universo, convencida por todos esos foros de internet de que mi condición era maravillosa, no llovieron amigos del cielo, ni fueron más compasivos ni mucho menos me sentí valorada.

Ahora, varios años después, me intriga ese fenómeno que invadió las redes: una horda de Arte Depresivo, de escritos poéticos y suicidas, de fotografías que subrayan el sufrimiento propio. Muchas obras se parecían en la forma: imágenes oscuras, salpicadas con gotas de lluvia, sosteniendo la sombra de adolescentes en posición fetal y frases dramáticas de letras blancas. En la actualidad, me he encontrado con

videos, artículos o publicaciones de Instagram que hablan del tema denunciando la romantización del Arte Depresivo. Ese verbo se relaciona con el amor romántico de la Edad Media, que tendía a idealizar y exagerar las relaciones amorosas entre hombres y mujeres. Más tarde, en el siglo XIX, se le tildaba de romántico a todo aquello que tenía que ver con el movimiento artístico del Romanticismo. De pequeña pensaba que lo romántico era lo relativo a la exageración y adoración del sentimiento amoroso. Creo que hemos mezclado muchos conceptos similares que terminaron por crear la concepción del verbo romantizar que tenemos ahora: darle a algo un carácter romántico, es decir, exagerarlo, pintarlo de forma ajena a la realidad. Si no uso la palabra *idealizar* como sinónimo del verbo *romantizar*, es porque hay una sutil diferencia: cuando se sublima simplemente es que ponemos ese algo por encima de todo lo demás, lo pintamos como un modelo de perfección y mejor de lo que es en realidad. Romantizar quiere decir que le damos un tinte romántico al tema en cuestión.

Parecemos estar todos de acuerdo con que romantizar es una mala costumbre: nos impide enfrentar la realidad porque la distorsionamos olvidando cualquier matiz. Romantizar la depresión implica simplificarla, pintarla con clichés o generalizar. El movimiento del Arte Depresivo causó que viéramos bien el hecho de estar perpetuamente tristes y ser incapaces de funcionar normalmente. De repente, los melancólicos nos volvimos seres virtuosos, la encarnación de la nobleza y el intelecto; mientras que la felicidad se volvió algo “poco profundo”, trivial e infantil.

El Romanticismo del siglo XIX trataba de explorar con el arte la fuerza de las pasiones entremezclando la sensibilidad con una fascinación por lo fantástico, lo irracional o lo onírico. La muerte y la melancolía, el sufrimiento y el amor: tantos

temas centrales impregnados de potencial creativo. La literatura romántica narra los tormentos incurables de bellos jóvenes dotados de genio, sensibilidad y sentimientos nobles que terminan arrodillándose frente a sus arrebatos melancólicos. Rechazado por una hermosa noble, el héroe de nuestra novela, un artista o un poeta sin nombre, se quita la vida. Imposible no pensar en Werther, protagonista de la célebre novela de Goethe. Después de la publicación de su libro, en toda Europa se pudo observar una ola de suicidios; jovencitas que se vestían al estilo de Charlotte, el amor imposible del protagonista; montones de hombres sanos que recrearon las formas del joven Werther al grado de ponerle un punto final a sus vidas.

A partir de ahí, yo veo una serie de asociaciones de ideas que podría haber persistido hasta nuestros días. Leyendo y viendo infinidad de obras que retratan esquemas similares, uno terminaría asociando un carácter melancólico con un corazón honrado, una generosidad patológica, un genio creativo acompañado de cierta humildad. La otra cara de la moneda es que la felicidad se apropia de los valores opuestos. ¿Un hombre feliz? Un hombre feliz es aquel que encarna el exceso, el que tiene un carácter despreocupado que roza la falta de empatía y está desprovisto de habilidades intelectuales. El depresivo se vuelve un santo. El depresivo se vuelve un ser digno de la empatía de la sociedad. La condición del hombre miserable se vuelve deseable porque es lo *bueno*. A todo eso, todavía podemos agregarle un factor más: la modernidad y su espíritu revolucionario. Uno de los valores centrales del Romanticismo es el rechazo de las convenciones sociales y la valoración de la libertad individual. El personaje romántico es visto como un hombre alienado por culpa de sus pasiones, mientras que éste se percibe a sí mismo como un incomprendido. Esa condición irremediable es la que le otorga el cariño de las masas populares y de algunas esferas

nobles que comienzan a denunciar los abusos de la aristocracia a la vez que exigen cambios sociopolíticos. La familia real es la figura feliz y por lo tanto es la malvada de la historia.

Al crear arte a partir de la muerte y el sufrimiento intenso estamos diciendo que hay una estética del dolor. Es decir que percibimos una belleza en éste. ¿De dónde saldría entonces el sentimiento estético de la depresión? Si la depresión la asociamos a cualidades que son virtuosas, me parece que enseguida pintamos a la persona depresiva como un humano de físico angelical, que a pesar de sus muecas de tristeza es capaz de conservar cierta delicadeza en sus facciones. El héroe romántico nunca era feo ni carecía de fineza en sus movimientos. Implícitamente, la belleza remite a la juventud y al placer. Si la depresión es bella, no es difícil pensar que puede ser placentera, y por lo tanto deseable. Nuestra fascinación por las enfermedades mentales es una mezcla del morbo y de las asociaciones de ideas que hemos ido forjando a través de la historia del arte.

La gente en Tumblr, en 2010, se puso a crear compulsivamente un Arte Depresivo que los dotara de forma automática de todas las cualidades posibles. Si relaciono el Romanticismo con el Arte Depresivo en un primer lugar es porque podemos ver conceptos que se repiten. Ambos fenómenos tratan de la muerte, del dolor, de la tristeza, de la identidad en crisis, de la sensación de no ser nadie en el mundo. El problema es que en el Romanticismo tengo la sensación de que la mayoría de los poetas, pintores, novelistas y músicos crearon a partir de todas sus pasiones, pero que los artistas de Tumblr crearon pasiones destructivas a partir de una mera concepción idealizada de lo que es la depresión. El Romanticismo nació porque después de la Ilustración la razón había devorado el lugar que tenían los sentimientos en la sociedad. La juventud había perdido la fe en el mundo y lo que predominaba

era el deseo de expresar sin límite alguno el movimiento de las pasiones. Ese contexto desapareció, pero de alguna forma pienso que los jóvenes tenían todavía la necesidad de ser escuchados. Con internet se les abrió esa posibilidad de compartir y tener una repercusión en la vida de otros. No puedo afirmar que esos adolescentes no estuvieran deprimidos y fingieran totalmente el sentimiento depresivo, ya que no tengo forma de comprobarlo. A pesar de eso, mi intuición es que una gran parte de estos artistas eran personas con problemas personales, con vacíos emocionales, que tenían la impresión de no ser escuchados por su entorno. Aquello pudo haberlos llevado a exagerar o intensificar su tristeza por medio del arte, porque esto les traía la atención que buscaban en las redes. La desesperación que trae consigo la soledad es abrumadora, y aunque puede sentirse como el fondo de un pozo, no es lo mismo que un trastorno depresivo.

Al denunciar la romantización de la depresión se hace notar que esta enfermedad no es “estar en cama todo el día y llorar sin interrupciones”, ni enamorarse y que “el novio te cure todos tus problemas”. Estoy de acuerdo. Pero la enfermedad mental no tiene una sola forma tampoco. Me encantaría poder decir que la depresión es la foto en blanco y negro de una chica joven, de rasgos delicados, que llora mientras se le corre el rímel. Me pregunto si todos esos artistas verían la depresión de la misma forma si la chica de la foto fuera considerada fea. Para ser honesta, lo que es este trastorno para mí es una historia diferente.

No había tiempo para quedarme en cama porque las obligaciones de la escuela me esperaban, y la vida no iba a aceptar que yo quisiera ponerle pausa así nada más. Llorar en las noches sin que nadie se diera cuenta, escribir horas enteras, encerrarme en mi cuarto, pelearme con mis seres queridos, sufrir de niveles de ansiedad imposibles

de manejar, sentirme culpable de ese comportamiento y en consecuencia castigarme físicamente. Para mí, eso es vivir con una enfermedad mental.

No puedo negar que fue la depresión la que me puso en el camino de la escritura, incluso puedo decir que sin el arte yo no creo que estaría viva. Muchas de mis primeras historias nacían de la desesperación o de mi obsesión por el sufrimiento. Sin embargo, durante mis episodios depresivos más intensos, me era imposible abrir un documento de Word o siquiera tomar una pluma para crear. No era hasta después, cuando me sentía aunque fuera sólo un poco mejor, que tenía el deseo irrefrenable de ponerme a escribir. Es en mis mejores momentos que pongo en una hoja lo peor de mí, porque es lo que me promete una paz relativa durante las semanas siguientes.

No siento que pueda culpar a los adolescentes de Tumblr por hacer estas obras de arte. Toda obra parte de la subjetividad del artista. Por ese mismo hecho, el arte no puede representar el mundo de forma real u objetiva. Nadie lo consume para ver la realidad tal cual. El arte produce ficciones del mundo. Si la cantidad suficiente de personas se cree el cuento, da igual que éste sea falso o verdadero, porque va a tener un impacto sobre el mundo y sobre la forma en la que lo construimos. En internet se ha creado una realidad de la enfermedad mental que se perpetúa porque no hay nadie que exprese algo diferente. En ese sentido, la romantización no es más que una interpretación de la realidad que conlleva sus desventajas como cualquier otra interpretación. No es fácil tampoco afirmar que aquello que sucedió en Tumblr es una romantización de la depresión: yo, una persona diagnosticada clínicamente con depresión, pude identificarme con ciertas obras. Si una persona con depresión es capaz de sentir un sentimiento catártico al ver o leer una de esas creaciones artísticas, ¿podemos decir que la obra en cuestión está romantizando? No estoy tan segura.



Varinia Abastoflor Cortez

(La Paz, Bolivia, 1979)

Ingeniera comercial con maestría en Gestión de Organizaciones. Tiene formación en Teología en la Universidad Católica Boliviana y es apasionada lectora de literatura clásica y filosofía. Continúa buscando el sentido a la vida mientras cocina y mira las estrellas.



Ironía: contrarrutas y encuentros del lenguaje y la vida

“La vida tiene una manera divertida de acercarse sigilosamente a ti” es una de las frases compuestas por Alanis Morissette y Glen Ballard hace 20 años para la exitosa canción “Ironic”. En realidad la letra habla de una serie de sucesos absurdos, más que de ironías, aspecto que no pasó desapercibido para el *The New York Times* ni el *The London Times*, quienes cuestionaron a la cantante acerca del significado de la palabra “ironía”. La errada apropiación fue reconocida por la propia Alanis en junio del 2008; sin embargo, tal fue el éxito de la canción que el público de los años 90 asumió el gazapo como intrascendente e irónicamente la canción que menos ironías contenía hizo del álbum *Jagged Little Pill* el más vendido de la historia como disco debut de una artista femenina. No obstante, si Alanis hubiera argumentado que la canción “Ironic” no se trata de la ironía como figura retórica sino como visión de la vida, hubiera dejado a más de un periodista del *Times* con la boca cerrada y ganado muchos más fanáticos existencialistas que aplaudieran sus cualidades intelectuales y artísticas.

La ironía está presente en la música, en la historia, en la vida; sin embargo, es en la literatura donde cobra espíritu como figura retórica y esencia para otros géneros (la sátira y la parodia). Pero también demuestra su presencia como concepto existencial reflejado en los actos fallidos, contradictorios y sin sentido de tantos personajes memorables en las obras clásicas de lectura universal. Pero ¿qué diferencias palpables hay entre la ironía como figura retórica o como concepto existencialista? ¿Qué tanto esta ironía existencialista permea en la literatura y el pensamiento humanista? Son algunas de las preguntas que trataré de responder y así, también iluminar las inquietudes que despiertan los libros clásicos de literatura en los lectores, cuando esta posición existencial de

la ironía plantea una posibilidad de profundizar y simbolizar en la propia vida, las contradicciones, los contrastes y la falta de coherencia entre el pensamiento, sentimiento y acción, que momentáneamente pasan desapercibidas, pero cuando somos conscientes de éstas, más allá de los juicios a emitirse, vemos el espejo de nuestra propia humanidad.

La oposición entre lo que se expresa y lo que se entiende del mensaje, se podría imaginar como dos vehículos que van por la misma carretera pero ambos en contrarruta y, a medida que avanzan se produce un punto de encuentro entre la habilidad lingüística del emisor y el buen entendimiento del receptor. Ésa es la ironía como figura retórica y musa para estudiosos como Søren Kierkegaard, quien realizó una tesis sobre este tema y, que además identificó otro aspecto de la ironía como posición existencial, es decir, una ruptura entre el mundo interno del ironista y su realidad externa; la contradicción entre sus creencias y su forma de actuar, entre su pensamiento y el desarrollo de los acontecimientos y, en muy buena parte entre sus sentimientos y la realidad que se presenta en su propia vida.

En la antigua Grecia, la ironía tenía una deidad como representante: el dios Mono. Las mofas que hacía eran tanto para los dioses como para los hombres, a excepción de Afrodita, que para pesar de este dios, no pudo reprochar nada en ella. Al contrario, la criatura que Prometeo había hecho, el hombre, era blanco de un sinfín de burlas por no tener una ventana en el pecho por la que se pudieran ver sus pensamientos. Probablemente, el dios Mono sabía muy bien que la ironía que tanto enriquecía sus burlas proviene de la reflexión del fuego sagrado (la mente), que Prometeo había robado y entregado a los hombres. Mientras la raza humana disfrutaba de los muchos beneficios de este fuego sagrado en la construcción de la civilización, también navegó en las corrientes

de su propio pensamiento, en los momentos de reflexión para convertirse en observador de la vida y alquimista del lenguaje que le permitía elaborar sus propios brebajes semánticos y sintácticos llamados ironías.

El medio que está más al alcance de todos para transmitir ironías es el lenguaje, de lejos el más imperfecto, a diferencia del arte que desde mi punto de vista es el más sublime. Al menos, nos deja un espacio para comprendernos y otro tanto para escondernos, ya que la ironía es una guarida para no perecer en el intento de ser sinceros. Y esto lo comprendía muy bien el exministro británico Winston Churchill en una de sus tantas ironías lúdicas, cuando dijo: “Tiene todas las virtudes que no me gustan y ninguno de los vicios que admiro”. Somos *homo ludens* y *homo ridens*, afirmaba Umberto Eco, en su libro *Entre mentira e ironía* porque el humor hace más soportable la vida.

La ironía simboliza lo externo y expresa lo interno con tal gracia que se logra decir mucho con pocas palabras, lo que permite desafiar la moral y descubrir los huecos de la lógica. Emanuele Severino, filósofo italiano, dijo lo siguiente acerca del significado de la existencia: “Nacer significa salir de la nada; morir significa volver a la nada: el vivir es lo que sale de la nada y vuelve a la nada”. Aquello que está entre la nada y la nada es, para Severino, la vida. Probablemente la inspiración de esta irónica definición de la existencia humana haya sido inspirada en la consulta que realizó el rey Midas al Sileno, viejo portavoz de la sabiduría dionisiaca. Cuando el rey le preguntó cuál era la cosa mejor y más deseable para el hombre, después de un largo silencio, el Sileno respondió riendo: “Estirpe miserable y efímera, hijo del ocaso y de la pena, ¿por qué me constriñes a decirte lo que para ti es ventajosísimo no oír? Lo mejor para ti es absolutamente inalcanzable: no haber nacido, no ser, ser nada. Pero la cosa mejor en segundo lugar

para ti es morir enseguida”. El sentido de la vida según el Sileno y Emanuele Severino no tiene lógica: es la nada.

Aunque la vida no tuviera sentido, ésta tiene muy estrecha relación con la ironía, y así lo manifestó el mismísimo padre del existencialismo, Søren Kierkegaard, cuando dijo: “Así como la filosofía comienza con la duda, la vida digna de ser llamada humana, comienza con la ironía”. El teólogo abría el telón de la ironía como posición existencialista, aquélla que confronta el entramado de creencias, pensamientos y hasta resoluciones acerca de la vida con lo fáctico de la realidad. Como si en el transcurso del tiempo la estructura que se va elaborando en la conciencia personal quedara suspendida en una ilusión para que en algún momento, el detenimiento y la reflexión permitan la identificación de las interrupciones entre el mundo interno y los hechos, que logren enfocar en perspectiva la ironía existencial.

Un caso que Kierkegaard desarrolló muy detalladamente fue el del patriarca Abraham, en el libro *Temor y temblor*. La historia se encuentra en el libro del Génesis y trata de un hombre de 65 años que sale del pueblo de Jarán por orden de Yavé, quien además le prometió descendencia, tanta como las estrellas del cielo. Ese viaje, marca el inicio de la epopeya de quien ostentará el honor de ser llamado “padre de la fe”. El primogénito de Abraham fue Ismael, concebido con su esclava Agar. Luego, cuando alcanzó los 100 años finalmente nació Isaac, descendencia concebida con su esposa Sara. Isaac era el hijo de la promesa de Yavé, y sería el padre de una nación grande y poderosa y, que a través de él todos los pueblos recibirían bendiciones. Pero, un día, Yavé probó a Abraham, ordenándole que sacrificara a Isaac en la región de Moriah.

¿Qué sentido tenía sacrificar a Isaac? ¿Qué sentido tenía sacrificar lo prometido? ¿Quién es este dios que se contradice? La Biblia indica que Abraham se levantó de madrugada, y

se puso en marcha hacia Moriah. Probablemente en el camino su atribulado corazón se llenaría de estas preguntas sin aparente respuesta. Por otro lado, la situación plantea una contradicción entre lo ético y lo religioso: entre un asesinato o una ofrenda en sacrificio. Ahí reside la angustia y la crisis espiritual ante el misterio de lo absurdo. ¿Y qué es lo absurdo en esta historia? Pues, Abraham creyó que Yavé nunca le exigiría tal sacrificio y; sin embargo, estaba tan dispuesto a hacerlo que se levantó al despuntar el alba para cumplir la orden. Probablemente Abraham pensó que si Dios le exigía ese cruel sacrificio, tal vez podría después arrepentirse y retroceder en su deseo.

Kierkegaard sostiene que sin fe, el actuar de Abraham es un mero intento de asesinato. La fe valida a Abraham, en virtud de lo absurdo. Esta parte es muy interesante porque el teólogo danés emplea la palabra en virtud y no, “a pesar de”; lo que otorga a lo absurdo una dimensión de respeto por cuanto se está ante algo realmente grande y que produce temor y temblor.

Entre los alegatos que Kierkegaard presenta en favor del patriarca y que evita sea condenado como infanticida a ojos de la ética es que, el acto de Abraham sucedía en la esfera de lo privado, él no pretendía salvar a un pueblo como lo haría algún héroe de la tragedia griega. Abraham simplemente creyó tanto en la promesa como en el absurdo mandato de Yavé y, actuó con una seguridad y confianza solamente explicable a través de la fe.

Dentro de todo el desarrollo que realiza Kierkegaard acerca de la prueba a la que es sometido Abraham, el teólogo desliza otros aspectos muy importantes pues, afirma que la Iglesia no es diferente a la idea de Estado y sitúa a la fe independiente de esa institución. Irónicamente Kierkegaard, un estudioso de la religión que por definición congrega multitudes, estableció

categoricamente que la fe no requiere de mediación, convirtiendo la relación ser humano-Dios en un tema personal y particular, lo cual no fue bien visto en la Iglesia católica sobre todo y, aunque esta religión considera a Søren Kierkegaard un buen filósofo humanista, se abstiene de mencionar esa pequeña pero revolucionaria afirmación, de tal manera que en la actualidad los críticos al catolicismo han identificado claramente por qué el sacramento de la confesión está en crisis, pues la fe es una cuestión entre uno y el Ser eterno.

Una observación que planteo a todo el análisis presentado en el libro *Temor y temblor* del teólogo danés es ¿por qué elegiría la historia de Abraham para presentar su tesis acerca de la ironía de crisis existencial ante lo absurdo? Si revisamos mayores detalles de otras historias presentadas en la Biblia, encontramos la de Job, que desde mi punto de vista es el libro que mejor presenta esa angustia y crisis a la que es sometido este personaje (calificado por Dios mismo como un hombre bueno) en virtud de lo absurdo; nos motiva a preguntar: Si de Dios aceptamos el bien, ¿por qué no debemos aceptar el mal? ¿Qué sentido tiene el sufrimiento?

Similar trabajo de análisis y exégesis realizó Carlo María Martini, en su libro *Vivir con la Biblia* acerca de Job e identifica varios aspectos al igual que hizo el danés en *Temor y temblor*, como: el diálogo con Dios es un monólogo, la fe en virtud de lo absurdo es la postura que inspira y la búsqueda del corazón humano que desea una relación con Dios más allá de la dualidad obediencia-premio y desobediencia-castigo. Job supera la prueba aceptando su ignorancia y reconoce el misterio, diciendo: “Hablé sin inteligencia de cosas que no conocía, de cosas extraordinarias, superiores a mí. Yo te conocía sólo de oídas; pero ahora te han visto mis ojos”. En cambio Abraham, luego de haber superado la prueba, queda en silencio y sólo llama al lugar del sacrificio “Yavé Provee”.

Siendo Kierkegaard un muy estudiado teólogo, prefirió la historia de Abraham a la de Job, probablemente porque de alguna manera resolvía la tortura a la que él mismo fue sometido bajo la neurosis religiosa de su padre, Michael; y que irónicamente la transmite en sus escritos cuando confiesa que la fe es lo más grande que se pueda poseer, pero él mismo se reconoce como incapaz de cerrar los ojos y zambullir de cabeza en lo absurdo. La fe de Abraham es para Søren Kierkegaard una cosa tan extraordinaria, digna de un panegírico y, sin embargo, él mismo considera esa fe un asunto netamente lírico y en su lecho de muerte niega la extremaunción de manos de un laico y parte de este mundo sin haber recibido la comunión.

Si escudriñamos los textos sagrados, como lo hacía Kierkegaard, seguramente encontraremos más ironías como conceptos filosóficos; sin embargo, otra fuente de notables ejemplos es la literatura universal. Uno de los escritores rusos que mejor entendió la mecánica detrás de los deseos y los argumentos más necios del corazón humano fue Fiodor Dostoievski, autor de la novela *Crimen y castigo* que fue publicada en 1866 y ha sido fuente para innumerables tesis y estudios. La obra presenta breves pasajes que invitan a reflexionar acerca de los móviles para ejercer la libertad e irónicamente plantea que mucho del actuar humano no tiene una razón concreta, únicamente trata de atisbar la libertad; es decir la razón sin razón de la libertad por la libertad.

El personaje Rodión Raskólnikov en *Crimen y castigo* era un estudiante de Derecho que vivía en San Petersburgo, agobiado por la pobreza decide matar con un hacha a una prestamista usurera. Es necesario hacer dos consideraciones acerca de este crimen: las razones y las creencias del asesino Raskólnikov.

A primera vista, el motivo del crimen pareciera ser la miseria en la que vivía Raskólnikov. La descripción más atinada

de pobreza la propone claramente el personaje Marmeládov, quien afirma: “En la pobreza conserva usted todavía la nobleza de sus sentimientos innatos; en la miseria ni hay ni ha habido nadie que los conserve” y, evidentemente Rodión Raskólnikov estaba en un profundo estado de depresión, pues la novela nos cuenta que había abandonado sus quehaceres cotidianos y no quería atenderlos, que mucho tiempo hacía ya que le había invadido, medrado y crecido una tristeza que le torturaba el corazón y el alma. Sin embargo, ni la pobreza ni la pena habían provocado el horrendo crimen.

Sintiéndose acorralado por el juez y por su conciencia decide confesar lo siguiente: “Yo quería, Sonia, matar sin casuística, matar para mí, para mí solo. ¡Mentirme no quería en esto ni a mí mismo! No fue por ayudar a mi madre por lo que maté... ¡Absurdo! No maté tampoco para, contando con medios y poder, erigirme en bienhechor de la humanidad. ¡Absurdo! Sencillamente, maté, para mí maté, para mí solo”. Es decir, una de las razones del crimen era una ejercicio de la libertad de transgredir la ley, aspecto que fue reforzado por el mismo Raskólnikov cuando dice: “Yo necesito conocer otra cosa, otra cosa empujaba mi brazo: yo necesitaba saber entonces, y saberlo cuanto antes, si yo era también un piojo, como todos, o un hombre. ¿Estaba facultado para transgredir la ley o no lo estaba? ¿Era osado de traspasar los límites y aprehender o no? ¿Era yo una criatura que tiembla o tenía derecho?”.

Es importante destacar que las ideas del ejercicio sin límites de la libertad llegaron a las mentes rusas por influencia francesa. Dostoievski comprendió claramente las consecuencias de eso, pero no así la justicia rusa, que irónicamente en la novela, los abogados y los jueces dedujeron que se trataba de un simple trastorno mental pasajero porque no obedeció a ninguna ambición económica, resultando en una sentencia benigna: sólo siete años de prisión.

En cuanto a las creencias de Raskólnikov, éstas son mencionadas como una preocupación en la carta de su madre, quien le escribe: “¿Sigues pidiéndole a Dios, Rodia, como antes, y tienes fe en la bondad del Creador y tutor nuestro? Temo en mi corazón que te hayas contagiado de la incredulidad que ahora está de moda”.

De esta manera, Dostoievski muestra la dinámica de la libertad humana bajo la premisa de que sin Dios no hay límite al ejercicio de esa libertad. Precisamente, el existencialismo contemporáneo alza en alto la bandera de vivir sin la idea de un Dios, pues éste limita el libre albedrío. En respuesta a esta postura, Dostoievski nos recuerda que el hombre carece de libertad en muchos aspectos: vivimos en un mundo sin que nadie nos reclame, las condiciones físicas e históricas de cada individuo, la muerte y las contradicciones irracionales del mundo. La ironía que se presenta es la idea de que el ejercicio de la libertad sin límites amenaza el pequeño espacio de libre albedrío conquistado por el ser humano, que es su propia conciencia, pues ésta regula, valida y por último juzga toda manifestación externa de voluntad y de materialidad tan circunstancial, que malamente le atribuimos un denominativo con características tan irrestrictas como ser la libertad.

Otra creencia que también sostenía Raskólnikov era su incredulidad acerca de la existencia de otra vida. Al respecto Dostoievski fue un férreo defensor de la idea de que un alma humana inmortal constituye la integridad de la conciencia, es decir no existe moralidad sin inmortalidad. Es así que la consideración de “un alma humana inmortal” fue la expresión que cuestionó terriblemente la conciencia del personaje, pues confiesa: “¿Es que yo maté a la vieja? ¡Yo me maté a mí mismo, y no maté a la vieja! ¡Allí, de una vez, me maté para siempre!”. La noción de inmortalidad del alma humana irónicamente preserva la mortalidad de la conciencia.

Es posible que la ironía se constituya en uno de los tantos puentes que conecta la literatura con la filosofía, y fue Albert Camus quien lo hizo muy evidente en su novela *La peste*. La obra cuestiona la postura que adopta cada individuo ante la desgracia. Está ambientada en los años 40, en la ciudad de Orán en Argelia. Una epidemia de peste bubónica obligó a los habitantes de Orán a vivir encerrados en su ciudad, mientras la muerte vagaba libremente por las calles. Dos personajes con diferentes paradigmas acaparan páginas enteras de la novela, sustentando, cuestionando la forma y actitud de vida ante la enfermedad, la soledad, la muerte y la manifestación del misterio de Dios: El doctor Rieux y el sacerdote jesuita Paneloux.

El sacerdote Paneloux es el personaje que más evoluciona a lo largo de la historia. Inicialmente, y a raíz de la enfermedad, la gente acude masivamente a la iglesia porque se encontraba en un estado espiritual particular. En sus homilias refrenda el origen divino de la peste y que este flagelo tenía un carácter punitivo, lo cual genera miedo en la gente, que resuelve la situación de dos maneras: adaptándose al claustro o tratando de evadir la prisión en la que se había convertido la ciudad de Orán. Poco a poco, el sacerdote deja su frecuente asistencia al púlpito para apoyar en la casa de cuarentena y en el hospital.

Cierto día llega al nosocomio un niño con la enfermedad, las imágenes del sufrimiento del infante postrado en cama, en postura de un grotesco crucifijo, habían cambiado la idea de Dios para Paneloux, pues la divinidad ponía a prueba al ser humano en desgracias límite para que asuma la decisión entre creerlo todo o nada, ante la desgracia, la incomprendibilidad del sufrimiento de los inocentes, el sentido de justicia y de que ninguna ilusión de eternidad compensa el dolor humano. Con esa angustia atravesada en el alma, el padre Paneloux dice a

los feligreses: “El amor de Dios es un amor difícil. Implica el abandono total de sí mismo y el desprecio de la propia persona. Pero sólo ÉL puede borrar el sufrimiento y la muerte de los niños, sólo ÉL puede hacerla necesaria, más es imposible comprenderla y lo único que nos queda es quererla. Ésta es la difícil lección que quiero compartir con vosotros. Ésta es la fe, cruel a los ojos de los hombres, decisiva a los ojos de Dios, a la cual hay que acercarse”. Irónicamente, luego de proclamar su testimonio de fe, se acostó decaído y se abandonó mirando un crucifijo, hasta que murió, no por la peste, si no por un grave estado de depresión provocado por una crisis de fe.

El otro personaje de la novela *La peste* es el doctor Rieux, médico del hospital, un ateo, totalmente rebelde ante la idea de acostumbrarse a ver morir a la gente y tenía la convicción de que hacer su trabajo era la mejor forma de convivir con la miseria de esos días. Lamentablemente, vio morir a dos amigos y se anotició de la muerte de su esposa en otra ciudad. Lo irónico es que quien tenía más recursos religiosos por sus estudios, murió probablemente por la imposibilidad de sostener su propia fe, en cambio, un ateo lidió con la muerte de sus pacientes y de la gente que amaba sólo con la convicción de que su trabajo ayuda más al mundo que sus creencias personales.

Las dificultades y adversidades en la vida, las denominadas “pruebas” en el coloquio religioso, llegan a ser como arpones que se incrustan en el alma, ya sean provocadas por hechos de magnitud como la guerra, las enfermedades, los desastres naturales y económicos o también por asuntos muy sencillos. Todos estos sucesos tocan en lo íntimo, transforman y cuanto más en contacto con la religión se ha estado, será más difícil comprender y explicar las razones de esas pruebas en contraposición a los arquetipos atribuidos a la divinidad como el amor, la providencia y el socorro, lo que genera

un sinsentido de la obligación emocional y de conciencia de abandonar nuestros destinos en sus designios divinos.

La falta de comprensión y respuestas a la realidad produce una depresión psicológica, moral que induce a la duda de los fundamentos más básicos de la fe. Este planteamiento no ha sido ajeno a la curia católica y la explicación que desde mi punto de vista es la más acertada es la que ofrece Carlo María Martini en su libro *Vivir con la Biblia*, que dice: “Es más, diría que cuanto más una persona está dedicada a las cosas de Dios, más es tentada respecto a la imagen de Dios, porque más necesidad tiene de purificar esta imagen”. En ese sentido, la historia que propuso Camus refleja esta ironía de que para acercarse a tierra santa, hay que hacerlo con los pies descalzos; en cambio en tierra prosaica, sirven muy bien los pies de plomo de la lógica y la ciencia. Es decir, que la fe y formarse una idea de Dios requieren despojarse de uno mismo, el abandono total del ser a una providencia que exige total obediencia y cuya respuesta es sólo el silencio. En cambio, construir una idea del mundo requiere mucho trabajo mental, seguimiento a ciertas reglas y procedimientos de la ciencia y la lógica que pese a sus grandes avances no han mitigado el dolor existencial humano, pero han creado una cierta ilusión de seguridad.

Como habrán apreciado, estimados lectores, el universo de la ironía presenta un sinfín de riquezas, muchas de ellas demasiado morales para considerarse artísticas y otras muy crueles para ser comedia; aun así, se complace plenamente en escandalizar las conciencias y pulir el ingenio mental. Mostrará en su aspecto retórico lo grosero y agresivamente opuesto a lo expresado. Mientras que en la posición existencial, y desde la dualidad de historias, nutre el alma humana mientras hace su paso en el plagado mundo de incongruencias, contrarrituras y ausencias de sentido que es la vida.



Leonor Courtoisie

(Montevideo, Uruguay, 1990)

Egresada de la Escuela Multidisciplinaria de Arte Dramático Margarita Xirgu y técnica en Dramaturgia, egresada de la Universidad de la República. En 2017 fundó el sello editorial Salvadora. Fue invitada a abrir la temporada 2022 de la Comedia Nacional de Montevideo con *Estudio para La mujer desnuda* (versión de la novela de Armonía Somers), texto y dirección de su autoría. Su obra *Duermen a la hora de la siesta* (2019) obtuvo el Premio Nacional de Literatura de Uruguay en dramaturgia inédita. Publicó la obra dramática *Corte de obsidiana* (2017), el poemario *Todas esas cosas siguen vivas* (2020) y la novela *Irse yendo* (2021).



Pero recuerda, nadie es perfecto

El chofer de la comandancia dijo que nadie me iba a creer. Que cuando volviera a mi casa no iba a poder contar lo que había visto; apenas intentar describirlo. Que yo no era parte de ese mundo en el que se habla de un mundo donde existen otros mundos. Mi territorio era otro, lo sigue siendo. Los cuerpos pueden trasladarse pero arrastran. Hay marcas que pertenecen a la gleba, los restos de la capa superior de la corteza tras el arado, traemos y llevamos y andamos de paso. No somos. La mirada está para asimilar las formas, comprender que hay otros modos posibles. Tú, cuando vuelvas a tu país, sentenció, vas a tener que hacer lo que no exista.



Los aeropuertos son días fuera de tiempo. Mis amigos están trabajando o haciendo mudanzas. Dejo una caja repleta de libros en la casa de una persona para obligarme a volver. Traslado una valija inmensa y otra pequeña y una mochila y una bolsa de tela de caballo negro. Tres líneas de metros y kilómetros de escaleras. Me da miedo perderme y perder el vuelo. Salgo tan temprano que llego cinco horas antes del embarque. Hace meses que no puedo leer ni escribir. Me da miedo mirar a la gente pero lo hago. Veo pasar a una muchacha y siento que la conozco y me digo que no puede ser y me parece medio indígena y pienso que soy racista por pensar que pienso que la conozco porque puede parecerse a otra persona que no distingo porque es medio indígena. La dejo de mirar. Quedo ahí, absorta en el no lugar.



Mi primer libro lo escribí en México. Me autopubliqué. Volví a Uruguay convencida de que tenía que hacer lo que no existía. Le insistí a una amiga que ya no es mi amiga para hacer una editorial de dramaturgia. Por la editorial pasaron más de 15 personas, pero nunca nadie quiso quedarse; editar es difícil, no da dinero, ni rédito personal exitista. Editar es un acto de amor y el amor, en algún momento, siempre duele. Empezamos haciendo libros artesanales con tapas en serigrafía, cosidos a mano. El mío se agotó y decidimos imprimir. La portada es una foto de mi cara. La primera colección fue un chiste que nunca supe explicar y el patetismo de haberlo intentado sabiendo que los chistes no deben explicarse. La historia de cómo conocí a una cubana en Buenos Aires y la invité a dormir a mi cama porque no tenía a dónde ir. Un libro encontrado en la calle y una promesa. Nueva Dramaturgia Aduanera iba a ser un conjunto de títulos de teatro escrito por latinoamericanas, si es que eso quiere decir algo. Habría sido lindo pensar antes de actuar, pero no suelo hacerlo y la falta de experiencia colaboró. A muy pocas personas les interesa la literatura escrita en Latinoamérica, a casi nadie la dramaturgia.



Lucía vuelve a pasar caminando. El avión indica Barcelona. Ahora tiene nombre y lo digo en voz alta y ella se da vuelta y sí es ella y me dice que perdón que no me reconoció y yo ni siquiera me muevo de la silla y pienso que es obvio que no me reconoció porque no nos conocemos. Le escribo al porteño amigo del mexicano por el que terminé en México y le cuento de Lucía, le digo de mi racismo y me dice que soy estúpida, que Lucía de indígena no tiene nada, pero que sí que es bien extraño que en una ciudad con un número de habitantes impronunciabile justo me haya encontrado a la que era la novia del

poeta mexicano cuando se suicidó en la feria del libro. Antes de subir al avión me grita que si un día voy a Barcelona la vaya a visitar y yo le digo sí, soy Leonor, y la veo perderse en Orly como se esfuman las cosas en los espacios hechos para las transiciones.



Espectros de situaciones que nunca. Como cuando sucede la maravilla. Un traductor gana una beca del colegio de traductores de Zúrich para reescribir mi primer libro. *Corte de obsidiana* va a tener su versión francesa. Los caminos de la escritura son extraños. O eso creía cuando todavía tenía cierta inocencia. Colaboro como puedo, contesto sus preguntas. Trabajamos en mis tiempos libres. Estoy viviendo en un edificio frente al Sena. Participo de lecturas en cinco idiomas y exposiciones de artistas de todas partes del mundo. Prima la autoexotización y la agenda. Tomo conciencia o verifico que esperan que hable de ciertos temas. Yo no puedo escribir sobre lo universal. El amor no es para mí. El traductor quiere que explique quién fue el poeta mexicano que se suicidó quién Nicanor Parra dónde los lugares. Me solicita un epílogo que no puedo balbucear.



Fotos de la autora

Intento de epílogo

Mi primo Simón es francés. Vine a París a escribir sobre él. Es domingo y la primavera trajo calores inesperados. Simón pasa a buscarme en su moto, me da un casco y un chaleco. Atravesamos la ciudad, la feria de la Bastille, el canal Saint-Martin, el bar donde una noche antes de los atentados, mis primos y mi hermano se tomaron una cerveza, la plaza del Colonel Fabien y la tremenda sede del Partido Comunista. Mi primo me explica todo. Yo no conozco las calles ni sus nombres ni la historia de la ciudad. Llegamos a destino: el parque Buttes-Chaumont. Atamos la moto y cargamos comida y bebida para un picnic. Caminamos las subidas y bajadas. Mi primo dice que hay una escritora que le gusta mucho que escribió un libro y que parte de ese libro sucede en ese parque. Despentés. Pronuncia el apellido de la escritora y no entiendo de quién está hablando. En castellano solemos emitir todas las letras. *Vernon subutex*. Menciona el nombre del libro e inmediatamente comprendo quién era la escritora y recuerdo la trilogía. Le digo que *Teoría King Kong* se lee como bibliografía básica para los feminismos de la nueva ola. Nos acostamos en una breve colina con pasto manso. Comemos. Dormimos bajo el sol. Encontramos una bolsa de hachís. Tomamos jugo de ananá. Y hacemos el recorrido inverso para devolverme a mi estudio. Le saco una foto junto a su moto con el Sena de fondo. Lo veo perderse entre los autos. No hay despedida.

Cuando leí a Despentés no conocía las referencias geográficas porque ese universo no formaba parte de mi imaginario cotidiano ni de mi educación sentimental ni de mi territorio. Así suele ser mi vínculo con la lectura. Aprendí que nada se me estará dado y que no siempre es necesario conocer cada detalle a la perfección para vincularme con un material. Así aprendí a leer y así escribo. Que otros mundos

posibles no tengan que ser evidenciados es una decisión política. Los nombres propios y lugares que aparecen en este libro no son insignificantes, pero explicarlos con detalles sería ir en contra del libro mismo. No se trata de un hermetismo caprichoso, sino de una forma de entender que está relacionada con la experiencia de recepción, una manera de hacer arte que parte del deseo de que lo obvio deje de ser siempre lo propio y la extrañeza a desentrañar lo ajeno. Me pregunto qué pasaría si este epílogo tuviera como lengua de origen el francés y fuera traducido al castellano, será que deberíamos hacer un glosario explicando qué es la feria de la Bastille, el canal Saint-Martin, la plaza del Colonel Fabien, el parque de Buttes-Chaumont o el Sena. Intuyo que no.



Foto de la autora

Ellos quieren que seamos lo que ellos creen que somos y que hagamos para ellos la representación de aquello que creen que somos. Recuerdo que Eliana me comentó algo que supuestamente alguien le había dicho en una entrevista e intento apropiarme de lo que no tengo idea. Quisiera quedarme con lo que imagino, pero el impulso moralizante y la curiosidad enfermiza me hacen preguntar. Muy en contra de la idea de hacer florecer la cultura maya contemporánea vinculada al campo, se va a inventar y construir una idea de cultura maya prehispánica que poco tiene que ver con la vida de los pueblos maya actuales, asumió el antropólogo maya Ezer May May al dejar en evidencia cómo los rieles se descarrilan antes de su existencia.

Fue imposible recordar el lugar exacto, pero más inviable fue buscar a una persona invisible. El poeta suicida juró que nos íbamos a volver a encontrar en París. Apareció Lucía y volvieron con más fuerza los motivos. Cuando parecía borrado se escribe caverna. Ahora que pienso tan distinto, que la vida es tan lejana, corrompe la imbecil carga de aceptar el sinsentido del poder. Y ahí está él, como un idiota, Marco Fonz. Y yo, mi cara tapa, repitiendo su poema una y otra vez:

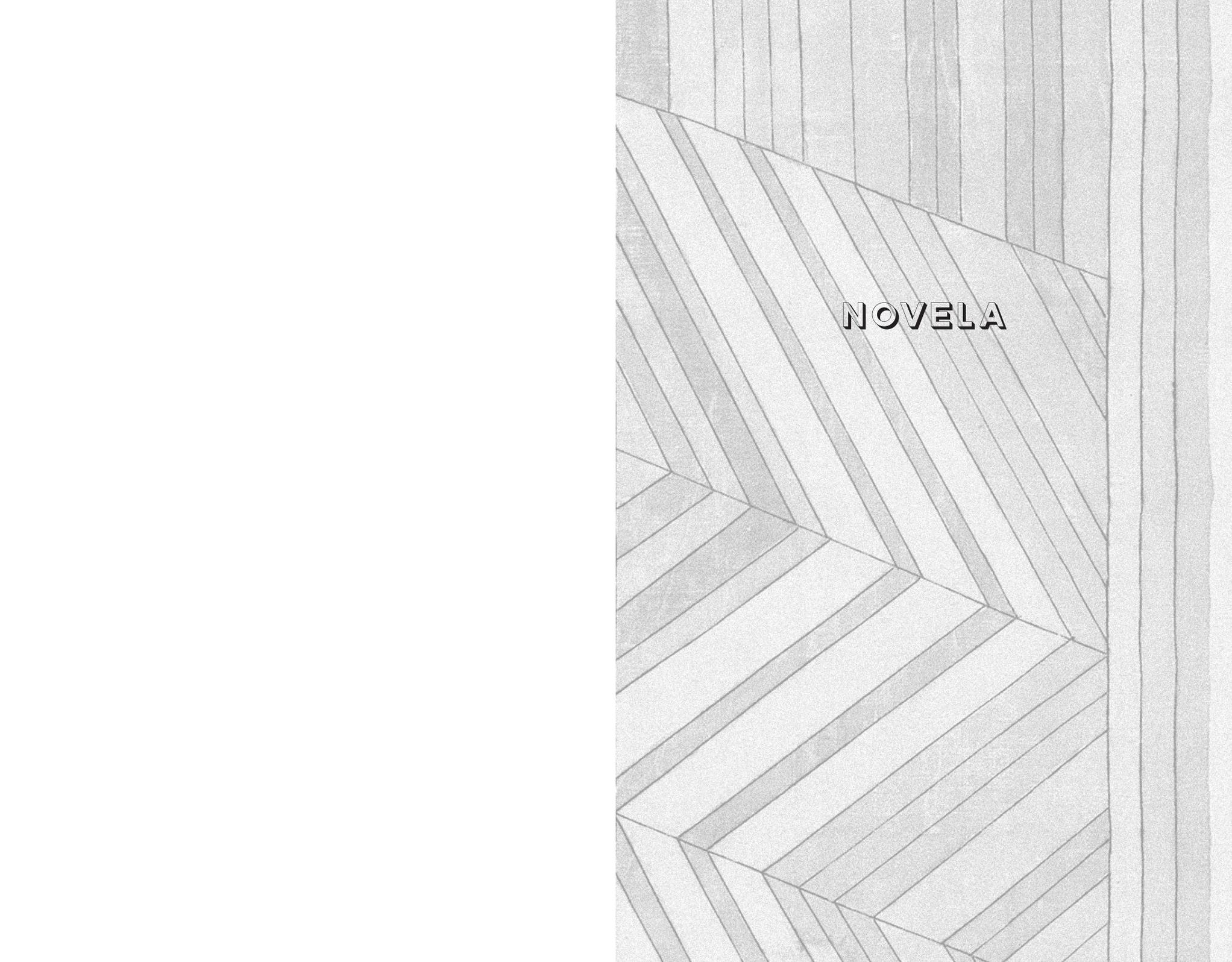
*Dudar es la certeza
El problema con no querer decir algo
Es que terminas siempre diciendo algo.
Y no es lo mejor.
De hecho es lo peor que dirías en un día con mucha inspiración
[y ganas de ser el mejor de todos.*

*A la ventana con todo y plumas.
Vives en México muchacho de sombra
Y eso es un gran inconveniente
Para el tipo de poesía que quieres decir.*

*Nadie te hará caso,
Pero de todas maneras me imagino que no puedes detenerte.*

*En todo poema mal hecho vive un grito.
Ese grito es lo importante, lo demás es poesía.
Así que no dudes con escribir mal.
Sería imperdonable que no busques la imperfección.
Espera el grito al final del poema y verás cómo te lleva el diablo.*

*Afortunados los idiotas de entendimiento.
Hasta aquí llegó la medida del hombre.
Lo demás son cifras y ya no tienen nada que ver con la belleza.
Todo lo que viene del tamaño humano no tiene valor alguno.
Las leyes naturales se nutren de otros gusanos.
Mi único problema es que no tengo problemas.*

The image features a complex, abstract geometric pattern composed of numerous overlapping lines and shapes in various shades of gray. The pattern is dense and intricate, with lines intersecting to form a variety of polygons and irregular shapes. The overall effect is a sense of depth and movement, as if the viewer is looking into a tunnel or a series of nested, slightly offset planes. The lines vary in thickness and orientation, creating a rich, textured appearance. The word "NOVELA" is centered within this pattern.

NOVELA

Nota introductoria

Recuerdo lo que contaba una amiga escritora, molesta con su tutor del FONCA porque a fuerzas quería que resolviera su proyecto del modo que a él le parecía más conveniente. Mi amiga alegaba: “Si yo lo que quiero es ir de Veracruz a Tijuana en un vochito, ¡quiero que me digan de qué manera puedo hacerlo!, no quiero que me digan que lo mejor es comprar un boleto de avión y volar de Veracruz a Tijuana, ya sé que eso es lo más fácil, pero no es lo que yo quiero, ¡yo quiero que me ayuden a hacer el viaje en vochito!”.

Sara, Pablo, Miguel, Alejandro, Sergio, Leonardo e Iberia decidieron emprender la escritura de una novela. Tuve la oportunidad de acompañarles durante una parte de su largo y arriesgado viaje, y traté de hacerlo en el medio que cada uno eligió. Escribir novela es algo sumamente difícil, es como tratar de dar existencia a un sueño, como invocar al más amenazante de nuestros demonios para crear el conjuro que lo encerrará en una vasija mágica, hecha de papel y tinta. Se requiere destreza, mucho empeño, disciplina, determinación, insistencia y toneladas de resistencia a la frustración. La escritura de una novela por instantes nos hace sentir dueños de la más grande epifanía, y momentos después nos confunde, el demonio nos devora y naufragamos en mares oscuros y terribles. Si logramos persistir, la recompensa es invaluable.

Admiro y celebro la valentía con que acometió la tarea cada uno de ellos, Sara, Pablo, Miguel, Alejandro, Sergio, Leonardo e Iberia. Espero haber tenido la capacidad de escucha necesaria para ayudarles a descubrir la voz más honesta de la historia y a encontrar el *chiclocentro* conceptual de la trama. Fue un verdadero honor acompañarles durante este tramo del viaje. Los textos aquí reunidos son una muestra de su trabajo y de su empeño, un conjunto de cuentos breves o un fragmento de la novela que tienen entre manos: apenas un rumor del enorme conjuro que cada uno prepara, y con el que habrán de sorprendernos.

AVE BARRERA



Sara Padilla

(Aguascalientes, Aguascalientes, 1999)

Egresó de la licenciatura en Historia de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Trabaja como asistente de investigación en la empresa Histórica, dedicada a la enseñanza de la historia del arte. Ha publicado narrativa en revistas literarias y ha participado en talleres de creación literaria por parte del INBAL y Escuela Nox. Formó parte del Laboratorio Editorial de la UNAM 2022.



La muerte de Amapola

(Fragmento de novela)

1

Aunque mi alma no dudó sobre la justicia del crimen, ante la ley era culpable. Viví atormentada por eso un par de años; planeé cada palabra que diría al abogado, ensayé los movimientos que haría ante el juez e investigué las pruebas que hacían los médicos para alegar trastorno o enfermedad mental como eximente.

Mis preparativos no fueron necesarios, el caso fue olvidado de inmediato y ni siquiera me consideraron sospechosa. Si bien agradezco mi buena suerte, me decepcionó un poco no ir a juicio ni ser sometida a pruebas de psicoanalistas, como el de pedir al presunto culpable que escriba su autobiografía para encontrar el momento de quiebre. Han pasado varios años y aún siento deseos de explicar cómo llegué a este punto; posiblemente este manuscrito sea encontrado después de mi muerte, así que juzguen como quieran.

2

Nací en lo que se denomina la clase popular mexicana, forma simpática para definir a una familia de cuatro integrantes que vive con 170 pesos al día, ocho o nueve dólares por diez horas de trabajo. Mi padre se dedicaba a la jardinería en una universidad y parecía satisfecho con la austeridad monetaria que eso implicaba. Cortaba decenas de metros cuadrados de pasto al día, operaba los sistemas de riego, plantaba con delicadeza los pequeños árboles que ofrecerían sombra a los estudiantes dentro de 15 años e invertía sus tiempos de descanso en sentarse bajo una bugambilia para percibir el aroma de un trabajo bien hecho. Era un hombre bastante felino; tenía fama de ignorar el saludo de todos y yo, que vivía en la misma casa que él,

muy pocas veces lo escuché articular más de dos monosílabos en un sólo día. Cuando por situaciones de extrema importancia se veía obligado a hablar con alguien, lo hacía con una voz imponente que me dejaba helada, pero con fastidio, y se alejaba lo más pronto que podía para hundir su melancólica nariz en la jardinera más cercana. En casa pasaba horas cuidando y contemplando el jardín que había creado con semillas y tallos que a veces robaba de la universidad. En una ocasión, mi madre lo convenció de hacer un pequeño viaje familiar el fin de semana a Guanajuato, porque les había llegado un dinero extra. Cuando regresamos, las celosas hortensias se habían secado para castigar el capricho de mi madre y mi padre se molestó tanto que no le dirigió la mirada en una semana entera.

Dado el carácter ermitaño de mi padre, mi madre fue la encargada de tomar todas las decisiones relacionadas con la familia, excepto una cosa. Cuando nació mi hermana mayor, mi padre sugirió llamarla Amapola —quizá creyendo que con ese nombre podría tolerar mejor el tener que convivir con otro ser humano, pero parece que no funcionó y dejó a mi madre seleccionar el siguiente—. Mi madre eligió para mí el nombre de Helena, por la santa madre de Constantino, aunque siempre miento y digo que es por Helena de Troya, porque el tiempo me ha enseñado que, efectivamente, los hombres pueden volverse ciegos o estúpidos por la belleza de una mujer. Varios amigos con ínfulas de psicoanalistas han tratado de conectar la clase de vida que he llevado de adulta con la ausencia del abrazo paterno en la infancia. No sé si una cosa tenga que ver con la otra, pero las veces que mi padre me colocó una margarita en el cabello cuando entraba a la casa para comer, me parecieron muestras de cariño más auténticas que un “te quiero” o el contacto físico.

Mi madre era la encargada de nuestro hogar: administraba el dinero que mi padre dejaba en el comedor para retirarse

tranquilamente a su jardín, arreglaba nuestra ropa, reparaba las tuberías, preparaba la comida, ordenaba todo. Desde que éramos pequeñas nos pedía ayuda a Amapola y a mí para ciertas tareas; mi hermana era la encargada de sacudir los muebles y a mí me tocaba acompañarla a hacer las compras en un sucio y descolorido mercado de la colonia. Acudíamos a ese agropecuario repleto de basura orgánica en el piso echándose a perder cuyo olor a hongo me hacía querer vomitar. Mi madre me paseaba por ese lugar entre jaloneos y regañones de “¡camina adelante!”, “¡ya te dije que no te voy a soltar la mano!”, “¡anda más rápido!”. No comprendí bien su histeria hasta que cumplí 11 años. Un día, mientras ella seleccionaba los jitomates que debía comprar para preparar una sopa de fideos, vi a un hombre cuya piel estaba cubierta por una mezcla oscura de tierra y sudor, vestido con una camisa de fútbol negra por la falta de lavado, que me miraba con una sonrisa de oreja a oreja, con los ojos resplandecientes y aterradores; llevó su mano a la entrepierna y comenzó a palparla, para luego de un segundo desabrocharse el pantalón y sacar un órgano que no había contemplado nunca. Mi madre volteó en ese momento y le arrojó el jitomate que tenía en la mano.

—¡Maldito enfermo hijo de tu puta madre! —gritó al agresor que se alejó rápido pero sonriente.

Yo seguía viendo el punto en el que había estado todo, en shock, cuando mi madre me volteó y me dio una bofetada tan fuerte que me tiró al piso. “¡Te dije que no te alejaras!”, gritó. Tomó mi muñeca con vigor y volvimos para pagar los jitomates. Mientras sacaba el dinero de su monedero, vi varias lágrimas que se derramaron por sus mejillas, le dio las monedas al vendedor, retomó la expresión amenazante que ponía cuando íbamos ahí y continuamos comprando los ingredientes para la comida. El rostro que mostraba mi madre para ir a la calle era contrario al que tenía en casa; mientras

cocinaba mantenía el semblante sereno y sonreía con ternura cuando sorprendía a mi padre acariciando sus claveles, pero cuando salíamos a la calle ponía cara de fiera y miraba con ira a todos los señores que nos saludaban. Mi madre usaba el humilde salario de mi padre con ingenio para que estuviésemos saludables, nuestra dieta básica constaba de arroz, frijoles, huevos, verduras, maíz y algunas frutas. El único lujo que mi madre se daba era comprar un Marlboro suelto que se fumaba a escondidas cuando salíamos del mercado, creo que se avergonzaba un poco del placer con que lo hacía: cerraba los ojos mientras mantenía el humo en su pecho un par de segundos, lo expulsaba por la boca y nariz, contemplaba la nube gris con la misma intensidad que mi padre a sus flores y suspiraba cuando se lo terminaba. Cuando regresamos a casa ese día no pude sacar la escena de mi cabeza, sentí repulsión y miedo por el hombre, pero lo que me había mostrado me dio intriga. Esa noche soñé que estaba en el mar, donde un montón de anguilas se enrollaban en mi cuerpo y me jalaban hacia abajo. Yo luchaba con todas mis fuerzas, las tomaba con las manos e intentaba quitarlas, pero volvían a aferrarse como imanes y se metían en mis orejas para salir por el ombligo, o por mi sexo para salir por mi boca. En este caso creo que sí necesitaría un psicoanalista porque ese sueño fue recurrente los siguientes diez años.

3

Mi madre nos envió a la escuela con el deseo de que tuviésemos una carrera y nos valiéramos por nosotras mismas. Mi hermana, Amapola, despertaba una hora antes que el resto de la familia para vestirse con el uniforme que había preparado con esmero la noche anterior. Antes de dormir, planchaba la falda tableada a cuadros verde, su blusa escolar blanca y sus calcetines hasta que estuvieran completamente lisos.

Sacaba todos los objetos de su pesada mochila, los ponía con delicadeza en la cama, sacudía su mochila en el patio para que quedara sin restos de nada y volvía a colocar dentro cada cosa con cuidado en un orden específico que había inventado. La única cosa que vi a Amapola tratar con cierta brusquedad fue el cepillo con el que sacaba brillo a sus zapatos, de derecha a izquierda con más inercia a cada cepillada. El resultado era un uniforme immaculado que parecía nuevo, cuando todos esos objetos eran heredados de nuestras primas. Eso siempre admiré de Amapola, cada cosa que tocaba lo convertía en algo hermoso y delicado.

La señora Buenrostro era la prefecta de nuestra secundaria, una mujer contraria a su apellido: enorme, con líneas en el rostro que la hacían tener una expresión de asco todo el tiempo, con un par de líneas de lápiz como ceja y una gigantesca verruga café con vellos negros en el mentón. Cada mañana se colocaba en la entrada para recibir a los alumnos; dejaba pasar a mi hermana observándola de arriba abajo, levantando su delgada ceja derecha con una expresión que yo interpretaba como envidia, porque cómo no iba a sentirlo, si Amapola tenía ojitos de borrego a medio morir, el cabello acaramelado, brillante y perfectamente peinado, un diente un poco chueco que le venía muy bien y, cuando se ponía al sol, los delgados y pequeños vellos de su rostro se volvían dorados, nada que ver a los del mentón de la señora Buenrostro que motivaron un amplio repertorio de chistes entre nuestros compañeros. Cuando era mi turno, la señora Buenrostro siempre me detenía para decirme que ya me había dicho que no podía llevar las uñas pintadas, que buscara acetona en la dirección y que si no había me las despintara con los dientes. Me repetía, igual que todos los días de la semana, que no fuera vulgar y que me bajara la falda porque ese era un lugar para estudiar y que le preguntara a mi madre si no le alcanzaba un cepillo para

mí porque parecía una bruja. Me parecía raro que los maestros se molestaran por cosas que a mí me parecían bonitas, pero aprendí a reírme con sus reacciones. A diferencia de Amapola, yo tenía el cabello negro y rizado hasta la cintura. Cuando me quedaba desnuda antes de meterme a bañar, inclinaba mi cabeza hacia atrás y la movía de un lado al otro para que mi cabello me acariciara la espalda y pasara por mis hombros, el hormigueo que producía el tacto me provocaba ligeros escalofríos por todo el cuerpo. En una ocasión, mi madre me dijo que no volvería a ir a la escuela con el cabello suelto porque la señora Buenrostro le había dado la queja. Al día siguiente, Amapola me trenzó el cabello por orden de mi madre, con cierto descuido para que me sintiera cómoda, pero no soporté el verme de esa forma y comencé a llorar por la irritación. Cuando llegamos a la escuela y pasamos al lado de la satisfecha y estúpida sonrisa de la señora Buenrostro, mi hermana me deshizo el peinado y me dijo que antes de irnos me lo haría de nuevo.

4

Ésa no fue la única vez que Amapola me mostró su solidaridad. Un domingo que salimos a caminar por la plaza nos encontramos con numerosos puestos frente a la catedral. Cada uno de nosotros perdió su mirada en un puesto diferente. Amapola vio a las señoras que vendían plumas de muchos colores y borradores con formas de animales, todo a tres pesos; mi madre disminuyó el paso y levantó la nariz cuando pasamos al lado de un boleador de zapatos que sujetaba un cigarro encendido entre los labios; mi padre, quien milagrosamente accedió a acompañarnos, vio unas suculentas que vendían en pequeñas macetas de madera; y yo me fijé en el puesto de una señora vendiendo bufandas, guantes, calcetines y artículos varios, entre ellos una máscara de pestañas.

—¡Mira mamá! ¡Le están robando a esa señora! —me escuché gritar mientras apuntaba a un grupo de gente que se aglomeró por casualidad. Mis padres voltearon y la dueña del puesto, víctima de la curiosidad, también volteó. Tomé la máscara de pestañas con rapidez y la metí en la manga de mi suéter. Mientras pensaba con placer en la cara que pondría la señora Buenrostro cuando notara mis pestañas maquilladas, advertí que Amapola estaba viendo mi muñeca. Me quedé paralizada, un frío intenso recorrió mis piernas, tenía que inventar una coartada para justificar mis acciones o chantajearla con algo para que no dijera nada, pero antes de que pudiera hacer algo vi en sus ojos un destello de comprensión y me sonrió.

Con mis pestañas recién pintadas, que la señora Buenrostro no pudo ver porque se reportó enferma, llegué al salón donde un grupo de niños y niñas aprovechaban la ausencia de la maestra de Historia y jugaban *verdad o reto*. Me acerqué y para bautizar mi llegada me preguntaron:

—¿Verdad o reto?

—Reto.

—Dale un beso a alguien de aquí —dijo Jocelin, una niña rubia con hoyuelos que siempre le hacía de líder en ese tipo de juegos.

Mi estómago comenzó a retorcerse porque nunca había besado a nadie. Miré a mi alrededor y no pude decepcionarme más, de un lado había niños delgados y altos pero llenos de granos —a esa edad procuraba no juntarme con personas que tuvieran protuberancias en el rostro porque yo juraba que eran contagiosas—, del otro había críos con frenos y más allá algunos lindos, pero con fama de descarados. Sentí repulsión y estuve a punto de renunciar a la partida cuando todos a mi alrededor comenzaron a decir “ándale, no tenemos todo el día, no seas cobarde, ya va a llegar la maestra”. Arrastrada por

la presión, dejé de pensar y me acerqué a la única persona agraciada del grupo. Cerré los ojos, puse mis manos alrededor del rostro de Jocelin y posé mis labios sobre los suyos por dos segundos, sentí sus rizos suaves entre mis dedos y un estallido de materia caliente alteró mi vientre. La pobre enrojeció y salió corriendo del salón. Yo me fui a mi lugar temblando mientras sentía las miradas burlonas de unos y estupefactas de otros.



Pablo Ignacio Chacón

(Lima, Perú, 1975)

En 2022, mientras cursaba este diplomado, publicó dos libros: *Los perseguidores*, colección de relatos fantásticos, y *Juanito Tragapelas*, conjunto de microrrelatos. El mismo año colaboró en la revista *Luvina*. Es comunicador y divulgador cultural.



Tres cuentos

Era broma

¿No te parece raro? Tú y yo somos siempre los primeros en llegar, los que tienen que luchar por una mesa, reservar tres sillas más y abrir la cuenta cervecera. Los puntuales. Los que pueden hablar un rato, por lo menos, de los temas que en verdad son importantes, antes de que lleguen los demás y empuje la chacota, el lugar común, los chistes trillados y los mismos recuerdos del colegio. Aunque, si lo piensas bien, no es tan raro. Siempre hemos tenido muchas cosas en común: Alianza Lima, Rafo Ráez, los autos viejos, las pelotas de Shyamalan, Star Trek... ¡Star Trek! ¿Ya viste *Picard*? ¿Sí? ¿Y qué tal? No, no me cuentes. Yo primero me voy a bajar las siete temporadas de *The Next Generation* para volverla a ver completa antes de empezar la serie nueva. Sí, me tomará dos meses, más o menos, pero, de ahí veo *Picard* y te llamo para comentarlo todo. Será un gesto humanitario de mi parte. Sé que no tienes con quien hablar de esas cosas y que a Ale le da sueño la ciencia ficción. ¿Cómo está Ale, por cierto? ¿De verdad? Qué bueno. Me cae muy bien, Ale. Cinco años ya, ¿no? No te imaginas el gusto que me da que hayas encontrado a alguien que te aguante tus majaderías y que te tenga contento. Eso es envidiable. Yo, ya sabes, soy un desastre para estas cosas. Nadie logra moverme realmente el piso y cuando se acaba —porque siempre se acaba— terminamos a las patadas. Con mis exes es así: si nos cruzamos en la calle, ni una ceja levantada. Pero sé que no me olvidan, siempre escucho chismes nuevos, todos falsos, sobre mí y sé muy bien de dónde vienen. Me han hecho harta publicidad. Soy una leyenda urbana. La peste. Sólo por eso es bueno que no pasara nunca nada entre tú y yo. No estaríamos aquí, tomando tranquilas unas chelas

mientras esperamos a los demorones. Aunque, la verdad, yo siempre he pensado que hace años, al final de la pollada de Chicho, estuvo a punto de pasar algo. ¿Te acuerdas? Con nuestros vasos de ron, afuera, sentados en la vereda, comentando ese capítulo en el que el capitán Picard se muere y el todopoderoso Q le ofrece el chance no sólo de resucitar, sino de corregir todos sus errores del pasado. Y tú dijiste, clavándome los ojos, con la entonación más seria que te haya escuchado jamás, que te encantaría volver al pasado para hacer las cosas que no te atreviste a hacer. Y durante un microsegundo tuve el debate mental más arduo de mi vida, aunque yo no tenía dudas sobre a qué te referías. A ese otro día, como cuatro años antes de eso, cuando el Kaypacha era un corralón para embriagarse y estábamos ahí hablando cosas *feeling* cuando hice un amago de besarte y me empujaste. ¿Estás loco?, preguntaste, sólo ebrio, te mentí, somos a-mi-gos, deletreaste, y yo te dije que era broma, cómo crees, yo te quiero como hermano y pareció que el asunto estaba aclarado y, los dos tan patas como siempre. Pero no. Como siempre, no. Pasaron tres años, por lo menos, antes de volver a dirigirnos la palabra. En ese lapso, sólo coincidimos en las reuniones de exalumnos y nos saludábamos de lejos, nomás, como simples conocidos, algo raro, de todos modos, porque ni tú ni yo hemos sido nunca rencorosos. Hasta en eso nos parecemos. Y llegó la pollada de Chicho y ahí sí hablamos, como si nada, como antes, como siempre, y mencionamos a Picard y a Q y pasó lo de los ojos que se clavan y lo de mi debate mental: ¿le digo nunca es tarde?, ¿o me lo como a lengüazos nomás? Pero lo que salió de mi boca no fue una lengua, sino risotada, qué payaso eres, para eso chupas. Y cuando noté que no te reías ni un poquito y te dije voy por otro vaso y me puse de pie muy lentamente, yo todavía estaba esperando que dijeras era broma, cómo crees, yo te quiero como hermano. Pero no dijiste nada. Porque en

eso, al menos en eso, tú y yo, no nos parecemos. Porque tú hablas de frente, con la verdad, sin rodeos, diciendo las cosas tal cual las piensas o las sientes y yo, en cambio, cuando quiero decir algo, hablo de todo menos de lo que realmente quería hablar y por eso es que ya llevo diez minutos comentando contigo el último concierto de Rafo Ráez, porque aún hoy, a pesar de los años que han pasado, sigo siendo incapaz de decirte lo que siento por ti.

Sabotaje

Llovizna. Dudas. ¿Habrá tiempo? ¡Siempre hay tiempo! Cierras la puerta y vuelves a tu habitación para reemplazar los zapatos de gamuza, tan susceptibles, por las viejas pero fieles zapatillas azules a prueba de todo. Cuando te sientas en la cama percibes el olor. Aunque la distancia es grande entre los pies y las narices, piensas que se va a acortar mucho en las butacas del cine. Claro que, en el peor de los casos, podrías culpar a cualquier otro espectador. Pero tu cita no tendría por qué estar pendiente de tus zapatillas, ¿no? Se concentrará en ti. Tiene que. Si no, no habría accedido a verte, a pesar de lo del otro día. Pero ¿y si van luego a algún sitio y tienes que descalzarte? Mejor, por si acaso, cámbiate todo. Sí, también el calzoncillo. Nunca se sabe. Ponte el bóxer nuevo, el que lleva un año en la envoltura esperando su oportunidad. Aunque es poco probable que suceda —primera cita, día de semana, mañana se trabaja—, no está de más prever. Lo que sí podrás hacer hoy es decirle, después de la película, si van a comer algo rápido, una butifarra en el Kaypacha, una empanada, cualquier cosa, y luego, masticando, entrecuchar miradas, medirse, ¿qué tal eso?, está bueno, ¿y el tuyo?, también, ¿hacemos algo el finde?, el finde, claro, pero hasta el finde, todo será con ropa y con calzado. Además, con este frío, lo más probable es que ni siquiera se quiten las casacas. De todos modos, por si las moscas, cámbiate también las medias delgadas por unas gruesas que absorban el sudor. Y rocíalas con *after shave*. Y apúrate. Esta vez sí debes llegar temprano.

El espejo de nuevo. Te empinas sobre las zapatillas azules —acolchadas, como guantes, las mejores— para verte completo y verificar si algo desentona con el resto. Y sí: hay ciertas rayas pardas en la puntera, unas motas grises sobre la lengüeta y un color indeciso en los cordones, que en sus

buenos días fueron blancos y hoy parecen alambres oxidados. Pero ¿por qué te preocupas? ¡Hay llovizna afuera! Unas salpicaduras en las bermas o un par de pisotones en el autobús serán excusas muy creíbles para justificar tus zapatillas asquerosas. Además, afeitado, con loción, bien peinado y con sonrisa matadora, tienes todo para que tu cara sea el centro de atención. ¿Te lavaste bien los dientes? Sí. ¿Y los Halls? En el bolsillo. ¿Y los Durex? En el otro. ¿Qué más falta? ¡Que te vayas! Mira la hora, estás con las justas. Sales a la calle tan deprisa que resbalas con una de las gradas empapadas y haces acrobacias para no caerte. Es más susto que otra cosa, pero, mejor, ve despacio, pendiente de los charcos y de las ondulaciones del terreno.

Pero claro... Tenía que pasar. La suela de la zapatilla derecha, reblandecida por el traspíe y traidora como nunca, se abre de golpe a sólo cuatro cuerdas del punto de encuentro. Por poco y tropiezas nuevamente, aunque más por rabia y por asombro que por el percance en sí. Lo peor es que, en el trance, la media se te empapa. Al abrigo del toldo de una bodega te demoras en escoger la mejor solución al incidente. La más fácil y vil: atar empeine y suela con uno de los pasadores. La más cara: comprar un par de zapatillas, rapidito, salvando la facha y el honor. Pero hay otra idea que te gusta: llegar tal cual y contarle la verdad: hola, me ha pasado esto, ¿me acompañas a la tienda a arreglarlo?, te compenso con un trago y postergamos lo del cine. Así se entera de quién eres realmente y se le quita la idea, si aún la tiene, de que vives en la luna. Además, ya sabes lo que dicen: en la adversidad se conoce a las personas. Pero tu yo menos sensato se entromete y ya estás sacando un brazo hacia la pista. Un taxi se detiene. ¿Cuánto a Oeschle? ¿12? ¿10? Vamos. Ocho minutos después entras en la tienda como equilibrista en una cuerda, lidiando a duras penas con el sabotaje de la suela, que ondea y que se

dobra como la quijada de un caballo que se ríe (de ti). Miras, eliges, te guía, te pruebas justo las que no te quedan, ¿no tienes 42?, ésta es 42, entonces 41, un momentito, ¿y no tendrás en azul?, sólo éstas en oferta, ¡me las pruebo!, ¿le quedan?, me las llevo puestas, le faltan calcetines, ¿éstos no combinan?, pero están mojados, es verdad, olerán mal cuando se sequen, tienes razón, aquí tenemos buenas marcas, ¿tendrás de caña corta?, pase por aquí... Cuando pagas, piensas en tu sueldito y en la dura vida de los practicantes, entre la facultad, la oficina explotadora y las urgencias naturales de la edad. Podrían hablar de eso después del cine, porque tu cita también es practicante y la desgracia pesa menos cuando se reparte: genera lazos, cómplices, historias... Tendrían mucho que decirse: los cursos que les faltan para graduarse, las maldades de sus jefes respectivos, los estragos de la falta de sueño. Sonríes. Te sientes lo suficientemente preparado para hacer que todo salga bien. A bordo de las acolchadas Reebok grises, caminas fuera de la tienda, aspiras y sientes, aliviado, el olor a nuevo que emerge desde el suelo. Bajo el brazo llevas la caja en donde viajan las zapatillas azules. Cuando te preguntas qué harás con ellas (¿las boto? ¿las regalo en el camino? ¿me presento con la caja y se lo cuento todo?), te das cuenta: siete llamadas perdidas, 49 minutos de retraso. Espantado, pulsas la pantalla. Suena seis veces. Contesta. Perdón, un problemón, llego en cinco y ahí te explico. ¿Para qué, si la película ya empezó? Pero es que hay otra función. ¡En dos horas, todavía! Entonces te invito algo. Ya me fui. ¿Quedamos para otro día? Es la segunda vez que pasa. Pero es que tuve un percance. Tú y tus percances. Piénsalo. No sé. Plisito. Y oyes el suspiro, el cansancio y la distancia. Especialmente la distancia.

Caminas a tu casa, pateando una imaginaria pelota desinflada que rueda mal por la vereda y que se atora en los

baches anegados. Cuando llegas, las costras de barro hacen que tus zapatillas grises parezcan patas de elefante. Como no quieres ensuciar, las dejas en la puerta. Pero a las otras, a las viejas en la caja, les perdonas la vida, no sólo porque, por contraste, parecen más limpias y decentes, sino porque a los amigos que son fieles se les puede perdonar algún desliz. Les pasarás un trapo, esperarás a que se sequen, pegarás la suela rota, resanarás la otra, las prensarás con unos libros y quedarán bien.

Para la próxima lluvia estarán como nuevas.

Química

— ¿Aquí o afuera?

— Afuera. Dentro el aire está cargado.

Mina tenía ocupadas las manos. En una llevaba el plato con la galleta de chocochips que compró por no desentonar, pero que no pensaba comerse. En la otra, la tacita con el expreso, que había pedido hirviendo y que bebería antes de que se entibie, para potenciar la mortalidad de los patógenos circundantes. Lucio llevaba un frapuccino grande y un plato con un sánduche de pollo. Los cuadritos de apio reseco de sus bordes y el brillo avejentado de la mayonesa inquietaban a Mina (“espero que no se coma esa cosa”), que sabía que los bocadillos empiezan a pudrirse apenas se preparan, por más que el permisivo olfato humano les prolongue la vida más de lo debido. Pero se había prometido no tocar ninguno de sus temas. No hoy, al menos. Antes, en la oficina, Miluska y Tere la habían convencido de que sus precauciones sanitarias abrumaban a todos. Guapa y a veces brillante, Mina les había preguntado, en uno de sus *momentos blu*, si era eso lo que desanimaba a sus muchos, pero poco persistentes admiradores, con los que nunca llegaba a la segunda cita. Con Lucio, el nuevo, estrenaría otra estrategia. No aludiría, al menos hasta un hipotético tercer encuentro, al abuso de los antibióticos, ni a las enfermedades zoonóticas, ni a las advertencias de los sabios silenciados por las corporaciones, ni a la inminente venganza de la Madre Natura contra el falso rey de la creación. Ya después, se dijo, si le tomaba más confianza y lograba abrirle la bragueta, tendría tiempo de educarlo en los peligros del apocalipsis bacteriano.

Se conocían de vista hacía mes y medio, cuando contrataron a Lucio, pero no tuvieron la ocasión de hablar si no hasta dos días antes de la cita. La demora se debía, no sólo a que

trabajaban en áreas distintas sino, sobre todo, a que Mina nunca se reunía con sus compañeros —con los que, por lo general, evitaba interactuar más de lo indispensable— a la hora del almuerzo. Prefería la soledad de su cubículo, en donde consumía unos batidos misteriosos con un sorbete de cobre de propiedades antibacterianas. El diálogo encantador que sostuvo con Lucio frente a la máquina de café —a la que ella recurría cada tarde para recargar su termo de agua hirviente— le pareció el inicio de algo. Horas después, ya a solas, mientras oía coros tibetanos en la pulcritud de su habitación, envuelta en una nube de ginseng y sándalo, Mina evocó al chico, a su sonrisa bien tallada, al timbre radiofónico de sus palabras y a los relieves que su pantalón al cuete exageraba, mientras hundía en su entrepierna sus bien desinfectados dedos índice y corazón derechos. Soñó que lo abrazaba con los muslos, que lo empapaba, lo ahogaba y que, al cerrar sus piernas sobre él, lo engullía entero, como hacen los neutrófilos con los gérmenes bajo el microscopio. Sólo que, en el sueño, no lo digería: lo mantenía vivo para que la sirviera como esclavo, haciendo la limpieza de sus paredes interiores.

Alguien tenía que abrir la puerta que separaba el salón principal de la terraza del café. Lucio quiso empujarla con el zapato, pero se refrenó para no estropear, con esa vulgaridad, la imagen esmerada e inexacta que había construido de sí mismo en los últimos días. Una semana antes, sus compañeros —que habían percibido la angustia de sus ojos cada vez que las simetrías y turgencias de Mina atravesaban los pasillos de la oficina— lo pusieron al corriente: no te ilusiones, esas montañas están fuera de tu alcance. ¿Quién lo dice?, protestó. Tú sólo ten cuidado, dijo uno, te puedes caer. Otro: no le dicen La Tóxica por gusto. Uno más: es como Medusa. En eso estoy de acuerdo, contestó: me la pone como roca. No, imbécil, no

es por eso: destruye hombres, los anula. Lucio contempló a sus consejeros (“feos de mierda”), comparó sus pintas con la propia (“lo que es la envidia”) y entendió el porqué de esa leyenda tan malvada. No replicó. Quería llevarse bien con todos (“soy el nuevo”), pero resolvió cerrarles los hocicos con hechos. Treparía las cordilleras de Mina y clavaría el mástil breve pero cumplidor de su bandera, muchas veces, en sus cumbres y en sus simas. Estudió sus rutinas, entrevistó a los que sabían algo de ella y pasó a la acción, entusiasmado. Aun si los rumores eran ciertos, no creyó correr peligro: era amante de los retos y, a sus 27 años, se creía bien curtido en relaciones tóxicas. Ya verían los jijunas.

Así que, para abrir la puerta, dejó el plato con el sánduche en una mesita redonda de madera que había en el salón y, con la mano libre, empujó la hoja de vidrio templado. Mina tuvo la oportunidad de comprobar lo bien que olía el brazo extendido (“como recién bañado”), sumando en favor de Lucio tres puntitos al score imaginario con que calificaba a sus pretendientes. No sabía, por supuesto, que horas antes, luego de que ella aceptara salir a tomar un cafecito *after office* para seguir la conversa, él se había encerrado en el baño para lavarse los sobacos y rociárselos bien. Los desodorantes, aun los más potentes, le duraban sólo hasta la cinco de la tarde, como máximo, así que, cuando estaba en plan afane, se esmeraba en la presentación de su producto. Más aún si, como le habían dicho Tere y Miluska, en coqueta alcahuatería, Mina era implacable con los humores corporales y con la más pequeña cochinada. Le otorgó otros dos puntitos por la cortesía, sin reparar en que la velocidad de la maniobra había provocado que el sánduche se deslizase fuera del plato, y que su cubierta superior, bañada en mayonesa, patinara sobre la mesita redonda. Apenas Mina cruzó el umbral, Lucio regresó por el plato. Ella se volvió para medir sus nalgas, pero algo

más jaló sus ojos: un surco blanco que el pan evadido había trazado sobre el tablero de madera, junto a otras rayitas, también paralelas, que entendió como las huellas secas de un mugriento estropajo. Cuando Lucio recogió el pan y lo restituyó, como si nada, sobre la masa amarillenta del pollo deshilachado, sus sonrisas se enfrentaron. La de él era arrecha y ganadora. La de ella, poco menos que una arcada. El chico perdió 30 puntos de un plumazo.

Para ser justos, no había razones para que Lucio vigilara la asepsia de sus alimentos. Jamás paladeó un termómetro, engulló una pastilla o visitó al doctor. Su madre, medio bruja —en todas sus acepciones—, lo mantuvo sano, cuando niño, a golpe de baldazos de agua helada y tés de hierbas apestosas. Y su estómago todoterreno, curado por los guisos medio crudos de la casa, había sobrevivido incólume a los salchispapas de la puerta del instituto, a los cebiches de Caquetá y a los bebedizos que preparaban los viernes sus amigos de la cuadra. Algo de polvo y de grasa en una mesa mal trapeada no podría hacerle ni cosquillas.

La mesa que escogieron en la terraza, de vidrio, parecía limpia, pero a los ojos inquisidores de Mina no se les escapó la leve pátina de polvo y *smog* que la cubría. Él le retiró la silla, con ceremonia y huachafería, y luego tomó su sitio, posando los codos sobre el tablero y juntando sus manos en un puño. Mina lamentó que su acompañante se ensuciara la camisa de ese modo, pero la pose fotogénica de Lucio estiró su tolerancia. Le devolvió dos puntos cuando apartó el plato del sánduche infectado. Retomaron la conversación que interrumpieron al llegar al café sobre los filmes de Tarkowski, que él se había visto en cuatro noches, enterado de que a ella le gustaban. Mientras peroraba sobre la campana de Andrei Rubliev (según un artículo de Wikipedia que había memorizado), Lucio notó que los labios de Mina, acolchados

y jugosos, se entreabrían sin recato. Una metáfora, pensó él, una invitación (“hoy campeón”). Se felicitó de sus secretas previsiones: había reservado la *suite* Pasión Tropical del Sputnik Inn. Se imaginó lamiendo esa naricita respingada, lubricándola, inundándola, antes de descender por los flancos ondulados y calibrar el equilibrio planetario de sus pechos. Cuando tuvo que encorvarse —para encubrir su erección— decidió darle una mordida. Al sánduche. Así, de paso, la dejaba hablar y no monopolizaba la conversación, pues ya había aprendido que no había nada peor que parecer fatuo y alardear (antes de; ya luego le estaría permitido todo). Le habría metido diente a su *ciabatta*, así nomás, a la mala, pero recordó su cruzada por diferenciarse de sus chusquísimos colegas. A Mina le costó no decir nada cuando lo vio extraer una hoja del servilletero (“¡pero tiene mucho *smog!*”), envolver con ella su *ciabatta* (“¡eso está aún más sucio!”), llevarse el sánduche a la boca (“no me hagas esas bromas”), abrirla sólo un poco (“¿te volviste loco?”) y darle un limpio mordisco (“¡noooooo, tú me gustabas!”) que para Mina fue un balazo. En el momento en que la mayonesa empezó a chorreársele por las comisuras de los labios, Lucio ya era un cerdo, la cafetería un basurero y Tarkowski el peor director de la historia. Reprimió los espasmos que le ascendían desde el vientre, delatándose en una mueca indescifrable. Algo pasa, intuyó él, sin entender la causa y, cuando le iba a preguntar, con la boca aún llena, ella, que lo vio venir, se apuró en proteger su cara con la aún hirviente taza de café, que no tuvo más remedio que sorber, pues juzgó preferible achicharrarse la lengua a ser rociada por el infecto aerosol de sus palabras. Felizmente, Lucio no llegó a decirle nada, pues había recordado, a tiempo, que los caballeros tragan primero y hablan después. Eso sí: le ofreció tres [inmundas] servilletas con la [cochambrosa] mano manchada de [radioactiva] mayonesa, que ella tomó con las puntas

[mártires] de sus dedos índice y corazón derecho. Recordó lo que le gustaba hacer con ellos y pensó en lejía, en alcohol, en fuego y, también, en graves males urológicos. Se puso de pie, casi brincando. De su boca humeante brotaron unas palabras entrecortadas que Lucio descifró a medias, pero que entendió que tenían relación con esfínteres y urgencias. Confundido, él también saltó para abrirle la puerta de vidrio y, en la acción, el olfato de ella encontró su aliento cerca, por primera vez, y detectó, recónditos, los no del todo extinguidos ajos del arroz con pollo del almuerzo. Pero peor fue advertir un minúsculo recuadro verde en los intersticios de sus dientes, nunca antes —nunca más— tan próximos. Aunque sólo era un cebollín del sánduche, ella quiso convencerse de que llevaba meses pudriéndose en la boca de Lucio, antes tan apetitosa y que ahora era un pozo séptico ambulante. Desesperada, se perdió corriendo en el salón, mordiéndose los labios y esperando que no llovieran lágrimas, mientras Lucio la veía irse sin entender nada, ignorando que acababa de perder sus 147 puntitos de golpe.

En el camino Mina se deshizo de las servilletas. Se arrepintió de inmediato, pues la puerta del baño estaba bien cerrada y solo podía abrirse girando un picaporte que, seguro, fue limpiado con el mismo trapo sucio de la mesa de madera. Rebuscó en la cartera y, horrorizada, vio que no quedaba ni uno de los pañitos húmedos triple protección antibacterial con extracto de mirra que solía cargar. Sí encontró, en cambio, el frasquito con el desinfectante olor tomillo y lo roció en sus dedos favoritos, con más miedo que ternura, y luego en ambas manos, en la boca y en la pantalla del celular, que usó para ordenar un taxi. Luego sacó una botellita, sorbió un poco del líquido azul que contenía, hizo gárgaras y, a falta de lavado, lo engulló con valentía. Pensó en el larguísimo *momento blu* que se le venía encima. Secó sus lágrimas con el bien

rociado dorso de una mano y decidió demorarse un poco más, para que Lucio tuviera claro que la cita había terminado. Pero una mujer salió del baño en ese momento y ante el riesgo de que roce sus codos (el corredor era estrecho) ella tuvo que regresar al salón. Casi le da un ataque al recordar que aún debía empujar la contaminada hoja de vidrio de la terraza, pero su acompañante, tan atento como antes, la volvió a salvar, aunque ni así sumó puntaje. Ya para qué. Estaba descalificado. Lo que siguió fue breve: me siento mal, tengo que irme, olvidé en casa mis pastillas, lo lamento y, sin más, se dio la vuelta, evitando peros y preguntas. Ni siquiera las palabras solidarias y corteses que él improvisó, mientras trataba de alcanzarla, pudieron disuadirla.

No hubo beso, ni manos que se chocaran y ni siquiera palmas levantadas a lo lejos. Mientras el taxi se perdía en la avenida, Lucio acarició la caja de condones y el frasquito con el lub en el saco, pensó en la tarjeta del hostel en la camisa y en el spray aroma a menta que el bolsillo de su pantalón guardaba. ¿Qué faltó? ¿Qué hice mal? Conjeturó que el problema estaba en tanta cortesía y atención (“fácil, no le gustan tan amables”). Se prometió que, al día siguiente, en la oficina, cambiaría de estrategia y sería más patán y más matón, y que vencería las reticencias de ella (“no pasa de este finde”). Reservaría la *suite* Sade del Sputnik y ahí la fusta y las esposas se encargarían de amansarla. Ya el lunes entrarían de la mano a la oficina (“lloren, perros”) y, si la semana se hacía muy larga, paliarían sus urgencias en la escalera de servicio o en el depósito del conserje, dejando alguna evidencia por ahí para pavonearse frente a los incrédulos. Pero la diarrea de esa madrugada le impidió cumplir sus planes. Si la madre, atónita, no lo convence de ir al hospital (en donde estuvo por tres días) se hubiera muerto enmierado en su propia cama. Contemplando el ducto del suero insertado en su brazo, Lucio

recordó el buen sabor del sánduche, el aroma estimulante del café y hasta el de las chocochips que pellizcó de la galleta de Mina cuando ella estaba demorándose en el baño. Se preguntó qué podría haberle caído mal. Recordó su naricita y tuvo arcadas.



Leonardo Gutiérrez Arellano

(Guadalajara, Jalisco, 2000)

Se dedica a la literatura y la divulgación científica. Ha sido ganador de los concursos Creadores Literarios FIL Joven en las categorías de cuento y microcuento, Luvina Joven en las categorías de cuento y ensayo, y del Premio Nacional al Estudiante Universitario Carlos Fuentes 2022. Ha publicado cuentos y ensayos en las revistas *Tierra Adentro*, *Luvina*, *Punto de partida*, *Pirocromo*, *Vaivén*, entre otras.



Tres cuentos

Mendel no lo supo

Los malentendidos son la principal fuerza evolutiva. Basta que un gen se confunda en la ruta que va de la química a la carne para que una estirpe entera termine con las facciones irreconocibles. Y esto no es precisamente una desgracia. Colonizamos la Tierra a fuerza de malinterpretarnos el cuerpo y las ideas, tan enredados como los axones de las neuronas que las concibieron en primer lugar. Ejemplos sobran: en los restos de Babel se encuentra el signo de que ni siquiera el lenguaje se salva de la genealogía de la confusión.

Quisiera contarle esto a Angélica para ilustrar mi punto, pero me limito a decirle que le debemos lo que somos a las mutaciones. Ella me mira con una mueca de disgusto, recordándome nuestra incapacidad de llegar a acuerdos en la abstracción. Al menos en este momento, el primero de los malentendidos es más identitario que pragmático: se supone que la clase debería estar dándosela a su hermana, cuyo precario aprovechamiento es culpable de que sus padres me paguen una hora de asesorías académicas a la semana. Otro detalle es que las tutorías no deberían ser de biología, sino de matemáticas. Ocurre que la hermanita está de campamento y el monto de la clase depositado en mi cuenta de banco, por lo que Angélica ha decidido no dar lugar a desperdicios. La auxilio, pues, con su tarea de genética. Ella estudia Medicina.

Esta supuesta ayuda es más capricho que otra cosa, y quizá más otras cosas que capricho. Me refiero a que la clase está lejos de hacerle falta: mi acompañante es una estudiante perfecta en toda norma. Me consta. La conocí cuando ella tenía 16 años y yo 17. Durante esos días me dio por razonar mi gusto por su nombre, que en la boca me sabía a una

suerte de certeza solar. Siempre me fascinaron sus ojos verdes manchados de pecas amarillas alrededor de la pupila, sus rizos tostados que nunca llegaron a ser rubios.

Abandoné mis ánimos de cortejo cuando me volví mayor de edad. Regresamos a la vida del otro cuatro años más tarde, ciudadanos ambos e igual de trastornados por el paso de la academia. Fue ella quien me abrió la puerta de su casa el primer día, ignorante absoluto de que mi tutorada era su hermana menor. De pronto el azar tenía servicio a domicilio.

Llevamos mes y medio cogiendo sin que nadie ajeno a nuestras uretras se entere.

O eso malentendí.

—Cada vez está más cabrón que mi papá se quede tranquilo cuando le aviso que tú y yo saldremos. Le cagas de a madres, neta. El otro día estuve a nada de que me preguntara cómo es que fui al cine y regresé bañada.

La frase me toma desprevenido en más de un sentido. Hasta hoy, creía caerle bien al señor. Siempre me recibe sonriendo, dándome alguna palmada en el hombro. Escucha con atención las minucias sobre el progreso algebraico de su hija menor y atiende con puntualidad mis recomendaciones. Aunque, claro, puede que le resulte incómoda la imagen mental de mis fluidos mezclándose con los de su heredera.

Espero unos segundos antes de externarle mi complejo proceso mental a Angélica:

—No entiendo.

—Tú nunca entiendes nada, pendejo.

En mi defensa puedo decir que *entender* es el más abstracto de los verbos. El mundo es un compendio fenoménico, sí, pero sólo es tal en relación a lo que nuestros sentidos alcanzan a asimilar de él. La naturaleza nos arrojó a su seno sin intenciones de que la comprendiéramos: estamos aquí atorados como otra manifestación de la materia. Otra de muchas.

¿Qué se supone que uno tendría que entender, en primer lugar? ¿Qué narcisismo existencial nos ha orillado a creer que el entendimiento de las cosas es el fin último de nuestra estancia en el universo? Todo lo que se entiende es una ilusión del intelecto.

El malentendido es la norma ontológica del mundo.

Miro el grabado de Gregor Mendel que se asoma desde el libro de texto que nos acompaña sobre la mesa. Casi abro la boca para discurrir mi perorata cuando baja por las escaleras el padre de Angélica. Me saluda con amistad contradictoria.

—¿Cómo les va, muchachos? A ver si se te pega algo, eh— le dice el hombre a su primogénita, de buen humor.

No entiendo. El par se pone a hablar de su itinerario, sin aspavientos de por medio. No puedo evitar perturbarme por la sincronización de sus expresiones y la inflexión vocal que comparten. Es como ver a mi acompañante duplicada, con bigote canoso y panza chelera. De pronto, Angélica me rescata del delirio al estrujarme un muslo por debajo de la mesa, a lo puritito Luis Miguel. Le advierte a su padre:

—Leo y yo saldremos a pasear en la tarde, por cierto.

Las facciones del hombre dan un vuelco al espasmo. Me doy cuenta de que es enorme, acaso hipertrofiado por el emputamiento. Entreveo que un apretón de sus manos bastaría para dejar sin oxígeno a más de uno de mis órganos. Lanza un par de pasos histriónicos hacia la mesa, mentón pegado al pecho. Me incomodan esos ojos hondos que por capricho de sus tanates decidió calcarle a su hija, desde el iris a las pupilas. Pupilas que bajan por la gravedad de sus palabras:

—Ya te dije que no me gusta para nada que andes con un cabrón mayor que tú. Qué pinche necesidad tienes de meterte en chingaderas, dime. Y a él dile que tenga los huevos de venir a presentarse a la puerta de mi casa, ya de menos.

Angélica y yo nos devolvemos la mirada, igual de confundidos.

Claro: el señor, después de tantas semanas, nunca ha preguntado por mi nombre.

Claro: Angélica siempre le ha contado que tiene citas con un Leonardo que es profesor de preparatoria, mayor que ella. Y ninguna de las dos cosas es mentira.

—Ya me voy, pues. Te encargo que no la dejes salir con ese cabrón— remata, mirándome a los ojos con los mismos ojos que veo en su hija durante el intercambio de felaciones. No tarda en darnos la espalda y salir a la calle.

Yo no quería que éste fuera un texto sobre la ironía, pero Angélica y yo nos hemos quedado tan solos que dentro de poco parecerá que no cabemos en la sala.

Al igual que ocurre con la genética, en la vida diaria hay ciertos malentendidos que resultan, a veces, un portento de la fortuna. Mendel no lo supo: murió virgen.

Los caminos del paladar

Lo encontré escondido entre unas hojas. El cerro de Tequila se evaporaba bajo la luz filtrada entre los mezquites, condensando olores minerales que emergían de la tierra tibia. Habíamos terminado de subir la cuesta y el profesor se dispuso a dictar la parte teórica de nuestra práctica de campo. La atención que dejé de ponerle se la regalé al himenio que me observaba desde el suelo: era color azul purísimo, básico, de pastilla de acuarela. Las láminas que le cubrían el reverso del sombrero se amontonaban entre sí como los pliegues de un acordeón concéntrico. *Todos los hongos son comestibles*, alcancé a escuchar a la distancia. Y me llevé el micelio a la boca sin dudarlo un poco. *Pero algunos sólo se pueden comer una vez*, aclaró la misma voz. Deglutí en seco mientras el profesor me miraba. *Ése que trae el compañero Leonardo en las manos se llama Lactarius indigo. Lo pueden comer las veces que quieran, de preferencia con queso*. Sonreí.



No sé si somos muy ingratos con él o más bien él muy ingrato con nosotros, pero los hombres de mi familia llevamos varias generaciones teniendo desencuentros con nuestro páncreas. Diabético tras diabético, el apellido se nos ha impregnado de cierto olorcito a glutamato monosódico. Ante la sorpresa de sus médicos, mi abuelo se aventó media vida reventando glucómetros, retacándose de las calorías que le harían falta a un nadador olímpico para subsistir. Alarmada por el historial de mis parientes, mi madre me privó de dulces y refrescos durante un tramo de la infancia. Yo adquirí la costumbre de comprar pastelillos en una tienda discreta, después de escaparme un par de cuabras. Un día me encontré con el abuelo,

escondiéndose de su esposa. Hurgaba una bolsa de papas y eructaba los gases de una cocacola. Recuerdo que nos miramos, perplejos por la desobediencia compartida. Así llegué a saber que los genes constituyen un círculo ineludible. Nos sentamos en la banqueta sin decirnos nada, vueltos cómplices dietéticos. Me ofreció de su refresco. Sonreí.



Greta cocinaba. Le propuse encargar una pizza y bajárnosla por el gañote a tragos de refresco, pero rechazó la idea en pos de mostrarse como la madre postiza que mis ánimos de jovencito carente de afecto necesitaban. Preparó una sustanciosa pasta Alfredo, consciente de mi afición por las harinas y las salsas condimentadas. *Nos haré algo de beber, corazón*, dijo con cariño ambiguo, como si fuera imposible saber si la edad que nos separaba eran ocho años u ocho meses. La primera desgracia de la noche fue que las cervezas que sacó del refri eran Indio; la segunda fue no largarme del departamento en cuanto tuve oportunidad. Con el cinismo despreocupado de los sacrílegos, Greta tomó un par de vasos de su alacena y los escarchó en una masa de salsa chamoy que después espolvoreó con chile en polvo. A cada vaso le puso un puño de gomitas azucaradas a las que luego cubrió con capas sucesivas de sal, limón, Clamato y, me chillan los ojos al recordarlo, caldo de res salido de una latita de aluminio. Al final vino la cerveza. Greta me miró a los ojos, enternecida por mi existencia. *Toma tu michelada, corazón*. Sonreí.

Vuelta a Neufeld

Me echaron toda su adolescencia encima. Algunos dedicaron los minutos de mi presentación a mordisquear comida o a retocarse el maquillaje de las pestañas. Otros se limitaron a mirarme con apatía bovina. No quise reprocharles nada: a las siete de la mañana los ojos no pueden más que saltar entre el espasmo y el sueño.

Recién me habían contratado en la dirección. Aproveché mi entrada a la ciudadanía postulándome a trabajos tan disímiles como esclavizantes. Un día, sin esperar ya nada de mis quincenas, una de las divisiones de la Secretaría de Educación me llamó a una entrevista para el empleo que aún conservo. El quehacer era sencillo. Debía molerme la garganta y la paciencia 30 horas por semana, atrincherado en la única guerra que todos ya hemos dado por perdida: la enseñanza. Trataría de instruir en el cálculo a chiquillos amodorrados que de vez en cuando olvidaban que tenían cinco dedos por extremidad.

Me comisionaron a dar clases en dos secundarias: la Miguel Hidalgo y la Ponciano Arriaga, mi ilustrísima alma máter. De ella siempre me maravilló que nadie, pasando por el alumnado y los docentes, supiera quién coño fue Ponciano Arriaga. Yo le prometí un premio al que tuviera la iniciativa de googlear la historia del constituyente.

El primer día de clases me habituó al resto. Pasé el tránsito del amanecer a la tarde repitiendo la misma cátedra con diferentes grupos, alternando las nalgas entre una silla y el pasillo del pintarrón. La última tanda de alumnos me encontró lamiendo una paleta de cereza. Sorprendentemente, los que entraron no formaban un tumulto de hormonas y sudor seco: eran, apenas, cuatro niñas. Disfruté de una media hora sin gritos ni mentadas de madre. Hasta que llegó Juanjo.

Recuerdo que un grito me arruinó el trazo de una parábola. Eh, profe, ¿podemos pasar?

El chico era alto. Parecía que su voz acumulaba la autoridad que le faltaba a los prefectos. No cargaba más que un balón con el cuero roído.

Le dije que sí.

Tras su espalda entró un batallón de futbolistas sudorosos y de niñas que comían frituras bañadas en chile y limón, entalladas todas ellas en jumpers rojo tinto que hubieran merecido la excomulgación en otros tiempos. En la estampida recibí una excusa con olor a cheto:

—Uy, profe, conste que nos habían dicho que el taller empezaba a las cuatro y media.

A pesar de lo que mis prejuicios esperaban, Juanjo se sentó al frente. Al minuto y medio de su llegada supe que la niña güera que estaba al lado suyo era la novia. Se llamaba Ivana. Quizá me habría resultado simpática si no hubiera dedicado media clase a interrumpir mis explicaciones para gritar que no entendía nada. Yo le preguntaba desde dónde había dejado de entender lo que no entendía. Ella me respondía que desde el principio, como si Dios Padre y yo hubiéramos presenciado el Génesis agarrados de la mano.

Terminé el día sin voz y sin glucosa. Guardaba plumones en mi mochila con la intención de largarme a comer una orden de tacos grasientos cuando mi teléfono vibró un par de veces. Eran mensajes de mi mejor amiga.

Wey, ¿a poco todavía eres novio de Ella?

Adjunto había una foto de mi exnovia, abrazada de un veinteañero delgado y miope. Se vestía de camisa de manga larga fajada al pantalón. Tenía el pelo lacio, peinado hacia un costado.

No era yo.



En alguna noche del primer semestre de la preparatoria recibí un mensaje suyo preguntándome qué estaba haciendo. Luego charlamos sobre la tarea, los profesores, la escuela. Antes del chat, apenas habíamos cruzado palabra un par de veces en la escuela y en los pasillos. Nos unían más los amigos que los intereses en común. Ella no hablaba mucho en público. Siempre llevaba el pelo planchado, colgando hasta la espalda media. Usaba un labial leve y rara vez se pintaba las uñas. Era bonita. Lo sabíamos ambos.

Al final de sus días, nuestro noviazgo se volvió un repertorio de reproches. Las olimpiadas de ciencias en las que me enrolé nos alejaron lo suficiente como para que Ella me reclamara mi poca cercanía en los veranos y los fines de semana. Faltaban unos meses para entrar a la universidad cuando supe que nunca podríamos recuperarnos. Dejamos de hablar, de buscarle huecos al calendario para tendernos en la habitación del otro mientras agotábamos la tarde con alcohol y comida chatarra. Yo ya no veía sus series, ella ya no escuchaba mis canciones. La última que le mandé fue “These Things Take Time”, tan ignorada como las previas.

Llegó el día en el que aprovechó una cita para confirmar lo que ya sabíamos. Con palabras cercanas a la gratitud, me explicó que nuestro amor se había convertido en un despropósito. Había comenzado a trabajar en una pastelería Neufeld y con la venida de la universidad no tendría ganas ni espacio para nada o nadie. Ella sólo necesitaba llegar a casa y sentir que no tenía responsabilidades amorosas. Me pidió que la dejara ordenar sus emociones y su tiempo.

Nunca volvió a hablarme.

Luego nos eliminamos de todos lados, según exige la norma.

Fue dos semanas más tarde, al comenzar a trabajar como profesor, cuando conocí su eficiencia en eso de ordenar cosas. Compartía, lo supe enseguida, salón de la universidad con su nuevo novio. Él escuchaba la misma música que yo, vestía igual que yo, le gustaban las mismas series, frecuentaba los mismos cines.

Un tipo despreciable, vaya.



Algunos chicos se dejaron domar. Con otros hice el pacto implícito de darles permiso de hacerse pendejos en su celular siempre y cuando no hablaran mientras daba la clase. La única hora difícil del día era la última. Hablo, claro, de la que le correspondía al salón de Juanjo.

Ivana siguió interrumpiéndome a diario. La dejaba hacerlo porque su impertinencia me parecía una forma especial de atención. Juanjo, al costado, la miraba siempre con la imbecilidad involuntaria de los enamorados.

Aprendí a despreocuparme por el aprendizaje. Cada aula tenía un puñito de niños que con cada neurona que Dios les dio se esforzaban en tomar apuntes y pasar al frente a resolver los problemas propuestos. Para ellos daba la clase. Y, caray, para Ivana también, que era la única que participaba en su salón.

Pero un día dejó de presentarse al taller. Juanjo se había sentado con la mirada gacha, evitando girar la cabeza a la butaca contigua. Así continuó haciéndolo, semana tras semana. La ausencia era pesada. Nadie daba señales de tener cuerdas vocales en la garganta. Mis preguntas apenas eran respondidas por monosílabos y balbuceos.

Juanjo y yo estábamos abrumados por un abandono compartido.



Es que le metió los dedos. Sí, profe, los dos. Estos. Bueno, éstos no: los de él. Estábamos en clase de Educación Física, antes del receso. El profe Poncho se quedó haciendo una llamada y nos dejó salir desde temprano. Yo me fui a comer un tamal que me mandó mi mamá. Me senté sola en las bancas que están por la cancha de básquet. Sí, profe, ésas. Estaba comiendo, de verdad, nomás eso. Y pues me di cuenta de que no era la única. De rato escuché como que unos gemidos que salían de debajo de una de las mesas. Gemidos de los que ya se imagina, profe. De bestia, de actriz porno, de poseída. Estaba la morra bien entrada y dije no manches, esa voz la conozco, es la pinche Ivana. Me imaginé que el Juanjo nomás se la andaba caldeando, acá normalón, pues como que tranquilo, por encima del pants. Les quería hacer una broma para que ya no anduvieran de jariosos y tómala, que me asomo: la pinche Ivana abierta de patas debajo de la mesa y el Juanjo duro y dale, duro y dale. Pues grité, profe, ¿qué más? Grité y le dije pinche puerca, no seas mamona. Pero yo me estaba cagando de risa en buen plan. El pedo es que la prefecta estaba caminando por ahí. Y pues nos vio. Bueno, los vio a ellos, a mí qué. Al Juanjo lo atrapó... pues ahora sí que con las manos en la pucha, ¿verdad?



A Juanjo y a Ivana les pusieron un ultimátum. Si se tocaban un centímetro cuadrado de piel nuevamente, no sólo los expulsarían, sino que también quedarían vedados de todo sistema de educación federal de aquí a Ciudad Juárez. La condición para su permanencia fue que ambos salieran de la escuela acompañados diariamente por al menos uno de sus tutores

legales, informados todos de las cláusulas de una carta de compromiso. Lo cierto es que las medidas de separación fueron innecesarias: la humillación del chisme le bastó a Ivana para no acercarse de nuevo a Juanjo. De hecho ya no se acercaba a nadie.



Ella empezó a compartir fotos vistiendo camisas de las bandas que alguna vez despreció en nuestros chats. De pronto también le gustaba el cine de Wong Kar-Wai y el resto de mis *películas inamables*. Por mi parte, cada cierto tiempo tenía que soportar los comentarios de algún bienintencionado ingenuo diciéndome que me había visto caminando muy contento con Ella en tal lado, haciendo tal cosa.

Seguí enseñando teoremas y corrigiendo ejercicios con la resignación común de mis días. Cuando correspondían clases en la Ponciano Arriaga me daba el lujo proletario de regresar a casa caminando. Siempre pasaba por unas Farmacias Guadalajara para comprarme una paleta de helado. Era mi ritual de consolación.

El primer jueves de otoño me encontré a Juanjo en la parada del camión frente a la farmacia. Lo acompañaba su padre. Era un hombre con alopecia, vestido de camisa polo. No parecía estar enojado con su hijo. Hablaban, ambos.

Quise acercarme. Fingí que debía tomar el mismo camión.

En la parada Juanjo me saludó bajando la cabeza. Apenas le dije a su padre quién era yo, se acercó a darme la mano y a preguntarme qué tal iba su hijo, cómo se portaba, qué cualidades le veía. Le conté bondades inexistentes.

El viaje en el camión fue breve y silencioso. El par se bajó en una placita comercial que reunía locales de restaurantes y tiendas deportivas. El segundo piso estaba lleno de gimnasios

frecuentados por mujeres pensionadas y por hombres que gastaban en suscripciones mensuales lo que les sobraba de sus anabólicos. Había, también, una pastelería Neufeld.

La pastelería en la que Ella trabajaba.



Cuando Ella terminó con mi *doppelgänger* no tardó en aclarar en Facebook que él la había engañado. Dedicó varios días a subir memes sobre las dolencias de ser cornuda, ocupada en ejercer ese mecanismo de defensa que en redes solemos confundir con el humor. Por eso fue que todos nos enteramos del asunto sin muchos intermediarios.

Deslizaba los dedos por el chisme cuando Juanjo me alejó la vista del celular. Llegó al salón en receso, sin la compañía de su balón.

—Era compa de Benito Juárez, de los que siempre se andaban agarrando a putazos con Santa Anna. Lo hicieron gobernador de Aguascalientes y del De Efe. Ese güey fue uno de los que escribieron la Constitución.

Una sonrisa inesperada me desentumió el rostro.

—Órale, muy bien. ¿Cuál constitución?

—Ah, ¿a poco hay varias?

Reí. Alcancé a ver en su postura y en sus ojos el indicio de un tesón recuperado. Parecía darse el tiempo de planchar sus camisas y de bañarse de nuevo. Su presencia había dejado de colonizar el aire con un aroma a sudor y salsa Valentina. Nos quedamos platicando un rato.

—La neta ya ando menos agüitado, profe. Como que se me pasó la pena de que me vea la gente. Es más, ya se me pasó la pena que a veces me daba a mí mismo nomás de acordarme de cómo nos agarraron en las canchas. Y luego ya me dieron permiso de regresarme a casa solo. Soy libre otra vez.

El adolescente ignora que toda felicidad es transitoria. No quise ser el primer malnacido en explicárselo. Sólo le palmeé el hombro y lo felicité.

—Qué bueno que te regresaron tu libertad, Juan. ¿Qué te parece si la aprovechamos para darte tu premio?

Lo acompañé a tomar el camión cuando salimos del marasmo de la escuela. Íbamos en asientos contiguos, charlando sobre las curiosas dificultades de ser adolescente y tener verga al mismo tiempo. Luego lloró, pensando en Ivana.

—Es que se siente bien feo tener que verla a diario y que no me dirija la palabra, profe. Si yo pudiera pedir un deseo sería que me hable otra vez, que deje de voltearme la cara como si no me conociera. Quiero preguntarle cosas y que me responda como siempre, riéndose a carcajadas, mentándome la madre con los pinches ovarios que se carga. Con una pregunta, profe, con una pregunta que me responda me doy por bien servido.

Quise limitarme a consolar su llanto con mi silencio, pero preferí hacerlo dándole la razón. Y es que sí: basta con una pregunta.

Bajamos en la plaza comercial y nos sentamos en una de las bancas del corredor principal. Ella estaba adentro de la pastelería Neufeld, atendiendo a la clientela. El jefe, como una de las comodidades del trabajo, les daba la libertad de personalizar su cofia. La suya tenía impresa la portada de *Louder Than Bombs*.

No pude verle el largo del pelo. No pude comprobar el color de su labial.

Le dije a Juanjo que nos pidiera un docena de brownies, que yo me quedaría afuera.

—Pero espérate, Juan. Quiero que cuando te entregue las cosas te le quedes viendo a la cabeza y le preguntes cuál es su canción favorita de los Smiths. ¿Estamos?

—Va, va —dijo el chico, limpiándose los mocos que le habían sobrado del camión.

Tras el cristal y a la distancia la vi atenderlo. En ese entonces había pasado tan poco tiempo desde nuestra ruptura que fue imposible mirarla con nostalgia. Busqué cambios en sus facciones, ademanes inéditos, un humor cambiado. No encontré indicios de novedad: era la misma, amable y rápida. La miré sin rencores de por medio, como si la gratitud fuera una propiedad de la memoria que emerge gracias a las distancias del calendario. No pude evitar reír al escuchar la voz de Morrissey en mi cabeza:

*Oh, the alcoholic afternoons
When we sat in your room
They meant more to me than any
Than any living thing on earth*

Le devolvió una sonrisa austera cuando Juanjo preguntó lo que le pedí. Tomó el ticket de la compra y rayó un nombre antes de darle el cambio.

Mi alumno me entregó el papel en cuanto salió de la pastelería.

En letras chiquitas y redondas: “These Things Take Time”.



Serch Mendoza

(Ciudad de México, 1982)

Ha sido miembro de los talleres de creación literaria Guillermo Bonfil Batalla, del FARO Aragón y del FARO Indios Verdes. Es parte del taller de crítica cinematográfica del Festival Internacional de Cine de Morelia. Ha publicado en la revista cultural *El Chiquihuite*. Participó en la antología *Menos bella, más brutal. Nueva narrativa mexiquense* (2021). *Pulpa negra* (2021) es su primer libro de cuentos.



Memoria en disputa

(Fragmentos de novela)

Fernando

El día en que mi vida se trastornó, yo desperté por la mañana con la sensación de ser reemplazable. Cuántas veces ella me recomendó pensar en qué hacer después del retiro y siempre le contestaba: “me voy a retirar el día que me muera”. Y ahí estaba yo, vivo, en mi primer día retirado. Sin saber qué hacer con mi tiempo libre.

La peor evaluación es la que se hace uno mismo cuando se reconocen las imperfecciones, si nadie te detiene corres el riesgo de escarbar en lo más hondo y llegar a lugares donde no se quiere volver a ir, revivir recuerdos que por salud mental es mejor dejar enterrados. El repaso inicia con la propia imagen de uno ante el espejo. Canoso, lleno de arrugas, ojeras por dormir poco y muy delgado. No pasa nada, son cosas que no importan o se pueden disfrazar. El problema es por dentro, los dolores y la incapacidad para hacer cosas que antes eran fáciles son los primeros signos. El cansancio, lo peligroso que puede llegar a ser cansarse de todo. Al grado de llegar a volverse indolente y que no te importe nada. Y cuando menos te das cuenta, te quedaste atrás, anclado a tu periodo de tiempo e ideas, por el descuido.

Salí del baño, Laura seguía dormida; no quise despertarla, por lo que decidí sorprenderla con el desayuno en la cama. Salí del cuarto sin hacer ruido y bajé a la cocina. Continué con la evaluación al recordar la cena del día anterior. Uno siempre imagina que, al retirarse, los compañeros se pondrán solemnes, en algún momento, para recapitular los logros de quién se retira. Para mí fue una fiesta donde los asistentes, la mayoría jóvenes, comieron, bebieron y charlaron como en cualquier inicio de fin de semana. Uno siempre idealiza las despedidas

como algo muy entrañable. ¡Qué idiotez! Como si nos pusiéramos tristes cada que dejamos algo atrás. Nos deshacemos tan fácil de las cosas que nos dan satisfacción, pero esperamos ser insustituibles para los demás. Qué soberbia pensar que somos imprescindibles, que la comunidad necesitará por siempre nuestras opiniones e investigaciones. Creo que tardé mucho en retirarme. Seguro me aprecian en la redacción, no lo dudo, pero siendo sinceros ya era obsoleto hace mucho, sólo que no me había dado cuenta.

La planta baja estaba en silencio. Marce, la empleada doméstica, aún no llegaba. Me pareció rara su ausencia, tenía 20 minutos de retraso. Decidí preparar café y cocinar huevos revueltos. ¿A qué dedicaría mis esfuerzos ahora? No quería detenerme, siempre había pensado que las personas comienzan a morir cuando se retiran y dejan de hacer cosas, necesitaba mantenerme activo. Comencé a formular mis opciones; la más obvia era solicitar una plaza como profesor de Periodismo, conocía muy bien al rector de la facultad y Laura podría darme consejos con su experiencia como profesora; siempre me habían gustado las novelas, podría intentar escribir y publicar un libro que saliera de alguna de mis pasadas investigaciones, el problema era no tener amigos en el mundo editorial, tenía un par de números telefónicos de editores a los que accedí mientras estuve en el periódico; podría también continuar con el trabajo periodístico por mi cuenta, aprovechando las redes sociales de internet, en un sitio mío donde pueda publicar mis textos. Siempre dudaba de mis ideas unos minutos después de formularlas, odiaba ese rasgo mío y esa vez no fue la excepción. Las ideas me parecieron inviables, tontas, eran las ideas de alguien desesperado, tuve la certeza de que el mundo era un lugar desconocido al que ya no era bienvenido. Los ojos se me fueron hacia atrás, tuve una opresión en el pecho que no me dejaba respirar, me volví débil, sentí que algo se

rompía en mi interior, me vi a mí mismo desde arriba, fuera de mí, me hice más y más pequeño y mi vista se disolvió como la espuma del mar.

Me despertó el fuerte aroma del café. Al abrir los ojos me encontré en el piso. Miré alrededor, casi todo se encontraba en orden, excepto por uno de los platos que se encontraba roto y regado por el suelo. Me levanté lento y confundido. No me había desmayado, si eso fue lo que pasó, desde las torturas de la dictadura. Miré el reloj, pero no pude precisar cuánto tiempo pasó. Puse el resto del desayuno en una charola y me pregunté si acaso estaría enfermo. Me pareció más un ataque de ansiedad, tal vez estrés por el cambio de vida. Como si mi cuerpo me anunciara con ese episodio mi vida como retirado.

Cargué con todo y subí de vuelta a la habitación. Esperaba poder charlar con Laura mientras desayunábamos. Durante 20 años habíamos mantenido el hábito de desayunar juntos, claro, no siempre lo logramos. Le preparaba el desayuno y ella siempre lo agradeció. Entonces yo le contaba mis preocupaciones o inquietudes y ella me escuchaba atenta, divertida. Siempre con un comentario inteligente o una pregunta clave para ayudar, en ese espacio nuestro que era más brillante a las mejores sesiones con el terapeuta.

Atravesé la puerta y la vi ahí, de espalda a la puerta, acostada de lado, justo como la había dejado minutos atrás. No quise comentar nada del desmayo, así que le comenté mis planes a futuro. Las mismas ideas sin orden de importancia, me interesaba su opinión objetiva y recordé aquella vez que me dijo: “cuando la gente busca ayuda para tomar una decisión, lo común es que ya la hayan tomado y sólo quieren reafirmarla”. Así que no quería que se me notara alguna preferencia.

Ni siquiera terminé con la primera idea porque noté que no se despertaba. Dejé la charola en la mesa de noche y me

acerqué a moverla. No recuerdo que bebiera mucho la noche anterior y el desvelo no solía afectarle. La moví por segunda vez y nada. La giré para apartarle el cabello sobre su rostro y recuerdo que tenía una expresión tan serena. Jamás la había visto así. Creí ver, incluso, que se le dibujaba una sutil sonrisa, casi imperceptible, como si estuviera disfrutando el sueño. Un escalofrío bajó por mi espalda al sentir una pesadez inusual en su cuerpo. Le toqué el cuello para ver si tenía pulso, no encontré nada. Entonces perdí la cabeza y me subí sobre ella para presionar el pecho y tratar de reanimarla. No sé cuánto tiempo pasé haciéndolo, sólo recuerdo que un grito me sacó de ese estado. Era Marce, había llegado y al ver el plato y la comida en el suelo subió a ver qué pasaba. Me eché hacia atrás y volteé sólo para ver cómo salió corriendo.

Laura

¡Nunca quise ser madre!

Tengo que escribir estas palabras para recuperar la cordura y salir de la depresión. Luego esconderé esta libreta para que la gente del maldito Cienfuegos no la encuentre. Esta nunca fue vida para un ser humano. Desde aquel 27 de junio del 73, la vida como la conocíamos se terminó, y en su lugar, el país se convirtió en una jauría irracional en la que todos se dejaron llevar por sus peores temores y deseos, ¿el problema? La dictadura sólo llegó a demostrar que ya éramos unos monstruos y el infierno se desató.

Aquel día, el teléfono nos despertó a las dos de la mañana. Sonaba insistente, lo cual significaba una cosa: una noticia de suma importancia se gestaba en algún lugar y Fernando debía responder al llamado, lo cual hizo incluso antes de que yo encendiera las luces.

—Estaré ahí en 20 minutos —dijo antes de colgar.

—¿Qué pasó, Fernando?

—¡La noticia de mi carrera! Al parecer, el presidente disolvió el parlamento y suspendió las actividades políticas.

—¿A las dos de la mañana? Eso no es normal.

—Eso me dijeron y si es verdad, ¿sabes lo que significa? ¿Verdad?

—Sí, golpe de estado.

Comenzó a vestirse y yo encendí la radio, todo parecía normal, la música de siempre.

—Hoy no salgan de casa, dile a Natalia lo de la llamada y esperen a que yo les llame.

Dudé de la llamada recibida por Fernando; aun así, dejé la radio encendida y fui al cuarto de Natalia. Su cama estaba hecha, no llegó a casa. Corrí para decirle a Fernando:

—Natalia no está en su cuarto, creo que no llegó a casa.

—¿Cómo que no llegó a casa? ¿En dónde está?

—¡Y yo qué sé! Siempre hace lo que quiere. Eligió el peor día para andar en la calle, si la detienen no la volveremos a ver nunca. Tenemos que salir a buscarla —dije al verlo tomar su portafolios.

—Seguro estará con una amiga y yo debo estar cuanto antes en la redacción.

—¿Por qué siempre estás primero tú y tu trabajo y luego todo lo demás? Incluida tu familia.

—No voy a quedarme a discutir de nuevo ni a disculparme por buscar una carrera como periodista. Lo siento, yo no tengo la culpa de que tú no crezcas como profesora.

—No seas imbécil.

—Siempre estás compitiendo conmigo. Ya no lo hagas porque nunca vas a ganar. Las mujeres no suben más allá de ser profesoras.

Su frase me desarmó por completo. Me sentí tan humillada que comencé a llorar, y ahí me quedé, escuchando la radio mientras él se iba a la redacción. Después de un rato tomé

un libro y leí hasta las cinco de la mañana, momento en el que comenzaron a programar canciones folclóricas, lo cual fue raro para una estación que pasaba música moderna. 20 minutos después, la noticia me cayó como mazazo, desde la emisora leyeron una declaración del presidente donde mostró preocupación por la vocación democrática y repudio por cualquier ideología de origen marxista, se estaba dando a conocer el decreto de disolución del parlamento. La presidencia preocupada por la democracia, irónica, decretó ahí mismo que se sancionarían todo tipo de comentarios o grabaciones que acusaran propósitos dictatoriales a ese movimiento presidencial. Los medios de comunicación fueron los primeros en ser tomados, radio y televisión se encontraban totalmente dominadas, iniciaban programas sin poder comentar algo.

Fue entonces cuando tuve esa sensación de no querer ser yo. Me odié por quedarme callada y llorar. ¡No más! Me vestí y salí de casa. No fue la mejor idea ya que días antes Fernando me contó los rumores del golpe de estado y las noticias de la radio parecieron confirmarlo, pero tenía que traer a Natalia de vuelta e ir a la universidad era el primer lugar para indagar con algún compañero.

A las siete de la mañana, la calle se encontraba vacía, caminé durante 30 o 40 minutos hasta que pasó un bus que me acercó a la universidad. Al bajar me encontré con Rosario, profesora de Cálculo.

—¡Laura! —me dijo— ¿Fernando sabe qué pasa? ¿Te contó algo?

—Se fue a las dos de la mañana a la redacción y no llamó a casa, sólo sé lo que dicen en la radio, que van a disolver el parlamento y a crear un Consejo de Estado.

—Mi marido dice que debimos irnos hace una semana, porque los militares ya están tomando el control y cuando terminen de repartirse el país no va a quedar nada.

—Que no te escuchen decir algo así —le susurré tomándola del brazo—. Si es verdad lo que dices, nos pueden llevar presas hasta por vernos escribir con la mano izquierda.

Llegamos al campus y comenzamos a atravesar los jardines alrededor de los edificios. Una camioneta militar nos cerró el paso.

—¡Identificaciones! —ordenó uno de ellos al descender.

—Somos profesoras.

—Estamos resguardando la seguridad de la universidad, señoras, tenemos órdenes de detener y revisar a cualquiera que intente entrar.

Rosario se notaba molesta, lo miró de arriba a abajo y dijo:

—¿Resguardando? Querrá decir que tomaron la universidad.

—Cabo, arreste a las señoras. Está prohibido aseverar, incluso insinuar, que existe un golpe de Estado.

Nos esposaron y nos subieron a la camioneta. Arrancaron y nos llevaron a la biblioteca donde habían instalado un improvisado centro de mando. Le pidieron a otro militar que nos tomara los datos, al terminar nos llevaron por la parte trasera del edificio y al llegar a las bodegas de limpieza nos separaron, fue la última vez que vi a Rosario.

Una vez dentro, me quitaron mis pertenencias y me encerraron durante un lapso que no pude cuantificar, no había relojes de pared, ni ventanas por donde entrara la luz. La desesperación no tardó en llegar, fui a la universidad a buscar a mi hija y ahora estaba ahí encerrada sin saber qué sucedía afuera, no había respuesta alguna, aunque gritara, horas después no quedó otra opción que orinar en una cubeta. De comida y agua, ni señas de que fueran a llevarme algo. Me pasé todo el tiempo en el piso esperando a que alguien viniera.

Supongo que ya era de noche porque al abrir la puerta no distinguí luz alguna desde afuera. Entraron dos militares que

no vi cuando llegué por la mañana, me incorporé. Sin decir una palabra, uno de ellos se acercó a mí y me dio un puñetazo en la cara. Perdí el conocimiento al tercer golpe.

Natalia

La primera vez que supe de Natalia Rossi fue por comentarios de admiración de parte de algunos compañeros del movimiento. Hablaban de su participación, no confirmada en ese momento, en el atentado contra el mayor Cienfuegos en los primeros días de la toma de poder. Me asombró tanto la historia, que la busqué para reclutarla en mi equipo. Yo estaba a cargo del escuadrón de la muerte.

Al comenzar la dictadura. El presidente Alessio Moretti ordenó la ocupación de los medios de comunicación, las grandes industrias del país y el sistema escolar en todos los niveles. El despliegue de los militares fue rápido y preciso. Para el mediodía las facultades, la industria eléctrica y los grandes productores de alimentos, así como periódicos, televisión y radio se encontraban custodiados por las fuerzas armadas. Las protestas no se hicieron esperar, esa misma mañana, locutores filtraban mensajes a la población mediante canciones o poemas, que, a manera de código, mencionaban hora y lugar para reunirse a protestar.

El primer contingente parte de las inmediaciones del estadio nacional, avanzan por avenidas principales, bloqueando el tránsito. La respuesta del ejército no tarda en llegar, les cierran el paso a medio camino entre el lugar de partida y su destino, el palacio de gobierno al que nunca llegaron. A la altura de la plaza Ángeles, un grupo de policías los esperan con barricadas sobre la calle principal, impidiéndoles el paso de frente. El contingente está dispuesto a seguir avanzando, aunque deban pasar por encima del operativo instalado. Una decena de tanques y cientos de soldados a bayoneta

cierran el perímetro en las calles circundantes. Al grito de “nadie retrocede, la patria no se vende” el bloque protestante salta y derriba algunos puntos de las barricadas. La policía y el ejército actúan de manera brutal, el jefe de policía declara cero tolerancia y los manifestantes son acibillados a tiros y golpeados hasta morir. El saldo es de 89 muertos y 215 detenidos.

El segundo contingente se congrega en la universidad nacional, pero tardan en reunirse. El ejército, que monitorea las comunicaciones, actúa con rapidez y cerca la universidad. Natalia tiene planeado reunirse con sus compañeros y marchar con ese contingente, pero llega tarde. Se acerca por la zona sur del campus y al ver las tanquetas emplazadas en las calles se da la vuelta y vuelve a casa. Los protestantes que ya se encontraban ahí son arrestados y subidos en camiones. Los mantienen arriba durante cuatro horas. Ahí, en uno de esos camiones, está Andrea, el amor de Natalia.

Andrea Bremermann tiene 20 años. Es hija única, vivió toda su vida junto a sus padres en el barrio San Lorenzo. Ayudaban al Movimiento Revolucionario con tareas de logística. Si bien no formaban parte activa en los ejercicios violentos, prestaban su casa como almacén, alojaban integrantes del movimiento y para reuniones clandestinas de los dirigentes. Transportaban también en la cajuela del auto: armas, víveres, suministros para propaganda o personas a quienes debían llevar a otras casas de seguridad.

Un año antes, por la mañana del 27 de abril, el Movimiento Revolucionario organizó una serie de asesinatos contra elementos del ejército. Mueren seis personas; el teniente Ernesto Martínez es asesinado con un tiro en la sien en la sala de su casa; el sargento primero Carlos Alva es interceptado en la esquina de Hegel y Schopenhauer, recibe alrededor de 15 disparos mientras se dirigía a comprar víveres; el subcomisario

Pablo Ramírez y su esposa mueren al explotar su auto al volver de dejar a sus hijos en la escuela; el secretario Jorge Hernández Cantú y el subsecretario Pedro Ávila son atacados mientras se dirigen, en el auto del primero, a trabajar. Todo parece apuntar a un conjunto de esfuerzos sincronizados para asestar un golpe a las fuerzas del orden.

Como respuesta, el ejército arma un operativo, mediante la unidad de inteligencia, para asaltar la casa de los Bremermann. Emilio y Tatiana, padres de Andrea, están por salir a entregar 15 pistolas calibre 22 a otra casa de seguridad en el extremo opuesto de la ciudad. Para su mala suerte, han colocado las armas en la cajuela del auto y están tomando café en la cocina cuando tres golpes secos abren la puerta principal y entra el comando armado que los somete sin esfuerzo. Los mantienen ahí, un par de horas mientras los interrogan. Cuando los agentes aceptan que el matrimonio no va a confesar, comienza la peor parte de sus vidas. Los someten a una serie de torturas terribles en donde les arrancan las uñas; les destrozán los riñones a golpes; a Emilio le sumergen las manos en ácido muriático; cuando intentan hacerle lo mismo a Tatiana, esta se desmaya y no vuelve a despertar, pues en ese mismo momento la asesinan a tiros frente a su esposo. Comienza de nuevo la tortura y en algún punto Emilio se quiebra y confiesa a los agentes que tienen en el sótano a José Bolívar, uno de los principales dirigentes del movimiento y autor intelectual de los ataques de esa misma mañana. José es el único armado en la casa y cuando fuerzan la puerta del sótano, comienza un intercambio de tiros que alerta a los vecinos del barrio. Es una situación imposible, el dirigente del Movimiento Revolucionario lo sabe, después de matar a dos elementos del ejército, con la última bala que le queda se dispara en la boca y muere al instante. Arriba Emilio se encuentra amarrado y amordazado, su viacrucis está por terminar. Los agentes no encuentran

a Andrea en la casa y deciden montar una trampa para posibles miembros del movimiento que se acerquen por ahí, a Emilio le pegan un tiro en la boca. Dos horas después de los sucesos, Andrea vuelve de la universidad y es abordada por uno de los vecinos del barrio que la alerta de los disparos y la lleva a casa de sus amigos los Rossi. Ahí conoce a Natalia, nace entre ellas un lazo inquebrantable. Aunque deja de formar parte en el Movimiento Revolucionario, Andrea introduce a Natalia en la ideología del Movimiento Revolucionario. Durante el siguiente año, vivirá adoptada, no oficial, del matrimonio Rossi. Un año después, en plena toma del poder, sale temprano de casa para recoger unas pancartas y queda de verse con Natalia en la universidad. Nunca volverán a verse y esto envía a Natalia por el camino del Movimiento Revolucionario. Andrea, la sobreviviente de la famosa matanza de San Lorenzo, perdió a sus padres aquella tarde del 27 de abril y un año después los alcanza cuando es llevada presa y presumiblemente asesinada en el campo militar. Su cuerpo, como el de muchos otros, nunca fue encontrado.

Laura

Lo siguiente que recuerdo es a alguien golpeándome las mejillas y un dolor insoportable en todo el cuerpo.

—Profesora, profesora.

No reconocí a la persona, pero era militar, su corte de cabello lo delataba. Estiré la mano para alcanzar mi ropa que estaba regada por el piso. El militar interpretó mi gesto y tomó el calzón, me lo ofreció. Al estirar la mano para tomarlo, él lo alejó y dijo:

—Mire cómo la dejaron, profesora. Esta gente no tiene alma, ni respeto por nada. Por eso están aquí, por eso resultan útiles. Son los mejores para quebrar a la gente. Pero quédese, tranquila profesora, usted va a salir viva de acá. Yo le

garantizo que saldrá viva, eso sí, va a rogar que la maten, porque estos hijos de puta le harán conocer el límite de la locura.

Me dio el calzón. Lo tomé temblorosa y me lo puse, no sabía qué decir.

—Bueno, por ahora sólo vine a ver cómo estaba, regresaré después para seguir con la charla.

Se levantó y caminó a la salida, se detuvo en el último momento y sin voltear preguntó:

—No ha comido, ¿verdad? Pediré que le traigan algo, necesito que tenga la mente clara para tomar decisiones y charlar.

Cerró la puerta y volví a quedar sola y a oscuras. No sabía qué estaba sucediendo en la ciudad ni qué día era. Algunas horas después me llevaron un poco de agua y arroz en una bolsa de plástico, lo devoré a puños. Nadie iba a darme alguna explicación o a interrogarme. Pensaba en Fernando, tal vez estaría buscándome. ¿Habría encontrado a Natalia? Tenía miedo de que se encontraran en la misma situación que yo. La incertidumbre me mataba poco a poco, supuse era una táctica psicológica y decidí aguantar, no había mucho que hacer al respecto. En algún momento volví a quedarme dormida. Me desperté al día siguiente con el ruido de camiones que llegaban y se estacionaban. Pensé que tal vez me trasladarían a otro sitio, me levanté y me encontraba expectante de la puerta, estaba segura de que irían por mí, no me equivoqué.

Al abrir la puerta entraron dos militares que sin dejarme poner los zapatos me llevaron esposada de vuelta a la biblioteca. Una vez allí, me dejaron esperando algunos minutos, hasta que vino por mí una mujer con uniforme también militar y me condujo hasta la oficina del rector. Ahí me esperaban dos hombres, uno era el que me había ido a visitar a la bodega, al otro no lo conocía. El que reconocí se presentó:

—Profesora, acérquese, tome asiento por favor. Soy el mayor Jorge Cienfuegos de inteligencia. Mi colega es el nuevo

rector de la universidad, coronel Silvio Martini. ¿Cómo se encuentra?

Me senté y los miré esperando que me contaran qué querían. Silvio Martini sólo se limitó a mirarme, al ver que esperaba mi respuesta dije:

—¿Y usted cómo cree que estoy? Mejor díganme ustedes por qué me tienen presa y por qué me han hecho esto.

Cienfuegos miró a Martini.

—¿Es usted comunista? —preguntó Cienfuegos.

—Yo no sé nada de eso —contesté.

—Estamos en una situación complicada, señora —intervino el coronel Martini—. Lo mejor que puede hacer es cooperar.

—Sé que usted no sabe nada de eso, profesora. Usted sólo sabe de matemáticas y computación, por eso estamos aquí. Queremos hacer una transición tranquila, y la participación de los profesores puede ayudar, aunque nos da igual. Quiero saber si está dispuesta a participar.

—¿Quiere que apoye su ocupación de la universidad?

—Le estoy ofreciendo lo que nadie le ha dado hasta ahora.

—Usted no me conoce. Me habla como si supiera lo que quiero.

—Laura Rossi, apellido de soltera Battaglia. Casada con Fernando Rossi de ocupación periodista y muy reconocido en su ramo. Madre de Natalia Rossi estudiante en la facultad de Química que ganó el premio nacional de ciencias por su trabajo con reacciones químicas extremadamente rápidas. Padre abogado y madre profesora. ¿Me olvido de algo? Ah, sí, ¿quién es Laura Rossi?

Los miré incrédula, estaba claro que nos investigaron.

—Ustedes están cometiendo un delito, no pueden tenerme presa sin un motivo.

—Por el contrario, profesora —sacó un oficio de una carpeta que por supuesto sólo me mostró de lejos—. Aquí tengo

una declaración firmada por su esposo donde acepta ser comunista. Podemos acusarla a usted también.

El corazón aceleró dentro de mí. O me estaban tendiendo una trampa o también tenían preso a Fernando y lo obligaron a firmar esa confesión.

—Están mintiendo, ese documento es falso.

—Es un documento que puede no valer nada, le concedo eso —el mayor se acercó a la ventana y abrió la cortina—. Acérquese profesora, quiero confesarle algo.

Me levanté y me acerqué. Del otro lado de la ventana había un camión militar, de esos con los que transportan a los soldados. Estaba lleno de civiles, los estaban llevando a algún lugar. Entre ellos, reconocí muchos trabajadores de la universidad y algunos profesores. A la mitad del camión vi a Fernando, tenía la ropa manchada de sangre. Todos en el camión se veían abatidos.

—Yo vengo de una familia de barrio. Sé lo que se siente, profesora. No valer nada para nadie, ni para la propia familia. Querer progresar en el trabajo y no lograrlo por mucho talento que se tenga. ¿Por qué no usa su apellido de soltera? Estudió un doctorado, ¿no es así? Y aun así todos le dicen profesora. ¿No le gustaría que la llamen doctora? Usted quiere algo más, ¿me equivoco? ¿No siente miedo de que al final se terminará convirtiendo en su madre? Lágrimas corrieron por mis mejillas. El mayor continuó:

—Le estoy ofreciendo lo que nadie le dará, formar parte de un equipo que le dará el valor que tiene.

Cienfuegos levantó el teléfono, marcó y dijo:

—Bien, que los lleven al cuartel.

El camión arrancó y se perdió tras los árboles. Giré para mirar a los dos militares. Quería matarlos, buscaba con la mirada algún objeto con el que pudiera atacarlos. Por supuesto, no hice nada.

—Puede ayudar a su esposo. En estos días la gente desaparece sin dejar rastro.

—¿Qué quieren que haga?

—Me informan que, por su experiencia académica, puede descifrar códigos.

—Sí, aunque es un proceso tardado, no como en las películas, y necesito un lugar apropiado.

—No se preocupe, la instalaremos en la biblioteca con un equipo de trabajo.

—Ustedes están locos, ¿Qué les hemos hecho nosotros para que nos traten así?

—Esto no es personal, profesora. Sólo hacemos nuestro trabajo por mantener el orden y el progreso del país.

No podía creerlo. Después de haberme encerrado me estaban ofreciendo trabajo, pero no tenía otra opción, estaba claro que me tenían detenida ahí, sin notificarlo a nadie. Estaba sola, a merced de realizar lo que me pidieran para sobrevivir y salvar a Fernando. Tenía que intentarlo y aprovechar cualquier oportunidad para sacar alguna ventaja de la situación.

—Está bien, iré con usted, pero tengo una condición.

—¿Perdón?

—Tengo una petición, por favor. Quiero los nombres de los soldados que me violaron.



Alejandro Ordóñez

(Ciudad de México, 1946)

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas. Fue guionista del programa televisivo *La hora marcada*. En su columna “Taches y tachones”, que ha aparecido en varios medios, publica desde hace años cuentos y artículos de fondo y de opinión. Es editorialista de radio y coproductor de la revista de artes y literatura *Taches y tachones*.



Bajo la higuera

(Fragmentos de una novela histórica)

7

Un país dividido. Grupos de nobles empeñados en luchas fratricidas. Egoísmos sin cuento. Una patria que no era, pero que aspiraba a ser, separada por banderías y ocupada parcialmente desde hacía casi ocho siglos por los moros. Un horizonte sin mañana. Una gesta que se cansó de ser. Sólo el empeño, el coraje y la visión de dos grandes podían dar cauce a esas fuerzas empeñadas en neutralizarse entre sí: ¡Isabel y Fernando! Ah, decía con pesar fray Diego de Valencia, un siglo antes del advenimiento de los Reyes Católicos:

Ca si esta gente fuese concordada,
e fuessen juntados en un corazón,
no sé en el mundo un solo rencón
que no conquistassen con toda Granada.

Mas llegó el tiempo en que la gente fue concordada y juntos, en un solo corazón, conquistaron Granada. Amanecía apenas el año 1492, era su segundo día e Isabel y Fernando, para empezar a forjar su grandeza, entraban triunfales a la Alhambra. El imperio se fortalece, crece. La experiencia militar, que habrá de jugar un papel preponderante en los tiempos que se aproximan, ha dado sus primeros frutos y Gonzalo Fernández de Córdoba, el gran capitán, ha empezado a escribir la historia, su historia. Se fundarán universidades: la Literaria de Mallorca, la de Valencia y la de Alcalá de Henares, que llegaría a ser tan famosa como la de Salamanca; aquélla, la del lema pintado en sus rejas: “Lo que natura non da, Salamanca non lo presta”. El imperio se fortalece, crece y en lontananza se adivinan ya las doradas costas de América. Isabel y Fernando se anticipan y

preparan la sucesión de sus reinos y su consolidación a través de las alianzas matrimoniales concertadas para sus hijos, que además tienden a aislar a Francia, enemigo mortal de este país.

Abre el rey de España, ¿qué tenéis? Dos reinos, su Ilustrísima. ¿Reinos de qué? De Castilla y de Aragón, su Ilustrísima. ¿Par de reinos con qué? Con Indias Occidentales. ¿Tapadas o descubiertas? Tapadas, su Ilustrísima, todavía no han sido descubiertas. Qué lástima, valen menos, mucho menos. ¿Qué desea? Una alianza con la casa de Austria. ¿Qué pide? La mano de la princesa Margarita, su Ilustrísima. ¿Qué ofrece? A mi hijo Juan, primero en la línea de sucesión. ¿Quién toca con tanta insistencia a nuestra puerta? Un menesteroso, su Ilustrísima. ¿Un menesteroso, decís y qué desea? Hablaros. ¿Está iniciado en los grandes secretos? Así lo afirma su Ilustrísima. De todas maneras estoy ocupado, que espere, estamos jugando una partida de Europa, ¿no os dais cuenta? Es que dice que desearía hablaros antes de que empezara. Ya lo hemos hecho, si desea jugar que aguarde a la siguiente mano. Tsch. Tsch. Fernando, ¿estáis seguro? Mirad, mirad qué porte se carga la tía esa, si parece una zorra. Callad mujer, yo sé lo que hago. Pero ved, es una zorra, una caliente, a leguas se le nota que no es sino una hembra en brama. Por eso, mujer, yo sé lo que hago, lo que nos gusta a los hombres, nuestro Juanillo va a estar feliz. Ha de ser una puta. Isabel, por Dios, ¿qué es eso? ¿Y para qué la queréis? Ni siquiera es la primera en la línea de sucesión. Callad mujer, con un poco de suerte se les muere Felipe, el heredero de la corona y entonces nuestro Juan hereda Austria. Fernando, pensáis en todo. ¿Qué tiene que decir el emperador de Austria? Que acepto, su Ilustrísima, pero con una condición: la mano de la infanta Juana para mi hijo Felipe, quien además de ser el archiduque de Austria es el hombre más apuesto de Europa, no en vano le dicen el

Hermoso. Tsch. Tsch. Fernando, aceptad, aceptad ya, hombre, no vaya a ser la de malas y se arrepienta. Callad mujer, no véis que el tío ese no es más que un poco seso, un canalla, un degenerado, un pervertido, un depravado, un semental, un garañón, un putañero... Por eso, Fernando, aceptad, yo sé lo que nos gusta a las mujeres, veréis que contenta va a estar Juana con su regalo. Isaabeeel. Max, Maximiliano, ¿ya te diste cuenta de lo qué hiciste? ¿Cuándo, a ver, dime cuándo vas a poder sentar a tu hijo, el Hermoso, en el trono de España, si para hacerlo tendrían que morir Juan e Isabel hija? Pero no es sólo eso, Max, tendrían que morir también los hijos que aún no nacen. Silencio. Cartas nuevas y sigue mandando el rey de España: Alfonso, heredero de Portugal, para mi hija Isabel; en caso de que Alfonso muriese, su hermano Manuel el Afortunado, para ella; si Isabel muriese después, Manuel el Afortunado, para mi hija María. Por último, su ilustrísima, Arturo, príncipe de Gales, para Catalina. Carajo mira nada más que cachaza: Austria, Flandes y Borgoña con España, Portugal con España, Inglaterra con España, espero que España esté con España. ¿Y Francia, qué le queda a Francia? Rezar, su excelencia, rezar. Concluyamos el juego, ¿qué tenéis? Dos pares, su excelencia; terciá; póquer, Ilustrísima. Flor imperial, entonces gana España. Que pase el visitante. Su Ilustrísima, no quiere dejar la guadaña. Decidle que a los aposentos papales nadie puede entrar armado, sólo que la deje podrá hacerlo. Está bien, su Ilustrísima. ¿Qué deseáis, miserable criatura? Con todo respeto, quiero deciros, su Ilustrísima, que en esta primera mano he venido a reclamar a los siguientes personajes: al príncipe Juan y a su hijo sin nombre; a la princesa Isabel y a su hijo Miguel; a Alfonso de Portugal; al príncipe de Gales y por último a Felipe el Hermoso. ¿Qué ofrecéis a todos ellos? La eternidad, su Ilustrísima. ¿Y se puede saber quién sois vos? La muerte.

¿La muerte?

¿La muerte?

¿La muerte?

¡La muerte!

Juan, mi Juancillo, el primogénito de mi estirpe, ¿muerto?, no puedo creerlo. ¿Y de qué ha de morir? De consunción, majestad. ¿De consunción, pero cómo es posible? ¿Consunción a fines del propio siglo xv? Nadie muere de consunción en esta época. Que venga Nebrija. Nebrija, ¿qué es consunción? Consunción es, majestad, la acción y efecto de consumirse; también significa extenuación, enflaquecimiento y demacración progresiva. Consunción, consunción, ¿y se sabe por qué puede venir la consunción, joder? Por joder, su majestad. ¿Cómo? Por joder, joder y volver a joder, su majestad.

Tras la noticia llegó el duelo, un duelo del que tardaría años España en liberarse. Cuando los doctores advirtieron los primeros síntomas de debilidad en don Juan sugirieron a Isabel la conveniencia de separar temporalmente a la pareja, pero la reina católica dijo: “Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre”. No faltaron personas que se negaron a creer que un joven pudiera morir a consecuencia de sus excesos sexuales; sin embargo, conviene recordar que años después, el segundo marido de Margarita también murió de consunción; es decir, de debilitamiento progresivo provocado por una excesiva actividad sexual...

Juan, de consunción; su hijo póstumo, al momento de nacer; Isabel, de parto; y Miguel, su hijo, a los dos años. Cuatro muertes inesperadas, nunca suficientemente lloradas, dejaron a Juana en la primera línea de sucesión. Juana, de los hijos de los reyes católicos, la menos interesada en los asuntos de estado. Juana a quien, seguramente, de haberle dado la posibilidad de escoger entre el ser y el trascender se habría quedado con lo primero: con ser una amante esposa,

una buena madre, una digna soberana de los pequeños Países Bajos; no quería más, no necesitaba más para ser feliz, pero los hados habían dispuesto un destino diferente para ella y otras personas, a quienes más amaba, y en quienes más confiaba, se preparaban para aprovecharse de su nueva situación. Cuando la reina, ya gravemente enferma, descubrió que Felipe estaba más preocupado por atender los intereses de los Países Bajos que los de España —su nueva patria—; que le preocupaba más la impresión que pudieran causar sus actos ante Luis XII de Francia, que ante sus suegros —los reyes católicos—, comprendió que la continuidad del proyecto de país por el que habían trabajado ella y su esposo toda la vida se encontraba en las manos de Juana. Sabía que dejar el trono en manos de Felipe significaría dejar a España supeditada a las decisiones y a los intereses de Austria o, peor aún, de Borgoña y Flandes. Ante esa disyuntiva Juana tendría que hacerse cargo del país y renunciar a su marido. Por ello impidió la salida de su hija —cuando Felipe partió precipitadamente—, con el argumento de que su avanzado embarazo hacía peligroso el viaje. Por eso la retuvo después secuestrada durante año y medio y no la dejó partir hasta que comprendió lo inútil de su empeño: Juana sólo deseaba estar cerca de Felipe y lo demás le importaba poco. Durante ese año y medio, primero, Juana se reveló violentamente ante su injusta detención en España; más tarde se conformó con ejercer la resistencia pasiva, haciendo sentir a su madre que podían tener prisionero a su cuerpo, pero no a su espíritu; luego se dejó abatir por la más terrible depresión cuando creyó que no la dejaban regresar con Felipe porque éste la había repudiado y estaba en esos momentos con alguna de sus fogosas amantes borgoñonas. Por eso cuando Felipe le escribió reclamando su tardanza, Juana volvió a sentirse llena de optimismo y renació en ella la esperanza de una nueva vida feliz al lado de su

amado esposo; así, dispuso todo para su inmediato regreso y cuando el obispo Cisneros trató de evitarlo y la dejó sin séquito, ella dijo que haría el camino sola; por eso, cuando le escondieron las yeguas, las mulas y toda clase de cabalgaduras, ella dijo que no importaba, si era preciso haría a pie el camino hasta Flandes y se echó a caminar, sólo levantando el puente del castillo de la Mota pudieron detenerla. Después, para convencerla, le explicaron que no podía marcharse pues atravesaría forzosamente por territorio francés y como le dijeron que Francia y España estaban en guerra, Juana dijo: “La guerra de Francia es con España, no conmigo”, y rompió a llorar.

¿Lloras, Juana? Lloras de tristeza, de rabia, de impotencia. Lloras por el trato recibido por tu propia madre, tu ilustre madre empeñada en dejarte al frente del reino, así tuviera que mantenerte prisionera, alejada de tu marido y de tus hijos que te esperaban en Flandes. Lloras por la violencia contra ti ejercida, por ese deseo de castrarte, de minar tu ánimo, de domeñar tu voluntad, de doblegar tu espíritu, de lograr a toda costa que cambiaras tu forma de pensar, de ver la vida; que renunciaras al amor por las siempre invocadas razones de estado. Lloras, Juana, ¿pero sabes qué es lo más triste? ¿Sabes por qué deberíamos acompañarte en tu dolor? Porque fue tu madre la primera en hacerte fama, Juana; fama de loca; fama de Juana la loca. Cuando tuvo que justificar el encierro, el secuestro y las presiones sobre ti ejercidas, hubo una salida fácil; difícil habría dicho tu madre, porque no es agradable reconocer que uno de tus hijos está mal, está enfermo de la cabeza. La versión fue recogida por la historia oficial: no te dejaron regresar a Flandes porque estabas loca, ya desde entonces habías dado muestras de locura; porque mira si no se necesita estar loca para rechazar el dulce envenenado que se te ofrecía. Lo extraño, Juana, lo verdaderamente

extraño es que Isabel, la reina que trascendió por su sensatez y su inteligencia, la reina que antepuso a sus deseos personales los intereses supremos del Estado, buscó hasta el final, hasta el último aliento de su vida, que tú fueras la soberana de España. Para confirmarlo basta recordar lo acontecido durante los últimos tres días de vida de la reina católica: el 23 de noviembre de 1504 agregó una cláusula a su testamento con la cual pretendía cerrar el camino de la sucesión a su yerno Felipe, en la que disponía que en caso de que Juana —su muy querida y amada hija— heredera y legítima sucesora del reino estuviere ausente de él o después de venir volviera a ausentarse y permaneciera en el extranjero o estando en España no quisiera o no pudiera desempeñar las funciones propias del gobierno, Fernando, su esposo, en el nombre de Juana —aspecto importantísimo que no se debe olvidar— y sólo en el nombre de ella, debería reinar, gobernar y administrar.

Redactada y firmada dicha cláusula hizo llamar a Fernando y llorando le hizo jurar que por ningún motivo intentaría desposeer a Juana de su corona; ni siquiera por causa de un segundo matrimonio —de Fernando—. Hecho lo anterior, dicen los cronistas, se desmayó y estuvo largo rato como si estuviera muerta. Tres días después, apesadumbrada por la suerte de Juana, falleció dejando a su amada hija, que por entonces contaba con 25 años, en el vértice donde confluían toda clase de intereses, intrigas y codicias.

11

¿Ha muerto la reina? Callad. ¿Alguien puede decirme si la reina ha muerto? Sch. Sch. La reina no ha muerto, descansa simplemente.

Acaba de añadir una cláusula a su testamento y eso la ha agotado. ¿Y qué dice la cláusula? Que la legítima heredera de la corona es su querida hija, nuestra bien amada y respetada

señora, la muy castiza y españolísima doña Juana de Castilla, duquesa de Borgoña. ¿Qué más? Nada, hombre, con eso cierra el paso para que ningún príncipe extranjero venga a gobernar Castilla. Seguramente se refiere a don Felipe, archiduque de Austria y duque de Borgoña. Se refiere a todos los extranjeros. ¿Qué decís, acaso os referís a...? Sch. Sch. Callad. ¿Pero es que no os dais cuenta, si el extranjero más...? Os lo advierto, por vuestra propia seguridad es mejor que calléis, no vayáis a enfermar súbitamente y luego a morir.

¿Ha muerto la reina? Callad. ¿Alguien puede decirme si la reina ha muerto? Sch. Sch. La reina no ha muerto, descansa simplemente.

Ha llamado a don Fernando, le ha informado que lo ha designado regente del reino, única y exclusivamente para el caso de que la reina Juana no pueda o no quiera gobernar. Que gobernará sólo en nombre de ella y en el momento en que ésta desee hacerlo, la dejará y por ningún motivo tratará de impedirlo. Después, con los ojos anegados en llanto y la tristeza reflejada en el rostro le ha hecho jurar por nuestro señor Jesucristo, por su santa madre la Virgen María y por todos los santos, que por ningún motivo, ni aunque llegara a casarse nuevamente, tratará de despojar a Juana de su corona. Y don Fernando ha dicho que sí, por supuesto, y ha jurado que así lo hará. Claro. Pobre reina nuestra, no sabe que don Fernando es idéntico a los judíos: sería capaz de vender a su propia madre. Sí, pero deberéis tener cuidado con él porque mientras los judíos os la entregarían, éste podría negarse. Dicen que es capaz de firmar un acuerdo con la mano derecha y al mismo tiempo, con la mano izquierda, firmar otro escrito negando el susodicho con el argumento de que fue forzado a hacerlo porque estaba en peligro su vida. Sí y de firmar un convenio con el cual ponga en peligro las rentas que percibirían por diez años Castilla y Aragón juntas, con una sonrisa y la tranquilidad de

quien no ha de cumplir con lo pactado. Callad, no vaya a escucharos Maquiavelo, ya veis que es muy comunicativo.

¿Decís que ha cerrado el camino de la corona de Castilla a los extranjeros? Os referís a Felipe de Austria, seguramente. Sí y a don Fernando, no olvidéis que es catalán. ¿Cómo, después de lo que ha hecho por Castilla? De seguro estáis equivocado, como dijo don Antonio de Nebrija: tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando. Ah don Antonio... Lo que pasa es que la reina sabe bien. ¿Qué sabe? Sabe lo que sabe y no me hagáis hablar de más, no vaya a ser el diablo y éste que viste y calza vaya a enfermar súbitamente y a amanecer muerto. ¿Cómo, qué decís? Que todos enferman súbitamente y caen muertos, ni modo que vayan a decir que fueron envenenados súbitamente y cayeron muertos. ¿Qué decís, don Gonzalo? Callad, que nos comprometéis. Voy a deciros algo que os va a poner la carne de gallina, pero antes debo advertiros: si en algo estimáis vuestro pellejo es mejor que dejéis este pliego en paz, que le deis vuelta y sigáis viviendo sin problemas. Que aunque tengáis ojos no veáis, que aunque tengáis oídos no escuchéis, porque del que voy a hablaros es capaz de todo y no me extrañaría que alguno de sus espías anduviera por ahí y hasta al mismísimo infierno le llevara los recados y entonces sí, todo el que haya oído, todo el que haya leído estará en grave peligro y si no, juzgad vosotros mismos:

19 años tenía Isabel y era moza de buen ver, al menos de primera impresión y no vamos a caer en exageraciones ni en las adulaciones cortesanas de Fernández de Oviedo quien, el muy lambiscón, en sus Quincuagenas osara decir: "...puestas delante de su Alteza todas las mujeres, ninguna vi tan graciosa, ni tanto de ver como su persona...". No, pero tampoco era la mujer de mirada ausente y ese aire simplón con el que la han pintado. Si hemos de creer en Palencia, desde los 13 años era hermosa. Si hemos de ser sinceros nos contentaremos con

decir que tenía un impactante golpe de primera mano y un muy buen ver de lejos. Ya sé, digamos, en cuanto a su belleza, que era de sobremanera discreta, era rubia, menudita y eso sí, una mujer de su casa, como daría reiteradas muestras durante su vida. Es cuanto, dejémoslo ahí.

19 años tenía Isabel y eran muchos los pretendientes a su mano... y a su corona. De entretantos, quiero referirme porque viene a cuento de lo que hoy nos ocupamos, a Pedro Girón, maestre de Calatrava. Pero si era un pendenciero, un bravucón, un peleonero. Ése, ése mismo que decís. Pero si era un viejo y había hecho voto eclesiástico. ¿Qué es eso? Voto de castidad, hombre. ¿Y entonces? Hubo dispensa papal. Qué decís, qué decís... Doña Isabel hizo creer que lo aceptaba, aunque en secreto había escogido ya a don Fernando —hijo del rey Juan II de Aragón—. Un reyezuelo poca cosa, estaba quebrado. Por supuesto, hombre. Ah, para el amor de un viejo no hay como una buena moza, con una buena... dote. Partió don Pedro Girón con un equipaje lleno de esperanzas, joyas y regalos. Su primera jornada lo llevó hasta el castillo de El Berrueco. Allí Dios le envió una señal —¿o acaso fue el diablo?— que de haberla obedecido seguiría ahora con vida y tan campante. ¿Qué ocurrió? Pues nada, que en llegando, una bandada de cigüeñas estuvo volando en círculos —sobre el castillo—, durante un buen rato y ya luego siguió su vuelo hacia Castilla. Pese al mal augurio, don Pedro ignoró las señales y feliz siguió el camino que habría de llevarle hacia los brazos de su amada, pero al llegar a Villarubia de los Ojos enfermó súbitamente y murió. ¿Murió, de qué murió? De esquinencia. ¿Esquinencia? Sí, de postema de garganta. Querréis decir ponzoña de garganta. Claro, no en balde Rades de Andrada diría años después: "Tuviéronse grandes sospechas de que algunos grandes del reino a quienes pesaba de aquel matrimonio, le hicieron dar ponzoña con que muriese...". ¿Y vos creéis qué fue...? ¿Y

vos, no? Pero eso no es todo, ¿recordáis el primer viaje que el archiduque Felipe hizo a España, acompañado de nuestra señora Juana? Bueno, como sabéis, venía el archiduque con gran número de consejeros y claro, don Fernando empezó a hacerles regalos y la reina a cubrirles de elogios. De sobra está decir que algunos sucumbieron a tantas consideraciones y que al poco tiempo su grupo se encontraba dividido en dos bandos: el primero apoyaba los intereses de Francia y era dirigido por el obispo de Besancon; el otro, que era fiel a España, lo encabezaba su antiguo preceptor, De Berghes. Felipe, que en su viaje hacia España había atravesado territorio francés, había sucumbido a su vez a los elogios, regalos y seducciones de Luis XII, rey de Francia, por lo que le preocupaba que sus actos pudieran considerarse como una traición al rey por el que sentía vasallaje. Divididos los bandos, tomó partido por el que encabezaba el obispo de Besancon, así que ordenó a los de Berghes que regresaran de inmediato a Flandes, ante el pesar y la preocupación de los reyes católicos que veían hacia dónde se encaminaban los pasos de su yerno. El obispo Besancon, engrandecido por su triunfo, presionaba más y más a Felipe para que sus decisiones beneficiaran a Francia. Un día, sin embargo, el buen obispo de Besancon se sintió indispuerto. Avisado el archiduque corrió a entrevistarse con el obispo quien aprovechó la oportunidad para terminar de enemistarlo contra España. El obispo, después de enfermar súbitamente, murió. Felipe aseguraba que había sido envenenado, por lo que antes de que le ocurriera lo mismo —así lo dijo—, tomó a su mujer y abandonó Toledo. Pues que se cuide Felipe. Que se cuide el archiduque. Que se cuide Felipe, el archiduque de Austria.

¿Duerme la reina? Callad. ¿Alguien puede decirme si la reina duerme? Sch. Sch. La reina ha muerto, descanse en paz.

55

Despiertas sobresaltado, algo ocurre, lo sabes. Escuchas los ruidos que hace la mula, tomas tu lámpara y te diriges a la caballeriza. Te reconoce, te pela los dientes en señal de tierno afecto, agita la cabeza: sí, sí, sí. La tocas, está inusualmente caliente. Tal vez sea una reacción por los golpes. ¿Y si se muere? Mueles una buena cantidad de aspirinas, las vacías en una botella de cerveza y se las das a tomar. Sí, sí, sí. Ruiditos de gracias, un fuerte eructo que deja apestando el cuarto es su agradecida respuesta.

Cuando te mueras, mula, cuando me muera, cuando ya estemos muertos todos, te voy a buscar en el cielo de los animales, ¿sabes para qué? Pues mira, algo debieron saber de la relatividad de Einstein los que inventaron el cielo, porque abandonando este espacio saldremos de este tiempo, serán nuestros todos los tiempos y todos los espacios. Vamos a pedir, mula, que nos bajen en Tordesillas, tú y yo. Sí, sí, sí. Iremos por doña Juana, que después de tantos años en aquella torre habrá quedado por lo menos en espíritu. La vas a cargar, la vas a cuidar, la vas a proteger de los peligros, así cuando veas alguno o das la vuelta o lo rodeas o te niegas a seguir de frente. Por ejemplo: si ves al cardenal Cisneros te haces disimulada y te vas de lado. Si ves a don Fernando, huyes, corres, no vaya a inventar que eres la mula loca o te vaya a salir súbitamente una esquincencia en la garganta. Le preguntaremos a la reina adónde quiere ir: ¿A Flandes? No, su alteza, hace mucho tiempo que don Felipe murió, ¿ya no se acuerda? ¿A Flandes por su hijo Carlos, para que aprenda a quererla? No estaría mal, pero tampoco se encuentra ahí desde hace tiempo. Es más, si ven a Carlos háganse las muertas, sí, es lo más conveniente. ¿Adónde la llevarías, mula, mulita? Ya sé, a Andalucía, dicen que ahí sí la quisieron, o con los hombres que por su amor se levantaron: “los comuneros”, que con su vida pagaron

el precio de su lealtad y su osadía. No, mula, llévala mejor a Granada, que vea a su madre, que se quede con su madre, ella sí que la quiso.

Ahora que nos muramos mula, voy a pedirte que me lleves a Flandes, voy a pedir a don Felipe que me deje entrar al aposento donde Juana amamanta a sus hijos. Dice Solange que le gusta ver, que le gusta que otros hombres vean los hermosos senos de su esposa, la reina; que le mandó hacer pinturas con vestidos escotados y reúne a los hombres de la corte para que la vean dando de mamar, aunque dicen sus enemigos que Juana está loca, sólo a una reina loca se le ocurriría amamantar a sus hijos, habrase visto. Cuando estemos en Flandes voy a pedirle a doña Juana que me deje mirar sus grandes ojos verdes, que me deje tocar su cabellera endrina, que me deje admirar sus pechos y cuando esté prendido a ellos voy a besarlos y a acariciarlos con tanto amor que no volverá a echar de menos a Felipe. Voy a succionar su leche, voy a beberme de un trago la savia que corre por su cuerpo, voy a beberme de un trago su pasión, después voy a hacerle el amor para que por sus entrañas corra la savia de mi vida y fructifique la higuera de su corazón. Voy a lamer las llagas de sus piernas que huelen a excremento, voy a lamer sus nalgas, su vientre, el vello de su pubis, voy a lamerla toda como se hace con un recién nacido, mientras ella se come mis gusanos y las secreciones de mis heridas. Vamos a ignorar a Felipe, lo vamos a dejar toda la noche afuera, a las puertas del aposento, tocando, llorando, mientras escribimos la locura de este amor. Cuando estemos en Flandes, tú y yo, mula, voy a montarte, voy a cargar a la reina en mis brazos y nos vamos a ir, volando, a donde otros locos nos acepten. Ahora que te tenga en mis brazos, Juana, te voy a robar, te voy a llevar a donde nos quieran, ¿adónde? Si todos parecen odiarnos. ¿Sabes por qué no nos quieren, Juana? Porque por nuestras venas corre la sangre de Cristo. No

lo olvides, Juana, una de tus bisabuelas paternas era judía, judía como tú, judía como yo, judía como Jesús. Por eso no nos quieren los católicos. ¿Y los judíos por qué no nos quieren? Porque renegamos de Yavé, dicen...

Ahora que te robe, Juana, te voy a llevar a Andalucía. Montados en la mula iremos a Jaén, Sevilla, Cádiz, Málaga y Almería. Montados en nuestra mula recorreremos la Alhambra, como lo hicieran un día tu madre y tu padre. Juntos vamos a buscar a Antonio Machado, vamos a pedirle que nos escriba otra saeta, ¿te acuerdas Juana? *Oh la saeta el cantar/ al Cristo de los gitanos/ siempre con sangre en las manos/ siempre por desenclavar...* Le vamos a pedir que escriba un canto al Cristo de los judíos, que es el tuyo y es el mío y el de Sara, Jacob, Esther, Abraham, el del hospital del Cristo Redentor y el de don Diego el inquisidor, el violador de su hija, el asesino; es el Jesús de todos, los buenos y los malos. *Oh la saeta el cantar/ al Cristo de los judíos...* Ahora que nos muramos vamos a ir en nuestra mula, directo hasta Roma, para pedir que nos dejen ver a Dios, que lo tienen secuestrado entre los muros que levantaron en el Vaticano para que no se escape de ahí, igual que te hicieron a ti en Tordesillas, por eso el Papa dice que gobierna en nombre de su padre. Si no nos recibe nos vamos a la Capilla Sixtina a ver al Cristo de Miguel Ángel, para pedirle que en el juicio final, con ese su gesto encabronado ponga en orden a tanto pinche santo, tanto cabrón mártir, tanto pendejo diablo. Que acabe con tanto y cuanto desmadre. Que todo el mundo se ponga en paz, que todo el mundo se meta al orden. Que dejen ya de pelear los buenos contra los malos, un camino para cada uno ha trazado Dios.

Ahora que te mueras, Juana, le voy a pedir a Frida que te haga un retrato, ella que supo tanto del sufrimiento y del dolor, ¿cómo te pintaría, Juana, con clavos y jeringas en la cabeza o con tijeras y espadas en el corazón? Voy a tomar tu

retrato, el que te haga Frida, se lo voy a llevar a Miguel Ángel y le voy a pedir que nos pinte en la Capilla Sixtina, que borre al cardenal Biagio da Cesena y me ponga a mí, en el centro mismo del infierno, que me pinte una víbora enredada en las piernas y con cara de degenerado. Voy a pedirle que copie el retrato que te haga Frida y te pinte como virgen del Perpetuo Socorro, con clavos, tijeras, espadas y jeringas clavados en un corazón rojo que de tan grande no te quepa en el pecho o que te pinte como la madre de Dios, para que todos te respeten y aprendan a quererte.



Miguel Parpadeos

(Ciudad de México, 1992)

Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Ha publicado artículos y reseñas sobre cine, televisión y cómic en medios digitales. Escribe cuentos y microrrelatos, los cuales han aparecido en diferentes antologías.



Carmesí

(Cuento)

Cuidado con la pistola. Ésas fueron las palabras de mi tío aquella noche en la casa. Sus manos sostenían una caja de madera pequeña, mas no por ello poco valiosa. Hacía un año que el abuelo había muerto y sus pertenencias no habían terminado de ser repartidas. Cuando mi tío entró a la casa, mi mano sujetaba el pincel. Tenía varias semanas pintando al óleo el retrato de un hombre. No era de nadie conocido por el pueblo, ni de ninguno de los lugares a los que me había atrevido a visitar. El rostro de esa persona había salido de mi imaginación, como los recuadros que decoraban las paredes, como muchas de las cosas que habían provocado la burla de mis amigos y de mi padre. Tenía semanas de haberlo empezado, pero había algo que le faltaba y aún no lo sabía con exactitud. Mi madre me gritó desde la cocina que teníamos visitas. Cuando bajé las escaleras, me encontré a mi tío sentado en un sillón de la sala.

—Tío, ¿cómo está? Mi apá no tarda en regresar. Hace rato lo vi hablando con los cortadores en la entrada de la huerta.

—No, Agustín, a quien vine a ver es a ti.

—Si es para trabajar con los Molina, ya sabe mi respuesta. No quiero involucrarme.

—Lo sé, tú quieres dinero limpio —dijo pasando los dedos por su canoso bigote.

Muchos lugares del estado se encontraban bajo el dominio de los Molina. Tierra que pisaban, tierra que hacían suya a sangre. Años atrás su fortuna había provenido de la marihuana y la amapola, del dinero que les habían exprimido a los dueños de tiendas y restaurantes. Con el paso de los años descubrieron que el oro estaba en los árboles de aguacate, una siembra tan común que prosperaba en la zona. Conforme se

desarrollaba más el cultivo para satisfacer la alta demanda del país y en el extranjero, los Molina vieron la oportunidad perfecta para llevarse una tajada de ese millonario botín. Muchos agricultores mantenían la esperanza que el ejército los protegería, pero mi padre, como muchos otros, se había doblegado. Mi tío trabajaba para los Molina y siempre enviaba a su gente con camiones enormes a la huerta para recoger el tributo. Sólo se presentaba en la casa cuando había algún asunto serio que tratar con mi padre o para pedirle algún favor. Había noches donde él llegaba sin decir nada, con su ropa manchada de sangre. Mi madre no decía ni una sola palabra. Bastaba ver su semblante triste luego de tener que lavar todo con sus propias manos.

El calor en estas tierras se había vuelto insoportable. Algunos decían que los árboles de aguacate estaban destruyendo las tierras, que estaban provocando una sequía en la región. Sabía que no podía obtener nada de este infierno, de los Molina o de su mundo que cada día nos devoraba más. Tenía un año de haber sido aceptado en una escuela de arte, así que en los últimos meses me había enfocado en pintar y vender los cuadros al mejor precio. Ahorraba el dinero, porque sabía que tenía que salir pronto de aquí junto con mi madre.

—Te traje esta caja. El abuelo quería que la tuvieras

Mi tío acercó la caja de madera y la abrió para mí. En su interior estaba una pistola que lucía como nueva a pesar de su antigüedad. A un costado había otra pequeña con balas. Saqué la pistola con las dos manos. Era la primera vez que me atrevía a sujetar una. Pensé que sería pesada, pero era todo lo contrario. Sin darme cuenta, se había acomodado en mis dedos de la misma forma en que la llave correcta abre un candado. ¿Por qué me habrá querido dejar esto?

—Ten cuidado. No le vayas a disparar a alguien.

—Tío, sabe que sería incapaz.

—Lo sé y por eso supongo que eres su dueño. Fue la única pistola que tu abuelo nunca se atrevió a usar. Una vez me dijo que estaba maldita, que tenía un demonio encerrado y que con un sólo disparo volvería a estar libre. Locuras de ese viejo.

Guardé el arma en el instante en que mi padre entró a la casa. Saludó a mi tío con un fuerte apretón de manos y le pidió que se quedara, que mi madre estaba preparando algo rico para la cena y que podía invitar a mi primo Ramiro. Ante su insistencia, no pudo negarse. Ramiro llegó al poco tiempo. Traía desabotonada la camisa en la parte de su pecho para presumir las cadenas de oro que le colgaban. Las botas caras, el sombrero negro sobre su cabeza, la barba poblada. A veces me preguntaba si me hubiera convertido en él de haber aceptado la oferta de los Molina. Después de cenar, me pidió que le mostrara la pistola. Salimos y nos sentamos en la entrada de la casa. Los ojos de Ramiro estaban intrigados por el regalo.

—¡Qué envidia! Si tan sólo el abuelo me la hubiera regalado —dijo Ramiro con la pistola colocada en su mano, dispuesto para disparar.

—Te dio el suficiente dinero para que compraras un terreno o te dieras la vida de rey que siempre has querido.

—Lo que me dio es lo mismo que gano trabajando con los Molina en tres meses. Ese dinero no vale nada para mí. En cambio, esto... sí que vale la pena. Es toda una rareza.

Ramiro se puso de pie, alargando el brazo para apuntar algo hacia lo lejos. Unos segundos después, la pistola estaba en mi entrecejo. Por más que intenté disimularlo, el cuerpo se me paralizó y él lo notó de inmediato.

—Vamos a guardarla. No vayas a disparar sin querer —dije.

— ¿Qué? ¿Te creíste ese cuento del demonio y la pistola?

— Ramiro, es suficiente —insistí mientras acercaba la caja.

—Tranquilo, Agustín. Si no está cargada —tomó unas balas y las cargó en la pistola—. ¡Listo! Ahora lo está.

—Regrésame la pistola.

—¿O qué harás? ¿Quitármela? Para eso necesitarías los huevos que nunca has tenido.

Dirigí mis puños hacia la sonrisa estúpida que tenía Ramiro, sin importar que me fuera a disparar. Antes de saber la respuesta, mi padre y mi tío salieron corriendo desde la cocina, donde habían observado toda la escena. Le arrebataron el arma a Ramiro, cuya mirada llena de enojo apuntaba hacia mí. Apreté más los puños. La frustración de no haber sabido cómo reaccionar ante la situación, de haber pensado una vez más que hubiera sido capaz de golpear a mi primo ante otro de sus insultos. Subí a la habitación y guardé la caja de madera bajo la cama. Por supuesto que no me había creído el cuento sobre el demonio en la pistola, pero me aterraban más aquellos sentimientos peligrosos que seguían en mi cuerpo y que eran ajenos a mi persona. Se quedarían ahí abajo, ocultos en la oscuridad con la herencia de mi abuelo que había transformado una tranquila reunión familiar en una confrontación casi a muerte.

Antes de dormir, tocaron a la puerta del cuarto. Era mi padre con algunos tragos encima, nada sorprendente para mí ni para mi madre.

—Me da gusto que tengas un arma. Ahora sí serás todo un hombre.

Cerré la puerta con una sonrisa de orgullo con la boca que despedía un asqueroso olor a alcohol. Contemplé por unos segundos el cuadro que había estado pintando. Era la imagen de una persona parada firme entre árboles, todo cubierto por la neblina del cielo nocturno. Miré con atención la mandíbula

cuadrada de esa figura humana, los brazos firmes, el pelo corto y la barba que le había pintado. Era un hombre y lo sabía porque así yo lo había decidido. Las palabras hirientes de mi padre hacían eco en viejos rincones de mi mente. Me desnudé y caminé hacia al espejo. Tenía un pene y dos testículos, pero si llegaran a desaparecer, ¿continuaría siendo un hombre? Bastaría para ser un “hombrecito” si vistiera de traje, estuviera en una oficina y tuviera a mi cargo a miles de personas; si Carmen fuera mi novia o si tuviera amantes por doquier; si tuviera la esposa más guapa, un hijo y una hija, una amante, un perro, una casa propia; si tomara esta pistola, trabajara con los Molina y me rodeara de joyas, mujeres y camionetas. Aunque me transformara en alguno de esos hombres para mi padre, la familia y los demás, una parte de mí sabía que no sería suficiente.

El sueño se me escapó en la madrugada, cuando oí los gritos de dolor de mi madre. Él le reclamaba por no haberle avisado sobre la visita de mi tío, por haber estado de floja y que la casa luciera sucia (aunque no lo estaba). Supe que le había vuelto a pegar porque, a la mañana siguiente, su rostro estaba amoratado y los brazos tenían marcas de la pesada mano de mi padre. Él se consideraba un hombre, pero al ver cómo la trataba, mi mente me decía que no lo era, que era algo mucho peor. Por un momento, algo dentro de mí quiso abrir la caja de madera, sacar la pistola y ponerle fin a esta tortura. La idea me aterró tanto, que inmediatamente la dejé ir.

En más de una ocasión había intentado intervenir. Lo único que conseguía eran unos golpes peores a los que recibía ella. Hubo una ocasión en que le propuse comentarle a mi tío sobre la situación. Ella se negó. Decía que él se pondría del lado de mi padre, que dejara de meterme en cosas que eran de ellos. Así que cada vez que la golpeaba, tenía que refugiarme en mi cuarto, pretender que no oía cómo lastimaba el cuerpo de mi madre. Me hervía la sangre. Con todo el dinero

que había juntado, no faltaba mucho para por fin salir de esta casa y llevarla a un lugar mejor. Jalé aire y lo contuve unos segundos para relajarme; cuando exhalé, sentí una respiración tocando mi cuello. Tan sólo movía el cabello que acariciaba la nuca, de la misma forma en que tantas veces había visto el viento pasar entre las hojas de los árboles. Sin poder cuestionarme de quién era, caí dormido.

El calor de las tardes era a veces tan insoportable que tomaba siestas a la menor provocación. Esa semana no hubo oscuridad cuando cerré los ojos. Todo era rojo, pero no uno cualquiera. Era tan fascinante que quería verlo aun cuando estuviera despierto. Tenía que plasmarlo en algún lado. Me senté frente al retrato que estaba sin terminar. Estuvo mezclando las pinturas hasta que conseguí capturar aquella tonalidad. Era carmesí. Remojé el pincel con el nuevo color para después desaparecer con cuidado el blanco de los ojos. Contemplaba los dos rubíes en el rostro del hombre del cuadro, cuando alguien tocó la puerta.

—¿Interrumpo? —preguntó Carmen acercándose a mí para colocar los brazos alrededor de mi cuello.

—Tú nunca interrumpes.

Tantos años había venido a mi casa a buscarme, que reconocía su presencia con los ojos cerrados. Mi cuerpo tenía tan memorizado el suyo, que encontré su boca como lo había hecho las otras tardes. Mientras la empujaba hacia la cama, sus manos ponían las mías bajo su vestido. Usamos nuestros cuerpos desnudos para recordarnos ese cariño que nos teníamos, que éramos mucho más que una serie de encuentros fugaces. Ella me había pedido tantas veces que me quedara, que construyéramos algo juntos. Pero yo sabía que no podía ser su novio, mucho menos proponerle matrimonio y hacerla feliz. Tal vez si viviéramos en otro lugar, si todo fuera diferente para los dos. Pero no en este lugar de mala tierra.

Al poco tiempo que bajamos a la cocina, mi madre regresó. Saludó a Carmen con cariño. Ella también sabía que era la indicada para mí y por eso le daba las mejores atenciones. Le robé un último beso antes de que se fuera, porque nos gustaba jugar con la idea que siempre habría una próxima vez y eso nos bastaba para seguir juntos. Al regresar a la habitación, el retrato me estaba esperando sobre el caballete. Me senté en el banco con tal de seguir contemplando los ojos rojos de aquel hombre que había salido de mi imaginación. Las siguientes noches no había sueños, ni pesadillas. Lo único que veía al dormir era ese rojo carmesí que robaba mi atención y me seducía. Un día supe que era poco lo que había puesto en el retrato. No bastaba con que estuviera en los ojos. Tenía que estar en más partes. Tomé de nuevo el pincel y me dispuse a arreglar la pintura.

La realidad empezó a confundirse con los sueños las siguientes noches. A veces me encontraba sentado en la cama, sosteniendo la pistola del abuelo entre las manos. La acariciaba desde el gatillo hasta la punta, una y otra vez, para mantener la felicidad que tenía en los ojos; en ocasiones, mis yemas giraban de forma traviesa alrededor de ese pequeño orificio donde tenían que salir las balas y no podía evitar sonreír del placer que me provocaba. Sabía que nunca la utilizaría, porque me conocía a la perfección. No me iba a convertir en Ramiro, los Molina, ni en ningún otro narcotraficante de la zona. Por mucho que los gritos de auxilio de mi madre me llenaran de impotencia, la solución nunca sería dispararle a mi padre; sin embargo, la pistola estaría complacida. Aquella arma era lo más importante en esas noches extrañas. Quería volver a estar viva, explotar para sentir, y sobre todo respirar con la misma intensidad que esa pesada respiración que me tocaba el cuello.

Pasaron varias semanas, cuando la universidad me notificó que tenía que visitar sus instalaciones para retomar el

proceso de inscripción. Era un viaje donde también tendría que encontrar un lugar para alojarme y que fuera lo suficientemente barato para que mi mamá y yo pudiéramos vivir ahí. Lo único que significaba era que había llegado la hora de las despedidas. Durante la comida, mi padre se mantuvo callado. Volvió a insistir que el terreno sería mío cuando falleciera y que me haría responsable de los trabajadores, los cultivos y todos sus negocios. Asentía con la cabeza, pero los dos sabíamos que eran palabras al aire.

Caminé por la única avenida del pueblo hacia la casa de Carmen. En otros años la gente caminaba en ella por placer; ahora, sólo para lo indispensable. Se había vuelto más común ver esos camiones con jóvenes en la parte trasera, todos sintiéndose dueños del lugar, ocultando las pistolas en sus pantalones, sintiendo que lo habían logrado todo en la vida. Todos sabíamos lo que pasaba en el lugar, pero nadie se atrevía a hablar, ni hacer algo al respecto. Ningún visitante tenía el valor para atender al claro grito de ayuda que encontraban en algunas paredes y puertas que seguían agujereadas por las balaceras.

Toqué la puerta en espera de Carmen. Insistí un par de veces más, pero no había respuesta. Un ruido se escuchó adentro cuando estaba por retirarme. Abrí la puerta. En la sala estaba Ramiro con los pantalones desabrochados. Carmen se acomodaba el vestido, sin darse cuenta de que lo primero que tuvo que haber arreglado era la coleta de su pelo. Puedo explicarlo, me decía ella apenada. Los ojos de mi primo me sonrieron, sin una pizca de arrepentimiento. Salí lo más rápido que pude de la escena. No había nada más que explicar. Ella tenía todo el derecho de cambiarme y estar con otra persona. Jamás le pedí que fuera sólo para mí, ni le había prometido algo más de lo que le ofrecía. En cambio, Ramiro era otra situación, porque él siempre supo lo que sentía por ella,

lo que pasaba entre nosotros. Me hervía la sangre. En verdad le había aprendido bien a los Molina.

Empaqué mis maletas al regresar a casa. Decidí irme la mañana siguiente, porque Ramiro vendría a intentar hablar conmigo, encontrar una justificación para que no hubiera asperezas. Podía destruir a cualquier persona, menos a quien estuviera involucrado con mi tío, y eso abarcaba también a la familia. Mis padres discutían en la sala como en otras ocasiones. La voz de mi padre se había elevado. Volvería a golpearla. Apreté los puños mientras clavaba las uñas en mis palmas. Quería borrar la imagen de Carmen y Ramiro juntos, detener la discusión que ocurría abajo. El ruido de una lámpara rompiéndose sonó hasta mi cuarto. A los segundos, cayó algo de mayor peso. Al llegar a la sala, un río de sangre brotaba desde la frente de mi madre. El cuerpo seguía caliente, pero sin vida.

Subí las escaleras sin decir nada. Mi padre corrió tras de mí hasta mi cuarto, culpándola por haberlo hecho actuar así. Me hincé frente a la cama, saqué la caja de madera y sujeté la pistola. Desde la puerta me decía excusas que carecían de valor. Jalé el gatillo. La primera vez, el pesado cuerpo se tambaleó, intentando aferrarse a lo que fuera. Me acerqué, metí la pistola en su boca que suplicaba que me detuviera. Volví a disparar. Miraba el cuerpo de mi padre desangrándose, las maletas en la cama abiertas, las paredes, el foco que colgaba del techo. Las cosas habían perdido su color normal. Todo era rojo, ese rojo carmesí con el que tanto había soñado, que había cambiado el retrato y no paraba de contemplar. Cuando di un paso, algo se quebró en el piso. Era un pincel, uno de los tantos que había ocupado por tantos años, el que me había ayudado a pintar un plan de salida de este infierno. Ahora ese camino había desaparecido, porque todo había cambiado y lucía de una forma nueva. La respiración que tocaba

mi cuello se había detenido: ocurría al mismo compás que la mía. Éramos dos seres en un cuerpo, reconociéndose el uno con el otro.

Escuché que abrían la puerta. Alguien había entrado a la casa. Encontraría en el piso el charco de sangre que mojaba el cuerpo de mi madre. Tenía que bajar para descubrir quién era. La pistola era más ligera mientras seguían transcurriendo los segundos. Parecía que se había convertido en una nueva extensión de mi ser. En la sala estaba Ramiro. A través de estos nuevos ojos, me molestaba su presencia. No sabía si era por la posibilidad de que me podía acusar por asesinato, el haberse acostado con Carmen o las tantas veces que se burló de mí, que me tachaba de cobarde. Aquel rojo estaba en todo el espacio, menos en Ramiro. Era un punto gris en la viñeta que mi vista dibujaba. Levantó las manos, balbuceando unas palabras que no me importaron. Olfateé su miedo, el mismo que en varias ocasiones me provocó, el mismo que gente como él, mi padre o los Molina infundían. Le disparé justo en la frente. Una sonrisa se me escapó. Sí, de nuevo todo lo que veía era carmesí.

Salí de la casa para tomar aire. Mi paladar saboreaba la sangre que me había salpicado el rostro. Estaba lleno de vida, invencible como el viento que movía las ramas de los árboles. La tierra me ensuciaba el pantalón y se metía en mis zapatos, pero no importaba. El rojo carmesí embellecía todo. Tal vez desde hace tiempo que estas tierras habían dejado de ser verdes y nunca me había percatado hasta ahora. No sólo es la tierra, son los árboles, los frutos, las raíces, los cadáveres, los pueblos sin vida. Todo era de este color y no había forma de cambiarlo. Hundí mis dedos en la tierra de la misma forma que de pequeño lo hacía para jugar. Ahora la tierra no me parecía tan mala. Por primera vez me sentía un hombre completo, uno que enorgullecería a todos.

En mi habitación, el cadáver de mi padre yacía a un costado del retrato que en estos meses había intentado terminar. La sangre del disparo había salpicado la imagen, lo último que le faltaba para completar, lo que siempre debió ser. El fondo de la pintura mostraba los árboles de aguacate en llamas, que por momentos brillaban como las flamas del mismo infierno. Desde la ventana se podía observar al demonio caminando con la pistola entre las manos, el mismo que estaba pintado en el cuadro. Por fin había obtenido su libertad y la disfrutaría en este nuevo paraíso.



Iberia Muñoz

(Torreón, Coahuila, 1997)

Estudió Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la UNAM. Ganadora del 11° Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo” en la categoría Licenciatura. Forma parte de la antología *Novisimas. Reunión de poetas mexicanas* (2022). Algunos de sus textos han sido publicados en el blog *Librópolis*, en el suplemento cultural *Confabulario* y en la revista *Acequias de Torreón*. Actualmente escribe su primera novela.



Tres relatos

Carta a la orilla de un nido

Querida:

Anoche tuve una visión. Me soñé al pie de un árbol dormida mientras sostenía tu tierna mano. El sol perforaba mis poros, mi piel se convertía en una masa caliente y poco a poco me transformaba en otro animal, en otro cuerpo de madre. Sentí cómo te enroscabas, buscando un hueco en mi vientre, en mis brazos. Sabías que me estaba transformando y querías estar cerca para oírme el corazón.

El bosque entero se detuvo a mirar. Los pájaros nos ofrendaron hojas secas, plumas y musgo. Luego el viento trajo la forma. Las ramas comenzaron a doblarse hacia nosotras y levantaron un fuerte para protegernos. Así fue como quedamos dormidas dentro de un nido, mecidas por el arrullo de nuestros suspiros. Solas tú y yo. Tú y yo y el bosque. Yo, hecha madre pájaro, te guardaba bajo mis alas. Solas tú y yo, sin otro lenguaje más que el lenguaje de los árboles.

Querida mía, anoche tuve una visión. Soñé que vivíamos en un mundo en el que los bosques no arden y los venados no mueren con la garganta llena de ceniza. Soñé que tu existencia era tan verdadera como el agua y que me dabas la mano para correr entre los arbustos. Me preguntabas *ese pájaro cuál es* y yo inventaba nombres y poderes mágicos como *ese pájaro puede cantar en cien idiomas* o *ese pájaro puede volar hasta las nubes y comer de su algodón*. Entraña mía, quisiera que esta vida fuera una pesadilla y no la realidad. Quisiera despertar y encontrarte así, milagro dormido, ser de silencio y calor.

*Querida que no existes, anoche soñé tu sueño.
Colocabas tu mano en el tronco en el que descansamos aquella tarde
y clamabas:
fui nido de esta madera
y mi sangre corrió como resina dulce,
fui canto de un pájaro antiguo,
el recuerdo de otra mujer.*

Tres cuerpos y una perla

*Llegamos a la vida,
húmeda aún la mínima figura
recién bañada en la celeste ojera
de un estanque de luz.*
ENRIQUETA OCHOA

Abuela

Mi cuerpo era joven y sabía huir. Al primer destello del alba, mientras las otras mujeres dormían, deslizaba mi cuerpo por la ventana del baño y mis pies agarraban camino por los pastizales resquebrajados de la sierra. Corría hasta marearme, hasta que me lloraran los ojos, hasta que el corazón se me hiciera bulto, pecho de rana. Mantenía mi distancia con las serpientes, los coyotes y los alacranes, pero algunas veces, he de confesar, me detenía a verles el centro de la pupila. Aprendí a no temerles. Ellos me enseñaron a correr. Y me enseñaron también a pausar la huida para echarme a tomar el sol en cada pausa. Crecí un poco y el río en el que descansaba los pies comenzó a hablarme. Entraba por mis huecos en un lenguaje transparente y toda yo era agua, presa húmeda, caudal. Me sentaba al filo de una roca y me levantaba un poco el vestido: dejaba que el agua me acariciara entre las piernas al mismo tiempo que curaba mis heridas. Qué ganas de llenarme los pulmones de ese terciopelo cristalino. *Quisiera morir en esta sábana de espuma, quisiera ahogarme en sus caricias, quisiera yo misma ser agua y nunca tener sed.* Un día, sentada en la roca, oí pasos a mis espaldas. Cerré las piernas al primer crujir de las hojas. Me habían encontrado. Esa misma tarde treparon mi cuerpo al camión con destino a la ciudad. Aún tenía el vestido mojado. Crecí otro poco y conocí a un hombre. Su tacto era pesado, ciego. Y nunca pude encontrar

el centro de su pupila, me tocaba con los ojos cerrados. En mis sueños visito el río y no me atrevo a tocarlo, me inclino a ver mi reflejo y no lo encuentro. Muy al fondo, sin embargo, veo un destello. Una perla esmeralda descansa en la tierra, los rayos del sol que filtra el agua bailan sobre ella. Quiero tomarla, pero despierto.

Madre

Afuera es de día pero en este cuarto es de noche. No he lavado las sábanas en semanas. La cama me queda grande. Escucho pasos. Espero. Están a punto de irse. Espero. Cierran la puerta principal y de inmediato mi pecho se abre, mis labios se llenan de sangre y mis ojos se ensanchan. Saboreo los primeros segundos de una soledad que no me pertenece. Entro en ella como intrusa. Me pongo de pie y en la cama queda recostado mi peso muerto. La que se para es otra mujer, no yo. Pero eso no importa. Comienzo a desnudarme. Con un dedo recorro la orilla de mi cuerpo. Presencia limítrofe. Campana rota. Cofre hueco. ¿En qué momento me vacié? ¿A dónde se fueron todos mis líquidos vitales? Nada de lo que tengo es mío, excepto esto. Abro la regadera y doy el primer paso hacia adentro. Es como regresar a una cueva primigenia. La cueva en la que los primeros hongos decidieron reproducirse para honrar la vida a través de la muerte, donde la descomposición se coronó sobre la materia. En esta regadera renazco y recuerdo. Si me encontraran así, tan repleta de mí misma, me desconocerían. Y yo tendría que entenderlo, en momentos como éste ni siquiera yo misma sé quién soy. Intentaré ser más precisa. Cuando las primeras gotas tocan mi cabeza, llega a mí la imagen de una mujer que vagó por años y años en el desierto. No sé quién es ni por qué la conozco. Pero sé cómo es su rostro, veo cómo los huesos resaltan a través de su piel

transparente. Su lengua tiene estrías largas y profundas, es como si el desierto se hubiera reflejado en el lienzo rosado de su boca. Esas líneas en la lengua son la marca de la sed. Lo sé porque yo la tengo. Las gotas me descubren el cuerpo y siento que, al menos por unos segundos, le doy de beber a esa mujer. Dios mío, que no lleguen nunca, por favor. Este momento es lo único que me queda. Pero volverán. Ya vienen. Y de nuevo será mi turno de alimentar una boca diminuta y drenarme. ¿Qué hueco de mis entrañas destila este néctar blanco, esta leche de algodón? ¿Estoy destinada a lo que escurre, a lo que escapa? Cierro los ojos y abro la boca. Mentira que el agua no tiene sabor. Yo la pruebo y reconozco el sabor de una cascada tierna y oculta. Es como abrir una biznaga y besarle el corazón.

Hija

No recuerdo cuándo lo descubrí, pero supongo que se veía venir desde que era pequeña. Durante mis primeras semanas de vida mi madre no pudo cerrar los ojos. Mi llanto, dice, tenía despiertos a los vecinos, al perro, a los pájaros del jardín. Después de numerosas visitas al doctor y para alivio temporal de mi madre, cualquier dolencia quedó descartada. La verdadera preocupación llegó cuando mis lágrimas comenzaron a brotar al mismo tiempo que una sonrisa aparecía en mi cara. Dos señales opuestas, placer y dolor, conjugadas en la misma carne. Era un espectáculo tan desconcertante que mi madre dejó de darme pecho por un tiempo. Mi abuela, en cambio, me sostenía y se reía conmigo. Todo el asunto le causaba gracia. Decía que yo era una criatura acuática y que mi madre también lo era, aunque se negara a aceptarlo. Me explicó que mis lágrimas no eran de dolor ni de placer, sino más bien ambas: placer por recordar mi origen a través del agua, pero

dolor por haber sido arrancada y puesta en la tierra. Creí en la historia de mi abuela hasta la adolescencia. A esa edad decidí que había inventado ese cuento para que no me entristeciera la soledad a la que mi madre me había arrojado (en mis primeros recuerdos anida la sensación de alzar mis brazos hacia el vacío, el sabor de los coágulos sin disolver de la leche de fórmula). Hasta el día de su muerte mi abuela defendió la leyenda de mi origen como una verdad absoluta. *Ni tú ni tu madre son hijas de ningún hombre, sépanlo siempre*. Le sentenciaron demencia senil y con ese juicio encima se fue a la tumba.

En mi adultez el llanto regresó de manera súbita y violenta. Fue como si mis ojos retrocedieran a la infancia, una edad inversa, dislocada. Lloraba al despertar, al comer, al reír, al besar. Era imposible relacionarme, pero no podía parar de llorar. Sentía un goce gigantesco cuando las lágrimas se amontonaban en mis ojos y después viajaban por mi mejilla, calientes y presurosas. No podía dejar de llorar, pero tampoco me interesaba mucho pararlo. El llanto era mi actividad más personal, la más íntima y solitaria. No necesitaba a nadie más para llegar al lugar donde el alma roza las paredes del cuerpo como si estuviera a punto de fugarse.

Entonces recordé las palabras de mi abuela: *ni tú ni tu madre son hijas de ningún hombre*. ¿Sería posible que yo fuera descendiente de una mujer que se enamoró de la naturaleza, de los cuerpos de agua en vez de los cuerpos humanos? ¿Sería posible que dentro de mí latiera un gen de agua, un gen húmedo e irreconocible por cualquier artefacto médico? ¿Sería posible que yo misma estuviera enamorada del agua sin saberlo? ¿Sería posible que el agua, mensajera grandiosa de la electricidad y el sonido, pudiera guardar la memoria del verdadero placer que me dio la vida? ¿Y no sería posible que todo este tiempo mis lágrimas fueran un mapa de regreso y mis ojos una brújula pulsante?

Carta a la fuente primera

Abuela: ¿Qué más queda para las mujeres como nosotras? Mi madre se fue antes de que pudiera entenderla. No sé dónde yace su cuerpo, pero espero que reciba un poco de lluvia de vez en vez. Lloro por ti como también lloro por ella. Y no son lágrimas de dolor las que me brotan. No, esa no es una ofrenda digna de ustedes.

Abuela: A veces le temo a esta soledad, le temo a la sequía. Pero entonces me sumerjo dentro de mi propia espesura y escucho. Sé que me hablas en el lenguaje de los latidos. Todo lo que debo hacer es colocar esa perla esmeralda en mi vientre para que comiencen a correr las lágrimas y yo pueda encontrarte. ¿Olvidé mencionarlo? Tu amuleto está a salvo conmigo. Un día me sumergí tan profundo en el río que pensé que moriría. Lo único que recuerdo es que una mano me regresó a flote y expulsó el agua de mis pulmones. Cuando desperté, la perla estaba en el centro de mi palma. Su brillo de sol naciente me conmovió tanto que no pude evitar llorar. Ahí, tirada a la orilla del río, supe que podía hablarte y entendí, al fin, que no hay páramo ni desierto que este cuerpo no pueda humedecer.

Retrato de una familia vegetal

Ayer descubrí el significado de la intimidad, parada frente al lavabo de la cocina con las manos inmersas en agua pestilente. Algo sobre la carnosidad de las sobras y la luminosidad del jabón industrial me hizo querer ir al fondo, así que hundí mis manos en el pantano de cubiertos y criaturas de porcelana. Estaba a punto de regresar a la tarea de lavado cuando mis dedos encontraron un bulto en el fondo del desagüe. Eran las sobras de mi familia convertidas en un tejido sólido de podredumbre, un quiste vegetal que pulsaba en el lenguaje común del hambre y las cosas sin decir. Sostuve el bulto en mis manos como se sostendría a un pájaro recién caído y jalé. Oh, el placer secreto de liberar a los inocentes. Oh, el placer secreto de meter el dedo en el núcleo del desarraigo. Acaricé la epiglottis del desagüe mientras succionaba el agua y luchaba por una bocanada de aire fresco. Susurré: *lo sé*. Y mientras estaba parada ahí, con los ojos puestos en el vacío y las manos arrugadas, me pregunté si alguna vez he sido algo más que una hija realizando la maniobra de Heimlich en cinco cuerpos, cinco cajas torácicas a la vez.

Ahora ésta es mi definición de intimidad:

*meter la mano en el cuello del amor
y extirpar todos los bultos de furia silenciosa
que lo asfixian lentamente hasta morir.*



Varinia Abastoflor Cortez



Alfredo Ávalos



Leonardo Gutiérrez Arellano



Ángel H. Candelaria



Pablo Ignacio Chacón



Leonor Courtoisie



Sergio López Monterrubio



Susana López Siller



Humberto Cruz Arteaga



Chejo García



Andrés Martínez Ortega



Lilian Michelle Medina



Ana Delia Mejía Quiroga



Serch Mendoza



Tristana Pérez



Elizabeth Pérez-Cortés



Gael Montiel



Iberia Muñoz



Sandra Lucía Ramírez



Saraí Ramírez



Alejandro Ordóñez



Sara Padilla



Miguel Parpadeos



Álvaro Sánchez Ortiz



Antonio Trejo Galicia

La
Antología.
Diplomado en
Escritura Creativa
y Crítica Literaria, 1ª
generación, editada por
la Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura de la Coor-
dinación de Difusión Cultural de la
Universidad Nacional Autónoma de Mé-
xico, se terminó de imprimir el 28 de febrero
de 2023 en los talleres de Gráfica Premier, S. A.
de C. V., calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo
Chichahualco, Metepec, Estado de México, C. P. 52170.

Se tiraron 500 ejemplares en offset en papel bond cultural
ahuesado de 90 g, con forros en couché de 250 g. En su com-
posición se utilizaron los tipos Lora Regular y Semibold, y Akkurat
Pro Regular y Bold. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Eduardo
Cerdán. Fabián Espejel hizo la corrección de estilo; Gabriela Ardila, la lec-
tura de pruebas finas. Adriana Rodríguez Borja se encargó del diseño de co-
lección, portada e interiores, así como de la ilustración y la formación. ▲ ▲ ▲